
HABÍA
UNA
NIÑA
CYNTHIA LUHRS

Esta es una edición traducida de la siguiente obra, producida con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: There Was A Little Girl
Autor: Cynthia Luhrs
Fecha de publicación original: Mayo, 2016

La obra original ha sido traducida en su totalidad. Todos los materiales complementarios, como los preámbulos, los avisos de derechos de autor, las reseñas y los agradecimientos, se han traducido tal cual y pueden hacer referencia a detalles específicos de la edición original en inglés.

ÉRASE UNA NIÑA

CYNTHIA LUHRS

Copyright © 2020 Cynthia Luhrs

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, salvo para citas breves en una reseña.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65

Sobre la autora
Otros libros de Cynthia Luhrs

UNO

Mi abuela solía decir: «Los caimanes son los heraldos del cambio violento».

Nunca entendí lo que quería decir hasta años después. Y para entonces, lo sabía de sobra. Hay cosas que no se pueden dejar de ver. Nuestras acciones dejan una huella fantasmal en el alma, a la espera de los peores momentos para volver y atormentarnos. He llegado a aceptar que no habrá perdón para mí. ¿Cómo podría haberlo si acabé disfrutando de arrebatar la vida a quienes condené? Justifiqué mis actos, aun sabiendo que llegaría el día en que tendría que pagar por lo que había hecho. Si tan solo tuviera más tiempo…

Era el verano de 1999. Los ladridos de Max me despertaron mejor que cualquier despertador. El día se abría ante mí, lleno de posibilidades. Salí de la cama y caminé de puntillas por la casa.

—Silencio —susurré. Que Dios nos pillara confesados si papá se despertaba.

Max era un chucho negro que apareció un día y nunca se fue. Era un cielo. Y a diferencia de ciertas personas de la casa, siempre se alegraba de verme. Se acercó con paso tranquilo, meneando la cola, y su aliento cálido me acarició la piel desnuda. Le rodeé el cuello con los brazos, respiré hondo y dejé que su olor me llenara la nariz y se me metiera en la piel. Mamá diría lo contrario, pero para mí Max olía un poco a canela.

—Vamos, grandullón, ¿quieres desayunar antes de salir?

Miró hacia la puerta y gimoteó.

—¿Qué pasa?

Las palmeras del jardín proyectaban sombras sobre el camino de entrada, como dientes amenazantes. Miré afuera, pero no vi nada. El calor se apoderó de mí mientras pegaba la nariz a la mosquitera y sentía las pequeñas hendiduras clavándose en la cara.

—Primero comida. Luego afuera. Es viernes trece —dije, y me metí trece Skittles en la boca y mastiqué, dejando que el sabor ácido me explotara en la lengua.

—Mi día favorito. Y el último día de clases. Doble premio.

Claro que salió hecho un lío, porque tenía la boca llena y las mejillas hinchadas como una ardilla.

Nuestra casa era pequeña, con una cochera adosada. La hierba crujía bajo los pies y el patio trasero era mi lugar favorito. Había un canal detrás de nuestra casa y me encantaba sentarme en el embarcadero a leer. La maestra dijo que leía a nivel de secundaria. Lo que quiera que eso significase. Lo único que sabía era que cuando leía, lo dejaba todo atrás. Viajaba a otros lugares y mundos. Escapaba.

La primera señal de que iba a ser el día más horrible de mi vida llegó cuando mamá y yo salimos hacia el colegio. Nunca más casas con cochera. No mientras viva. Oí un siseo. Los hombros se me hundieron con todo el hastío del mundo que una niña de siete años podía cargar.

—Se ha pinchado la rueda otra vez, mamá.

—Parece que está bien. Vamos a llegar tarde, Katherine. Ya son las siete y media. Hoy no puedo con esas mujeres santurronas de tu colegio. Venga, muévete.

Cuando abrí la puerta del coche para subir, el siseo volvió. Esta vez me quedé paralizada. No sonaba como una rueda. Era un ruido de película de terror. De esas en las que me escabullía detrás del sillón reclinable de papá para que no me viera. Me acurrucaba y miraba con una mano en la boca para ahogar cualquier grito. Las realmente buenas siempre me daban pesadillas, pero seguía escabulléndome de la cama. Atraída hacia ellas como una luciérnaga hacia la noche.

—Un segundo.

Una espada de fuego apareció en mi mano mientras fingía ser una guerrera. Sentirme poderosa me ayudó a reaccionar. Con cuidado de no ensuciar mi bonito vestido de flores, me arrodillé. La rodilla izquierda se me clavó en la grava y me hizo torcer el gesto. Al mismo tiempo, la coleta me cayó sobre el hombro y pegué un brinco. A veces, si me acercaba lo suficiente, podía sentir el aire en la cara y señalarles el pinchazo a mamá o a papá. Cualquier cosa con tal de evitar que estallara la guerra entre ellos.

Mamá rodeó el coche para ver a qué venía tanta tardanza. Mi cara me devolvió la mirada, distorsionada en el reflejo de sus tacones. Tamborileaba una canción con el pie derecho.

—No tenemos todo el día. ¿Qué demonios haces ahí abajo? Como ensucies ese vestido…

Mientras terminaba de pegar la cara a la rueda, un movimiento me llamó la atención. El olor a goma y a algo ancestral me llenó la nariz. Caí de culo y retrocedí como un cangrejo, tan rápido como mis brazos escuálidos me lo permitían.

—Mamá. No es un pinchazo. Hay un caimán enorme debajo del coche.

El suspiro se le convirtió en tos.

—Anoche hubo tormenta. Se habrá metido debajo del coche a buscar refugio.

Marcaba el ritmo con el otro pie mientras daba largas caladas al cigarrillo.

—Maldita sea. No tengo tiempo para esto. Como llegue tarde otra vez, me despide seguro.

El caimán me miraba con su sonrisa dentuda. La que decía: «Venga, corre, niñita. Te pillaré para el desayuno». Estaba demasiado petrificada para moverme. Nos miramos el uno al otro. El caimán dejó de sisear y cerró la boca. Tenía una cicatriz blanca en la cabeza y otra junto al ojo, que le marcaban la piel negra y rugosa. ¿Cómo cabía debajo de nuestro coche? Era enorme. Tan grande que la cola le sobresalía por detrás del coche y el hocico casi le llegaba al parachoques delantero.

—¿Estás atrapado ahí abajo?

El caimán parpadeó. ¿Se haría daño si mamá movía el coche?

—Katherine Hope Jones. Deja de jugar y sube al maldito coche. Saldrá de ahí en cuanto arranque.

Abrí la boca, pero no me salió nada. Harta de mi demora, mamá me agarró del brazo y tiró de mí para ponerme de pie. Una nalgada y otra en los muslos desnudos me devolvieron la vida al cuerpo.

—Eres mala. ¡Podría haberme agarrado y arrastrado bajo el agua para comerme!

Puso los ojos en blanco y me pellizcó el brazo.

—Venga, señorita Reina del Drama. Sube al coche y deja de quejarte. Los caimanes no quieren saber nada de nosotros. Nos tienen mucho más miedo a nosotros que nosotros a ellos.

Se equivocaba. Vi el cálculo en los ojos del caimán. Pero reconocí esa mirada. Cómo frunció el ceño y resopló. Así que me callé y subí al maldito coche.

Si hubiera sabido que ese era el último día que vería a mi mamá con vida, le habría suplicado a aquel caimán enorme que me tragara entera.

Crac. No más Hope.

En cambio, me encuentro de pie en medio de la cocina, con bolsas de la compra en los brazos, mirando al océano. Tenía razón. Alguien me estaba siguiendo. Pensé que había sido tan cuidadosa. Que me había salido con la mía después de todo lo que he hecho. Un hombre está plantado frente a mí, con el arma apuntando a mi negro corazón.

—Las niñas malas siempre reciben su merecido.

Tarde o temprano, todos pagan. Cierro los ojos y espero.

DOS

Actualidad

COJO EL TELÉFONO, echo un vistazo a la pantalla y lo lanzo al asiento del copiloto.

—Genial. El único día que importa, el estúpido teléfono se muere y no hay un cargador por ninguna parte. ¿Ves? Esto te pasa por despertarte tarde. —Y por eso odio los coches de alquiler. ¿Por qué no incluyen un par de cargadores? En mi coche siempre tengo un cargador y otras cosas básicas. Al fin y al cabo, ¿quién sabe cuándo podría estallar un apocalipsis zombi?

—Estupendo. Ahora estás hablando sola. En voz alta, como una loca.

Técnicamente es primavera. Pero estamos a 28 de marzo y ya hace un calor infernal. Húmedo y pegajoso. El calor de Carolina del Norte no tiene nada que ver con el de Kansas. El hombre del tiempo anunció que era la primavera más calurosa de la historia. Casi se le veía el regocijo en la cara mientras señalaba los gráficos multicolores, pronosticando un verano espantoso.

Me meto en la boca tres de los trece caramelos que conté. El viaje de Raleigh a Wilmington ha sido agradable. Lástima que no tuviera tiempo de parar en Duplin Winery a comer. Quizá a la vuelta. Los próximos tres días me los pasaré sentada en una oficina, pero al

menos no es la mía. ¿Quién sabe? Puede que incluso me acerque a Wrightsville Beach a cenar y me moje los pies en el mar.

—Tienes que estar de broma. —El cartel de desvío parpadeante me hace rechinar los dientes. El teléfono pasa de la batería roja parpadeante a la horrible pantalla negra sin retorno. El desvío me lleva por calles secundarias, cada vez más adentro de una zona residencial. Y así, sin más, estoy completamente perdida.

Al girar a la derecha, noto el cambio de inmediato. Las casas se vuelven pequeñas y destartaladas, hay baches en la carretera. Cuanto más avanzo, peor pinta tiene todo. Las viviendas están claramente habitadas, pero parecen llevar años esperando la orden de derribo. Dos hombres sentados en los escalones de una casa blanca mugrienta, sin puerta ni cristales en las ventanas, beben de una bolsa de papel. Uno de ellos levanta la cabeza, con los ojos vidriosos, y me observa mientras paso.

Cuando tuve mi primer móvil, dejé de llevar reloj. Lo primero en mi lista de tareas es comprarme un reloj de pulsera mono. Odio no saber la hora exacta, al minuto. El reloj del salpicadero del coche de alquiler parpadea marcando las dos de la madrugada. Le saco la lengua a los números azul pálido, sabiendo que voy a llegar tarde. Desde pequeña siempre he sabido qué hora es con un margen de una o dos horas. Como si tuviera uno de esos relojes antiguos con números romanos metido bajo las costillas, haciendo tictac. Mi reloj interno me dice que es cerca de la una.

Llegar tarde me estresa. Pase lo que pase, siempre llego cinco o diez minutos antes. Y si llego tarde, aviso. Aunque llegado cierto punto, la tardanza ya da igual. Mi abuela me enseñó que hacer esperar a la gente es de mala educación. Demuestra que te crees más importante que los demás. Pero vamos, nadie es más importante que nadie. En el trabajo, la gente cree que su cargo les da cierta importancia. Una excusa para ser maleducados. Algunos días desearía que viviéramos en el viejo oeste, donde si te comportabas como un imbécil, el tipo duro de turno te pegaba un tiro en el suelo mugriento del saloon y se largaba tan tranquilo.

Un sonido me llega por la ventanilla abierta y giro la cabeza, intentando localizar de dónde viene. Odio el aire acondicionado, así

que incluso cuando hace mucho calor suelo llevar las ventanillas medio bajadas, disfrutando del aire húmedo. Y confieso que a veces pongo el aire al mismo tiempo, para no llegar sudando al trabajo.

La casa blanca de la esquina ha conocido tiempos mejores. Las contraventanas verde oscuro cuelgan torcidas, algunas faltan por completo, como si les diera vergüenza que las vieran y se hubieran caído por voluntad propia. El camino de hormigón está agrietado, con hierbajos que brotan entre las grietas. Sonrío al ver un diente de león meciéndose con la brisa. El revestimiento de la casa está tan sucio que parece beige. La puerta mosquitera no cierra del todo y no hay césped en absoluto. Solo arcilla roja y algunos parches de malas hierbas. El ruido vuelve a sonar.

Un pino solitario sobrevive milagrosamente en medio del patio árido. Está inclinado hacia la izquierda, como si el viento hubiera intentado tumbarlo sin conseguirlo. Una cadena gruesa rodea la base, asegurada con un candado reluciente. Al final de la cadena hay un perro grande y negro. El sol cae a plomo mientras el perro jadea. La sombra del árbol apenas cubre la cola y los cuartos traseros, pero el resto del cuerpo está a pleno sol. Los dos cuencos están vacíos, uno volcado. La temperatura en el salpicadero marca treinta y un grados. Al pasar, el perro levanta la cabeza y me mira fijamente. Juro que me está suplicando que lo ayude. Que al menos le dé un poco de agua. Levanto el pie del acelerador.

Desde dentro, un hombre grita a través de la puerta mosquitera: —¡Cállate de una vez, chucho sarnoso!

Por mucho que quiera parar, no puedo. Llego tarde. Así que hago lo que hace la mayoría... seguir adelante. Metiéndome en mis asuntos.

El gemido del perro llena el coche mientras paso de largo. Las piernas se me pegan a los asientos de cuero y el vestido que llevo está húmedo y ya algo arrugado. Menos mal que es estampado, así no se notará. El aire fresco llena el coche cuando pongo el aire acondicionado a tope y pulso el botón para subir las ventanillas. Todavía perdida, voy girando por calles al azar hasta que por fin veo un cartel de desvío que me indica el camino de vuelta a la carretera principal. Calculo que serán unos quince minutos más.

Destellos de negro y carmesí me inundan la visión. El coche sube al bordillo. Me detengo a un lado, respirando con dificultad. Tengo la garganta seca, la cabeza me palpita y el estómago como si hubiera pasado el día en una montaña rusa interminable. Con cada inspiración, cuento hasta cinco y exhalo contando hasta cinco. Cierro los ojos e imagino el sol brillando sobre un lago. Cuando dejo de sentir que voy a partirme por la mitad, pongo el intermitente y continúo hacia mi destino.

Estar ahí fuera atrapado, vestido de negro sin sombra ni agua, sería horrible. ¿Qué tal le sentaría al dueño del perro estar encadenado a un árbol con este calor? Alguien debería darle una lección a ese hombre.

EL HOTEL ES fresco y acogedor. Cuando abro la puerta de mi habitación, me llevo una grata sorpresa. Me han dado una pequeña suite con vistas al paseo del río. Hace un frío delicioso, pero el aire huele a artificial. Las puertas correderas de cristal dan a un balcón. Salgo, me apoyo en la barandilla e inspiro hondo. La brisa del río huele a vida, a cosas que crecen. Contemplando el agua, me termino la galleta de pepitas de chocolate, todavía caliente, y la botella de agua.

Trece minutos después, según el reloj de la habitación, decido que ya he remoloneado bastante. Una vez que supe que había pasado de llegar tarde a territorio de «suerte que aparezca», pensé que un poco más no importaría. La ropa de trabajo cuelga en el armario, los artículos de aseo en el baño, y he encontrado el cargador. Lo meto en el bolso del trabajo y me dirijo a la oficina.

—Lo siento mucho. Me pillé un desvío y se me murió el móvil. Me quedé sin GPS.

—¿Qué hacíamos antes de los móviles? Por eso llegué ayer. Para llegar a tiempo.

Martha siempre se cree mejor que los demás. Solo por una vez me gustaría decirle que todo el mundo sabe que su sonrisa es falsa.

Lo de la boca lo tiene controlado, pero son los ojos. Los suyos siempre parecen buscar a alguien más importante con quien hablar.

Han puesto los aperitivos de media tarde en una mesa al fondo, así que me sirvo un té dulce y cojo un puñado de uvas. No es el té de Bojangles, pero servirá. Necesito la cafeína para aguantar estas reuniones. ¿Otra desventaja de llegar tarde? Los asientos. A menos que pueda sentarme al fondo, en una esquina y preferiblemente de espaldas a la pared, me siento atrapada. ¿Y quedarme pillada en el centro de la sala rodeada de gente? Nada me pone más nerviosa.

—Puedes compartir mi mesa en la primera fila.

Me meto una uva en la boca.

—Gracias, estoy bien aquí atrás.

Martha vuelve pavoneándose a su asiento. Hay un asiento libre en la punta y me lo quedo, sonriéndole al tipo de al lado. Tiene papeles esparcidos por toda la mesa.

—Perdona, estoy intentando ponerme al día.

Aparta una pila de papeles hacia su lado de la mesa.

No me acuerdo de su nombre. Trabaja en la oficina de Charlotte. Lo mío son las caras. Se me dan fatal los nombres, pero genial las caras.

—No necesito mucho espacio. ¿Estás usando el enchufe?

Señalo la pared.

—Necesito cargar el móvil. Ahora mismo solo sirve de pisapapeles.

—Adelante.

Mira a su alrededor para ver quién escucha.

—Ignora a Martha. No sabe ni atarse los zapatos. Y sin el GPS del móvil, cualquiera se perdería.

Qué mono, con ese rollo de cachorro torpe. Seguro que liga un montón. Le parpadeo unas cuantas veces.

—¿Crees que saldremos pronto y nos dará tiempo a relajarnos en la piscina?

Suena esperanzado.

Se me escapa un bufido y la gente de delante se gira para ver qué es tan gracioso.

—No te hagas ilusiones. No solo no terminamos pronto, sino que siempre nos retrasamos. A veces tanto que acaban trayendo la cena. Esta noche no hay paseo por la playa ni de broma.

—Me encanta ese sitio de Wrightsville Beach.

El tipo me tiende la mano.

—Soy Lewis.

—Hope.

Antes de que pueda decir nada más, el descanso termina y el taller de mejora de procesos se pone en marcha. Mientras la mujer que dirige la sesión suelta su monserga, me doy cuenta de que no me he perdido mucho. Su voz monótona hace que mi mente se disperse y vuelva al perro de pelaje negro. A otro perro negro de hace mucho tiempo. A cómo la última vez que acaricié su pelaje, mis manos quedaron manchadas y con olor a monedas.

TRES

El segundo día del taller, Lynette se gira hacia mí.

—No recuerdo tu nombre…

—Estuvimos en la misma clase de nuevos empleados hace dos años. Hemos coincidido en un montón de reuniones.

Sé que tengo un rostro poco memorable. Piel pálida, ojos azules y pelo castaño del montón, pero vamos, nos hemos visto al menos cincuenta veces. Lo que pasa es que es una arpía.

Durante el descanso para comer, saco mi comida fuera, me siento en un banco junto al agua e intento olvidarme de Lynette y de las de su calaña. Las mujeres son mucho más crueles que los hombres. Cabreas a un tío y en una hora están jugando al baloncesto juntos. ¿Pero cabrear a otra mujer? Más te vale no dejar tu bebida sin vigilar. Te escupirá en ella en cuanto te descuides e intentará hacerte la vida imposible a propósito. Todo por alguna razón que escapa a tu control.

Un vistazo rápido al móvil me dice que me quedan unos quince minutos. La funda de rayas de colores vivos me hace sonreír. Cada temporada cambio la funda del móvil y la pegatina del portátil. Cuando miras algo todos los días, necesitas un cambio. El cambio es bueno. Evita que todo se vuelva monótono.

No hay cola para el baño de señoras, así que entro y me miro en el espejo. El viento me ha deshecho la trenza francesa. Solo me lleva

un momento rehacerla. El pelo me llega hasta la mitad de la espalda y ya me toca cortármelo.

El hotel es nuevo, con esos cubículos que tienen puertas de madera que van del suelo al techo. No puedes saber si están ocupados, pero la privacidad es genial. Las voces rebotan en los azulejos. Mi mano se queda suspendida sobre la palanca de la cisterna. Hay algo en el tono de voz de la mujer.

—Qué vergüenza. Yo me moría.

—Por favor. Todo el mundo te recuerda. Especialmente los hombres.

La chica se ríe con una risa que suena a caballo enfermo. Hago una mueca. Es una de *sus* amigas.

Cuando responde, oigo el desdén en la voz de Lynette.

—Es tan del montón. Esa tía necesita alejarse de las rosquillas y la Pepsi. Al menos hasta que pierda unos buenos siete u ocho kilos. Quería decirle: aléjate de los aperitivos. ¿Se cree que un hombre quiere una chica gorda? No me puedo creer que las dos tengamos veinticuatro años. La creída de Hope se comporta como si fuera un cervatillo herido.

—Ya ves, ¿no? Ni siquiera podría identificarla en una rueda de reconocimiento.

Lynette se ríe.

—Qué cosa más rara.

Mientras se lavan las manos, la maldad continúa.

—¿Viste los zapatos de fulana que llevaba Martha?

Lynette se ríe, una risa baja y ronca que siempre atrae la atención de los hombres.

—Y el escote. ¿Se cree que está en un bar? Vaya hortera.

Sus voces se apagan al salir del baño. Apoyo la mejilla contra el azulejo frío de la pared y espero un poco más. Lo último que quiero es encontrarme con alguien que haya oído el veneno que esas dos estaban soltando. Lynette seguramente empezó siendo la típica borde del instituto. Excluía a chicas de la hermandad porque no eran lo bastante guapas o delgadas. El silencio me dice que no hay nadie más en el baño, así que abro la puerta y me lavo las manos, evitando deliberadamente mi reflejo.

Al menos a Jackson no le importa que no me parezca a Taylor Swift. Siempre me dice que tengo una cara dulce. ¿Chicas como Lynette? Solo me queda esperar que no envejezcan bien, porque si no, la vida no es justa.

El resto del taller se hace eterno. Por fin llega el tercer y último día. Intenté prestar atención, pero las palabras me pasaban por encima, iban y venían. No podía dejar de pensar en la casa mugrienta con contraventanas verdes.

—¿Hope?

—Perdona, ¿qué?

Miro a la presentadora.

Arquea una ceja mientras señala el último proceso en el que trabajamos.

—¿Algo que añadir?

—No, todo bien. Se nos han ocurrido ideas geniales para poner en práctica. Y me encanta la idea de hacer una sesión «a puerta cerrada» en la que todos trabajen juntos para eliminar lo superfluo de sus trabajos. Agilizar los procesos beneficia a todos.

Le doy un codazo a Lewis.

—A lo mejor podemos premiar a quien más recorte su presupuesto con un mes conduciendo el Tesla y aparcamiento gratis.

La mujer frunce el ceño.

—Es un coche muy caro, normalmente reservado para los directivos. Tendré que consultarlo con los de arriba, pero me gusta. Conseguiremos mucha participación.

Lewis sonríe.

—Genial. Ya sabes que todos podremos conducir el coche unos días, ya que nuestro grupo llevará la promoción.

—Sí.

Le devuelvo la sonrisa.

—Eres astuta.

Se para a mirarme de arriba abajo.

—Sabes, pareces una chica agradable y tranquila, pero intuyo que hay más de lo que se ve. Apuesto a que debajo de toda esa amabilidad hay una asesina.

—Pelota.

La sesión termina. Gracias a Dios que se acabó. Lo único que quiero es ponerme en camino. Esta noche voy a pedir comida a domicilio y perderme en un libro.

—Oye, ¿quieres tomar una copa y luego cenar fuera en la terraza? Corre una brisa agradable que viene del agua.

Lo último que quiero es pasar mi precioso tiempo libre con gente del trabajo.

—Tengo mucho trabajo, así que me voy ahora en vez de esperar a mañana. Deberías ir a Alma's, en el paseo marítimo de Wrightsville. Fui anoche. No hay nada como pasear por la playa y mojarte los pies en el agua.

Sonrío para suavizar el rechazo y añado:

—La próxima vez que estés en Raleigh, quedamos para cenar y tomar unas copas.

Se le cae la cara, pero se recupera enseguida.

—Eso estaría genial. Y gracias por la recomendación del restaurante.

Lewis me guiña un ojo y dice en voz baja:

—Me gustan los retos.

Se vuelve hacia Martha.

—Oye, ¿te apetece cenar?

Mientras recojo mis cosas, me despido con la mano y salgo disparada por la puerta, deseando ponerme en camino. Dormir en mi propia cama. Después de dejar la habitación, toca hacer una llamada rápida, y luego el viaje a casa es todo mío para estar a solas con mis pensamientos y cantar con la radio.

—¿Qué tal tu día?

—Hoy ha sido una locura. Va a ser otra noche larga. —Jackson suena tranquilo, como siempre. Podría haber un terremoto a su alrededor y seguiría igual de calmado. Le envidio eso.

—No te preocupes. Pensaba acostarme temprano. Ya sabes lo agotadores que son estos talleres.

—Intentaré llegar pronto a casa. Así te ayudo a terminar de hacer las maletas.

Hablamos un poco más antes de que tenga que irse. Es un novio estupendo. Respeta que necesite tiempo a solas.

Después de pagar el aparcamiento, me quedo dudando en la salida del garaje.

—Gira a la derecha ahora.

Pasan unos instantes. Ignoro la voz que me dice adónde ir. Suena un claxon detrás de mí. A la izquierda, pues. Solo un vistazo para quitarme de la cabeza las imágenes de rojo y negro.

CUATRO

Como Jackson trabaja hasta tarde, no tengo prisa por volver a casa. Casi todo está empaquetado. Listo para la mudanza al nuevo apartamento. Mi piso actual es mono, pero hay un montón de niños y a mí me gusta la tranquilidad. Nada de aglomeraciones en la piscina ni críos corriendo a primera hora de la mañana cuando están de vacaciones y yo intento quedarme en la cama el fin de semana. Por eso decidí no renovar el alquiler.

La voz del móvil sigue recalculando mientras intento recordar el camino que tomé. Los carteles de desvío han desaparecido, las obras están terminadas. Más adelante veo el minimercado de la esquina. El que está pintado de naranja chillón. Aquí es donde encontré el camino de vuelta. Pongo el intermitente para girar a la derecha y estiro el cuello buscando una casa en particular. Las calles cambian enseguida. Bajo las ventanillas de atrás y escucho.

Conduzco despacio por la calle y veo el mismo triciclo rojo volcado frente a la casa de al lado. Es la calle correcta. Haberla encontrado me dice que tengo que estar aquí de nuevo. Unas luces intermitentes aparecen a lo lejos.

Hay dos coches de policía frente a la casa. Una mujer está sentada en los escalones, encorvada, con la cara magullada y sangre en la pechera de la camisa. Una oleada de mareo me invade, se me llena la boca de saliva. Levanto el pie del acelerador y dejo que el coche avance solo. Hay un hombre con una camiseta verde con una

gran hoja de marihuana en el pecho. No distingo las palabras. A sus pies hay un bate de béisbol manchado de arriba abajo del color de las rosas que bordean el jardín de mi abuela. Un zumbido me llena los oídos. Trago convulsivamente, suplicando que el estómago se me calme.

La cadena del árbol traquetea, el sonido atraviesa el ruido. Una gran cabeza negra se levanta y unos ojos marrones llenos de dolor me traspasan con la mirada. Luego el perro se sacude una vez y queda inmóvil. El bulto negro no se mueve mientras el sol convierte el pelaje en un burdeos iridiscente.

Hay una quietud en el aire. Una banda me aprieta el pecho, como una boa constrictora aplastándome las costillas, licuándome las entrañas. Una respiración entrecortada llena el coche mientras intento aspirar el aire que tanto necesito. El sudor se me acumula bajo los pechos y detrás de las rodillas desnudas.

Una sábana blanca desciende ondeando y cubre al animal. Unas pulseras de colores brillantes tintinean y sigo el sonido hasta las manos que aferran el volante. Parecen de un esqueleto, no de una chica de carne y hueso. Una parte de ella murió cuando tenía siete años. Otra parte murió cuando el perro con el cuerpo destrozado exhaló su último aliento.

—Señora, tiene que circular.

Parpadeo, pero las palabras no me llegan.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

El esqueleto retrocede, dejando mi mano con las uñas rosa chillón en el volante. Le doy la vuelta y veo la palma. Recorro con la mirada las venas que suben por el antebrazo. Tantos tonos de rojo. El temblor empieza en los dedos de los pies y me sube por el cuerpo hasta que me castañetean los dientes.

Una mano en el hombro desnudo me devuelve a mí misma. Un policía me observa desde arriba con gesto preocupado.

—Lo siento. Es que... yo...

Me llevo las manos a la cara.

Me da una servilleta de papel, abre la puerta del coche, me ayuda a salir y lo aparca junto al bordillo. Luego vuelve a donde me

dejó en la calle, me toma del codo y me saca del medio de la calzada donde lo detuve.

—No se siente en el bordillo. Vaya usted a saber en qué se sentaría.

Abre la puerta del coche y me ayuda a sentarme en el asiento del conductor.

—Quédese aquí.

Cuando vuelve, me da una botella de agua.

—¿Se siente mejor?

Tiene cara de buena persona.

—Estoy bien. Ese pobre perro.

El policía tuerce el gesto cuando alguien lo llama.

—Quédese aquí un rato hasta que se vea capaz de conducir. Tengo que volver.

—Siento ser una molestia.

La mano en el brazo es cálida. Reconfortante.

—Me preocuparía más si no estuviera alterada. Cuando llegamos, mi compañero vomitó.

NO RECUERDO el camino a casa. Ya dentro del apartamento, me quité los zapatos de una patada, tiré los bolsos y me arranqué el vestido camino al baño. El sujetador y las bragas fueron detrás, cayendo en un montón. Cuando el agua estuvo caliente, me metí bajo el chorro, con la cara hacia arriba, dejando que el agua me envolviera. Que calmara mis emociones revueltas. Cuando se enfrió, me envolví en el albornoz de Jackson. Me serví una copa de vino para calmar los nervios.

En algún momento llamó.

—Lo he intentado, pero no hay manera de salir de aquí pronto. ¿Dejamos la cena para otro día?

—Claro. Estoy agotada de todos modos. Ya sabes cómo es. Todos convencidos de que su idea es la mejor. Creo que nos vendría bien mejorar los procesos de las reuniones de mejora de procesos.

Se ríe. Normalmente su risa me levanta el ánimo, pero esta noche no.

—¿Puedo hacer algo?

—No. Solo quiero acostarme temprano. ¿Qué te parece sushi mañana para cenar?

—Vale, cariño. Que pases buena noche y descansa. Haré una reserva.

—Adiós, Jackson.

—¿Hope?

—¿Sí?

—Reconozco ese tono de voz. El repartidor de pizza estará ahí en media hora. Asegúrate de comer algo, ¿vale?

Será un marido estupendo. Cuelgo y me quedo mirando las cajas. Antes de darme cuenta, suena el timbre. Jackson ha pagado y ha dado propina al chico por adelantado. El olor a pepperoni llena la habitación y me devuelve a la vida.

Hay una película que llevo tiempo queriendo ver, así que pongo dos porciones en un plato y el resto de la pizza en la nevera. Me acomodo en el sofá y doy un sorbo al vino.

Los créditos se deslizan por la pantalla. Ni siquiera recuerdo que haya empezado la película. Al levantarme, la botella de vino vacía rueda por la alfombra. Un poco achispada, tiro la pizza sin comer y meto los platos en el lavavajillas. Me arrastro hasta la cama y caigo redonda.

La pesadilla me tiene atrapada en sus garras cuando me despierto incapaz de moverme. Jadeos entrecortados llenan la habitación. Ha pasado tanto tiempo desde que soñé con ese día. El suficiente para creer que lo había desterrado a los rincones oscuros de mi mente. Está claro que no. La única opción que tengo es esperar a que la oscuridad retroceda. Tengo los dedos rígidos mientras me incorporo. Entra suficiente luz de las farolas en el apartamento, así que no me molesto en encender las luces mientras busco alivio. La luz brillante de la nevera me hace parpadear. Saco la botella de champán que guardaba para celebrar la mudanza. Jackson traerá más o se conformará con cerveza. El estallido del corcho suena como un disparo y me hace dar un salto.

Voy descalza hasta el baño, aparto la cortina de la ducha, me meto y me siento con las piernas cruzadas, apoyada contra los azulejos fríos. Aquí es donde solía refugiarme cuando era pequeña. Cuando mis padres entraban en guerra. Max y yo nos metíamos, corríamos la cortina y nos quedábamos escondidos. A veces mamá o papá entraban a usar el baño. Nunca supieron que estábamos allí. Max siempre se quedaba callado; intuía el peligro.

Las burbujas me pican en la nariz y la garganta. Obligo a las imágenes a volver a su sitio y bebo de nuevo. Esta noche no voy a pegar ojo.

LA MAÑANA TRAE CLARIDAD. Mientras espero a que llegue Jackson, busco protectoras de animales de la zona. En unos cuantos clics, he donado a varias organizaciones locales y nacionales.

Pasamos el día en un evento benéfico en un jardín que organiza su madre.

—Estás muy callada hoy.

—No dormí bien. Y ya sabes que tu madre siempre me pone nerviosa. Apuesto a que él nunca la llamó mamá. Siempre es «madre».

Jackson me besa en la mejilla mientras me enreda el pelo entre los dedos.

—¿Quieres pasar la noche en tu apartamento? Es tu última noche antes de la mudanza.

Este hombre siempre huele de maravilla. A libros viejos y clavo.

—No. Ya está todo recogido. Quedémonos en tu casa.

—Ojalá lo reconsideraras. Vente a vivir conmigo.

Se me escapa un resoplido.

—¿Y que tu madre tenga que guardar cama una semana? No, gracias.

La mano que tengo en la espalda me reconforta. Llevo otro vestido de Lilly Pulitzer. Uno que me compró su madre. La camisa

azul y los pantalones de seersucker de Jackson combinan a la perfección.

—Madre se acostumbraría con el tiempo. Piénsalo.

Ya, claro. Pondría a todas sus amigas de la iglesia a rezar por mi alma inmortal. Yo sería la malvada tentadora que arrastra a su niño por el camino de la perdición.

El resto del día es agradable. En estos eventos siempre hay comida increíble a raudales. Les he cogido el gusto a los Old Fashioned y los mint juleps.

Esa noche me despierto empapada en sudor. Otra pesadilla. Para no despertar a Jackson, me voy al sofá. No tiene sentido que los dos pasemos la noche en vela. La luz azul de la pantalla ilumina un círculo a mi alrededor en el salón a oscuras.

Tiene que haber algo que pueda hacer. Las donaciones no bastan. Voy haciendo clic en los enlaces de las páginas de animales y acabo en vídeos grabados con cámara oculta de actos indescriptibles. Crueldad terrible. Empresas que cometen atrocidades impunemente. Cuanto más leo, más me doy cuenta de lo injusto que es el sistema. Cierro otra página de noticias. Nada sobre lo que presencié en Wilmington.

Son casi las cuatro de la mañana. Jackson se levantará a las seis y media. Desde que lo conozco, siempre ha sido madrugador. Va a ser un día largo y necesito dormir. Apago el Mac y me acurruco en el sofá, devanándome los sesos en busca de alguna forma de marcar la diferencia.

CINCO

—¿Segura que no lo reconsiderarás? Sé que puedo recuperar tu depósito —dijo Jackson.

Acaba de traer otra carga de cajas al apartamento. Se queda ahí plantado, secándose el sudor de la frente, con cara de esperanza.

—Muy gracioso. Odio hacer y deshacer cajas —digo.

Me encanta lo abierto y luminoso que es este lugar. Tantas ventanas.

—¿Tenías que elegir el tercer piso? Tendrías mucho más espacio en mi casa.

—Míralo así: viviendo separados, no te cansarás de mí.

Se ríe, pero puedo ver el dolor en sus ojos. No hay forma de hacerle entender. ¿Qué le diría? ¿«Por cierto, odio compartir espacio con alguien durante más de una o dos noches»? Mi primer semestre en la universidad tuve una compañera de habitación. El espacio pequeño. La cercanía. Era demasiado difícil, y el siguiente semestre conseguí una habitación individual y no volví a pensarlo. Ser tan íntima con otra persona... se acercaban demasiado. Veían cosas que no querías que vieran.

—Es solo un contrato de seis meses. Volvamos a hablarlo entonces. Quizá para ese momento tu madre y yo estemos listos.

No le hace gracia. Y creo que en el fondo sabe que nunca estaré lista.

Saca el móvil con mucho teatro.

—Estoy anotando la fecha. Dentro de seis meses, Hope se muda conmigo.

Jackson quería que contratara una empresa de mudanzas. Pero como en realidad no tengo tantas cosas, me parecía una tontería. Todas mis cajas y cosas pequeñas caben en nuestros dos todoterrenos. Para las cosas grandes, uno de sus amigos iba a traer su furgoneta. El móvil le suena y por la cara que pone al contestar, me doy cuenta de que algo no va según lo planeado.

Se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Te lo puedes creer? Nos deja plantados para irse a jugar al golf.

Me mira de arriba abajo.

—No vas a poder ayudarme a subir los muebles por tres tramos de escaleras.

—Hace un día precioso.

Sé que tiene razón. Empiezo a sentirme mal por no haber gastado el dinero en una mudanza cuando alguien carraspea en la entrada.

—No he podido evitar oíros. Parece que os vendría bien una mano.

A Jackson se le ilumina la cara y le estrecha la mano al tipo.

—Eso sería genial.

Hace un gesto hacia mí.

—Esta es mi novia, Hope. Yo soy Jackson.

El tipo es muy guapo. De estatura media, con el pelo rubio oscuro y ojos color avellana. Un poco desaliñado, y parpadeo al darme cuenta de por qué me resulta familiar. Se parece mucho a Charlie Hunnam, uno de mis actores favoritos.

—Soy Grayson. Hoy no he hecho ejercicio, así que me vendría bien.

Señala la puerta.

—Vivo dos puertas más allá. Me mudé hace un par de meses. Es un sitio agradable. Me han dicho que con el calor que hace, la piscina abre el próximo fin de semana.

Este tipo y Jackson conectan al instante, como suelen hacer los hombres. ¿Por qué les resulta tan fácil? Nunca he entendido cómo lo

hacen. Con las mujeres es más difícil. Nos evaluamos mutuamente, decidimos si podríamos estar compitiendo por los mismos hombres y si nos gustan las mismas cosas. Luego damos el primer paso. Todo esto de la amistad es muy difícil. La confianza no la regalo. Se gana, y lleva mucho tiempo. Tanto que la mayoría de las posibles amigas se cansan y pasan de largo. Supongo que Jackson es simplemente cabezota.

Con la ayuda de Grayson, descargamos el resto de mis cosas bastante rápido. El apartamento tiene un dormitorio y está en un edificio nuevo, así que tiene todas las comodidades. Electrodomésticos de acero inoxidable, encimeras de granito, un vestidor enorme y muchas ventanas grandes. Por no hablar de las puertas francesas que dan a un balcón de buen tamaño. Todavía huele a nuevo, y soy la primera persona en vivir aquí.

—Vaya, menuda cicatriz.

Me miro el brazo con timidez.

—Tuve un accidente de coche cuando era pequeña. Mis padres murieron y a mí me quedó esto.

—Lo siento.

—No lo sientas. No lo sabías.

He contado la mentira tantas veces que estoy empezando a creérmela. Tampoco es que quisiera decir: «Mi padre me cortó con un cuchillo de sierra una noche que iba borracho». Vamos, bienvenidos a la familia disfuncional y cutre.

—¿Qué es eso?

Grayson señala mi batido verde como si fuera un vaso lleno de barro o de bichos.

—Ni preguntes.

Jackson hace una mueca de la que cualquier niño de dos años estaría orgulloso.

—Se los bebe para desayunar todos los días. A veces también para comer. Pregúntale qué llevan y prepárate para decir que no cuando te ofrezca probar.

Le ofrezco el tarro de cristal.

—Prueba. Están buenos y son sanos. ¿Eso de *que tu alimento sea tu medicina*? ¿Te suena?

Jackson finge que le parecen asquerosos, pero a veces él también se bebe uno. Dice que no quiere que desperdicie lo que no me cabe en el vaso. Ya, claro.

—Este lleva plátano, espinacas, mango y agua de coco.

Grayson da un sorbo y hace una mueca.

—Qué asco. Creo que he visto unos dientes de león en el césped de ahí fuera. ¿Por qué no los añades? Piensa en todo el dinero que podrías ahorrar si te llevas las bolsas cuando los jardineros terminen de cortar el césped.

Los dos se ríen, encantados con su propia gracia.

—Muy graciosos, vosotros dos. Y para que lo sepáis, las hojas de diente de león *sí se pueden* comer.

Apuro el último sorbo del batido y me relamo.

—Delicioso. Cuando los dos estéis cojeando después de vuestro segundo reemplazo de rodilla y cadera, yo estaré haciendo yoga y aparentando veinte años menos.

No parecen muy convencidos.

—Vale —digo—. Terminemos con esto para que mañana no esté pisando cajas cuando me vaya a trabajar.

Mientras ellos traen el resto de los muebles, yo deshago cajas.

—... No, tío. Mi padre es médico. Yo soy abogado, trabajo para mi tío. Tiene su propio bufete. ¿Y tú?

—Soy ACO del condado de Wake. Perdón, oficial de control animal.

—Debe de ser agradable estar al aire libre todo el día. Yo tengo suerte si consigo jugar unas rondas de golf un par de veces por semana.

Grayson se ríe.

—No me imagino pasarme el día encerrado en una oficina.

Lleva una camiseta gris, y los músculos de sus brazos se tensan mientras él y Jackson cargan el armario. Ambos están en buena forma física, y me propongo dejar de prepararme flotadores de cerveza de raíz por las noches.

—¿Dónde quieres el escritorio?

Señalo hacia el dormitorio.

—En la misma pared que la puerta del armario.

—Los de las mudanzas de todo el mundo deben de estar encantados con la invención de las tabletas y los lectores electrónicos.

—Vale, cariño. Pico. ¿Por qué?

Grayson parece estar esperando el remate. Pero Jackson no cuenta chistes. Mi novio hace un gesto con la barbilla hacia mí.

—Antes tenía libros apilados por todas partes. Del suelo al techo. En cada habitación. Habríamos tenido que subir veinticinco cajas por tres tramos de escaleras.

—¿Por qué te deshiciste de tus libros?

Grayson se apoya en el marco de la puerta. No ha hecho más que ser amable y servicial. Aun así. Hay algo en él que me incomoda. Como si él lo viera todo con demasiada claridad.

—No la hagas empezar. Por su cumpleaños, hace unos meses, le compré un lector electrónico con todos los libros que tenía por ahí ya cargados. Y le di una tarjeta regalo para comprar más. Donó todos los de tapa dura y los de bolsillo.

Mira alrededor del piso.

—Aunque ahora que no los veo, casi me da miedo preguntar cuántos tiene ahí guardados, esperando a que los lea.

—Yo no leo. No me imagino tener un montón de libros ocupando espacio —dice Grayson.

—Yo tampoco. Prefiero salir a jugar al golf.

—Os estáis perdiendo mundos enteros —digo—. Y en mi humilde opinión, nunca hay suficiente té dulce ni demasiados libros.

Continúan su conversación en el dormitorio mientras montan la cama antigua de hierro. Las palabrotas que sueltan mientras forcejean me hacen sonreír. La cama es preciosa. Como algo que te imaginarías en la buhardilla de un artista en París, pero es un coñazo montarla.

—... puede ser terca. Incluso me ofrecí a pagar a los de la mudanza, pero dijo que era ridículo teniendo tan pocas cosas. A veces es más fácil seguirle la corriente. ¿Sabes a qué me refiero?

Oigo un murmullo bajo. La voz de Grayson, pero no distingo lo que dice. La voz de Jackson, en cambio, se oye perfectamente, como si supiera que siempre es el centro de atención.

—Es tan diferente. Mi madre ni siquiera metería la compra en casa. Para eso tiene a la asistenta. Claro que la asistenta también hace la compra.

Oigo risas bajas, y Jackson dice:

—No. Tampoco tiene asistenta. Dice que el piso es demasiado pequeño para justificar una. Pensé que a mi madre le iba a dar algo cuando se enteró de que Hope limpia su propio piso.

En la cocina, pongo los ojos en blanco. Ya he limpiado todos los armarios. El piso será nuevo, pero mi abuela me arrancaría la cabeza si no limpiara los armarios antes de guardar los platos. Cuando me instale esta noche, la llamaré. Es la única persona con la que podría vivir. Sabe por qué soy como soy.

He intentado que venga a vivir conmigo, pero no quiere ni oír hablar del tema. Todos sus amigos están en Kansas y le gusta ir a visitar la tumba del abuelo cada semana. Ha sido como una madre para mí. Me crió desde los siete años, y la echo muchísimo de menos. Ya va siendo hora de que me tome una semana de vacaciones para ir a verla. Recargar las pilas.

Para cuando termino de guardar todo en la cocina, Grayson y Jackson están sentados en el balcón tomándose una cerveza. Da al bosque en lugar de a la piscina. La vegetación y el canto de los pájaros me calman el alma.

Saco las cajas y las dejo con las demás vacías junto a la puerta. Los chicos han dicho que las bajarán al reciclaje cuando terminen las cervezas. Pongo el temporizador en trece minutos. Un descanso me vendría bien. El té dulce está listo. Me sirvo un vaso y oigo a Grayson decir:

—Es duro. Crees que conoces a alguien. Pensaba que éramos felices juntos. Y un día llega a casa y me dice que se acabó. Que no soy lo bastante ambicioso para ella. Me dejó por un bróker. El divorcio se cerró hace unos meses. Entonces decidí que me vendría bien un cambio. Así que acepté el trabajo aquí. Dejé Wilmington y me vine a vivir aquí.

—Lo siento, tío. Tienes que salir con nosotros una noche. ¿Juegas al golf?

Grayson se ríe.

—Eso es un deporte de ricos.

Me siento en la silla de hierro forjado junto a ellos.

—Ten cuidado. Jackson siempre anda intentando convertir a todo el que conoce a la religión del golf.

Las uñas de mis pies, pintadas de coral, brillan bajo el sol de la tarde. Apoyo los pies en la barandilla y levanto el vaso hacia los dos.

—Gracias por toda la ayuda.

Miro a Jackson y arqueo las cejas. Él asiente.

—¿Por qué no te quedas a cenar? Nada del otro mundo, solo unas pizzas.

—Encantado. Yo traigo la cerveza.

SEIS

Cada semana espero con ganas la clase de arte. Nos reunimos los martes y trabajamos en una técnica diferente cada dos meses. No soy muy buena, pero me gusta pintar. Sumergirme en algo que es solo para mí. ¿Lo último? Abstractos. La sesión pasada se centró en naturaleza muerta. Varias frutas y verduras. Si no vuelvo a ver una naranja o una zanahoria en mi vida, seré feliz.

La palabra «interesante» me viene a la cabeza mientras doy un paso atrás y observo el lienzo. No tengo ni idea de qué se supone que representa, pero las líneas curvas y los colores vibrantes me dicen algo, así que me dejaré llevar.

La instructora anuncia:

—Muy bien, todos, suelten los pinceles. Traigan su lienzo al frente.

Todos debemos poner nuestro trabajo en la repisa sin mirar el de los demás. Y no firmamos la obra. No hasta que terminemos toda la sesión. La clase se reúne alrededor. La instructora es exactamente lo que me imaginaría al pensar en una vieja hippie. Tiene el pelo largo y canoso, que suele llevar en una trenza, y vestidos vaporosos. Lo único que le falta para completar la imagen es una corona de flores en la cabeza. Apuesto a que fuma algo de hierba en casa mientras habla de poetas de hace siglos y del sentido de la vida. Es increíblemente amable, y cuando la miras a los ojos grises, casi puedes ver a la Madre Tierra en sus profundidades.

El estudio está en lo que antes era una fábrica de botones. Me encanta el ladrillo visto y los ventanales enormes. Por no hablar de algunas de las máquinas antiguas que quedan por ahí. Al final de cada clase, todos intentamos adivinar quién hizo cada obra. Algunas las identifico fácilmente. Marla siempre usa morado y verde. Y Andy siempre pone lo que parecen tetas en sus cuadros.

—Y esta. Miren los preciosos tonos pastel y todo ese rosa. Es tan suave. Casi como si estuviera dentro de una nube de algodón de azúcar —dice la instructora.

Sonríe y me mira directamente.

—Esta tiene que ser tuya, ¿verdad, Hope?

—No. Ese es el mío —digo, señalando el lienzo de la izquierda.

Parece furioso. Hierve de rabia y oscuridad junto a aquella esponjosidad de pastelería.

Los ojos de la hippie se abren como platos.

—Vaya sorpresa. Percibo profundidades ocultas.

Me mira de nuevo, con expresión pensativa, antes de volverse hacia la clase.

—Miren qué oscura es esta pieza. La energía y los sentimientos que pulsan con vida.

Se vuelve hacia mí.

—Dios mío. Debe de haber un mundo entero dentro de esa cabeza tuya. Jamás habría adivinado que esta obra era tuya.

Se ríe nerviosa, y yo miro mi trabajo más de cerca, preguntándome qué ve que la hace mirarme como si fuera a salir volando en mi escoba.

AL SALIR DEL PARKING, camino a paso rápido hasta la esquina y me detengo a esperar que cambie el semáforo. El sonido de alguien jadeando me hace girarme. El tipo está empapado en sudor. ¿Cuánto tiempo llevará corriendo? ¿Y a qué hora tiene que entrar a trabajar para poder correr a estas horas? Quizá viva en el centro. Yo solo corro cuando no consigo calmar la mente después de meditar o

hacer yoga. Correr hasta quedar agotada me ayuda a resetear el cerebro.

—¿Qué esperas?

Está trotando en el sitio a mi lado. ¿Es que no ve el semáforo?

—Al muñequito verde.

Frunce el ceño y mira a derecha e izquierda.

—Pero si no hay ningún coche. Ni uno.

—Son las normas. Mi empresa es bastante estricta.

El tipo hace una mueca y cruza la calle trotando. Unos segundos después, el semáforo se pone verde y cruzo, llegando a mi escritorio con diez minutos de margen. No es que nadie controle el horario. Como tengo sueldo fijo, no ficho. Es solo que llegar tarde me descoloca el día entero. ¿Y quién necesita eso? El trabajo ya es bastante estresante de por sí.

A la hora de comer ya voy adelantada con lo que tenía previsto para el día, así que me premio con un batido de chocolate. Mientras navego por varias webs de noticias, una noticia me llama la atención.

Skipper McNeary, de Wilmington, ha sido acusado de maltrato animal por matar a su perro. La policía afirma que les dijo que el perro se había vuelto agresivo y tuvo que sacrificarlo.

Bien. Me alegra leer que se enfrenta a la pena máxima. El tipo merece ir a la cárcel por lo que hizo.

De vuelta a casa desde el trabajo, me desvío. La escena de Wilmington sigue apareciendo en mi cabeza en los momentos más inesperados. Así que hoy paso por el refugio de animales. Un sitio donde nunca he querido entrar. Demasiadas historias tristes. No he tenido una mascota desde los siete años. Quizá sea el momento.

La recepcionista es simpática cuando entro en el vestíbulo.

—Esta noche es nuestra jornada de puertas abiertas. Tenemos muchos perros y gatos que buscan un buen hogar.

Parece que todavía está en la universidad. Mucho más joven que yo, aunque solo debemos llevarnos un par de años. Este trabajo me está chupando el alma.

—No creo que esté lista para adoptar, pero he pensado en echar un vistazo.

—No pasa nada. A veces son ellos los que te eligen. Sígueme.

Hay dos salas separadas. Una con gatos y otra con perros. Algunos animales están dormidos, otros dan la espalda a la gente que los mira y otros se acurrucan en un rincón. Un par de perros menean el rabo y parecen contentos, como diciendo: «Elígeme a mí».

Durante unos minutos estoy bien. Luego me cuesta respirar, se me cierra la garganta, la cabeza empieza a latirme con fuerza y oigo gritos que me llenan el cerebro.

—¿Hope? ¿Qué haces aquí?

El alivio me inunda al oír una voz amiga, y el horror se aleja.

—Grayson. No sabía que trabajabas aquí. Se me ocurrió entrar a echar un vistazo. Leí lo de los animales que trajeron de un caso de acumulación compulsiva y que necesitaban hogar.

—Sí, aquí trabajo. A ver si adivino. ¿Un gato o un perro grandote y bonachón?

Niego con la cabeza.

—Todavía no estoy lista para comprometerme. Viajo mucho por trabajo. Así que querría asegurarme de que lo que elija esté bien pasando tanto tiempo solo.

—Está bien que pienses en el tiempo que tienes.

—El artículo del periódico sobre la acumulación compulsiva...

Se le hunden los hombros.

—Fue un caso grave. Los niveles de amoníaco eran tan altos que tuvimos que entrar con trajes de protección química.

—¿Qué le pasó a la señora? ¿Fue a la cárcel?

—No. Tiene una enfermedad mental. Perdió a su único hijo en un accidente de tráfico por alcoholemia y todo se le fue de las manos. Estamos trabajando con ella.

—¿Y qué pasó con el tipo que arrastró al perro detrás de su camioneta? ¿Fue a la cárcel?

Grayson suspira y mira a otro hombre que se ha unido a nosotros.

—¿Quieres contárselo tú, Fred?

—Tenía información que la policía quería sobre una red de narcotráfico, así que le dieron libertad condicional. Pero no puede

tener animales en dos años.

Me quedo atónita.

—¿Eso es todo? No parece justo.

—Es la ley.

—Quizás alguien debería haberlo arrastrado a él detrás de una camioneta.

Fred asiente y empieza a responder, pero lo interrumpe una mujer que los llama a él y a Grayson a su despacho. Tengo que salir de aquí. Fue un error venir.

—¿NO crees que había algo raro en esa chica?

Grayson puso los ojos en blanco.

—Tío, ¿qué chica? Había como cincuenta aquí esta noche.

—Ya sabes, con la que estabas hablando.

—¿Hope? No, está bien. Vive en mi edificio, acaba de mudarse.

Fred no parecía convencido.

—Parecía muy intensa. Hay algo en ella. No sabría decir qué es.

—¿Qué? ¿Porque no adoptó un animal? Al menos piensa en el bienestar del animal, en que pasa fuera de casa todo el día. No como algunos de estos. De todos modos, hizo una buena donación, ¿qué más quieres?

—Es un poco sanguinaria.

—¿Lo del ojo por ojo? No vendría mal.

—Puede que tengas razón. Ha sido un día largo. Nos vemos mañana.

Grayson pensó en Hope. Parecía bastante agradable. Un poco sencilla, pero de esas chicas que puedes llevar a casa a conocer a tus padres. Aunque había algo en sus ojos. Se preguntó por qué no lo había notado antes. Probablemente porque estaba demasiado ocupado ayudando a su novio a cargar los muebles. Pero había algo quieto en ella. Algo que la diferenciaba. Lo había notado cuando se sentó junto a ellos en el balcón. Estaba justo allí y, sin embargo, muy lejos.

Había una intensidad y una especie de tristeza detrás de su mirada. Solo tenía veinticuatro años, pero sus ojos parecían los de una anciana. Una que hubiera visto demasiado dolor y sufrimiento en su vida. Era la misma mirada que había visto en algunos de los animales.

Menuda ridiculez. Todos esos libros de psicología que leía su ex se le estaban pegando.

—Oye, ¿quieres ayudarme a arrear unos pavos que se han escapado antes de irte?

Malcolm sonrió.

—Tiene que ser más fácil que lo del emú.

Grayson le dio una palmada en el hombro mientras se dirigían a la camioneta.

SIETE

Mientras espero en la cola del supermercado, una conversación a mis espaldas me llama la atención. Dos chicas de mi edad comentan el contenido de sus cestas. Una de ellas tiene esa mirada ilusionada e idealista que suele durar más o menos el primer año de trabajo en el mundo real antes de desvanecerse para siempre.

Escuchar conversaciones ajenas es el mejor entretenimiento cuando me toca hacer cola. Una ventana a la vida de un desconocido. Giro ligeramente el cuerpo para oír mejor lo que dicen. La chica de mirada soñadora se asoma a la cesta y saca un paquete de carne picada.

—Me alegro mucho de que ya no haga falta que los cazadores maten animales. O sea, ¿para qué, si puedes comprar la carne picada en un paquete, lista para cocinar?

La rubia se vuelve hacia su amiga pelirroja con expresión perpleja. Yo finjo leer los titulares de las revistas del corazón expuestas junto a los caramelos. Comida basura para la mente y el cuerpo, todo en el mismo sitio.

—Eh, ¿y tú cómo crees que llega la carne al paquete?

La idealista ladea la cabeza y mira hacia la derecha. No puedo evitar sonreír cuando responde:

—De la fábrica, boba.

—Ya. Pero ese paquete antes era una vaca. Ya sabes, muuu muuu, retozando por el campo. Solo que la mayoría están en una

nave industrial, no en un prado bonito.

—Qué triste. Yo me moriría sin sol. Creo que las vacas simplemente se quedan dormidas por falta de vitamina D y luego nosotros compramos la carne en el paquete aquí en el súper. No viene de una vaca de verdad.

La rubia suspira como si estuviera acostumbrada a su amiga atolondrada. Me muerdo el interior de la mejilla para no soltar una carcajada. Nunca me había alegrado tanto de que hubiera una cola larga. Es la conversación más entretenida que he escuchado en mucho tiempo.

—Ni de lejos. Matan a las vacas y las trituran para hacer carne picada y otros productos. No sé, quizá cazar sea más humano. Al menos matan lo que comen. Nosotros solo venimos aquí y compramos un paquete envasado. Sin complicaciones.

La pelirroja se da la vuelta para irse y la rubia le grita:

—Eh, ¿adónde vas?

—Voy a devolver esto. Si hubiera sabido que este paquete de carne picada venía de una vaca de verdad... Es que no puedo. Las vacas son monas. Uno de mis cuentos favoritos de pequeña era sobre una vaca que se llamaba Bella. A partir de ahora, fruta y verdura para mí, nena.

—Odias la verdura.

—Ah. Es verdad. Pues fruta y cereales. Me encantan los cereales y no tengo que pensar en los ojitos tiernos de una vaca mirándome.

—Lo que tú digas. Yo esta noche me hago un filetazo jugoso a la plancha.

—¿Señorita? —Me aparto de las chicas y coloco mis artículos en la cinta, con una sonrisa de oreja a oreja.

A medida que pasan los días, no consigo olvidar lo que presencié en mi viaje a Wilmington. Cada vez que cierro los ojos, la escena se repite una y otra vez.

Los largos paseos matutinos se han convertido en mi rutina. Antes era de las que dormía fácilmente hasta las ocho o las nueve si no tenía que madrugar. Pero ahora, incluso los días laborables en los que normalmente me levanto a las siete, estoy tumbada en la cama, completamente despierta a las cuatro y media de la mañana. Más

vale hacer algo útil. Así que me levanto y camino. Con suficientes kilómetros, espero que las imágenes se vayan por su cuenta.

Por una vez, la justicia actúa con rapidez. Cuando vi el artículo en el periódico por primera vez, anoté el nombre del hombre. No sabría decir por qué, solo que necesitaba saber qué iba a pasarle. Cuánto tiempo pasaría en la cárcel por lo que hizo. Y un recuerdo largo tiempo enterrado empezó a arañar una puerta maltratada y con muchos candados en una habitación polvorienta de mi cabeza.

Obsesiva. Así me siento tecleando su nombre en la web del juzgado varias veces al día, desesperada por saber qué pasará. Normalmente voy al trabajo, me concentro por completo en mi empleo, luego vuelvo a casa y me relajo. Pero me está costando mantener el rumbo.

Durante el desayuno, me como mi bol enorme de cereales crujientes con nubes de colores. Me encantan esas nubes totalmente procesadas. Ahí está.

Skipper McNeary, 43 años, recibió libertad condicional... El señor McNeary tiene prohibido tener animales durante dos años.

¿Qué clase de nombre es Skipper para un hombre adulto? Leo la breve sentencia una y otra vez. ¿Mató a ese pobre perro negro y solo le dan un tirón de orejas? Cierro el portátil de golpe. ¿Qué demonios le pasa a este mundo? ¿Es que no saben lo que hará después? Que la maldad pasa de hacer daño a los animales a hacer daño a las personas. La injusticia me inunda el cerebro y se repite una y otra vez.

EL PERRO PASTOR ESTABA TUMBADO bajo el seto. Grayson se había acercado lo suficiente unas semanas antes para ver que era macho, y grande además. Debía de pesar unos cuarenta kilos. Antes de echarse a la fuga, el perro habría sido un ejemplar magnífico, pero ahora parecía una fregona sucia.

El perro se estaba ganando una reputación tremenda en la oficina. Algunos compañeros de Grayson habían empezado a

llamarlo el perro fantasma, por su astucia para escapar de la captura.

Pasó despacio con el coche por delante de la casa y aparcó a la vuelta de la esquina. Para cuando llegó a la casa, el perro había desaparecido. Era como si nunca hubiera estado allí.

De vuelta a la furgoneta, Grayson se rio entre dientes y lo comunicó por radio.

—Se ha vuelto a escapar. Juraría que ha reconocido la furgoneta.

Un vecino había dado el aviso, aunque Grayson sabía que la gente estaba alimentando al perro a juzgar por lo gordito que estaba. Oyó a una niña decir que esperaba que nunca lo capturaran, que debería correr libre para siempre. Claro que ella también creía en los unicornios.

Grayson consultó el siguiente aviso y se dirigió a un barrio residencial de alto nivel, donde un gato estaba aterrorizando a los pájaros en el jardín de un hombre. Colocaría una trampa con comida para atrapar al gato.

FRED HAMILTON LLAMÓ a centralita para avisar de que iba a comprobar uno de sus casos. Quería asegurarse de que el propietario en cuestión no tuviera más perros. La casa tenía un aspecto normal en un barrio de clase baja. El tipo que vivía allí... el interior de la casa parecía un vertedero.

Se acercó despacio con el coche. Por la radio oyó a Grayson hablando del perro fantasma que llevaban más de un año intentando atrapar sin éxito. Al rodear la parte trasera de la casa vacía, soltó una risita.

Espera. Había algo extraño en la puerta. Fred se acercó para verla mejor. Se oyó un estallido y tardó un segundo en procesar el sonido. Un segundo de más.

Fred abrió los ojos con la nariz y la boca llenas de tierra y hierba. Todo le ardía. Intentó darse la vuelta, recuperar el aliento. Al exhalar, una fina niebla roja le salpicó la cara. Un tipo salió corriendo

de la casa con una escopeta en la mano. Fred intentó alcanzar la radio, pero la mano le falló. Mirando al cielo, se preguntó cuándo había empezado a hacer tanto frío.

OCHO

—No, no pienso llevarte al campo de tiro. ¿Para qué diablos quieres ir?

Jackson Huntington III entrecierra los ojos verdes y me mira como si le hubiera preguntado cómo fabricar una bomba en el fregadero de su cocina.

—Ya sé disparar. Mi abuelo me enseñó cuando tenía diez años, pero no he practicado tiro al blanco desde el instituto. ¿No crees que todas las mujeres deberían saber defenderse?

Al reconocer el inicio de una discusión de las de siempre, se pasa la mano por el pelo castaño rizado, que se le eriza por toda la cabeza como un puercoespín. Si me río ahora empezará una pelea enorme, así que me trago la risa.

—Me tienes a mí. No tienes que preocuparte por defenderte. Te llevaré a tirar al plato. ¿Con eso te vale?

—Como si eso sirviera de algo. No me preocupa que me ataque una bandada de pájaros. Además, tú vas de caza.

—Es diferente. Papá y yo lo hacemos juntos. Todos los hombres de nuestro círculo lo hacen. A mi madre le daría un infarto si se enterara de que vas al campo de tiro conmigo. Si buscas algo en que ocupar el tiempo, ¿por qué no colaboras con ella en la recaudación de fondos para la biblioteca? Te encantan los libros. Cada vez que te veo, tienes la nariz metida en uno.

Esta conversación no lleva a ninguna parte. Como la mayoría de las cosas en mi vida, supongo que tendré que hacerlo yo sola.

Jackson viene de una familia muy adinerada. Sus padres tienen ideas muy cerradas sobre el papel que deben desempeñar el hombre y la mujer en una relación. Siempre me hacen sentir que estoy haciendo algo inapropiado. A veces me pregunto: ¿por qué está conmigo? Seguramente, de forma inconsciente, es para fastidiar a sus padres. Hablamos de una familia que tiene su nombre en un edificio de la Universidad de Duke. Su madre quiere para su hijo una chica de la Junior League, de las Hijas de la Revolución Americana, con la sangre tan azul que parece hielo. Como su ex, que hace voluntariado en el Bargain Box y teje nidos diminutos para polluelos heridos. En fin.

Toca calmar los ánimos.

—Tienes razón. Últimamente el trabajo ha sido una locura y pensé que sería una buena forma de desahogarme. Creo que saldré a dar un paseo; eso siempre me ayuda.

—¿Debería hablar con mi madre sobre la recaudación de fondos?

—Todavía no. En el trabajo estamos entrando en época de mucho lío, así que no quiero comprometerme ahora y luego tener que dejarla tirada.

Se inclina y me besa en la mejilla.

—Avísame si cambias de opinión, cariño.

Mientras su silueta se recorta en el umbral, tengo la extraña sensación de que está saliendo de mi vida.

—¿Hope? ¿Estamos bien?

—Estamos bien. Ve a jugar al golf con tus amigos.

Lo despido con la mano y me consuelo pensando que técnicamente no he mentido. Simplemente he omitido lo que he decidido hacer.

EL EDIFICIO ANODINO se encuentra aislado en una carretera secundaria de Garner. Dentro, me saluda un tipo con camisa azul

que lleva el logo de la empresa en la manga izquierda. Tras unas cuantas preguntas, me da una charla de seguridad. Lo bueno del Sur es que casi nadie te pregunta por qué quieres disparar. Lo entienden.

—Hace tiempo que no practico tiro al blanco. No tengo arma propia. ¿Se puede alquilar una? *Mentirosa*. *Tienes dos.*

—Claro que sí. ¿Qué tenías en mente?

Me muestra las armas que tienen disponibles. Busco una similar a las que tengo en el apartamento, enterradas.

—¿Qué tal esa?

—Revólver Smith & Wesson del calibre 38. Un clásico. Dispara cinco balas antes de tener que recargar.

—¿No pesa demasiado?

—No, es una buena elección para una señorita. Mi mamá guarda uno en su mesita de noche.

—Pues venga.

Nadie me presta atención mientras algunos hombres se van y otros entran a disparar. Uno de ellos, algo en su forma de moverse, me hace fruncir el ceño. Algún tipo de agente de la ley. Tomo nota mental de mantenerme alejada de él.

—Aquí tienes una caja de munición. ¿Cuántas dianas quieres hoy?

Señalo la diana con el dibujo de un delincuente de cómic.

—Como hace mucho que no practico, quiero volver a cogerle el tranquillo. ¿Qué tal tres de esas?

Es uno de esos momentos en los que desearía haber traído alguno de mis recuerdos de la universidad. No la sudadera, desteñida y suave, sino mi carné falso. Cuando lo conseguí, me reí al ver que era de Carolina del Norte y que el nombre era Caroline Pope. Luego pensé que era una señal cuando me ofrecieron el trabajo aquí, así que lo guardé con la esperanza de que me siguiera dando suerte. ¿Por qué no habré pensado en traerlo hoy? Bueno. No es ningún delito ir a un campo de tiro.

El empleado, muy servicial, coge mi carné de conducir y me hace una tarjeta de socio. Me entra el pánico pensando en el falso y me planteo ir a casa a buscarlo. Pero al final entrego mi carné. El falso

me trajo buena suerte, así que esperemos que lo siga haciendo. Tomo nota mental de desenterrarlo. Volver a llevarlo encima como mi propio trébol de cuatro hojas. El tipo que me hizo el carné se los hacía a todos en mi residencia. Era estudiante de arte y así se pagaba la carrera.

Una vez me lo encontré en el estudio de arte a altas horas de la noche. Estaba copiando dos de mis obras favoritas de Mary Cassatt. *Niña con sombrero de paja* y *Niña en un sillón azul*. Sonreí cuando se encogió de hombros y me dijo que eran para un imbécil pretencioso de Wichita. Dijo que los carnés y las pinturas falsas le daban para vivir. No tenía familia ni a nadie que le echara una mano. Todo recaía sobre él. Todos hacemos lo que hay que hacer para salir adelante.

Jackson está jugando al golf hoy, como casi todos los fines de semana, salvo que hayamos quedado en hacer algo durante el día. Mi coartada era pasar el día en Seagrove con una amiga del trabajo. No era del todo mentira. Lisa va a pasar el día a Seagrove. Le pedí que me comprara un par de platos más de O'Quinn Pottery. Llevo un tiempo coleccionando piezas sueltas. Con lo que me traiga hoy, tendré vajilla completa para cuatro. Los platos son resistentes y el esmalte precioso. Morados y azules. Me gusta apoyar a los artesanos locales. Hemos quedado en cenar juntas más tarde. Recogeré mis platos, ella podrá presumir de su primer jarrón de Phil Morgan, y mañana se lo enseñaré a Jackson cuando venga.

Normalmente el Museo de Arte de Carolina del Norte no empieza con las películas al aire libre hasta finales de mayo. Pero con el calor sofocante, una donación extra y fechas libres en la programación, este año se han adelantado. La primera es mañana. El resto serán los sábados, y a los dos nos encanta ir. Fue lo que hicimos en nuestra primera cita. Es genial hacer un pícnic y ver una película bajo las estrellas. La proyectan contra la pared. Y mañana una pequeña orquesta tocará antes de la película. Una forma perfecta de terminar la semana.

El encargado del campo de tiro me lleva hasta mi puesto. El lugar es todo hormigón y paredes grises. Aunque llevo protección auditiva, oigo el estallido amortiguado de los disparos. Ahora entiendo por

qué la gente dice que el petardeo de un coche suena parecido. Hay hombres en los puestos disparando todo tipo de armas mientras pasamos, hasta que nos detenemos en el último.

—He pensado en ponerte al final. No vaya a ser que dejes en ridículo a todos estos tipos.

Consigue arrancarme la risa que buscaba.

—Parecen tiradores bastante buenos.

El Abuelo era un tirador de primera, y yo solía ser aterradoramente precisa. Pero eso fue hace mucho tiempo. Por aquel entonces gané tantos banana splits por dar en el blanco que empecé a cambiarlos por libros y otras cosas. Es evidente que he perdido práctica, porque mis primeros seis o siete disparos van cada uno a un sitio. El tipo que me pareció policía está disparando en el puesto de al lado. En un descanso, se acerca.

—¿Primera vez?

—Aprendí de pequeña, pero hace mucho que no disparo. ¿Se nota tanto?

—Te encoges al apretar el gatillo.

Se coloca detrás de mí. Su aliento cálido contra mi oreja.

—Tienes que exhalar despacio y apretar.

Un disparo más. Esta vez le doy a la silueta del criminal en el brazo.

—Mejor. Ahora alinea las miras. Pon el punto de mira en el centro del alza y nivélalas. No bloquees el brazo, pero mantenlo recto. Cuando tengas las miras alineadas, apunta donde quieras que impacte la bala. Como si señalaras con el dedo. Ahora exhala despacio y aprieta.

Oigo los latidos de mi corazón dentro de los protectores auditivos. Respiro despacio, inspirando y espirando, como cuando medito. Todo lo demás desaparece salvo mi objetivo. La cara de caricatura se transforma en una con una mueca de desprecio. Una que tengo grabada en la memoria.

—Bien. Mucho mejor.

Dejo el arma en la repisa que tengo delante, apuntando hacia la galería. Está vacía. El tipo que tengo detrás alarga la mano y pulsa un interruptor para acercar el blanco.

—Bien, buena agrupación. Eres buena tiradora. La mayoría de las mujeres lo son. Cuando se lo proponen, van a por todas.

Se ríe.

—Menos mal que no son las mujeres las que protagonizan la mayoría de los tiroteos.

Me río con él.

—Claro que, si lo fueran, quizá habría mucha menos gente mala suelta por ahí.

—Cierto. Aunque sin malos, me quedaría sin trabajo.

—¿Eres policía?

—Policía de tráfico estatal. Vivo cerca. Me llamo Kevin.

Extiende la mano. Se la estrecho y noto que tiene unas manos enormes.

—Yo soy Hope. Gracias por la ayuda.

—De nada. Espero volver a verte, Hope.

Los dos nos reímos.

—Yo también. A ver si para entonces soy mejor tiradora.

Más me vale. Al fin y al cabo, ¿cómo era aquello? Aún me quedan millas por recorrer antes de dormir…

NUEVE

La casa de Jackson es mucho más bonita que mi apartamento. Aunque, considerando que vive en el mismo barrio que sus padres... esa parte no es tan agradable. Su madre siempre se pasa por aquí. Mientras estoy en la cocina bebiendo mi té, miro por el ventanal que da al jardín trasero. Su madre contrató a un paisajista de postín, y tengo que admitir que hicieron un trabajo precioso. Todo está en flor en esta época del año, un auténtico paisaje impresionista.

El aire acondicionado se enciende y tiemblo. Decido leer el periódico en el porche con mosquitera mientras espero a que Jackson baje. Hoy en día, habría pensado que los periódicos desaparecerían, pero no. El olor a tinta de imprenta me inunda mientras lo llevo desde el camino de entrada hasta la casa. Ya hace un calor sofocante. El calor me golpea en cuanto salgo del aire acondicionado helado y me adentro en la humedad típica de Carolina del Norte. Estaría bien que refrescara para cuando vayamos al cine esta noche.

Antes de que Jackson y yo nos juntáramos, creo que la última vez que leí un periódico fue cuando vivía en Kansas. Mis abuelos recibían el periódico todos los días. El abuelo se sentaba en la cocina, bebiendo café, leyéndolo de cabo a rabo. Siempre en orden y siempre comentando los artículos. ¿Yo? Me gustaban las tiras cómicas.

Un vaso de té dulce con menta fresca y estoy lista. El vaso suda, dejando un cerco húmedo en la superficie de cristal de la mesa de hierro forjado. Una pequeña columna enterrada hacia el final de la primera sección, en la esquina inferior derecha, me llama la atención.

Sean Manfred, de 25 años, de Whiteville, fue acusado de crueldad animal. Una corredora matutina vio al hombre cubrir la cabeza del pit bull con una bolsa de plástico. La mujer, horrorizada, lo vio pisotear la cabeza del perro. Los agentes de control de animales acudieron al lugar, junto con la oficina del sheriff del condado de Columbus. El perro recibe tratamiento por una mandíbula rota, otras fracturas y laceraciones.

El vaso de plástico de té helado sale volando de la mesa, golpea las tablas de madera y rebota tres veces antes de rodar hasta la esquina. El té se filtra por las grietas, el hielo se dispersa por todas partes. Me tiembla la mano mientras me agacho para limpiar el desastre con la servilleta de tela.

¿Qué les pasa a las personas? Desde lo de aquel pobre perro en Wilmington, parece que veo muestras de la crueldad de la gente dondequiera que mire. Es como cuando compras un coche nuevo. Antes de comprarlo no te fijabas en la marca y modelo o el color, pero una vez que lo tienes... dondequiera que mires, ves el mismo coche que el tuyo. Por mucho que lo haya intentado durante la última semana y media, no puedo dejar de ver el bate ensangrentado.

Con un clic, hago una foto del artículo y la guardo en mi teléfono. Luego creo un álbum llamado «ideas de decoración» y la muevo allí. Por si acaso Jackson mira mi teléfono. Nunca mirará ideas de decoración, y tengo cuidado de mantener la pantalla bloqueada en el trabajo. No es que tenga fotos sexis de Jackson, pero es una cuestión de principios: la información de mi teléfono es privada.

Una vez limpio el desastre, pongo el vaso en el lavavajillas y me lavo las manos. Mientras observo una mariposa posada en el borde de la fuente, no puedo evitar preguntarme: ¿qué está intentando decirme el universo?

—VAMOS. Dijiste que me darías a Bubbles. Solo te la quedas para fastidiarme.

Grayson estaba en la entrada de la mansión. Tenía que admitir que su exmujer estaba guapa. Allí estaba, con los brazos cruzados, fulminándolo con la mirada. La casa tenía fácilmente cuatrocientos cincuenta metros cuadrados. Sin duda había mejorado de nivel.

—Bubbles es feliz aquí. Tiene espacio para jugar y un enorme porche con mosquitera y jardín. Tú vives en un apartamento diminuto. No hay suficiente espacio para ella contigo.

—No necesita mucho espacio. Lo acordamos.

Odiaba el tono suplicante que siempre se colaba en su voz cuando trataba con ella.

—Ves animales todos los días. Hay montones que necesitan un hogar. ¿No es eso lo que siempre me decías? Pues ve y coge otro.

Como si la gata no fuera más que un par de zapatos o una sudadera. Tirar uno y comprar otro. Bubbles formaba parte de un caso de acumulación compulsiva en el que había trabajado hacía unos años. El marido de la mujer murió, y lo que empezó como cinco gatos rápidamente se convirtió en ciento veinticinco. Grayson había trabajado con ella. Mucha labor educativa y visitas de seguimiento.

La mujer aceptó entregar a todos menos tres gatos. Una vez que los trajeron, los revisaron y socializaron, él había elegido a la gata en cuestión. Bubbles. Porque le encantaba darle manotazos a las burbujas de jabón. La bestia era un poco cascarrabias y no le caía bien nadie, pero por alguna razón él sí le gustaba. Era una gata calicó. Polidáctila. Con siete dedos en la pata delantera izquierda y seis en la derecha. Esa gata tenía una pinta tan ridícula con su cuerpecito diminuto y sus enormes patas deformes que Grayson supo que nadie la querría. Así que la adoptó y ella rápidamente se hizo cargo.

A su ex ni siquiera le importaban tanto los animales antes de casarse con él. Aunque Bubbles decidió aceptarla, y ella también se

enamoró. Lástima que no siguiera enamorada.

Stephen bajó corriendo las escaleras. Los dos fingieron caerse bien, pero sabían que se despreciaban mutuamente.

—¿Cómo estás, Grayson?

Él asintió.

—Pensé que eras alérgico a los gatos.

El tipo parecía avergonzado.

—Pensé que lo era, pero resultó ser una intolerancia al gluten.

Se encogió de hombros.

—Quién lo diría. Mira, Grayson, Bubbles es feliz aquí. Nos gustaría que se quedara.

Esto no iba a llegar a ninguna parte. Grayson decidió ceder. Dejar que la ex ganara esta ronda.

Stephen se llevó la mano al bolsillo.

—Déjame hacer una donación al refugio. Sé que les vendría bien.

Grayson no quería nada más que decirle a Stephen dónde podía meterse su cheque, pero tenía razón: el refugio siempre andaba necesitado y nunca parecía haber suficiente dinero en el presupuesto para todo. Y aunque Stephen fuera un imbécil, era un imbécil generoso.

—Te lo agradezco. Desde luego que nos vendría bien.

Stephen garabateó el cheque y se lo entregó. Mientras lo hacía, algo que brillaba al otro lado del vestíbulo le llamó la atención a Grayson. Antes de pensarlo mejor, le cogió la mano a Nikki.

—Vaya. ¿Qué es eso, tres quilates?

Stephen sonrió con suficiencia.

—Cuatro, en realidad. Lo conseguí en el distrito de los diamantes en mi último viaje a Nueva York.

Nikki tuvo la gracia de parecer avergonzada.

—Iba a decírtelo...

En lugar de vomitar por todo su suelo de mármol, Grayson dijo:

—Felicidades a los dos. ¿Cuándo es el gran día?

Ahora parecía realmente nerviosa. Y él lo supo. Nikki había estado esperando a que el divorcio fuera definitivo para casarse con el tipo.

Stephen le puso una mano en la mejilla.

—Nos casamos el fin de semana del Memorial Day. En Roma. Nos encantaría que estuvieras allí.

—Te lo agradezco, pero estaré trabajando. Asegúrate de enviar fotos.

Sí, claro. Como si Grayson quisiera ver una foto de su exmujer casada con otro. Esa mujer le había destrozado el corazón y le había puesto los cuernos, pero una pequeña parte de él todavía la amaba.

—Cuida bien de Bubbles.

A regañadientes, Grayson tuvo que admitir que había muchos animales que necesitaban un hogar. Esta vez se haría con un perro. Los perros eran leales.

DIEZ

¿De verdad voy a hacer esto? El trabajo se hizo eterno, como suele pasar los lunes. Todo el mundo deseando hablar de su fin de semana y nadie con ganas de trabajar. Al final del día, me siento en el garaje y saco el cupón del bolso. Que lo haya comprado no significa que vaya a usarlo. Eso me digo mientras bajo las ventanillas y dejo que el aire me alborote el pelo. La emisora de los ochenta en la radio por satélite siempre me hace olvidar las preocupaciones del día.

La tienda es enorme. Al fondo está la sección que necesito.

—¿Puedo ayudarla a encontrar algo?

—Necesito munición.

El hombre mayor sonríe.

—Voy hacia allí. Sígame.

Me lleva a la sección de caza en la parte trasera de la tienda. Tienen de todo. Si algún día se acabara el mundo, más me valdría venir aquí después del supermercado. El hombre se detiene ante una larga hilera de cajas y más cajas de munición.

—¿Qué tipo necesita?

Pienso un momento. Espero acertar, pero si no, compraré otra caja.

—Es para un calibre 38.

Me lleva al pasillo de al lado y señala.

—Todo este pasillo. Avíseme si necesita algo más.

—Gracias por su ayuda.

Pero ya se aleja para atender a un hombre corpulento que mira las ballestas.

¿Hay alguna marca en particular que necesite? Las cajas son todas rojas y blancas y negras y verdes. Ni un tono pastel a la vista. Las balas en sí probablemente sean todas iguales. Es más cuestión de fidelidad a la marca. Como los de Pepsi frente a los de Coca-Cola. Así que elijo una caja roja y negra de aspecto letal y tipografía contundente.

En la cola de la caja, me aseguro de llevar efectivo encima. Hace unas semanas rara vez llevaba más de diez o veinte dólares. Pero ahora… ahora llevo un par de cientos. Un cartel junto a la caja avisa de que pedirán identificación a quien compre munición. Menos mal que tengo a Catherine Pope en el bolso. Saco el cupón y lo pongo debajo de la caja.

El tipo se ríe.

—Lo siento. No puede usar cupones para munición.

Noto que me arden las mejillas.

—Lo siento. No lo sabía.

—Bueno, sería estupendo si pudiera, ¿verdad?

—Entonces seguro que tendrían rebajas locas del Black Friday y el mismo caos que en otras tiendas. Me imagino a los hombres haciendo cola para pillar el arma o el arco a precio de ganga.

Nos reímos mientras cobra. Le entrego el efectivo y me doy la vuelta para irme cuando me llama:

—Disculpe. ¿Quiere una bolsa?

El corazón me vuelve a latir normal.

—No, la meto en el bolso, gracias.

De camino a casa, no encuentro música que me calme los nervios. La inquietud me recorre el cuerpo. Tengo las manos sudorosas, el estómago revuelto. Una parada más y llegaré a casa.

Lo primero que hago al llegar a casa es cambiarme. Quitarme la ropa de trabajo y ponerme algo cómodo. Normalmente me ayuda a desconectar. Hoy no. Ni en toda la última semana.

Mientras se calienta la pizza, me sirvo una copa de vino. Mi abuela solo bebía cerveza con pizza o perritos calientes. El resto del

tiempo, vino o un Old Fashioned antes de cenar. La hora del cóctel era de cinco a seis y la cena a las seis en punto. Que Dios te pillara confesado si llegabas tarde.

La pizza blanca está deliciosa y merece con creces el viaje hasta Venero's en Clayton. La masa lleva semillas de sésamo espolvoreadas, y siempre les pido que le añadan espinacas. Evito mirar el bolso sobre la encimera.

Después de cenar y otra copa de vino, intento ponerme al día con uno de los programas que tengo grabados, pero la mente se me va a lugares oscuros. Un baño de burbujas tampoco ayuda. Así que enciendo un montón de velas y apago las luces. Con una de las camisetas de Jackson puesta, me arrodillo frente al baúl a los pies de la cama.

Lo hizo el abuelo para mamá cuando se casó. El aroma a cedro me inunda al levantar la tapa. Saco jerseys, luego bufandas de ganchillo mullidas. Un color desvaído ocupa el resto del espacio. La colcha que la abuela le hizo para empezar una nueva vida con mi padre. La saco, me siento con las piernas cruzadas y paso las manos por las costuras. Ver las telas gastadas me trae la imagen de la abuela cosiendo. Casi puedo oler los caramelos que siempre tenía a mano. Veo la jarra desportillada llena de flores frescas en el alféizar, rodeada de cortinas de cuadros rojos y blancos. Y su perfume. White Shoulders. El aroma me envuelve. Se me hace un nudo en la garganta. Al sacudir la colcha, un bulto envuelto en tela cae al suelo.

El negro brilla a la luz de las velas. ¿Qué tendrá la luz de las velas? Hace que todo parezca difuminado. Ser huérfana me hace sentir desequilibrada. Desarticulada. Siempre que mis compañeros hablan de sus padres, yo pienso en mis abuelos. La casa de Kansas. Los recuerdos de mamá los guardo bajo llave. ¿Y mi padre? Saber que ya no está me llena de alivio. El hogar debería ser un refugio del mundo. Él me lo arrebató.

Hace unos años, el abuelo murió de cáncer de pulmón. Fumaba dos paquetes al día desde los doce años. Me preocupa la abuela. Lo mucho que ha envejecido este último año. Dice que la vida sin él no tiene interés. Ojalá supiera lo que es un amor así. Con Jackson, creo que lo quiero, pero no es lo que tenían mis abuelos. Mis padres no

se querían; al menos que yo viera. Para mí, el amor es algo que sale en la tele, en las películas y en los libros. Un ideal que nadie parece alcanzar en la vida real.

Camino descalza por la alfombra color crema hasta la cocina, donde el bolso queda iluminado bajo las lámparas colgantes. La caja de munición me pesa en las manos mientras vuelvo a sentarme, con los revólveres delante. Cinco en uno y cinco en el otro. Ahora solo me queda llevarlo a cabo.

ONCE

La Apple Store está a tope para ser jueves por la noche. Se acerca un vendedor simpático.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Solo estoy mirando. Ando pensando en comprarme un iPad nuevo, pero no puedo hasta que me paguen, así que no se moleste.

Otro cliente espera que lo atiendan y el vendedor se da la vuelta para irse, dejándome mirar a mis anchas. Justo lo que quiero.

Los ordenadores y otros dispositivos están conectados a Internet, lo que facilita crear una cuenta de correo falsa. No tengo ninguna razón para crearla, salvo una sensación de inquietud que me dice que la necesito. Se me da bien mentirme a mí misma.

Llevo un par de semanas con una idea dándome vueltas en la cabeza, ocupando cada momento libre. ¿Seré capaz de hacer lo que esa voz interior no deja de susurrarme? No estoy segura, pero soy muy organizada, así que decido crear la cuenta por si acaso consigo reunir el valor para seguir adelante.

Una vez configurado el correo, echo un vistazo a la tienda. Se ha llenado más. El tipo a mi izquierda está encorvado sobre un Mac con un amigo, y detrás de mí la gente está absorta en los distintos dispositivos.

Una búsqueda rápida en Google me muestra cómo limpiar un arma. Sin previo aviso, el recuerdo me golpea de lleno.

—¿KATHERINE? VEN AQUÍ, CARIÑO.

Da igual la edad que tenga, siempre me ha llamado cariño, desde que vine a vivir con ellos. El abuelo está en el dormitorio rebuscando en el armario. Aparta cajas a un lado, saca algunas y las deja en el desgastado suelo de madera. Murmurando para sí, mete la mano hasta el fondo y saca una caja de madera. Está cubierta de polvo. Cuando lo sopla, el polvo brilla a la luz del sol que entra por las ventanas, como hadas danzando en el aire.

—La abuela te va a regañar.

Limpió ayer. Los suelos relucen, la cama está hecha con una de sus colchas hechas a mano y hay un jarrón de rosas en la cómoda. El jarrón de cristal tallado resplandece. Su habitación siempre huele a menta y lavanda. Desde que tengo uso de razón, él siempre ha llevado el bolsillo lleno de caramelos y uno en la boca. A la abuela le encanta poner saquitos de lavanda en todos los cajones. Toda su ropa huele levemente a lavanda. Ella y el abuelo llevan pañuelos de tela de verdad, bordados con sus iniciales o con florecitas o frutas. Nadie más de los que he conocido aquí en Kansas lleva pañuelo. Siempre usan pañuelos de papel.

Mis pies cuelgan del borde de la cama, las piernas bronceadas de tanto ir a la piscina. Cada cuadrado de la colcha cuenta una historia. La tela es suave bajo mis dedos mientras trazo las sombras y la luz que el sol proyecta sobre la cama de trineo.

—Pronto te irás a la universidad. Creo que estás lista para esto.

Sentada con las piernas cruzadas, la curiosidad me puede y me inclino hacia delante. El abuelo abre el estuche. Madera bruñida y metal negro resplandecen.

Se me hielan las entrañas. Reconozco las armas. Eran de mi padre. El abuelo ve algo en mi cara que le hace acercarse a mí.

—Escúchame bien. Que estas armas fueran de tu padre no significa que sean malignas. Es la persona que empuña el arma, no el arma en sí.

Saca las armas gemelas y el olor a aceite llena la habitación. Y algo frío y mortal. Los olores chocan con el aroma de las rosas que trae la brisa por las ventanas abiertas.

—Smith & Wesson .38 Modelo 50. Son como el modelo .36, pero ¿ves aquí? Estas tienen miras. No se fabricaron muchas. Tu padre las ganó en una partida de póquer.

El ondear de las cortinas de encaje me hace mirar hacia fuera. El columpio del patio trasero se mece suavemente con la brisa. El columpio está vacío. Igual que yo por dentro.

—Lo que le pasó a tu madre…

—Y a Max. No te olvides de Max.

El sonido de mi voz me sorprende. Suena como una niña herida. No como la adulta que tanto me ha costado llegar a ser. ¿Es todo una ilusión? ¿Creo ingenuamente que he superado lo que pasó solo para descubrir que en realidad sigue ahí, esperando, acechando en la oscuridad, listo para devorarme?

El abuelo pone la mano sobre la mía, la piel suave como el terciopelo, llena de arrugas. Está perpetuamente bronceado de estar siempre al aire libre, y me fijo en las manchas de sol en el dorso de la mano. La angustia me sube a la garganta y me cuesta hablar. ¿Cuándo se ha vuelto tan viejo?

—Tu padre… tenía algunos problemas mentales. Tu abuela y yo conseguimos perdonarlo. Me preocupas, Katherine. Nos preocupas a los dos. En todos los años que has vivido con nosotros, nunca has dicho una sola palabra sobre lo que pasó. ¿No crees que ya es hora de hablar de ello?

Ver lo incómodo que está él es lo único que hace esta conversación más llevadera.

—No. No quiero hablar de ello. Me alegro de que tú y la abuela podáis perdonarlo. Yo no lo perdonaré jamás. Vosotros no estabais allí. Todos esos años, cómo nos trataba. Ese día… vosotros no tenéis esas imágenes grabadas a fuego en el cerebro. No tenéis que bloquear esos sonidos horribles…

Mi voz se apaga. Bajo la mirada y cuento las flores en uno de los bloques de la colcha. Una sola gota cae en el centro de una flor rosa sin hacer ruido.

En la habitación reina el silencio, salvo por el tic-tac del reloj en la repisa de la chimenea y el canto de un pájaro en el patio. El abuelo carraspea.

—Yo estaba allí cuando tu padre trajo esto a casa.

El abuelo se rasca la cabeza. Todavía conserva todo el pelo, aunque se le ha vuelto casi todo plateado.

—Tú ni siquiera habías nacido. Debió de ser por el 65 o el 67.

Odio rememorar. Nunca hablo del pasado. La única razón que se me ocurre para que el abuelo saque esto a colación es que está triste porque me voy a la universidad. Si no, ¿por qué iba a desenterrarlo? Los dos saben que nunca hablo de *antes*.

—Ninguna de las dos armas está registrada. Bueno, a algunas personas eso les da igual, pero yo creo que es algo bueno. Por cómo va este país, puede que llegue un día en que el gobierno busque a todos los que tienen armas registradas. Así que quédatelas. Y Katherine, ya sabes lo que digo.

—Siempre es mejor tenerla y no necesitarla, que no tenerla y necesitarla.

Lo hace con buena intención. Lo abrazo fuerte.

—Claro que lo recuerdo. Recuerdo todo lo que la abuela y tú me habéis dicho. Oye, puedo vivir en casa. No tengo por qué vivir en la residencia.

Se aparta y gira la cabeza como si escuchara a la abuela. Pero lo pillo limpiándose el ojo. Cuando se vuelve hacia mí, tiene los ojos brillantes.

—No. Ni hablar. Te vendrá bien vivir en la residencia, estar con chicos de tu edad. Pasas demasiado tiempo con nosotros y nuestros amigos —me acaricia la mejilla—. No es bueno estar tan sola.

Paso un dedo por el cañón de una de las pistolas. Está fría, a pesar del calor de la habitación.

—Te llevaré a practicar tiro al blanco. No hemos ido desde que eras una renacuaja. Necesitas saber cómo usarla y cómo limpiarla. Y Katherine, escúchame bien: nunca apuntes con una pistola a alguien a menos que estés preparada para apretar el gatillo. Nunca dispares para herir. Si llegas al punto de apuntar a alguien con una pistola, dispara a matar. ¿Me entiendes?

—Entiendo.

Desliza la caja de madera sobre la colcha. El intrincado diseño de la tapa contrasta con los estampados florales y de cuadros, ya descoloridos. Solo queda el fantasma del color. Como yo. El fantasma de una chica de verdad.

—¿SEÑORITA? ¿NECESITA AYUDA? —La voz me arranca del recuerdo y me devuelve al presente. La luz suave y apagada que entraba por la ventana del dormitorio de mis abuelos da paso a las luces brillantes y los sonidos de la tienda. Un chico de mi edad me observa con expresión perpleja.

Niego rápidamente con la cabeza.

—No, supongo que estaba fantaseando con una Mac nueva. Ahora tengo que pensar qué quiero.

Asiente, me descarta y busca al siguiente cliente. No es que nadie vaya a fijarse, pero siempre borro mis huellas. Así que elimino el historial de búsquedas. Al salir de la tienda, repaso mi lista mental de preparativos. Siguiente parada: una tienda que la gente ama u odia. Walmart.

Allí estoy, en la sección de ropa, sin saber muy bien qué hago. La idea de que puedo devolverlo todo me lleva a echar cosas al carrito sin pensarlo. Mallas y sudaderas con capucha en liquidación. Camisetas negras y grises. Ropa interior barata, calcetines y zapatillas. De pequeña me apunté a las Girl Scouts y decidí tras las primeras reuniones que no era lo mío. Odiaba que todos preguntaran por qué me recogían mis abuelos. Lo apenados que parecían cuando les contaba que mis padres habían muerto en un accidente de coche. La lástima en sus ojos desde aquel día. La mayor parte de mi tiempo libre lo pasaba en la biblioteca, enterrada en un libro que nunca me juzgaría.

La tienda también vende munición, así que compro otra caja de balas; si no las uso para otra cosa, me servirán para el campo de

tiro. El efectivo se me va volando. Tendré que empezar a llevar más encima. Mis tarjetas de crédito y débito están criando polvo.

Una última parada. Un gran almacén de bricolaje con cajas de autopago. Allí cojo lonas de plástico y guantes. Cuando agarro una caja enorme de bolsas de basura, un empleado se fija en mi carrito.

—¿Va a pintar?

—Todo el piso. Odio las paredes blancas. ¿Se puede creer que compré la pintura y las brochas pero se me olvidó esto?

—No querrá manchas de pintura en la moqueta. Parece que tiene para pintar un par de casas.

Típico del Sur: al chico en realidad le da igual qué voy a pintar; solo está dando palique.

—Pensé que siempre puedo devolver lo que no use.

Cargo las compras en la parte de atrás de mi Jeep Grand Cherokee, junto con todo lo demás. Tengo el equipo. La pregunta era: ¿tengo las agallas?

DOCE

Grayson no podía creer que Fred estuviera en el hospital recuperándose de heridas de bala. Le habían disparado estando de servicio. Si hubiera ido armado, ¿habría cambiado algo? Ninguno de los agentes llevaba armas. Por eso quería llevar una. No para protegerse de los animales, sino de las personas. Fred tuvo suerte; sobreviviría gracias a la mala puntería del agresor. La policía atrapó al tipo unas manzanas más allá cuando se le cayeron los pantalones y tropezó justo delante de un coche patrulla, mira tú por dónde.

Mientras Fred se recuperaba, Grayson y los otros tres agentes de control animal se repartieron su trabajo. Hoy le tocaba estar en el juzgado. Iba a ser un día largo. Mientras esperaba, leyó un artículo de Fayetteville. Tras varios años en el oficio, había conocido a otros agentes de todo el estado. Este era un caso de Marla. A ella le encantaban los caballos, y este la había hecho llorar en su camioneta cuando ocurrió.

Los agentes de control animal retiraron cuatro caballos famélicos después de que el dueño aceptara entregar los animales para evitar el procesamiento. Los cascos de los caballos estaban curvados y agrietados, y se les marcaban los huesos bajo la piel. Tres de los animales recibirían cuidados hasta recuperarse y luego serían enviados a una granja de acogida. El cuarto caballo tuvo que ser sacrificado, dado su pésimo estado.

La agente había hecho todo bien. Consiguió una orden judicial. Al final, el dueño terminó entregando los animales. Les había privado intencionalmente del sustento necesario. Los caballos fueron trasladados a la escuela veterinaria de la Universidad Estatal de Carolina del Norte. Grayson recordaba el caso. Había estado en la facultad de veterinaria cuando llegaron los caballos. El veterinario había meneado la cabeza al darles la noticia. Tres de los animales podían salvarse. Pero al cuarto le sobresalían los huesos por las cuatro patas. Aunque hubieran podido operarlo para reparar las lesiones, el animal ya no habría podido soportar su propio peso. Lo único compasivo era sacrificarlo.

¿Y lo peor de todo? El dueño podría haberlo evitado. Walt Cunningham no estaba mentalmente desequilibrado, no como otros. Simplemente era un imbécil.

Los animales eran considerados propiedad ante la ley. A ojos de la ley, no había diferencia entre un televisor y un perro o un gato. Hasta que un caso les tocara de cerca, las sentencias de los jueces no cambiarían. El abogado del hombre argumentó que alimentaba a los caballos. Que hizo lo que pudo para cuidar de los animales. Se demostró duda razonable. Así que el tipo salió con libertad condicional. Estos eran los casos que odiaba. Mientras Grayson conducía a casa esa noche, se permitió fantasear por un momento con cómo sería que el hombre experimentara en sus propias carnes lo que les había hecho a sus caballos.

DONDE TRABAJO nos dan quince días al año para asuntos personales, bajas por enfermedad y citas médicas. Este es mi primer empleo. La empresa me contrató hace dos años, recién salida de la universidad. Hoy es un día personal. Un día que me reservo para mí: viernes trece.

Jackson tuvo que salir de la ciudad por un fin de semana largo. Se fue a su casa de playa en Carolina del Sur, en la Isla de las Palmas. Su madre está preparándola para la temporada y quería que

bajara a dar su opinión sobre los muebles nuevos que ha elegido. Cada dos años redecora sus tres casas. A mí me parece que siempre tiene alguna casa en obras. La mujer tiene tanta energía que a veces me pregunto si no estará abusando de la medicación para el TDAH.

Las últimas dos semanas no he parado de garabatear la misma calle y número de casa una y otra vez en papeles y recibos. Una de las chicas con las que trabajo suele decir *caga o sal de la taza*. Así que decido que, si paso por allí, quizá pueda enterrar la horrible escena en el sótano de mi mente. Lo que sea con tal de cerrar la herida que se me ha vuelto a abrir por dentro.

El GPS es un invento maravilloso, a la altura de los masajes y la pizza. ¿Cómo se las arreglaba la gente con mapas de papel? Si leo en un vehículo en movimiento demasiado rato, vomito. Siempre he envidiado a esas personas que pueden leer libros o hacer punto durante un viaje por carretera. Hay que ver lo productivas que son.

El viaje a Wilmington se alarga más de lo habitual. Gente que se dirige a las playas para el fin de semana. Será así hasta finales de agosto. La previsión del tiempo en el móvil anuncia treinta y tres grados hoy, así que llevo unos pantalones cortos estampados monísimos de Lilly Pulitzer y una camiseta rosa. Esta semana me hice la manicura y pedicura un día a la hora de comer, así que llevo los dedos de los pies de un rosa chillón y las uñas de un azul huevo de petirrojo. La primavera es mi época favorita del año.

La humedad me cala hasta los huesos. En el Sur, con este calor, llevo la mínima ropa posible, y sobre todo de algodón. Sandalias abiertas que jamás pasarían en una oficina de Washington D.C. son perfectamente aceptables aquí. Igual que ir con los brazos al aire. Menos mal, porque si no me derretiría. El clima es una de las razones por las que acepté el trabajo. Tuve ofertas en Chicago, Washington D.C. y Nueva Jersey, pero después de pasar un tiempo durante un verano sofocante en Carolina del Norte como becaria, no podía imaginarme viviendo en ningún otro sitio. Las montañas y la playa están a solo unas horas de Raleigh, perfectas para escapadas de fin de semana.

Jackson preparó el desayuno esta mañana. Crepes con fresas frescas y nata. Nos gusta ir al Mercado de Agricultores del Estado casi todos los fines de semana. No hay nada como el producto fresco. Y reconozco que me escapo del trabajo a comer antes de hora siempre que tienen eventos como el día del tomate. Con bocadillos de tomate gratis. Riquísimo.

Cuando le dije que iba a Duplin Winery con Lisa, se animó y dejó de sentirse tan culpable por dejarme sola el fin de semana. No lo admitiría ante sus padres, que son unos esnobs del vino de cuidado, pero le encanta el vino de moscatel que hacen allí. Puedes comprarlo en la mayoría de los supermercados de la zona, pero es divertido ir a la bodega. Tienen catas y la cafetería sirve comida deliciosa. En verano, un grupo toca en el exterior los fines de semana. Por supuesto, voy con Lisa. Cualquiera diría que somos íntimas por la cantidad de veces que menciono su nombre.

Menos mal que los mantengo separados a ella y a Jackson, o él descubriría cuánto miento. Siempre que quiero tiempo a solas, digo que voy a quedar con ella. Y como, según yo, ella siempre está pasando por una ruptura, no quiere estar cerca de nosotros, la pareja feliz. Pero no es mentir realmente, es más bien evitarle el disgusto, o al menos eso es lo que me digo cuando las mentiras me salen de la boca con tanta facilidad.

Después de la cata en la bodega, me siento en la terraza a disfrutar de un almuerzo tardío, dejando que el sol me achicharre. Cuando me voy, hago una parada más en la Sartén Más Grande del Mundo. Está en Rose Hill, es completamente funcional y no queda lejos de la bodega. Puede cocinar 365 pollos y contiene 757 litros de aceite. La usan en varios eventos. En uno al que asistí, hicieron una pizza gigante. Me hago una foto asomándome por la barandilla y se la mando a Jackson, diciéndole que Lisa estaba en la sartén y que me la estaba cocinando para cenar. Eso pasa con las mentiras: cuantas más cuentas, más fácil te salen.

Sobre las cinco, paso despacio con el coche por la calle donde está la casa. No parece que haya nadie todavía. No sé exactamente qué espero encontrar, solo que necesito volver a ver la casa. El

monstruo que hay dentro. Un paseo junto al agua me ayudará a poner en orden mis ideas.

Llevo el pelo recogido en una coleta, y mis sandalias doradas de Tory Burch brillan como soles en miniatura en mis pies. Sienta bien caminar junto al agua, sentir la brisa en la piel. Camino durante horas, parando a comer algo. Intentando convencerme de no hacerlo. Durante un buen rato, me siento en un banco frente al agua y me quedo mirando a la nada.

Al volver al coche, tengo que decidirme. ¿Volver allí o irme a casa? Quiero irme a casa, pero no puedo. No estaría bien. Si me voy a casa, ¿podría mirarme al espejo? ¿Seguir durmiendo por las noches?

Ese hombre horrible le pegó a su mujer y mató a su perro. ¿Y qué le cayó? Libertad condicional. Prohibición de tener animales durante dos años. ¿Dónde demonios estaba la justicia?

Los niños tienen servicios de protección infantil, las mujeres maltratadas tienen casas de acogida, los animales no deseados... ¿qué tienen ellos? ¿Agentes de protección animal y refugios desbordados y sin autoridad para castigar? ¿Unos cuantos anuncios tristes en Navidad para hacerte llorar? ¿Publicaciones en redes sociales que puedes compartir para sentirte mejor contigo misma?

¿Qué hace alguien realmente para que esta gente pague? Por lo que veo, absolutamente nada. Si hubiera otra manera, no estaría aquí sentada frente a la casa, con la vista clavada en las ventanas. Imágenes de un bate de béisbol rojizo... Recuerdos terribles que creía haber encerrado bajo llave, en un rincón tan remoto de mi mente que nunca volvería a pensar en ellos. Y sin embargo, aquí estoy.

TRECE

Ni rastro de la mujer por las ventanas, a menos que esté en la parte de atrás. Solo él. Las cortinas están abiertas y se le ve repantigado bebiendo y viendo la tele, despatarrado en uno de esos viejos sillones reclinables. De esos enormes como un coche, tapizados con algún tartán horroroso de los setenta.

Cuando compré mi Jeep Grand Cherokee de segunda mano, no me gustaban los cristales tintados. Ahora agradezco el anonimato que me dan. Adiós a pasar el día leyendo o ir al cine. En vez de eso, ideé un plan, preparé una bolsa y me arrodillé frente al arcón de novia a los pies de mi cama.

La madera estaba fría y suave bajo mis manos. La colcha descansaba en el fondo del todo. La tela, aún más descolorida de lo que recordaba. Su sitio era mi cama. Para usarla, no para tenerla escondida. Al desplegarla, ahí estaban las pistolas de mi padre.

Cuando me fui a la universidad, las dejé con el abuelo. Le dije que me las llevaría cuando encontrara trabajo. Las traje a Carolina del Norte, pero no el estuche. La madera de la tapa me recuerda otro estuche que mi padre guardaba en su cómoda. Uno que le gustaba tirar. Con llevarme las pistolas bastaba; no quería otro recordatorio más con el estuche. Así que las envolví en la colcha, metí el bulto en el fondo del arcón y no volví a pensar en ellas. Hasta el día que fui en coche a la conferencia de Wilmington.

Los colores vivos de mis pantalones cortos destacan en el interior oscuro del vehículo. Salgo, me meto en el asiento trasero, abro las bolsas. Me pongo guantes de plástico. Cubro el asiento delantero y el suelo con plástico. Me quito la ropa interior y me pongo un sujetador blanco que raspa. Paso de las bragas. Me pongo una camiseta gris, mallas negras y las zapatillas azules baratas. Por último, cubro la parte de atrás con plástico. Para después.

La calle está en silencio. De vuelta en el asiento delantero, me remuevo buscando una postura cómoda. Las luces del salón brillan entre la lluvia. Un trueno me sobresalta. Son casi las tres de la madrugada.

Un relámpago ilumina la cadena todavía sujeta al árbol, tendida como una boa digiriendo una presa pesada. Y cuando el siguiente rayo rasga el cielo, veo el collar grueso con lo que al principio parece hierba. Hasta que me doy cuenta de que son restos de pelaje. La oscuridad, voraz y alimentada por el odio, crece dentro de mí.

Hay un callejón detrás de la casa. Tras recorrerlo sin ver a nadie, aparco el coche junto a los arbustos que forman su patio trasero. Y me quedo ahí sentada. Esperando.

La oscuridad me empuja a actuar. *«Hazlo. Se lo merece».*

Mi parte racional, la normal, me cuestiona. *«¿De verdad estás preparada para quitarle la vida a alguien?».* No es distinto de ir al campo de tiro y apuntar a una diana. Al menos eso me repito. Piensa en ese despojo de ser humano como una simple diana de papel con piel de hombre.

¿Y si la puerta está cerrada con llave? ¿Qué hago entonces? Llueve a cántaros, así que si está cerrada, le disparo por la ventana delantera y salgo corriendo como alma que lleva el diablo. No es el mejor plan del mundo, pero como no tengo ni idea de forzar cerraduras, tendrá que valer.

Basta de dilaciones. Las casas a ambos lados de la suya están a oscuras. Cruzo el patio sin preocuparme por el ruido. La tormenta tapará cualquier sonido que haga. Ningún perro ladra, así que ningún vecino tiene perro fuera. Al principio me preocupa que haya alarma, pero no veo pegatinas en las ventanas, y al acercarme a la puerta trasera miro bien y no distingo ningún sensor. Tampoco es

que pensara que este perdedor tuviera alarma. Ni siquiera puede permitirse una puerta en condiciones.

Los guantes de plástico me hacen sudar las manos. La pistola espera dentro de mi bandolera. Alargo la mano hacia el pomo, vacilante. La mano suspendida a cinco centímetros. Quién sabe cuánto durará la lluvia. No puedo quedarme aquí toda la noche. En unas horas amanecerá. O me voy a casa y olvido esta locura, o voy a por todas y hago lo que hay que hacer. Sin vacilar.

Si vacilo, no lo haré nunca. Tengo que grabarme a fuego lo que voy a hacer: cuando cruce esa puerta, haré pagar al hombre de papel. A estas alturas estoy calada hasta los huesos, la coleta pegada a la cabeza. Me limpio el agua de los ojos, respiro hondo y giro el pomo.

Es una señal. La puerta se abre.

FOURTEEN

The door opens onto a small kitchen. It's dark except for the flickering of the blue light from the TV. My heart hammers in my chest as I stand still, listening. The harsh breathing sounds so loud I think for sure he will come to see what the commotion is. But after what seems like an hour, there is no sign he heard me come in. No voices carry. Where is the woman? Asleep? Working? Dead? I hope she isn't home. It's him I am here for, not her.

The volume on the TV increases, some kind of commercial for used cars. The smell of the plastic gloves sticks in my throat. Every detail stands out: the shaking of the gun as I hold it out in front of me, the cracked linoleum, and the ticking of the beer-can clock on the wall.

Deep breath in. Slowly let it out. Again. One step forward. Then another and I'm through the doorway, into the family room. The back of the couch is threadbare and worn, looking like something straight out of the seventies. From the reflection in the plate glass window I can see the man stretched out on the couch. Not moving.

Creeping closer, I stop when the floor squeaks under my foot. Every nerve vibrating, I stand there with one foot up in the air, listening. Staring at the window, willing him not to wake up. The muscle in my thigh screams. The clock in the kitchen ticks and a snort fills the room. A count of thirteen with no sign of movement and I lower my foot, taking another step.

My gaze lands on the paper man. His eyes are closed and he is snoring. It's disconcerting how normal he looks. Not the monster I remember. The light from the huge TV illuminates the otherwise dark room well enough for me to see. The flashes of lightning imitate a strobe light, throwing light into the room.

The guy looks like he hasn't shaved in several days. Black and gray whiskers covering his cheeks and chin. The salt-and-pepper hair looks greasy. The face I remember from that day is full of anger and hate. Seeing him sleeping, I frown. While he doesn't look kind, he doesn't look evil either. Deep lines run across his forehead. There are bags under his eyes, and he has the red nose of a heavy drinker. He is on his side. I can't tear my gaze away.

This man is someone I could pass on the street without feeling unsafe. Not the kind of guy I'd cross to the other side to avoid. The worst monsters always look normal.

I don't want to do it, but I have to be sure. The short hallway leads me to a tiny bathroom with cracked white tile on the floor. Two other doorways open onto bedrooms. Both beds unmade. One of the rooms has clothing thrown all over the floor. No woman. While I want to believe she left him, I know growing up with my parents how hard women find it to leave those they thought they loved. Finding it easier to explain away the bruises than to step out into the unknown and start over. Alone.

The man sleeps on as I creep back to the living room. His mouth is partway open, a bit of drool at the corner dripping down his chin, making a wet spot on the orange and brown nubby plaid.

The curtains make a soft whoosh as I pull them shut. The storm is letting up. I'm running out of time. The gun vibrates up and down like I placed it on top of the washing machine. My entire body shakes.

The man grunts and shifts but doesn't wake. Remembering what the police officer at the range told me, I take a deep breath and let it out slowly. By the third time, the trembling slows. A few more deep breaths in and out and the gun is steady in my hand.

This person is someone's child. My resolve wavers. The gun dips. Then lighting fills the room and my eye land on something in the

corner. The scene unfolds again. The smell of dirt and copper fills my nose. I remember how still the air felt as the dog died. Blackness flows through my veins, my jaw clenching so tight, I think I'll crack a tooth.

The law didn't make him pay for stealing a life. If I don't act, no one will. A step closer and I smell beer and body odor. A dozen cans litter the coffee table and floor.

Pulling the trigger is like trying to swim in concrete. The shot explodes, hitting the back of the couch. His eyes fly open, meet mine, widen.

Adrenaline spiking, I fire again, hitting him in the chest before he can get up. Like a zombie, he stands up, arms stretched out, moving toward me. One more shot, this time to his head, and he goes still.

Retracing my steps back through the kitchen, I hesitate. Lock the door or leave it as is? If the woman doesn't have a key and finds it locked, she'll be suspicious. Hysterical laughter escapes. It won't matter, as she'll find him dead once she takes a few more steps. After she gets over the shock, I hope she will find the peace to begin again.

Leaving the door unlocked, I pull it shut. Outside, it still rains. The lightning and thunder has passed on. No lights come on and no neighbors rush outside to see what is going on. At my car, I fumble the keys, dropping them in the mud. Frantic, I brush them off, scraping the key against the plastic as I struggle to get it in the ignition. Finally the Jeep roars to life. As I drive out of the alley, I force myself not to speed.

QUINCE

A ciegas, giro por las calles sin saber adónde voy. Las náuseas me abruman y detengo el coche junto al bordillo. Abro la puerta de golpe. Me inclino hacia delante, con las manos en las rodillas, y vomito en la cuneta. Una y otra vez, hasta que no queda nada en mi estómago.

¿Cómo pude ser tan descuidada? No usé guantes al cargar el arma. ¿Tendrá la bala mis huellas dactilares? Nunca me han arrestado ni fichado, pero me preocupa que la policía pueda encontrarme. ¿Por qué no habré visto más series policiales en la tele? Dame un apocalipsis zombi, conviérteme en pirata o envíame al pasado, y me las apaño. Sé de jardinería, conozco la historia y me gustan los barcos. Mucho me va a servir todo eso ahora.

Y mi teléfono. Usé el GPS para llegar aquí y busqué información sobre el bueno de Skipper. ¿Será demasiado tarde para conseguir un teléfono desechable?

El pánico remite lo suficiente para orientarme. Iré a casa, descansaré y luego lo resolveré. Nadie me vio. Me limpio la boca con la manga y me giro para volver al coche. Me fallan las rodillas y acabo sentada en una pequeña franja de hierba embarrada junto al bordillo. Necesito tres intentos para ponerme de pie.

De vuelta en el Jeep, conduzco hasta que veo una señal de salida con muchas opciones de comida. Nada de comida rápida, algunos locales abren las veinticuatro horas. Sigo adelante hasta que veo un

centro comercial. Detrás de los edificios hay un contenedor grande. El coche se detiene y me quedo ahí, aferrada al volante.

Los pensamientos rebotan en mi cabeza. Listas. Como lavar el coche mañana. Comprar otro teléfono. Me pregunto si la policía llamará a mi puerta antes del anochecer.

A mil por hora, todo lo que probablemente hice mal me pasa por la mente. Saco el plástico del asiento delantero. Abro la puerta trasera de un tirón, me subo y me quito la ropa y los zapatos hasta quedar desnuda.

Con un paquete de toallitas húmedas, me limpio los brazos y la cara. Las toallitas salen rojas. Intento no mirar mientras lo amontono todo en el suelo. Saco ropa de la bolsa a toda prisa y me visto. Los colores brillantes parecen chillones bajo la luz de una farola cercana. Está lloviznando. ¿Lavará la lluvia lo que he hecho?

Las sandalias doradas quedan mal. Alegres. No, no servirán. Así que las tiro a la bolsa. Iré descalza.

Por último, recojo todo, lo meto en una bolsa de basura y la tiro al contenedor. Luego me quito los guantes y los tiro también.

La bolsa con las pruebas cae en el contenedor con un golpe sordo. De vuelta en el capullo de mi coche, subo el volumen de la música. Lo que sea con tal de ahogar el sonido de los disparos.

La gente cree que sabe cómo reaccionará en una situación. Créeme, no tiene ni idea. Durante todo el camino a casa, llevo el coche en control de crucero, tres kilómetros por encima del límite de velocidad. Es lo único que recuerdo del viaje. Emocionalmente desconectada: es la mejor forma de describir mi estado mental. Los recuerdos están fragmentados. Borrosos. Leí en algún lugar que los soldados reaccionan así después del combate.

No recuerdo detenerme en los semáforos ni tomar la salida de la autopista. Cuando quiero darme cuenta, estoy en el aparcamiento del complejo. Todo a mi alrededor parece diferente. El asfalto más negro, la noche más oscura, incluso la pintura de los coches más intensa. Y yo... siento que podría echar a flotar. Atada a la tierra por un hilo fino, tenso y a punto de romperse a la menor presión.

No sé cómo, pero consigo subir las escaleras y entrar en mi apartamento, con los pies sucios de caminar descalza. La adrenalina

se ha agotado y estoy exhausta. La ropa que llevaba va al cesto de la ropa sucia. El vapor de la ducha llena el baño. Bajo el chorro, oigo el sonido de los disparos, una y otra vez. Veo lo que hice desplegarse a cámara lenta ante mis ojos.

Enormes sollozos estremecedores llenan la habitación. Me deslizo por la pared hasta sentarme en la bañera, abrazada a mis rodillas. Me mezo hacia delante y hacia atrás, rezando para que el agua lave lo que hice.

Quiero sentirme justificada. Virtuosa. Aprendemos lo que es y no es aceptable desde pequeños. El bien y el mal. Mis abuelos me llevaban a la iglesia todos los domingos. *«No matarás»*. Las lágrimas se mezclan con el agua. De pequeña, nunca me metí en una pelea. Nunca golpeé a nadie. La certeza me golpea como el sol que asoma entre las nubes después de una tormenta. No puede haber perdón por lo que hice.

Solo sé que dormí porque me despierto con el sonido de los pájaros fuera de la ventana y la luz que cruza la cama. Otro viernes trece que ha llegado y pasado. Es un nuevo día y un nuevo comienzo. Pero mi buen humor se desvanece tan rápido como llega. Los acontecimientos de anoche vuelven para asaltarme.

Me duele todo el cuerpo como si hubiera pasado días a la intemperie con trabajo físico duro. En el jardín o rastrillando hojas. Cuando me estiro, los hombros y la espalda protestan. Una ducha caliente no parece servir de mucho.

Tengo el estómago vacío, pero sé que necesito comer algo. Unas galletas Pop-Tarts y una taza de té chai es todo lo que me entra. Mientras como, examino las noticias en mi iPad. ¿Estará la policía entrando en el aparcamiento mientras estoy aquí sentada? ¿Me llevarán esposada?

Busco por todas partes, pero no hay ni rastro de lo que hice. ¿Dónde está la esposa que vi aquella primera vez? No estaba en la casa cuando yo... hice lo que hice. ¿No volvió a casa y lo encontró? ¿Llamó a la policía? Quizás ocurrió demasiado tarde para salir en las noticias. Cuando me arresten, explicaré por qué hice lo que hice. O al menos lo intentaré. Ni yo misma puedo explicármelo. Lo único que sé con certeza es que me sentí obligada a actuar.

DIECISÉIS

—Tengo que parar a echar gasolina. El depósito está un poco por debajo de la mitad.

Jackson se remueve en el asiento y me mira con gesto de fastidio.

—¿No te acabo de llenar el depósito del Jeep? ¿Cómo has gastado tanta gasolina esta semana?

—Ni idea. Supongo que tuve muchos recados.

Cuando me detengo en el semáforo, me arriesgo a mirarlo. La frustración es evidente en su rostro, pero la comisura de la boca se le curva hacia arriba. Está intentando no reírse.

—En serio. Puedes echar gasolina luego.

Y se ríe.

—No entiendo por qué te pones histérica si estás por debajo de la mitad. ¿Por qué no tres cuartos de depósito?

Me pone una mano en la rodilla y me da palmaditas como un padre que le dice a un niño que el ratoncito Pérez no existe.

—Vivimos en Estados Unidos. Hay gasolineras por todas partes. No es como si estuviéramos cruzando el desierto.

Agarro el volante con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos, pero mi voz suena tranquila.

—Así no me preocupo de quedarme tirada o de que pase algo malo. No me gusta bajar de la mitad, ¿vale?

El semáforo se pone en verde y avanzo. Jackson levanta las manos en señal de rendición burlona.

—Lo que la dama quiera.

—Ja, ja. ¿Qué tal uno de esos Tesla nuevos? Así no tendría que preocuparme por la gasolina.

No sé cómo, pero me convenció para tomarme un par de días libres. Vamos de camino a la playa. Normalmente Jackson estaría conduciendo. Siempre conduce él. Dice que el hombre debe conducir, dejar que la dama se relaje. Es parte de su educación como caballero sureño, aunque a veces resulte irritante.

—Cuando por fin aceptes mudarte conmigo, te compraré un Tesla para celebrarlo.

—Te tomaré la palabra.

Sonríe y se inclina para besarme la mejilla. Esta mañana, de camino a recogerme, alguien que iba con el móvil le dio por detrás. La grúa se llevó su coche y ya iba de camino al concesionario de Mercedes antes de que yo terminara de prepararme. Así que no le queda más remedio que ir conmigo al volante. Como sabía que no me pediría conducir mi coche y necesitaba mantener las manos ocupadas, a propósito no se lo ofrecí. Cuando le pregunté por un coche de alquiler, dijo que no, que perderíamos tiempo y quería jugar al golf. De todos modos, su madre le prestaría uno de sus coches mientras el suyo estaba en el taller. Dios no permita que mi novio tenga que conducir un vulgar coche de alquiler.

A Jackson no le gusta hablar mucho durante los viajes por carretera. Dice que le gusta escuchar el sonido de la carretera. Eso también significa nada de radio. ¿Quién no escucha la radio en un viaje por carretera? Y no le gusta parar. En absoluto. Cuando conduzco a algún sitio, me encanta parar en lugares pintorescos y apartados. Lo que sea que me llame la atención, si no voy con prisa. Parar y explorar es parte de la diversión. Él no. Quiere llegar lo antes posible. ¿Y las paradas para ir al baño? Si para a echar gasolina, me dice que me dé prisa. Si no, tengo que suplicarle que pare. No es que el campo de golf vaya a desaparecer cuando lleguemos. Pero supongo que todo el mundo tiene sus manías.

La casa de sus padres en la Isla de las Palmas está demasiado lejos para ir solo un par de días. Un amigo suyo nos ofreció su casa en Emerald Isle. No es el Golfo de México, pero es lo más parecido que puedes conseguir viviendo en Carolina del Norte.

Durante todo el trayecto no dejo de mirar los espejos, buscando luces intermitentes en el retrovisor. Las dos veces que veo policías acercarse creo que el corazón me va a estallar en el pecho. Pero nos adelantan y siguen su camino. Cada vez suspiro aliviada. Para cuando llegamos al apartamento, tengo los nervios destrozados.

—¿Seguro que no quieres venir? Podrías conducir el carrito y vigilar la nevera. Ya sabes que mi tío roba toda la cerveza buena.

—No dormí muy bien anoche, así que adelante. Saluda a tu tío de mi parte y dile que quite sus sucias manos de tu cerveza.

Sonríe.

—Ve a darte un masaje. Te sentirás mejor.

Jackson está adorable vestido para jugar al golf. Es tan guapo que siempre me sorprende que estemos juntos. Las mujeres siempre se lo quedan mirando embobadas, y luego me miran a mí como si se preguntaran cómo demonios conseguí a un tipo como él. Las miradas perplejas siempre me hacen sonreír con suficiencia. Aunque en lo de aspecto y cuerpo pueda ser del montón, sé que hay algo en mí que parece gustarles a los hombres. Un ex me dijo una vez que era sex appeal. Pero no lo creo. Cuando pasas por algo horrible deja una marca, una vulnerabilidad que no puedes ocultar. Los hombres responden. Les activa todo el gen de «déjame cuidar de ti». *«No te preocupes»*, quiero decirles a las mujeres, *«sé cómo te sientes. Yo también me pregunto todo el tiempo por qué me eligió a mí»*.

Le sonrío y lo beso ligeramente en los labios.

—Es una gran idea. Quizá después de mi siesta.

El tío de Jackson está de visita en casa de su hijo esta semana. Han tenido un bebé. Supongo que estará deseando escapar de la locura del recién nacido. Pasarán la tarde jugando al golf. No quiero pasar mi tarde con ellos. Cuanto más amable es Jackson, más siento que me desmorono. Es solo cuestión de tiempo que mi chico alegre y despreocupado note que algo va mal. La única razón por la que no se ha dado cuenta todavía es que tuvo que pasar la mayor parte del

viaje al teléfono con un cliente. De lo contrario sabría que no soy yo misma. ¿Cómo podría serlo?

DIECISIETE

Esa noche cenamos fuera con vistas al océano. Cuando nos acostamos, intento que sus caricias borren el miedo y la culpa. Pero no funciona. A la mañana siguiente, después del desayuno, Jackson me pone las manos en los hombros y me besa el cuello mientras contemplo el agua.

—Vamos a dar un paseo por la playa.

—Claro. Déjame coger el sombrero.

Hay algunos madrugadores por ahí. Corredores y gente paseando por la playa. Pero las multitudes aún no han llegado. Aunque lo de «multitud» es relativo. A finales de mayo habrá mucha más gente, aunque en esta zona de apartamentos y casas no se llena demasiado. Estaría bien tener mi propio rincón de arena y mar. Sin nadie más alrededor. Quizás algún día.

No hay nada que me guste más que la sensación de la arena bajo los pies y el agua acariciándome los dedos. El olor a sal en el aire. Poder lamerte la piel y saborearlo. Y las gaviotas. Adoro a esos pequeños monstruos. Mucha gente cree que son básicamente ratas con alas, pero siempre les he tenido cariño.

Mientras caminamos, algo más adelante me hace pararme. Parece un enorme trozo de madera arrastrado por el mar.

Me detengo. El agua me rodea los pies mientras se hunden en la arena, que parece querer tragarme entera.

—Jackson. Eso es un caimán.

Se levanta las gafas de sol y observa la forma.

—Creo que tienes razón. Deberíamos volver.

Pero le cojo la mano y tiro de él.

—No me acercaré demasiado. Vamos a verlo mejor.

El caimán parece dormido. No es grande, nada que ver con el de *antes*. Este mide alrededor de un metro veinte y se ve perfectamente a gusto, tumbado al sol mientras las olas le cubren la cola. A veces, después de una tormenta, acaban en las playas. Una amiga de mamá tenía una casa flotante y me contó que una mañana, buceando, se encontró cara a cara con un caimán en el mar. No pueden quedarse mucho tiempo en el agua salada, pero creo que aquel tenía curiosidad, que solo quería echar un vistazo.

Jackson saca el móvil.

—Con este ruido no se oye nada. Tengo que alejarme del agua para llamar. No es seguro que haya niños con un caimán aquí. Que venga alguien a llevárselo. ¿Hope?

—Lo sé. Me quedaré atrás.

Se aleja de mí y habla con alguien al otro lado con esa voz grave y serena. Su voz es una de las cosas que más me gustan de él. El caimán gira la cabeza, abre un ojo y me mira.

—Estás bastante lejos de casa, ¿eh? —susurro.

Las palabras de mi abuela sobre los caimanes resuenan en mi cabeza. *Los caimanes son heraldos del cambio violento.*

Tengo que llamarla. Pero dudo. ¿Qué le voy a decir? *¿Qué tal? Hace cuatro días maté a un hombre y hoy he visto un caimán. ¿Qué significa todo esto?*

Después de lo que pasó, debería tenerles terror a los caimanes. Pero son lo que son. No son monstruos. Los verdaderos monstruos son los que parecen iguales que tú y yo. Esos son los que de verdad me aterrorizan.

A día de hoy sigo creyendo que los caimanes son fantasmas. Vienen a advertir o a castigar.

EL MARTES A ÚLTIMA HORA DE LA TARDE dejo a Jackson en su casa. Hay un Mercedes negro en la entrada. Uno de los muchos coches de sus padres. Por qué alguien necesita más coches de los que puede conducir, nunca lo entenderé. Jackson Huntington III no entiende por qué me niego a comprar un coche nuevo y caro. Intento explicarle que comprar uno de tres años me fue bien. Todavía está en buenas condiciones y no pagué ni mucho menos lo mismo, al ser de segunda mano.

Llevamos juntos casi un año. En el fondo sé que no duraremos. Somos demasiado diferentes. Nuestros orígenes y creencias. Por no hablar de que él no conoce la verdad. A todos les cuento la misma historia: que mis padres murieron en un accidente de coche. ¿Qué pasó en realidad? Jamás lo contaré por voluntad propia. Por eso uso mi segundo nombre, Hope. Katherine Hope Jones murió la misma noche que mi mamá y Max.

Es poco probable que alguien oiga mi nombre y me relacione con aquella niña de hace tantos años en Florida. Katherine Jones quizá le suene a alguien. Pero Hope Jones no. Jones es uno de los apellidos más comunes. Crecí en Kansas. Nadie relacionará Kansas con Florida.

Al día siguiente en el trabajo, todavía no hay ninguna mención en internet de lo que hice. ¿No lo habrá encontrado la policía? ¿Acabaré yo así algún día? ¿Muriendo completamente sola, sin amigos ni seres queridos que vengan a buscarme? Mi cuerpo abandonado en casa durante quién sabe cuánto tiempo, hasta que un vecino huela algo horrible. Un cadáver dejado al calor tiene un olor que no se olvida nunca. Como tirar el envoltorio y la bandeja de pollo crudo en un día de calor. Pasar junto al cubo de basura te provoca arcadas. Saboreas la descomposición en la garganta. Me imagino que la gente que trabaja en un matadero siempre debe oler a muerte.

Al día siguiente, a la hora de comer, camino varias manzanas hasta la biblioteca para usar uno de sus ordenadores. Sé que estoy siendo paranoica, pero no es que no esté justificado. Entro en el boletín policial diario de Wilmington y busco cualquier mención de maltrato animal. Luego, sin saber por qué, reviso otros boletines

policiales del estado. Hay casos en todos los pueblos que miro. Después de recopilar una lista de enlaces, la envío al correo electrónico falso que creé en la Apple Store.

¿Es el hombre de Wilmington la excepción o la regla? Necesito saberlo. Durante la búsqueda, encuentro una página web, pet-abuse.com. Lo que veo allí no me hace sentir mejor. Con la paranoia en aumento, cierro la página y vuelvo al trabajo. El resto del día es completamente improductivo.

Después del trabajo, paro en un gran almacén. Compro un móvil de prepago y pago en efectivo. A partir de ahora, lo usaré para consultar mis páginas todos los días. Para investigar los casos que encuentre. Una vez que tenga el nombre de la persona, podré seguir el caso judicial en el sistema. Nuestro sistema de justicia tiene que demostrarme que estoy equivocada. Demostrarme que hay consecuencias por saltarse las reglas.

DIECIOCHO

Una parte de mi cerebro sabe que estoy soñando, pero la niña de siete años que llevo dentro la hace a un lado. Sé lo que viene y no consigo despertarme. No puedo evitar revivir el horror.

Papá siempre ha tenido mal genio. Pero desde que perdió el trabajo y empezó a beber cada vez más, ha empeorado mucho. Me tapo con las mantas hasta la cabeza y hundo la nariz en un libro. Voy por la mitad de *La telaraña de Carlota*, pero ni siquiera Wilbur consigue acallar la guerra en la otra habitación.

Mamá le grita a papá.

—Sé un hombre. Consigue un trabajo. El que sea. Yo tengo dos empleos mientras tú te pasas el día sentado, bebiendo.

Él le responde a gritos. Esta va a ser gorda. Sin hacer ruido, me bajo de la cama. ¿El armario o el baño? ¿O debajo de la cama? Son mis tres escondites preferidos cuando mamá y papá se pelean. Y últimamente parece que están en guerra todo el tiempo.

La pesadilla cambia y estoy sentada en el suelo, dibujando a Max. Es como el hermano que siempre quise. Uno de los amigos de papá ha venido de visita. Solían trabajar juntos, pero ahora su amigo tiene trabajo y papá no. Las voces llegan por la ventana. Los dos están dándole a una pelota en el patio de atrás. El chasquido del bate me hace alzar la vista cada vez que lo oigo.

Al cabo de un rato dejo de oír nada. El silencio nunca es buena señal en nuestra casa. Entonces la puerta mosquitera se cierra de

golpe. Papá y su amigo entran, cervezas en mano.

—Hablaré bien de ti.

Papá gruñe.

—Llévate una para el camino. Tengo algunas cosas entre manos, pero te agradezco la oferta.

El hombre se va y papá tuerce el gesto con desprecio y lanza la lata de cerveza medio vacía contra la pared. Me estremezco pero no me muevo. Si me quedo quieta, a veces no se da cuenta de que estoy aquí.

Se deja caer en el viejo sillón reclinable naranja frente al televisor y va cambiando de canal hasta que encuentra un western antiguo.

—Katherine, ve a traerme unas patatas fritas y otra cerveza.

Salgo corriendo a la cocina y abro la despensa. No hay nada. Parece que últimamente nunca hay mucha comida en casa. Muchos días me acuesto con hambre. Mamá llega a casa del trabajo, con aspecto cansado, el pelo bonito saliéndosele de la coleta.

—¿Qué buscas, cariño?

—Papá quiere patatas fritas pero no hay.

Desde el salón llega un gruñido.

—¿Por qué demonios tardáis tanto?

Mamá sale de la cocina pisando fuerte. Tiene cara de asco, como si oliera algo malo.

—No hay más patatas fritas. No tenemos suficiente para comer. Te bebiste la factura de la luz este mes. Ahora llevamos tres meses de retraso en todo. ¿Has visto que hoy nos ha llegado un aviso de desahucio?

Me pego a la pared. Sé lo que viene. Me escabullo de la habitación. En cuanto llego al pasillo, corro al baño, cierro la puerta y me meto en la bañera. La cortina de ducha de lunares morados y blancos cruje cuando la agarro y tiro de ella para cerrarla, para bloquear la fealdad. En la bañera, me abrazo las rodillas con fuerza y me mezo hacia delante y hacia atrás. Pequeños jadeos, como los que hace Max cuando tiene calor, llenan el espacio diminuto; el sonido resuena en los azulejos azules agrietados.

Las voces suben de volumen. La maldad llena nuestra casa hasta el techo. Algunos días puedo verla. Una nube fea, morada y negra,

que flota sobre nuestras cabezas.

—No puedo seguir así. Ya basta. Te voy a dejar.

Hay un rugido bajo, como el de un animal enfurecido, y luego un golpe sordo. Sé lo que está pasando. Cierro los ojos con fuerza y me tapo los oídos con las manos. Pararán pronto. Siempre lo hacen.

Parece una eternidad, y de repente algo cambia. Una quietud en el aire que me pone la piel de gallina. Entonces mamá suelta un grito diferente. Un grito que no le había oído nunca. Los brazos y las piernas me hormiguean mientras la cortina que me esconde se difumina en un remolino de morado y blanco.

Otro sonido… No consigo identificarlo. Entonces caigo en la cuenta y me llevo las manos a la barriga. El bate de béisbol.

Max gruñe, un rugido bajo desde lo más hondo de su vientre, y sé que tengo que hacer algo. Hago de tripas corazón y, con una mano pequeña y temblorosa, aparto la cortina de ducha. Mientras voy de puntillas por el pasillo, mis pasos se vuelven más seguros. Cuando llego al salón, ya estoy pisando fuerte. Con las manos en las caderas, me planto allí y miro a papá con los ojos entrecerrados.

—No le pegues a mi mamá. Eres malo y te odio.

Su mano sale disparada tan rápido que no sé lo que pasa hasta que me encuentro en el suelo, con la cara ardiéndome como si me hubieran picado mil avispas. Un gruñido terrible sale del dulce Max, siempre tan tranquilo. Enseña los dientes, con el pelo del lomo erizado, y se coloca entre papá y yo. Antes de que pueda detenerlo, papá patea a Max. Mi hermano peludo se estrella contra la pared con un aullido.

Mamá le lanza un cuenco a papá, que se agacha y el cuenco se hace añicos contra la pared. Mareada, me pongo de pie y me tambaleo como papá hace a veces. Él recoge el bate.

El batazo levanta una brisa; el impacto suena como uno de los cascanueces de la abuela. El mismo sonido que cuando ella y yo hacemos pan de arándanos en Navidad y cascamos las nueces una por una.

Mamá no se levanta. Corro hacia ella, me dejo caer al suelo.

—Por favor, levántate, mamá. Nunca más te voy a contestar mal.

Se oye un chasquido cuando papá abre otra cerveza y se la bebe de un trago. La cara de mamá hace juego con su esmalte de uñas. Tiene un aspecto horrible, algo está mal. Algo dentro de mí se retuerce y se vuelve negro.

Tengo los puños tan apretados que me sorprende no estar sangrando mientras golpeo a papá.

—¡Te odio! ¡Te odio!

Papá me da un revés y me golpeo contra la mesa de centro. El dolor me estalla en el costado. Levanta el pie y sé que va a ser malo. La patada nunca llega. Max ataca a papá para salvarme.

Parece durar una eternidad, el sonido del bate. Hay un último golpe sordo, luego un gemido. Los gritos que salen de mi garganta suenan como si pertenecieran a otra persona. Alguna otra niña que vive cosas horribles.

—Cállate de una puta vez. No soporto tus berridos.

Papá me patea al salir. Da un portazo contra la pared y la deja abierta de par en par, como la boca de un monstruo, lista para devorar a cualquiera que se acerque. Unos minutos después, oigo arrancar un coche.

Max no se mueve. Y mi mamá no despierta. No sé cuánto tiempo paso allí hecha un ovillo. Como puedo, consigo ponerme de pie, cojeo hasta mi habitación y agarro la colcha que hizo la abuela. Siempre ha sido la favorita de mamá. Aunque ya no se hablen.

Por más que lo intento, no puedo mover a mamá, así que voy hacia Max. Me acurruco junto a él, lo abrazo fuerte, y las lágrimas caen sobre el pelaje negro. Tengo la cara, el pelo y la ropa empapados. Cuando me incorporo, parece que me hubiera bañado en pintura escarlata.

Con las pocas fuerzas que me quedan, empujo a Max por la alfombra floral, cuyas flores, antes vivas, se han apagado hasta volverse grises, y voy dejando un rastro carmesí.

Me acurruco entre ellos y nos cubro a todos con la colcha. Un ruido me despierta. Unos ojos rojos me observan desde la oscuridad. Un olor a algo frío y ancestral llena la habitación. Mamá se mueve. ¿Está bien?

Su piel está rara y tiene los ojos abiertos, pero mi mamá ya no está ahí. Me envuelvo con la colcha junto a Max y cierro los ojos, rezando para que el diablo no haya venido a llevarnos a todos.

Algo frío me roza el pie. Asomo la cabeza por debajo de la colcha y abro la boca para gritar, pero no me sale nada. Un caimán enorme me mira fijamente. Juro que es tan grande como un coche. Tiene cicatrices horribles en la cabeza y el lomo. La pierna de mamá está en su boca. Su cuerpo se sacude mientras él tira de ella y la arrastra fuera de la habitación. Paralizada de miedo, incapaz de gritar ni de hacer nada, solo puedo mirar cómo se lleva a mi mamá. No quiero imaginarla bajo el agua, esperando a que se la coman.

A su paso deja un rastro burdeos. La puerta mosquitera golpea contra la casa. Con los ojos apretados, rezo a un Dios que nunca me ha respondido para que me ayude ahora. Que me ayude a arrancar a mi mamá muerta de las fauces del caimán. Que traiga a Max de vuelta. Que castigue a mi papá. Y sobre todo... que me lleve muy, muy lejos de aquí.

Nunca responde.

Me despierta el sonido de golpes en la puerta. Tengo miedo y abrazo a Max con fuerza mientras me tapo la cabeza con la colcha.

Un grito me hace esconderme bajo la colcha. Huele a monedas y a la carne picada que papá solía hacer en la parrilla. La señora Thorne aparta la colcha con expresión horrorizada. Llama a alguien. Intenta que me mueva, pero solo niego con la cabeza.

—Katherine, quédate aquí. He llamado a unas personas para que vengan a ayudar.

Su mano queda suspendida sobre mi hombro.

—¿Dónde está tu mamá?

La miro fijamente.

—El caimán se la llevó.

Ella mira hacia el canal y murmura:

—Volveré en un rato.

Un poco más tarde, papá llega a casa, desaliñado y derrotado. Nos ve a Max y a mí en el suelo. El rastro de sangre seca sale por la puerta, cruza el césped y llega hasta el lugar donde mamá descansa para siempre.

—Ay, Señor Jesús. Lo siento mucho. ¿Qué he hecho?

Está llorando. Se deja caer de rodillas, solloza, le gotean los mocos de la nariz. Extiende la mano para tocarme.

Me encojo.

—No me vuelvas a tocar en tu vida.

Nunca he odiado tanto a nadie.

—Espero que la policía te lleve y te quemen en la hoguera.

El tiempo pasa borroso. La gente intenta que suelte a Max, pero niego con la cabeza y me aferro a él con fuerza. Gasté todas las palabras que tenía con papá. Ahora no puedo hablar. Las palabras no me salen. Se me quedaron atrapadas en la garganta. Quizás para siempre.

La policía nunca encontró al caimán. Pero yo podría haberles dicho que no lo encontrarían. Era un fantasma. Y se llevó a mi mamá a su tumba de agua para que papá nunca volviera a hacerle daño. ¿Por qué no me llevó a mí también?

La pesadilla se desvanece. Despierto sin poder moverme. Cuando amanece, por fin estoy lo bastante lúcida para salir de la cama. De vuelta en mi apartamento. Lejos de Florida.

Un psiquiatra se daría un festín conmigo. Mi papá mata a mi mamá, y luego se la lleva un caimán enorme. Cuando dragaron el canal, recuperaron lo que quedaba de ella. La señora Thorne les contó a algunos en el funeral que un par de policías vomitaron ese día. Tuvimos un ataúd cerrado.

Me tambaleo hasta el baño, me meto en la bañera y corro la cortina de la ducha para encerrarme. Con la mejilla apoyada en el borde frío de la bañera, la pesadilla vuelve a arrastrarse hasta la habitación de mi mente, donde cierro con llave y por fin me quedo dormida.

DIECINUEVE

A veces a la abuela le cuesta arrancar, así que dejo que el teléfono suene y suene.

—¿Estás segura de que comes lo suficiente, cariño?

Su voz al otro lado del teléfono me envuelve como una manta acogedora. Cálida y buena. Algo que ya no merezco. Con el paso de los días, no dejo de pensar en lo que hice. Se me pasa por la cabeza el pensamiento absurdo de que me alegro de no ser católica. Con la culpa que ya siento... si fuera religiosa, tanta culpa me destrozaría el alma.

Hablamos de todo y de nada. Su jardín y las conservas. Las mantitas de bebé que lleva haciendo para los recién nacidos del hospital. Me da una idea.

—Estaba leyendo que los refugios de animales necesitan mantas de polar. Ya sabes, esas que se hacen atando los bordes.

—Qué idea tan bonita. Hablaré con las señoras de mi grupo y nos pondremos manos a la obra. Seguro que hay refugios por aquí que las recibirán encantados.

—¿Has pensado en mi oferta de mudarte?

Antes de Wilmington, habría dado cualquier cosa por que la abuela se mudara aquí a vivir conmigo, pero ahora... necesito distanciarme. Prepararme para el final. ¿Cómo se las apañan los criminales en su día a día? Esa idea de que la policía puede presentarse en cualquier momento y llevárselos. ¿Cómo sobreviven?

Lástima que no conozca a ningún criminal a quien preguntar. Nunca he tenido ni siquiera una multa de tráfico. El peso de lo que hice me oprime el alma.

—... así que entenderás por qué quiero quedarme donde estoy, cariño. ¿Vendrás a verme pronto?

Antes, lo habría organizado encantada. Ahora no. No puedo.

—Tenemos un par de proyectos muy exigentes en el trabajo ahora mismo. Estaré liada los próximos dos meses. Pero en cuanto terminen, me tomaré una semana libre y vendré a verte.

—Te quiero mucho.

Duda.

—Siempre quise que Hope fuera tu primer nombre, pero a tu madre le encantaba Katherine. Ya sabes que siempre quiso tener una familia grande, pero solo te tuvo a ti. En aquel momento me daba mucha pena por ella, pero ahora creo que fue lo mejor. Cuídate y recuerda cuánto te quiero y que pienso en ti todos los días.

—No sabía que quería más hijos. Mamá nunca me dijo nada. ¿Por qué no os hablabais?

Suspira.

—Eso te lo cuento cuando vengas a verme.

Se me cierra la garganta y me tiembla la voz.

—Yo también te quiero, abuela.

MIENTRAS ESPERO a que empiece mi próxima reunión, estoy sentada en una sala de conferencias tomando notas cuando veo un periódico que alguien ha dejado. La noticia me llama la atención.

Sean Manfred, de 25 años, del sureste de Raleigh, ha sido acusado de crueldad animal. Una mujer que salió a correr temprano vio al hombre tapándole la cabeza al perro con una bolsa de plástico. Horrorizada, lo vio saltar una y otra vez sobre la cabeza del animal. Los agentes de control animal acudieron al lugar junto con la policía de Raleigh. El perro, un cruce de pit bull, está siendo tratado por fractura de mandíbula y dos patas rotas.

Saco el teléfono negro, mi desechable, como lo llaman, y le hago una foto al artículo. Con su nombre puedo seguir lo que pase. Todo lo que he visto hasta ahora me ha llenado de desesperación. Como la mayoría de la gente, siempre di por hecho que quienes cometían delitos pagarían por ello. Pero lo que estoy descubriendo es que la mayoría de esta gente se libra con libertad condicional y la prohibición de tener animales durante dos años. Y esto no pasa solo aquí en Carolina del Norte, sino también en otros estados. ¿Adónde vamos a llegar? No puedo permitir que la injusticia quede impune. Si lo hago, soy tan mala como ellos.

El teléfono negro siempre está en silencio, y vuelve a mi bolso. Saco el teléfono blanco que siempre llevo encima. Elegí colores distintos a propósito, aunque si Jackson o alguien ve el otro teléfono, puede que pregunten. A estas alturas no sé qué les diré. Me daba miedo que si compraba el desechable en blanco pudiera confundirlos. Es fundamental que tenga cuidado. Que sea metódica y lógica. Solo pensar en pasar mis días encerrada en una celda diminuta, siguiendo el horario de otra persona, me provoca un ataque de pánico. Es muy fácil recargar el teléfono. Compro una tarjeta en efectivo y listo. He usado más efectivo en las últimas semanas que en los últimos años.

La gente empieza a entrar para la reunión. Estoy distraída, con la atención puesta en lo que viene después. Después de hacer mi trabajo durante un par de años, me lo conozco al dedillo. Así que aunque suene arrogante decir que puedo hacerlo con los ojos cerrados, es verdad. La voz oscura me susurra mientras escucho a medias al presentador.

Tanto en las horas de vigilia como en sueños, la voz es la misma. Me dice que los maltratadores deben pagar. Nadie más los castigará, así que debo hacerlo yo. La responsabilidad recae en mí. Soy la voz de todos los que no la tienen. Durante la última semana la voz se ha vuelto más insistente. Mi lista es larga. Y crece cada día.

A la reunión le quedan dos horas más. Durante un descanso, Lisa se inclina hacia mí.

—Lewis va a cenar con Martha otra vez. Está tan bueno. ¿Por qué está con ella?

—Solo quiere tirársela.

Lisa no estaba interesada hasta que él se fijó en otra. Así es ella. Somos amigas del trabajo, pero sé que es mejor no dejarla a solas con Jackson en una fiesta. Los tíos pillados siempre le resultan más atractivos a alguien como ella.

Antes de que termine el descanso, miro el otro teléfono. Veo que el hombre que maltrató a sus caballos se ha librado con libertad condicional. Puede que piense que se ha salido con la suya, dándose palmaditas en la espalda. Puede que incluso piense que al caballo lo sacaron de su sufrimiento y ya está. Pero yo sé su nombre, y sé dónde vive.

La voz susurra. *Haz que pague.*

VEINTE

Mis mentiras crecen cada día, parece. Cobran vida propia. Le digo a Jackson que tengo una reunión el viernes y otra el lunes, así que me quedaré el fin de semana en Charlotte. Solo que no voy a Charlotte. Conduzco dos horas hasta Whiteville. Hoy trabajo desde casa. Mientras responda a lo que me pidan, nadie se enterará.

El olor de la granja de cerdos entra por la ventana mucho antes de pasar por delante. Hay tierras de cultivo a ambos lados. El suelo parece castigado por el calor y la sequía. Y solo estamos a principios de mayo, nos queda mucho por delante. Miro al cielo y rezo pidiendo lluvia. Aunque no puedo quedarme esperando que llueva, y en realidad, ¿de qué servirá rezar? La última vez que recé, perdí a quienes amaba con todo mi corazón. Los campos a ambos lados solían estar llenos de tabaco. Ahora los granjeros crían cerdos con balsas de purines.

Sean Manfred pensó que era divertido pisotear a su perro. Veremos lo divertido que le parece cuando no pueda respirar. Google Street View es fantástico. Antes de salir, busqué su dirección, los alrededores y las carreteras. Vive en una zona rural, sin vecinos cerca. Perfecto.

La carretera rural también tiene el inconveniente de que no hay dónde aparcar. Me detengo y pongo una tira de tela blanca en la ventanilla del copiloto para que parezca que el Jeep se ha averiado.

Desde aquí puedo vigilar la casa. Es una casa baja de ladrillo con juguetes esparcidos por un césped marrón. Se me revuelve el estómago. El almuerzo que preparé amenaza con volver a subir. ¿Habrá hecho daño también al niño o a los niños? El té dulce de Bojangles se desliza por mi garganta, calmando el revoltijo de mi estómago.

La puerta principal está apoyada contra la pared de ladrillo, con un tajo en medio como si alguien le hubiera dado con un hacha. La puerta mosquitera tiene una sábana clavada, pero aparte de eso, no hay puerta. Idiota.

Mientras observo y espero a que el cielo pase del naranja al índigo, me pongo al día con los correos del trabajo y reviso mi lista diaria de páginas de sucesos policiales. Quiero creer que lo que vi en Wilmington fue una anomalía, pero no lo es. Es la norma. Nadie más dio la cara. La voz interior exige que me encargue de corregir los errores.

Antes de salir de mi apartamento hoy, limpié el arma; los casquillos vacíos rodaban por la mesa de la cocina. Me puse guantes y los lavé con agua y jabón, con la esperanza de eliminar cualquier huella dactilar. No cometeré ese error otra vez. Cuando recargué, me aseguré de llevar guantes. Y esta vez cogí la otra arma para que no haya conexión. Las dos armas son exactamente iguales, así que cogí un bote de esmalte de uñas rosa chillón y puse un punto en la que ya había usado. Para la segunda del calibre 38 añadí un punto azul huevo de petirrojo.

La pistola azul está en mi bandolera. Lista. Esperando a que la ponga en acción. Una bandolera que forma parte de mi uniforme. El resto de mi atuendo lo componen unas zapatillas baratas, blancas esta vez, una camiseta negra y mallas negras. Después de ver toda la sangre salpicada en mi camiseta gris, pensé que era mejor vestir de negro.

Las luces se apagan en la casa. Una hora más y paso a la acción. El aire es cálido y pegajoso, huele a polvo y hierba muerta.

No hay chirrido cuando abro la puerta mosquitera. El olor a WD-40 es fuerte, pero no puede competir con el olor persistente a cigarrillos mientras aparto la sábana estampada con fantasmas y

otros diseños de Halloween. El salón está a oscuras. La casa tan silenciosa que puedo oír el lavavajillas en marcha. Hay un hedor. Basura que lleva fuera demasiado tiempo.

Con el arma en la mano, avanzo por el pasillo alfombrado. Hay fotos de una niña pequeña en las paredes. El burdeos inunda mi vista. Otra vez no.

En la primera puerta, escucho antes de girar el pomo de latón. La puerta se abre y da paso a un dormitorio rosa con volantes. La niña parece tener siete u ocho años. Mis pulmones se expanden, buscando aire. Está profundamente dormida, con la colcha de princesas medio caída de la cama. Las sábanas rosas le llegan hasta el cuello. Tiene el pelo rubio rizado y se chupa el pulgar. Los niños deberían estar protegidos del mal.

Un sonido me lleva a la siguiente puerta. Es el baño. Un insecto golpea contra la ventana, quiere entrar, atraído por la luz de noche. Dos puertas más. De la puerta a mi derecha sale un olor a productos químicos. Quién sabe qué habrá ahí dentro. Su habitación tiene que ser la siguiente.

El hombre duerme boca arriba, con la boca entreabierta. No hay rastro de la madre que vi en las fotos. Es joven. Solo veinticinco años. Quizás debería sentirme mal por cortar el hilo de su vida, pero ese es el precio. Una vida por una vida.

Para no despertar a la niña, me acerco a él y apunto con el arma. La bajo lentamente hasta que está a dos centímetros y medio del centro de su frente. Una risita amenaza con escapar. El poema de Henry Wadsworth Longfellow me viene a la cabeza. *Había una niña pequeña, que tenía un pequeño rizo, justo en el centro de su frente. Cuando era buena, era muy buena de verdad, pero cuando era mala era horrible.*

Buena. Horrible. Da igual. Inspiro y espiro. Mi mano se estabiliza y aprieto el gatillo. Se siente diferente con el cañón presionado contra su frente que la última vez. Se sacude y queda inmóvil. La herida de entrada es del tamaño de uno de esos lápices gruesos para principiantes. Algo húmedo me moja el labio. Mi dedo sale rojo con un poco de tejido. Me dan arcadas y hundo la boca en el hueco del codo, respiro superficialmente para no vomitar.

Un pequeño maullido suena detrás de mí. Una súplica de ayuda. Me doy la vuelta de golpe. Siento una oleada de adrenalina. La habitación está sumida en el silencio. Espeluznante. Las almohadas beige están manchadas de carmesí, escarlata, burdeos y rojo manzana brillante. Como un cuadro de Pollock.

La niña pequeña, como salida de un libro del Dr. Seuss, está ahí de pie, con el pulgar en la boca.

—¿Eres un ángel? Vi la espada llameante. Mi papá envió a mi mamá al cielo.

Lleva un camisón sin mangas morado estampado con unicornios. Tiene quemaduras de cigarrillo y moratones con forma de mano y dedos en la piel.

Debería irme. Pero no puedo. Me arrodillo y la miro a los ojos.

—Él nunca volverá a hacerte daño.

—Le hizo daño a Bruiser. Se lo llevaron y dijeron que no puedo recuperarlo —las lágrimas le brotan de los ojos—. Lo echo muchísimo de menos.

—Lo sé. Ve a buscar el teléfono.

Sale de la habitación deslizándose. El corazón me late desbocado. Todo ha terminado. La voz interior está descontenta.

La niña regresa. Me tiende el teléfono.

—Marca el 911 pero no pulses enviar. No hasta que me haya ido. ¿Entiendes?

Sus ojos son enormes.

—¿Vas a volver al cielo?

—¿Qué?

—Eres un ángel. Lo sé. Recé pidiendo un ángel que se llevara a mi papá para que no volviera a hacer daño a nadie.

—No, niña. Soy el monstruo del armario.

Se lo piensa mientras yo me preocupo por cuánto tiempo llevo en esta casa.

—No pareces un monstruo —la niña me rodea la cintura con los brazos y me abraza fuerte. Me quedo paralizada—. Nunca volvería a tener miedo si estuvieras en mi armario.

Retrocedo un paso y la miro. No está gritando ni llorando, y me preocupa que ahora esté tan dañada como yo. Mientras salgo de la

habitación, me sigue hasta la puerta principal. Aparto la sábana y miro hacia fuera, y ella dice:

—Eres un ángel.

—No olvides llamar cuando me haya ido.

Una vez que me alejo de la casa, troto hasta el Jeep. Entro y cierro la puerta de un golpe. Una sola lágrima cae sobre el volante mientras conduzco.

Se acabó. Puede identificarme. Bien podría conducir hasta la comisaría más cercana y entregarme. Pero no lo hago. Espero hasta estar en la autopista, y cuando suena una canción que no me gusta, tomo la siguiente salida. Sigo mi rutina. Me cambio de ropa. Vuelvo a ser Hope. Unas cuantas salidas más y paso por un autoservicio a comprar otro té dulce. Tiro una toalla de papel llena de casquillos a la basura al salir del aparcamiento.

Domingo por la mañana. La camiseta de Duke de Jackson me llega a medio muslo. Un batido verde me ayuda a despertar. Tengo las noticias puestas de fondo cuando la voz del presentador se vuelve seria. Una reportera aparece frente a una casa que reconozco. Su rostro está sombrío, aunque arqueo una ceja al ver el júbilo apenas contenido en sus ojos. Está pensando que quizás esta sea su gran historia.

Hay cinta policial en la puerta principal. La mujer mira a la cámara.

—Las autoridades solo han confirmado que aquí se produjo un homicidio el viernes por la noche.

Un rostro inocente aparece en la pantalla.

—Un ángel se llevó a mi papá. Pero él no va a ir al cielo con mi mamá. Va a ir al lugar malo.

Una búsqueda rápida en internet me da algo más de información. Da igual lo que le preguntaran los policías y el psiquiatra infantil: la niña dice que la salvó un ángel con alas brillantes, una espada de fuego y unos bonitos ojos azules. Había un pequeño laboratorio de metanfetamina en la habitación por la que pasé. La que pensé que olía raro. El hospital encontró rastros de drogas en el organismo de la niña. Nadie podía tomarse en serio su descripción del agresor. La niña irá a una familia de acogida. Sonrío mientras pongo los pies

sobre la silla de la cocina. Miro por la ventana y lo oigo. La voz ha vuelto. Seductora y oscura. *Nadie viene a por ti. Elige a otro que deba pagar.*

VEINTIUNO

Cuando la tarde me queda libre de forma inesperada, lo tomo como una señal y camino las pocas calles que me separan del juzgado. Hay dos casos que quiero presenciar. La historia de siempre. A un hombre lo condenan y le dan libertad condicional. Los cargos contra la mujer de aspecto duro son desestimados. Por lo visto, la policía no siguió el protocolo al pie de la letra y sus acciones viciaron el caso.

Las expresiones de alivio son idénticas en ambos rostros cuando salen de la sala. Me revuelve el estómago. Pero la voz en mi interior susurra y sonrío. No les durará mucho la sonrisa.

Cuando salgo de la sala, alguien me llama.

—Hope. Hace tiempo que no te veo. ¿Qué haces aquí?

—Grayson. ¿Era este tu caso?

—Lo heredé de un compañero. Quizás hayas oído hablar del tipo al que dispararon.

—Recuerdo haber leído algo. Lo siento. ¿Cómo está?

—La recuperación va para largo.

Se queda ahí plantado con su uniforme, cambiando el peso de un pie al otro.

—¿Conocías a la mujer?

—No. Había quedado con Jackson para comer, pero me dejó plantada. No sé si fue algo que comí o qué, pero me mareé. Esta era la primera puerta abierta que encontré. Entré a sentarme esperando

que se me pasara, y en eso entró el juez. Me pareció raro levantarme e irme. Siento que no haya salido bien.

Grayson agarra el respaldo del banco de madera con tanta fuerza que se le marcan las venas en las manos.

—No es la primera vez que pisa un tribunal. Ya lo había hecho antes.

Observo cómo se le contrae un músculo de la mejilla.

—Tenemos que seguir avanzando con la educación. Así es como la gente aprenderá. Cómo los jueces entenderán que un animal no es una mesita de salón que se tira cuando uno quiere.

—Me parece estupendo que intentes concienciar a la gente. Seguro que con el tiempo dará sus frutos.

Recojo el bolso del banco y me lo cuelgo al hombro.

—Tengo una reunión a la que volver. Tendremos que quedar todos para tomar algo.

—Sería estupendo.

Me observa mientras me alejo. Tengo un zumbido en los oídos y un sonido acuoso. Es la sangre que me corre por las venas. El sol calienta mi piel helada mientras vuelvo a la oficina. ¿Fue plausible la explicación? Quizás. Pero tengo que andarme con cuidado. No puedo permitir que Grayson piense que me interesa el bienestar animal. Es un tipo perspicaz. Me preocupa que vea demasiado.

Ha sido un riesgo estúpido. Aporreo el teclado, furiosa conmigo misma. Se acabó lo de asistir a juicios. El anonimato es lo que me mantendrá lejos de una celda pequeña y sin ventanas. Como el caimán, debo convertirme en un fantasma. Así que, a partir de ahora, todas mis investigaciones serán en el ciberespacio.

Mientras estoy sentada ante el escritorio mirando el monitor, otra escena se despliega ante mí. Estúpida. No había pisado una sala de tribunal desde los siete años.

Hay tanta gente que me habla. Alguien me lleva a una sala donde un hombre aterrador vestido de negro está sentado en lo alto, mirando a todos desde arriba. Colin y Julia Fraser, o sea, abuela y abuelo, están conmigo. Los padres de papá murieron hace mucho. Nunca los conocí. Abuela me dice que papá va a ir a la cárcel. Y que

voy a vivir con ellos. Que dejo Florida atrás. Que me mudo a Kansas y empiezo de nuevo.

Tengo que sentarme en una cajita junto al juez, levantar la mano y prometer decir la verdad. Un hombre serio con traje me hace preguntas. Cuando les cuento lo que le pasó a mamá y a Max, lloro y lloro. El hombre que está sentado con papá intenta decir que fue ese caimán enorme el que mató a mi mamá. Dice que ella todavía estaba viva cuando papá se fue.

Es un mentiroso. Puede que solo tenga siete años, pero sé que los adultos mienten mucho. No entiendo todo lo que está pasando hasta que papá, con un mono naranja, me grita.

—Katherine, no te olvides de mí, ¿me oyes? Sabes que papá te quiere.

Abuela me aprieta fuerte contra su costado. Los dos odian volar, así que iremos en coche desde Florida hasta Kansas. Fueron todos esos kilómetros con ellos los que me hicieron amar los viajes en coche. Para cuando llegamos a su casa, he tomado una decisión.

—Ya no quiero que me llamen Katherine. Quiero que me llamen por mi segundo nombre. Hope.

Estoy sentada en el asiento de atrás de su coche grande, con el aire que me sopla en la piel, esperando oír qué dicen de esto.

Abuelo me mira por el espejo retrovisor. Me guiña un ojo y se vuelve hacia abuela.

—Siempre me ha encantado el nombre Hope. ¿Y a ti, Julia?

—Me parece un nombre precioso.

Y así de simple, quedó hecho. Un año después, abuelo me sienta fuera, en el columpio del porche. Me dice que papá se metió en una pelea y lo mataron en la cárcel. Dice que viviré con ellos para siempre. Estoy feliz. Ellos nunca se pelean. Siempre hay mucha comida y abrazos. No quiero volver a vivir con mi papá nunca más.

—¿Soy mala persona?

Abuelo desenvuelve un caramelo de menta y se lo mete en la boca. El olor llena el aire.

—No. No eres mala. No podemos elegir la familia que nos toca. A veces nos tocan buenas y a veces malas. Tu papá tenía muchos

problemas. Y tu mamá, que en paz descanse, lo quería de todos modos.

Me rodea con el brazo y me acerca.

—Pero eso no es excusa, Hope. Tenemos la responsabilidad de hacer lo correcto. Por muy difícil que sea. Ya sabes, es como con el señor Williams.

—¿Con su vaca, quieres decir?

—La ley decía que la vaca era suya. Pero yo sabía lo que su hijo le estaba haciendo a ese pobre animal. Así que Henry y yo nos llevamos esa vaca una noche, la llevamos muy lejos, a vivir con alguien que conocemos. Un lugar donde pasará el resto de su vida en un santuario.

Me mira a los ojos.

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Creo que sí. A veces lo que dice la ley no es lo correcto.

Me da una palmadita en el hombro. —Así es, cariño.

Kansas me sanó. Me dejó enterrar el pasado y olvidarlo. Florida se desvaneció. Estudié en la Universidad Estatal de Kansas. Y antes de graduarme, conseguí un trabajo en una empresa de suministro de agua en Carolina del Norte. Fue difícil dejarlos. Eran como mis padres. Los quería con locura.

De niña, nunca le conté a nadie que había vivido en Florida. Siempre me hice llamar Hope. No quería que nadie me relacionara con aquella niña de las noticias. La abuela tenía una foto mía. Cubierta de sangre, acurrucada contra Max. La encontré entre sus cosas un día que buscaba bisutería para jugar a disfrazarme. Me quedé mirando el recorte de periódico un buen rato antes de volver a guardarlo. Nunca dije nada sobre lo que había encontrado.

Después de graduarme, tenía dos meses antes de empezar mi trabajo en Carolina del Norte. Tiempo de sobra para hacer las maletas y el viaje en coche. Habíamos hecho tantos viajes por carretera cuando era pequeña. Habíamos visto tantos lugares. Había volado un par de veces, pero lo odiaba. Los asientos estrechos, la gente malhumorada y borde. Aquel espacio tan reducido me hacía sentir atrapada. En mi coche, yo decidía adónde ir y qué hacer.

Cuándo parar y dónde comer. No había nadie quejándose ni protestando. Solo importaban mis planes.

El abuelo me hizo sentarme antes de irme.

—Es hora de que te lleves estas.

Las pistolas de mi padre.

—No sé si sería capaz de dispararle a otra persona.

Su expresión era seria cuando dijo:

—Si alguien viene de verdad a por ti, te salvarás la vida y apretarás el gatillo. Sigue apretando hasta que no quede nada.

Me enseñó otra vez cómo usarla.

—Ahora estás lista para irte.

Si hubiera sabido lo proféticas que resultarían ser esas palabras.

VEINTIDÓS

Desde pequeña, veía las cosas de forma distinta a los demás. Sentía con más intensidad. Prefería la soledad a jugar con otros niños de mi edad. ¿Por qué? No lo sé. Quizás las células se unieron de forma ligeramente diferente cuando me formé. ¿Quién sabe realmente por qué cada uno de nosotros es diferente? Al mundo no le gusta lo diferente. Te machaca e intenta meterte en un molde. Que le den al mundo.

Un último correo, activo el mensaje de ausencia y me voy. Estamos a mediados de mayo y el calor no da señales de ceder. Al menos habíamos tenido lluvia. Tormentas salvajes que me hacían salir corriendo a altas horas de la noche y dar vueltas con los brazos extendidos hacia el cielo.

Escabullirme un miércoles temprano me hace sentir un poco culpable, así que trabajé durante el almuerzo. A estas alturas ya debería haber previsto el estado de la casa que iba a investigar. ¿Es que ningún maltratador tiene una casa decente? Si la tienen, todavía no he visto ninguna. Aunque la casa de Sean no estaba mal... salvo por el agujero que había abierto a hachazos en la puerta principal. ¿Cómo estará la niña? Se llama Elsa y seguro que le encanta tener el mismo nombre que una reina, aunque esta Elsa existía antes de la película.

El viaje dura aproximadamente una hora. ¿Cómo puede vivir alguien aquí? El lugar parece abandonado y dejado de la mano de

Dios. El porche se hunde en el centro. Y el jardín... es más bien un desguace. Si la casa no estuviera oculta por los árboles, seguro que la gente que pasa camino al trabajo llamaría para quejarse. La casa está prácticamente pegada a la carretera, lo que supone un problema. Es una carretera muy transitada, así que me arriesgo y subo por el camino de tierra.

—Esto es propiedad privada. ¿Se le ofrece algo?

Bajo la ventanilla a medias y pongo mi mejor cara de despistada total.

—Lo siento mucho, no me había dado cuenta. Me he perdido por completo. Dame un minuto y te dejo tranquilo.

El hombre asiente. Me cuesta horrores no soltarle un *¿por qué?* ¿Por qué tratarías a un animal de forma tan horrible? Pero tengo que ser lista. Los criminales que presumen de lo que hacen, que les cuentan a sus víctimas por qué van a matarlas, esos son los idiotas que acaban pillados. Yo no. Quiero ser un fantasma. Entrar y salir sin que nadie se entere. La desesperación me invade. Tantas víctimas esperando a que les haga justicia. Me siento agotada antes siquiera de haber empezado.

Hay un prado detrás de la casa. Según avanzo por el camino de entrada, veo que linda con un bosque. Hay otro camino que sale hacia la derecha. El bueno de Walt. Excusas y más excusas. Declaró que había perdido el trabajo, que no tenía dinero ni para alimentarse a sí mismo ni a su familia, y mucho menos a los caballos. Entonces, ¿por qué no entregó los caballos a alguien que pudiera cuidarlos? No, prefirió dejarlos morir de hambre. Puede que haya evitado el procesamiento al entregar los caballos, pero a mi modo de ver, eso no basta. Me alegro de que crea que tomó la decisión correcta, porque le va a salir caro. Nuestros actos siempre tienen un precio. Si no lo pagamos aquí en la tierra, lo pagaremos en el más allá.

Doy la vuelta despacio, agradecida de haber pensado en embadurnar de barro la parte trasera del Jeep para tapar parcialmente la matrícula. Pasar por un charco que vi en el camino dejó unas salpicaduras perfectas a juego. Llevo las ventanillas bajadas mientras avanzo poco a poco por el camino de entrada. El hombre está sentado en el porche hundido, mirándome con

expresión hostil. Le suena el teléfono y levanto aún más el pie del acelerador. Menos mal que es automático. Si fuera manual, apenas podría evitar que se me calara en primera. Me llegan fragmentos de conversación por las ventanillas.

—... Cuando veas a tu madre esta noche, no te olvides de pedirle dinero. Y acuérdate de parar a comprar cerveza cuando vuelvas el sábado.

A medida que el vehículo se aleja por el camino, agudizo el oído. Sigue mirándome con hostilidad, así que no me atrevo a pararme.

—... Bueno, pues entonces te veo el sábado.

Se levanta.

—No, esta noche solo voy a ver el partido.

¿El partido? Espero que no haya apostado, porque no va a ver el resultado.

MALCOLM LLAMÓ. Habían avistado al perro pastor. Grayson estaba convencido de que hoy era el día. Una vecina dijo que veía al bicho dormido bajo el columpio de los niños, en el jardín de enfrente.

Parecía avergonzada.

—No molesta a nadie, pero me da pena verlo suelto por ahí y tan desastrado.

—Vamos para allá. No salga fuera. Podría espantarlo.

Quedó con Malcolm en la calle, cerca de la casa de la mujer.

—Tengo la pistola de tranquilizantes lista. ¿Cuál es el plan?

Grayson señaló a su derecha.

—Suele bajar la colina y torcer a la derecha. Yo lo persigo; tú rodea por el lateral. Cuando pase corriendo, le disparas el dardo.

Malcolm se rascó el cuello.

—Empiezo a creerme las historias.

—¿Cuáles, que es una especie de fantasma?

—Podría ser un robot del gobierno para espiar a la gente. Como esos drones que vamos a empezar a ver por todas partes.

—No te falta razón. ¿Cuánto tiempo llevamos detrás de él?

Grayson cerró el vehículo y subió por la calle con cuidado de que el perro no lo viera. Entre los árboles distinguía al perro dormido. De momento, todo bien. Se acercó por la izquierda. Estaba a un jardín de distancia cuando, de repente, el perro se levantó de un salto, miró a ambos lados y ladeó la cabeza. Lo miró a los ojos como diciéndole *que te jodan*, y acto seguido se dio la vuelta y echó a correr.

Grayson soltó un taco y salió corriendo tras el perro. Cuando alcanzó a Malcolm, los dos estaban doblados, con las manos en las rodillas, jadeando.

—No vino hacia mí. El maldito perro debió de olerme y se fue por otro lado.

—Tendremos que reunirnos todos a pensar, a ver si a alguien se le ocurre algo mejor.

Grayson subió a su camioneta. Se despidió de Malcolm con la mano y volvió a la oficina. Esa noche tenía una cita. Estaría bien volver a intentarlo. No había nacido para estar solo. Le gustaba tener pareja. Todo lo que eso conllevaba. Desde despertarse juntos hasta pasar el rato los fines de semana. Qué demonios, hasta veía esos programas cursis con quien fuera que estuviera saliendo. Su divorcio ya era definitivo; era hora de lanzarse de nuevo a la piscina. Lástima que Hope no estuviera libre. Le gustaba su intensidad.

VA A SER una noche larga, y mañana tengo el día entero de reuniones. ¿A quién se le ocurre llenar un viernes de reuniones? Y en verano, nada menos. Los viernes en verano la gente suele salir temprano del trabajo. Se escapan a la playa o a la montaña para el fin de semana.

Echo una siesta rápida después del trabajo, me ducho y me pongo mi ropa de «trabajo». Una gorra de béisbol con el pelo recogido en un moño bajo ayuda a cambiar mi apariencia. Cojo otro bote de toallitas húmedas para el coche y ya estoy lista. El plástico

cubre los asientos delantero y trasero, y la pistola rosa está cargada. A la espera. La voz me apremia.

¿Estoy lista? Intento convencerme de que no estoy quitando una vida útil. Más bien librando a la tierra de alguien que no hace más que consumir sus recursos sin devolver nada a cambio. Al eliminar a este hombre, puede que salve a otros caballos. A otros animales. ¿Cómo hacen lo que hacen los asesinos en serie? ¿Les resulta más fácil porque tienen alguna tara? ¿O, como quien ha sido entrenado para matar, puedes insensibilizarte lo suficiente como para hacer tu trabajo sin que te atormente el resto de tus días? Pero tampoco es que pueda hablar con nadie. Tendré que lidiar con el torbellino emocional yo sola. Como hago con todo.

En el coche, encuentro una emisora de radio por satélite que pone lo que yo llamo «música para cargarte las pilas». Esa que suena en las películas de acción. Cuando sales del cine, te entran ganas de subirte al coche y pisar a fondo, lanzarte por la carretera a toda velocidad, con las ventanillas bajadas y el pelo ondeando al viento. La que escuchan los atletas antes de un partido importante o una competición.

La música me impide pensar en arrebatar otra vida humana. Los soldados matan por su país y por el bien común. Yo salvo a los animales del mismo destino que han sufrido los que fueron maltratados o asesinados. También hay personas en mi lista de buenas obras. Porque quienes empiezan siendo crueles con los animales acaban cometiendo otros actos, incluido el asesinato, me digo a mí misma que estoy salvando vidas humanas.

Paso por delante de la casa del hombre y tomo el siguiente giro a la izquierda: el camino de tierra que vi ayer cuando di la vuelta. Hay un hueco entre los árboles y lo distingo. Si no lo estuviera buscando, habría pasado de largo. Es más un sendero que un camino de entrada. Apago los faros y detengo el coche mientras espero a que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Hay suficiente luz de la calle y de las casas cercanas para orientarme. Poco a poco, el vehículo avanza haciendo el menor ruido posible. Es casi medianoche, así que las casas por las que paso están a oscuras. La mayoría de la gente ya duerme, preparándose para la jornada laboral.

A mitad de camino, me detengo. Más adelante veo la casa, pero no quiero acercar más el coche por si mira hacia fuera y reconoce mi Jeep. Dejo las llaves en el contacto, listas. El aire húmedo me oprime mientras escucho los sonidos de la noche. Coches que pasan por la carretera, ranas que croan junto a un pequeño estanque, el sonido de un partido de béisbol que llega desde las ventanas abiertas. Por lo demás, la noche está en calma, como si la naturaleza contuviera el aliento, consciente de que me acerco. Y me da la bienvenida a la oscuridad.

Me acerco por el lateral de la casa y miro por la ventana a través de una rendija en las cortinas. Walt está repantigado en un sillón reclinable, bebiendo Mountain Dew de una botella de dos litros. Gira la cabeza y me quedo paralizada. Suelto el aire de golpe cuando me doy cuenta de que no me está mirando a mí. ¿Hay alguien más en la casa? ¿Entendí mal lo que dijo por teléfono? Di por hecho que era su mujer. Los minutos pasan; el reloj que late en mi pecho me recuerda que el tiempo corre. Y cuanto más tardo, más riesgo hay de que alguien me vea o me oiga. No hay otras voces, no veo a nadie más.

Todo suena fuerte: el crujido de la hierba bajo mis zapatos, mi respiración, los latidos de mi corazón, mientras rodeo la casa sigilosamente hasta la puerta trasera. Los tres coches que vi ayer en el camino de entrada siguen allí. Parece que llevan mucho tiempo abandonados. Los parabrisas están cubiertos de suciedad, hojas, ramitas y otros restos.

¿Por qué no podía estar dormido? Habría sido más fácil. Tener que mirarlo a los ojos me produce una punzada en el pecho. No disfruto con esto. Solo hago lo que hay que hacer.

Alargo la mano hacia la puerta mosquitera, pero me quedo paralizada a medio gesto. Alguien viene.

VEINTITRÉS

El chirrido de mi zapato en el escalón me hace contener la respiración. Lo más rápido que puedo, me pego contra el revestimiento y respiro despacio por la nariz. Se abre la puerta del frigorífico. El sonido de una botella al abrirse y el rasgar de una bolsa están tan cerca que el olor a patatas fritas de cebolla me llega a la nariz. Oigo el crujido. Huelo la cerveza.

Si abre la puerta y mira hacia fuera, me verá. Lleve ropa negra o no. Por fin los sonidos se desvanecen, el olor se disipa y vuelve el silencio. La luz sale a raudales por la puerta mosquitera. Dentro de mí, el reloj sigue su cuenta atrás, pero espero. Luego vuelvo a acercarme a los escalones y echo un vistazo por la puerta. La cocina está vacía. El golpe de un bate en la televisión me hace dar un respingo. *Ahora no. Por favor, ahora no.*

La pistola pesa en mi mano; mi intención parece añadirle peso. Lo que sea que le pongan por dentro a los guantes para que se deslicen mejor se nota arenoso con el sudor de mis manos. ¿Cómo lo aguanta el personal médico? Aunque, claro, en los hospitales hay aire acondicionado. No es que estén operando a la intemperie.

La voz es insistente. *Espera*, le digo. Echo la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas y susurro: —Por la vida que estoy a punto de arrebatar, acepto el precio.

Para alguien que ya no reza, es lo más parecido a una oración. El perdón no es una opción. No lo pido; simplemente reconozco lo que

estoy a punto de hacer.

La puerta mosquitera chirría al abrirla. Retiro la mano de golpe y miro hacia el pasillo. Me aparecen manchas negras delante de los ojos. Tengo la boca seca y espero.

Leves vibraciones me recorren desde los dedos de los pies hasta la cabeza. Me siento como la cuerda de un violín. Como vibra después de que el arco la roza.

Bendita sea la gente a la que le gusta la tele a todo volumen. Al alcanzar el tirador, noto que el borde de la mosquitera está suelto. Empujo la mano y atraviesa sin más. Se me escapa una sonrisa. La gente lo pone fácil. Dejan puertas y ventanas sin cerrar. Coches sin cerrar e incluso en marcha con las llaves puestas mientras entran corriendo a por leche o pan. Desde que empezó todo esto, me he vuelto obsesiva con echar la llave. Cuando estaba en casa trajinando, nunca cerraba con llave. Qué demonios, hasta salía corriendo al súper y dejaba la puerta abierta. Ahora, eso sí, lo cierro todo a cal y canto. ¿Lo peor? Como no me gusta el aire acondicionado, antes dejaba siempre las ventanas abiertas. Ya no. Ahora he empezado a poner el aire. Adiós al aire fresco. Da igual que viva en un tercero. Sé muy bien lo que puede pasar.

Ninguno de estos tres hombres ha cuidado su casa, dejan las puertas sin cerrar y no se enteran de lo que pasa a su alrededor. Es increíble. Cualquiera pensaría que quienes cometen actos tan atroces estarían más atentos a su entorno. Puede que estos tres sean idiotas. Que haya tenido una suerte increíble y el próximo no sea tan fácil. Cuando estoy a medio cruzar la puerta, una pierna en la cocina, la otra todavía en el escalón, caigo en la cuenta. Ya estoy pensando en la próxima vez.

Atenta a cada sonido, me quedo en la cocina, esperando y escuchando. ¿Tendrá idea de lo que le espera? La cocina contrasta por completo con el exterior de la casa. La han reformado con electrodomésticos negros y lo que parece granito. Pero al pasar un dedo enguantado por la superficie, está templada, no fría. Una buena imitación. Las paredes están pintadas de un amarillo alegre y el suelo parece madera, pero es algún tipo de vinilo. Alguien cuida esta casa. ¿La esposa que oí por teléfono?

Puede que vuelva a por otra cerveza en cualquier momento. El temporizador está en marcha; el riesgo aumenta con cada minuto. El pasillo lleva a un salón. Me pego al revestimiento y estiro el cuello para mirar dentro. Esta habitación no la han reformado. Las paredes son blancas y mugrientas, la moqueta de un rosa apagado, gastada en algunas zonas. Pero hay un sofá de cuero que parece nuevo. Cuando él se mueve, cruje. Yo nunca podría echar una siesta en uno de esos.

Levanto la pistola. Doy un paso adelante y el hombre se incorpora. El tiempo se estira, los segundos se convierten en días. La sensación de estar fuera de mi cuerpo, de mirar desde arriba, hace que toda la escena parezca sacada de una película.

Eructa. Sus ojos se cruzan con los míos y se abren de par en par.

—¿Qué demo…?

Un chillido me sale de la boca. Walt se mueve rápido, hurga bajo el cojín y saca una pistola. Giro sobre mis talones y echo a correr por el pasillo, resbalo sobre la madera falsa y la puerta mosquitera se cierra de golpe a mi espalda.

Suenan pasos.

—Zorra. Sabía que tramabas algo.

Un estallido rasga el aire y una nube de tierra explota junto a mis pies. La adrenalina me inunda el cuerpo y me lanzo detrás de los coches sucios. No hay tiempo. Me tiro al suelo boca abajo, miro por debajo del coche y veo unos pies.

—Sal de ahí. ¿Es por la hierba? Tengo de sobra, no hace falta que robes.

Me tiembla tanto la mano que no puedo apuntar. *Respira, boba. O tú o él.* La voz repite un mantra que reconozco de mi clase de meditación mientras intento calmarme.

Da otro paso mientras exhalo. La pistola deja de oscilar.

El disparo le da en el pie. Cae. Me levanto de un salto, disparo de nuevo y le doy en el estómago. Se tambalea hacia atrás y luego embiste. El siguiente disparo pasa tan cerca que siento el aire rozarme la cabeza.

Me apoyo en el coche y apunto. El disparo le da en el pecho. Sigue avanzando, con una mano extendida como para detenerme.

Que cuente, exige la voz. Cuando mi bala le atraviesa la cara, está a solo metro y medio. Una neblina roja cuando cae. Sangre y otras cosas en las que prefiero no pensar se acumulan a su alrededor.

Un disparo más para asegurarme. Hay salpicaduras de sangre en el parabrisas de su coche inservible, como pintura esparcida sobre un lienzo.

Mientras me alejo, agradezco haber dado la vuelta al todoterreno al aparcar. Al llegar a la carretera, enciendo las luces. La casa de la derecha está iluminada. Menos mal que el Jeep es tan negro como la noche que me rodea. Tomo el siguiente desvío alejándome de la casa y veo luces intermitentes a lo lejos en la carretera.

El coche golpea el bordillo y vuelvo a mirar la carretera. No hay nadie detrás de mí. ¿Me habrá visto la gente de la casa?

Al llegar a un centro comercial, aparco lejos de las luces y me cambio. Todo va a la basura, incluidos los cinco casquillos usados. ¿Qué habría pasado si hubiera tenido que disparar otra vez y me hubiera quedado sin balas? Los pensamientos me rebotan en la cabeza. ¿Planifiqué mal? ¿Qué podría haber hecho de otra forma?

Los guantes caen en la basura y me quedo allí un momento, dejando que la noche me envuelva. Llevo pantalones cortos y camiseta de tirantes; mis chanclas golpean el pavimento mientras vuelvo al vehículo.

Mierda, un coche está entrando en el aparcamiento. Sentada en el asiento delantero, me llevo el teléfono a la oreja y gesticulo como loca mientras los faros me barren.

El coche sigue adelante, usándolo como atajo. La noche me ha pasado factura. Me desplomo en el asiento, exhausta. Agotada.

Música relajante llena el coche cuando cambio de emisora. Me envuelve, calmándome el corazón y la respiración. Cuando suena la siguiente canción, me incorporo y me miro en el espejo. Tengo una mancha roja debajo de la oreja. En la consola central hay otro paquete de toallitas. Conduzco hasta el extremo del centro comercial, me detengo junto al bordillo y tiro la toallita en otra papelera.

Walt Cunningham nunca volverá a hacer daño a ningún ser vivo. Pero ahora me pregunto: ¿significará su muerte mi perdición?

VEINTICUATRO

Nerviosa y temblorosa, aparco en mi plaza. Al girar la llave en la cerradura, veo luz saliendo de mi puerta. ¿Qué hace él aquí? Maldigo entre dientes.

Jackson me recibe con un beso, aunque está tenso. Irradia ira.

—He estado aquí toda la noche. ¿Dónde demonios te habías metido?

—¿No te acuerdas? Hoy tenía clase de arte.

—¿En serio? ¿Hasta las tres de la maldita madrugada? —Mira el teléfono con gesto teatral. El tipo apunta todas las citas, las mías y las suyas, ahí. Normalmente me alegra que sea tan organizado. Esta noche no. Contengo la respiración, esperando que me pille en la mentira.

—A menos que me haya perdido algo. Hoy es jueves, no martes. —Mira ostensiblemente el reloj—. Aunque técnicamente ya es viernes y tengo que estar en el juzgado a las diez.

—¿Ya has terminado de quejarte? —La bandolera parece un letrero luminoso en mis manos. La guardo en el armario del pasillo —. Me apunté a unas sesiones extra para terminar mi bodegón y el abstracto para tu dormitorio. Ya sé qué hora es. El último en irse cierra con llave. Había otra mujer trabajando cuando me fui. —Entro en la cocina pisando fuerte, me sirvo un vaso de agua con hielo y me lo bebo de un trago—. ¿Contento?

Me ha seguido. Está tan cerca que cuando me giro, lo tengo a unos centímetros. Alarga la mano y me toca el pelo.

—¿Qué?

—Tienes pintura roja en el pelo. Vaya sesión. ¿Te ha dado por imitar a Jackson Pollock y salpicar el lienzo? —Se echa a reír.

Pero no tiene gracia. Me quedo helada. Suena un claxon. Miro hacia el balcón sobresaltada. La puerta está abierta, la brisa entra por la mosquitera.

—¿Por qué está la puerta abierta? —Doy una vuelta sobre mí misma—. Las cortinas están de par en par. Cualquiera podría vernos. Jackson, ¿por qué has abierto todas las ventanas?

—Cálmate. ¿Qué te pasa esta noche? —Me mira con los ojos entrecerrados.

—Cualquiera podría entrar. No es seguro.

—Estás en un tercer piso. Nadie va a entrar. Además, estoy yo aquí. —Alarga la mano hasta dejarla suspendida a un centímetro de mi mejilla—. ¿Hay algo que quieras contarme? —Su voz se vuelve más grave—. ¿Alguien más?

Pongo los ojos en blanco.

—No seas ridículo. El trabajo me tiene de aquí para allá y el resto del tiempo lo paso contigo. ¿Cuándo iba a tener tiempo para engañarte? —Da un paso más y su mano me roza la piel. Lo miro.

—He estado trabajando en un bodegón de manzanas. Pensé regalárselo a tu madre por su cumpleaños.

Se le suaviza la expresión.

—Siento haber dudado de ti. No me des estos sustos, ¿vale? La próxima vez avísame.

La palabra *dispara* resuena en mi cabeza con sorna.

—Sabes, estaba pensando en cómo Eva tentó a Adán. —Deslizo los dedos bajo su camisa, recorriendo sus abdominales, contando los cuadraditos de su tableta—. Solo tenía que decir que no y el mundo podría haber sido muy diferente.

Me sonríe.

—¿Eso es una invitación a pecar contigo?

El aire se espesa entre nosotros mientras se le dilatan las pupilas.

—Depende. ¿No tenías que estar en el juzgado a las diez?

Finge dudarlo mientras me atrae hacia él y me besa. La barba incipiente de esta mañana me roza la mejilla como papel de lija. Sus labios son suaves, y se me escapa un suspiro mientras me abandono a él, dejando que el mundo se desvanezca. Pero me aparto demasiado rápido. ¿Y si me huele a sangre o a pólvora?

—Paso de dormir. Este caso me lo sé al dedillo. —Me levanta en brazos. *«Por favor, que no huela nada»*—. ¿Te pones el disfraz de Halloween que me gusta?

—¿El de chica flapper?

Asiente.

—Hecho. Pero necesito una ducha. Estoy sudada y asquerosa. —Me echo hacia atrás—. Bájame, que me doy prisa. No quiero hacer esperar a mi hombre.

En el baño, meto la ropa en el cesto y echo el cerrojo. Al verme en el espejo, hago una mueca. Tengo una mancha de sangre en la parte de atrás del brazo y otra en el pelo, justo encima de la ceja.

De alguna manera consigo mantener la compostura hasta que veo el agua rosada que me resbala por el pecho y el vientre antes de arremolinarse en el desagüe. Los azulejos están fríos contra mi espalda mientras me dejo caer por la pared, balanceándome adelante y atrás, con sollozos suaves que se mezclan con el agua. Para que Jackson no me oiga, me presiono el antebrazo contra la boca. Al final me recompongo. ¿Lloro por lo que he hecho o porque tengo miedo de que esta vez me pillen? No lo sé. Ojalá el agua pudiera lavar mis pecados. Que esté haciendo lo que hay que hacer no significa que no vaya a ser castigada también.

Envuelta en una toalla, rebusco en el cajón unas gotas para los ojos, para que el enrojecimiento no me delate. ¿Acabaré en el infierno, sentada junto a aquellos a quienes he matado? Mientras me hundo en un pozo de pensamientos oscuros, la voz toma forma. Me rescata.

«No te preocupes», dice. *«No necesitas perdón. Eres la justicia. Designada por quienes no pueden alzar la voz para castigar. Arrebátales la vida para que nunca vuelvan a hacer daño. No dejes que la tristeza o la desesperación te invadan. Destiérralas. No hay nada de qué arrepentirse».*

El tiempo se para. Mi cuerpo está aquí y ahora con Jackson, pero mi mente está en otra parte. Cuando vuelvo en mí, estoy tumbada en sus brazos. Si descubre lo que estoy haciendo, me entregará, sea su novia o no.

VEINTICINCO

El lunes por la mañana, evito los ascensores. Antes siempre los cogía. Me daba tiempo para responder un correo o revisar mi agenda. Cualquier cosa para aumentar mi productividad. ¿Ahora? Las escaleras, siempre. Solo pensar en estar encerrada en un espacio tan pequeño con alguien me produce un hormigueo por todo el cuerpo. La sensación de estar atrapada me hace subir los siete pisos corriendo.

Las primeras semanas apenas podía respirar cuando llegaba a mi planta. Me quedaba allí, doblada en dos, jadeando, sudorosa y con la cara roja. Después de un mes y medio llego a mi escritorio tan fresca, me cambio las zapatillas por unos tacones de plataforma monos y a lo mío. El día que volví al trabajo después de Wilmington, me metí en el ascensor con otras cuatro personas y me dio un ataque de pánico. Gracias a Dios el baño estaba justo al lado de los ascensores. Apenas me dio tiempo a llegar a un váter antes de vomitar el desayuno.

Ese fue el día en que tomé la decisión. No más espacios pequeños. Una de esas cuatro personas tenía algo que no estaba bien. No sabía quién era entonces, pero ahora lo sé.

Cuando abrazas la oscuridad te vuelves más sensible a lo que está mal en los demás. Al menos, eso es lo que he llegado a creer. Eso de que solo un ladrón conoce a otro ladrón. La empresa de agua para la que trabajo cubre todo el estado, con la sede central en el

centro de Raleigh. Hay pequeñas oficinas satélite por todo el estado que me obligan a viajar unas cuantas veces al mes. Es un trabajo que disfruto en su mayor parte. Un lugar donde puedo echar raíces. Resulta extraño, hoy en día, lo mucho que anhelo la estabilidad.

—Oye, te he estado buscando, pero últimamente eres como un fantasma. ¿En qué andas trabajando?

Genial. Es Lewis, el de la reunión en Wilmington.

—Ya sabes. Liada, liada. ¿Estás aquí para una reunión?

—Me acaban de trasladar a la oficina de Raleigh. Así que trabajaremos más estrechamente.

—Qué bien. Avísame si necesitas ayuda para orientarte.

Mi mente ya está en otra parte mientras me siento a cambiarme de zapatos. Las cajas en el cubículo de enfrente me hacen parar. Pero es lo que dice a continuación lo que me deja clavada.

—Así que he pensado en aceptar tu invitación a cenar.

Por cómo me mira, no me lo está pidiendo como compañero de trabajo ni como amigo: me está pidiendo una cita.

¿No ve que me estoy convirtiendo en otra persona? ¿O es de esos hombres que se sienten atraídos por mujeres rodeadas de oscuridad? Ya no soy buena persona.

—Estaría encantada, y perdóname si te estoy malinterpretando... Quedaría contigo como amiga. Como compañeros de trabajo.

Le sonrío.

—Es muy dulce que me lo pidas, pero estoy saliendo con alguien.

—No, no. El error es mío. Siempre creo que hay algo y resulta que la chica solo está siendo amable.

Parece avergonzado.

—Claro que estás saliendo con algún tío con suerte. Debería haberlo imaginado.

Sonrío para mostrarle que no hay rencor.

—Te presentaré a Ángela. Es muy maja y no está saliendo con nadie. Creo que haríais buena pareja.

Sonríe con demasiado entusiasmo mientras asiente.

—Qué detalle por tu parte.

No, no es ningún detalle. Pero si no hago algo, será un problema. Es bastante majo, pero es un cotilla de cuidado. Y un cotilla es lo

último que necesito de un tío que se sienta frente a mí.

El día pasa volando. Intento ponerme al día con todos mis proyectos. Voy retrasada, y eso no me había pasado nunca. Normalmente mi planta es bastante tranquila. Solo se oye a la gente hablando en voz baja. Los correos se responden o se eliminan, los documentos se actualizan y se crean, las reuniones se aceptan o se rechazan. Soy una máquina.

Un fuerte golpe suena en algún lugar a mi izquierda. Salto de la silla y mi mano golpea una taza llena de té, que sale volando del escritorio. Los papeles revolotean a mi alrededor. Tengo el vestido empapado y el corazón a punto de salírseme del pecho.

Se oyen risas. Salgo al pasillo y veo un grupo de cabezas asomando por encima de las paredes azul oscuro de los cubículos.

—Uno de los chicos del correo ha dejado caer una caja de folletos.

Lewis se asoma a mi cubículo.

—Vaya, debías de estar totalmente concentrada.

Se ríe.

—¿Pensaste que había un tirador?

Me meto las manos temblorosas en los bolsillos del vestido.

—No deberías bromear con los tiroteos en el trabajo. Hay demasiados hoy en día.

Parece dudar, luego ve algo en mi cara y se relaja.

—Qué graciosa eres. Tenemos que bromear o acabaríamos todos convertidos en robots.

Gira en la silla azul marino.

—Sonó como un disparo, ¿verdad?

La sangre me ruge por las venas. Un océano me golpea el pecho y los pulmones. Trago con dificultad.

—Siempre estoy derramando cosas, así que guardo un rollo en el cajón del escritorio.

Lewis me tiende un puñado de papel de cocina.

—Odio que pase eso. Derramé una lata entera de Mountain Dew en el teclado hace como un mes y los de informática actuaron como si les hubiera destrozado una habitación llena de juguetes.

Mira mi escritorio.

—Al menos no te ha caído en el teclado y no te han mandado a la cárcel de informática.

—Ahora conoces mi secreto... cuando estoy totalmente concentrada en el trabajo, es fácil asustarme.

Le señalo con el dedo.

—Asústame y le diré a los de informática que llevas el portátil a la playa. Solo de pensar en toda esa arena les dará un infarto.

Levanta las manos, riendo.

—Te juro que no te asustaré. No me pongas a los de informática más en contra de lo que ya están.

Poniendo mi mejor cara de inocente, con los ojos muy abiertos, digo:

—¿Y tú cómo sabes cómo suenan los disparos? Es un ruido que da mucho miedo.

Menuda farsante.

—Me gusta cazar patos. El ruido sí que sonó como un disparo. Normal que saltaras.

Está demasiado cerca mientras me ayuda a limpiar el estropicio. Cuando coge mi bolso, no pienso, simplemente se lo arranco de las manos.

—Perdona. Supongo que no debería tocar el bolso de una mujer sin pedir permiso.

Suelto una risa forzada y miro de reojo para comprobar si ha visto el recibo que asoma. Es de la tienda de deportes, de la última caja de munición que compré. No puedo decir que no sé cómo suena un arma si ve ese recibo, ¿verdad?

—Ya sabes cómo somos las mujeres con los bolsos.

Tiro a la basura el enorme montón de toallas de papel empapadas.

—Gracias otra vez por tu ayuda. Quedamos para comer la semana que viene, cuando las cosas se calmen.

Se le ilumina la cara y casi me estremezco.

—Sería genial.

Vuelve a su escritorio silbando.

En el baño, el suelo y la pared de azulejos están fríos como el hielo. Pongo un protector de papel en el asiento y me siento a mirar

las tablillas de madera de la puerta que tengo delante, con la mejilla apoyada en el azulejo frío. Se me acumula la saliva en la boca, estoy sudorosa y con la piel húmeda, y unas manchas moradas me flotan delante de los ojos. Es la única advertencia que tengo. Me agarro el pelo con una mano, me inclino y vomito en el inodoro.

Unas cuantas arcadas más me convencen de que no queda nada. Es asqueroso ver cómo te sube la comida. Supongo que eso me pasa por comer tacos.

En el lavabo, me miro en el espejo y me estremezco. Bajo la luz fluorescente, tengo la cara ligeramente verdosa.

Se abre una de las puertas de los cubículos y sale una chica de marketing.

—¿Estás bien? Me ha parecido oír a alguien vomitar.

Me presiono una toalla de papel húmeda contra la frente. Me la paso por la cara y el cuello.

—Creo que es una intoxicación alimentaria. Salsa ranch en mal estado.

Se estremece.

—Lo peor de lo peor. A mí me pasó una vez hace unos cuatro años, y a día de hoy no soporto ni el olor ni ver la salsa ranch. No creo que vuelva a comerla en la vida.

Parece un poco indispuesta.

—Espero que no. Es mi favorita.

Me enjuago la boca y me limpio con las toallas de papel.

—Deberías irte a casa y descansar.

Me pasa una polvera.

—Estás un poco pálida.

Me aplico base de maquillaje en polvo por las zonas de la cara donde se me ha ido todo el maquillaje y se la devuelvo con una sonrisa avergonzada.

—Te lo agradezco mucho. Ojalá pudiera irme a casa, pero tengo una reunión con el cliente del infierno. Yo que tú evitaría el baño de esta planta.

—Uf. Siento que no puedas irte.

Pone los ojos en blanco.

—Buena suerte con ellos. Ayer me reuní con ellos. Me hicieron hacer siete storyboards diferentes. Vaya coñazo.

Se ríe, y yo me río con ella mientras salimos del baño.

EN UN DESCANSO ESA TARDE, la noticia me llama la atención. Sé que no debería hacerlo en el trabajo, pero a veces no puedo evitarlo y me pongo a revisar todos los sitios de noticias en el teléfono negro, buscando cualquier indicio de que me han descubierto. Cualquier aviso de que vienen a por mí.

La noticia dice: *Los investigadores de la oficina del sheriff del condado de Cumberland trabajaban el viernes para determinar cómo murió un hombre en Cross Creek, donde un familiar lo encontró el sábado por la noche, según un portavoz.*

El capitán Tony Fitz dijo que los investigadores habían calificado el caso como una «investigación de muerte». La oficina del sheriff no reveló cómo murió el hombre ni cuándo. Sí dijeron que se encontró una cantidad significativa de marihuana en la escena. Se está investigando una posible conexión. Los agentes no revelaron la identidad de la víctima.

Se me escapa un resoplido y miro alrededor para comprobar si mi compañero entrometido me ha oído. Está en una conferencia telefónica y no me presta atención. Quedan cinco minutos para la siguiente reunión, y pienso en lo que omitieron. En cómo Walt se lo merecía. Se salió con la suya por lo que les hizo a esos caballos. Pero el artículo no lo dice. Da igual. Se ha hecho justicia.

Con Sean, la policía encontró un laboratorio de metanfetamina improvisado en la casa donde jugaba la pequeña Elsa. Creen que fue un trapicheo de drogas que acabó mal. Cada vez que veo una bolsa de plástico del supermercado, me acuerdo de Bruiser, el perro de Elsa, al que ella adoraba. He empezado a llevar mis propias bolsas reutilizables; ya no soporto tener bolsas de plástico en casa.

VEINTISÉIS

Es curioso. Después de acostumbrarme a no dejar las ventanas abiertas, ni en casa ni en el coche, el calor resulta opresivo. Pienso seriamente en instalar cristales antibalas en el coche, pero imagino que acabaré fichada en todo tipo de listas en las que no quiero estar. La paranoia me invade cada vez que estoy en el coche o en un lugar público. Es ridículamente fácil alcanzar a alguien si te lo propones. Aparco en el centro comercial Crabtree Valley y me aseguro de cerrar las puertas con el botón de la puerta, no con el mando. He leído que los ladrones pueden capturar de alguna manera el código del mando y desbloquear las puertas. Salir es como meterse en una bañera de agua caliente. Qué rápido nos adaptamos.

Detesto hacer recados los fines de semana. Todo el mundo anda por ahí, las tiendas están abarrotadas y para cuando llego a casa estoy hecha un manojo de nervios de tanto estar en guardia. Es más fácil alargar la hora de comer o salir un poco antes del trabajo. A base de prueba y error, he descubierto que el martes es el mejor día para comprar. Normalmente solo estamos los jubilados y yo. La zona de restauración está llena, pero por lo demás no hay mucha gente. Cuando acabe el curso eso cambiará y tendré que buscar los mejores horarios para comprar. Lo que sea con tal de evitar las aglomeraciones.

Dentro de la tienda, examino las vitrinas, sin saber muy bien qué busco todavía. Un charm me llama la atención. Mucha gente lleva

estas pulseras, cargadas de charms, cada uno con un significado especial para quien las lleva.

—Hola. ¿Sigue haciendo un calor horrible ahí fuera?

—Horrible. Y mañana dicen que será peor.

La vendedora sonríe.

—¿Puedo ayudarla a encontrar algo?

—Mi novio se ofreció a comprarme una de estas para celebrar un éxito en el trabajo, pero prefiero comprarme la primera yo misma.

—Viene mucha gente a comprarse la suya. ¿Tiene algo concreto en mente?

Señalo.

—Creo que esa para la pulsera.

La saca de la vitrina y me la pruebo, admirando cómo el cierre atrapa la luz. Mientras examino la cantidad abrumadora de opciones, la amable dependienta va haciendo preguntas y colocando charms en una bandeja.

—Ese. Sin duda.

Es un charm con forma de huella de pata con pequeños cristales.

—Huellas de Pata. ¿Tiene gato o perro?

—Ojalá. Viajo demasiado por trabajo. Pero de pequeña siempre tuvimos mascotas.

Sería demasiado obvio elegir solo charms con temática animal. Grayson es muy perspicaz y sin duda notaría una pulsera llena de charms de animales. Sobre todo porque no tengo ninguna mascota. Su lado inquisitivo me pone nerviosa. No sé si es la cosa que llevo dentro reaccionando a su bondad o simple paranoia. Pero da igual. Lo único que importa es que lo reconozco. Así que variaré mis elecciones.

Me muestra otro.

—Este se llama Galaxia.

Me recuerda a un nudo sin fin.

—Es perfecto.

Lo coloca en una bandeja aparte. Ante mí se despliega una variedad mareante de opciones.

—Creo que el verde y el morado para el color. Será un buen comienzo.

—Tendremos que añadirla a nuestra lista de correo. Para que sepa cuándo tenemos nuevas colecciones.

—Mejor dejémoslo por ahora. Quiero que mi novio piense que fue idea suya. Ya le diré que venga a apuntarse.

Hay varias opciones bonitas. Mientras deambulo entre las vitrinas, un charm llamado Facetas Geométricas me llama la atención. Me recuerda al agua. Un azul fresco y cristalino cuando lo levanto y miro a través de él.

—Muy buena elección —dice, esperando mi reacción.

—Este es el indicado, sin duda. Gracias por toda su ayuda.

Su sonrisa se ensancha. Está claramente contenta con la venta. Más tarde, en casa, alineo los cinco charms sobre la mesa y los contemplo. Tres van a la pulsera; el cierre encaja con un clic. El verde y el morado los guardo para más adelante. Admiro la pulsera y me gusta cómo la luz del sol transforma el charm azul en el color del cielo.

Queda mucho espacio en blanco por llenar.

POR ALGUNA RAZÓN, hoy estoy inquieta. Me pongo unos vaqueros y se me resbalan por las caderas. ¿Me los he abrochado? El espejo de cuerpo entero del dormitorio me muestra los cambios que no había notado. Desde la universidad he tenido cinco kilos de más. Ahora, sin embargo… se me marcan los huesos de la cadera. Tengo el vientre hundido y se me intuye el contorno de las costillas y la columna.

He tenido tanto que hacer entre mi trabajo de día y lo que he llegado a considerar mi trabajo de noche que apenas he tenido tiempo para comer. Las noches eran mi momento favorito para picar algo. Acurrucarme en el sofá con una tarrina de helado, tragándome una serie entera de televisión, era mi idea de una noche perfecta. Pero todo ha cambiado. Ahora paso cada momento libre, cuando no estoy con Jackson, rastreando a lo peor de la humanidad.

Saco toda la ropa del armario. Como llevo vestidos al trabajo, no me había dado cuenta de lo holgados que se habían quedado. Todo me queda enorme, prácticamente se me cae encima. Hasta las mallas me van grandes. Normalmente estaría encantada, pero ahora suspiro. Una cosa más que añadir a la lista. No puedo posponerlo. No puedo ir al trabajo hecha una pordiosera.

Si lo pospongo, quién sabe cuándo iré. Un sábado, nada menos. Uf. Como ya es habitual en mí, cuando me doy cuenta estoy aparcada en el Walmart. Cada vez es más frecuente esto de perder la noción del tiempo. Conducir en piloto automático.

Hasta las zapatillas me quedan grandes. Necesito medio número menos, y tres tallas menos en camisetas y mallas. Lo malo es que también necesito un sujetador más pequeño. Por lo visto he perdido peso de todas partes. La siguiente parada es Belk.

Tengo que coger varias tallas de los percheros, porque no tengo ni idea de cuál es la mía. Me quedo de piedra al darme cuenta de que también he bajado una talla en Lilly Pulitzer. Unos cuantos vestidos, faldas y blusas para pasar el verano y unos cuantos conjuntos para salir con Jackson, y listo. Ah, cierto. Ropa interior y zapatos. Hoy le he dado un buen tute a la tarjeta de Belk.

Al salir de la tienda, cargada de bolsas, miro el montón en la parte trasera del coche. ¿Cómo pueden los fabricantes permitirse hacer la ropa por lo que la venden en estos grandes almacenes? Siempre parece haber alguna oferta, y la ropa en Walmart es tan barata que casi parece que la tela debería costar más que la prenda en sí.

Un té dulce me está llamando a gritos. Al salir del autoservicio, veo una de esas peluquerías de cadena, y antes de que pueda cambiar de opinión, ya estoy cruzando la puerta.

—No tengo cita...

La chica detrás del mostrador parece joven. Recién graduada. Es alegre y vivaracha, y se levanta de un salto.

—No importa. Atendemos sin cita, y estoy libre. ¿Qué tenías en mente?

No puedo creerlo. Le estoy siendo infiel a mi peluquero. Llevo años yendo a él. Si viera lo que estoy a punto de hacer, le daría un

infarto. En todo el tiempo que me conoce, nunca me he cortado más de un par de centímetros. Normalmente apenas un repaso de las puntas. El pelo largo siempre ha sido mi refugio, por no hablar de mi mejor rasgo. Hay cambios en el aire. Parece que últimamente no paro de hacer cambios.

—Estaba pensando en un bob.

La chica levanta las cejas.

—¿Estás segura? La mayoría de las mujeres que conozco matarían por tener tu pelo.

Levanta los mechones.

—Es muy abundante. ¿Y si lo cortamos un poco por debajo de los hombros?

Respiro hondo.

—Córtamelo todo.

Sus ojos se suavizan.

—¿Una ruptura complicada?

—Algo así —susurro.

Qué gusto cuando otra persona te lava el pelo. Pero cuando salen las tijeras, los nervios me invaden.

—¿Te importaría girar la silla para no ver el espejo?

—Dicen que no hay que cortarse el pelo después de una ruptura. Que hay que esperar unos meses.

Su voz suena muy amable. Es buena gente.

—Estoy segura. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca.

—Te entiendo, cielo.

Se queda callada mientras trabaja.

¿Y yo? Tras ver los mechones caer a mi alrededor como hojas de otoño, me concentro en el papel pintado.

Sale el secador, el aire cálido en la nuca. Me siento expuesta. Vulnerable. Desnuda.

Me gira y me quita la capa, con los ojos brillantes.

—¿Qué te parece? Te resalta mucho los ojos.

La cara es mía, los dedos que tocan las puntas de mi pelo me pertenecen... y sin embargo... la mujer que me devuelve la mirada no puede ser yo. Tiene los ojos enormes en la cara. Como uno de esos personajes locos de anime.

Giro la cabeza de un lado a otro.

—Me siento desnuda y mucho más ligera.

La chica se ríe.

—Espera a ducharte. Te aviso, te va a resultar muy raro cuando el agua te caiga en el cuello.

—Ya tocaba un cambio. Gracias por dejármelo tan bien.

Cuando pago, dejo una buena propina en la tarjeta.

—Estás increíble. Tu ex va a llorar. Te va a suplicar que vuelvas con él.

Finjo una sonrisa.

—Eso seguro, guapa.

De camino al coche, sopla una brisa bochornosa y la noto en el cuello. Es inquietante sentir el cuello al descubierto.

Este nuevo corte es práctico. Se acabaron las preocupaciones del pelo largo. Estás cocinando y, cuando te das cuenta, encuentras un pelo en las judías o en el bizcocho. Pero siendo sincera: me preocupaba constantemente dejar mechones de mi pelo en las escenas de mis crímenes. Al menos ahora será muchísimo más fácil esconderlo bajo una gorra.

¿Quién sigue en la lista?, susurra la voz seductora. Parece que voy camino de los Outer Banks.

VEINTISIETE

—Hola, Grayson —digo perezosamente un domingo mientras espero a que Jackson vuelva con los bagels.

Se detiene y parpadea.

—Tu pelo. ¿Qué pasó?

Cohibida, me toco el cuello.

—¿Tan mal está?

—No. Te ves tan diferente. ¿Cuándo te lo cortaste todo?

—Ayer. Luego limpié todos mis armarios y gabinetes. Un poco de limpieza de verano.

Parece dubitativo.

—Si tú lo dices. Está bien.

—Vamos. Jackson volverá pronto con bagels. ¿Ya comiste? Voy a preparar Bloody Marys.

—Siempre puedo comer. Escucha, la razón por la que pasé. Estoy saliendo con una chica y le gusta el pan de calabacín. Es su favorito. Así que pensé en hacer un poco. Solo que no tengo azúcar ni una de esas cosas que usas para rallar el calabacín. ¿Puedes ayudarme?

—No sabía que hornearas —se me escapa una pequeña risa—. Debe gustarte mucho.

Una expresión avergonzada cruza su rostro.

—La conocí en uno de esos sitios de citas. Puede que haya dicho en mi perfil que cocino. Es agradable... la segunda chica con la que

salgo desde que mi ex y yo nos separamos —se ve perdido parado ahí en mi sala—. La primera fue un desastre.

Le sonrío.

—Todo el mundo se hace ver mejor en línea. Es la cultura del selfi —él me sigue a la cocina, sentándose en un taburete de bar, observándome mientras rebusco, sacando tazas medidoras, tazones, el rallador y el azúcar—. ¿Qué es todo eso? —lleva puesto un par de pantalones cortos caqui y una camiseta. Como la mayoría de los chicos que conozco, no usa sandalias, sin importar cuánto calor haga.

—¿Tienes tazas medidoras para hacer el pan?

—Pensé calcularlo a ojo.

—Tal vez si no quieres volver a verla.

Se ríe, y empaco todo en una bolsa de tela.

—¿Cómo va el trabajo?

Mientras habla de su empleo, oigo abrirse la puerta.

—¿Recibiendo una lección de repostería? —Jackson asiente hacia Grayson—. ¿Viste su pelo? Lo odio. Me encanta el pelo largo, y el de ella era increíble.

—Es solo pelo. Crecerá —pongo los ojos en blanco.

Me ignora.

—Aquí va un secreto. Mantente despistado. Deja que ella cocine.

Algunos chicos tienen debilidad por el pelo largo. Como una chica que conozco que solo sale con chicos rubios. Lo que sea. Le doy un golpe con un paño de cocina.

—Gracioso. Lo recordaré la próxima vez que me ruegues que haga pastel de pollo.

—Me hieres —le da un codazo a Grayson—. No sé qué hice, pero me está castigando.

Grayson nos observa con una mirada triste. Sé que está recordando intimidades similares compartidas con su ex. Encontrará a alguien más. Alguien mejor.

—Toma, bebé grande —le entrego a Jackson un Bloody Mary—. ¿Grayson?

—Dame uno —toma un sorbo—. Esto es fantástico.

—El Old Bay marca la diferencia. Ahora los dos, fuera de mi camino para que pueda ver si hay algo más que necesito reunir, como moldes para pan.

—Claro. Iba a cocinarlo en un plato.

—Eres tan típico.

Se mueven a la sala, dejándome a lo mío. Mi abuela hace un pan de calabacín increíble. Tengo la receta en mi portátil, así que puedo imprimirla y agregarla a la bolsa.

—¿Jackson? ¿Puedes encender la impresora?

—Claro, cariño —oigo su voz grave retumbando mientras hablan.

Grayson se ríe.

—Ya lo creo.

Cuando le entrego la bolsa desbordante a Grayson, veo a Jackson mirándolo como si fuera una nueva especie de macho. Una nunca antes vista. Aprieto los labios para no reírme.

Jackson agarra la impresión.

—Debe gustarte. Su abuela es una cocinera increíble —la agrega a la bolsa. Nunca se le ocurriría a Jackson cocinar. Su madre no cocina; tienen a alguien que viene todos los días.

Grayson realmente cree que con suficiente educación y trabajo, la gente puede cambiar. Yo solía creer que las personas eran básicamente buenas. No lo son. He visto demasiadas podridas. Ahora conozco la verdad. La gente apesta.

DE VUELTA DE UNA RECAUDACIÓN DE FONDOS EN UNA GALERÍA DE ARTE, Jackson y yo nos relajamos en el sofá.

—Voy a preparar una taza de café. Los nuevos proveedores de catering fueron fantásticos, pero comí demasiado. ¿Quieres uno?

Niego con la cabeza.

—No, nunca dormiré si tomo café a esta hora de la noche. No sé cómo puedes tomarlo de la mañana a la noche y aun así dormir como un bebé.

—Lo he tomado desde que tenía ocho años. Quería ser como mi papá. Supongo que te acostumbras.

Incómoda, me levanto.

—Lo prepararé yo.

Conozco su cocina tan bien como la mía. Han pasado horas desde que revisé mi teléfono. Mi bolso está en el mostrador. Saco el teléfono negro. Hay un mensaje, una alerta que configuré. La foto me paraliza. Reconocería ese pelo rojo en cualquier parte. ¿Qué demonios hacía Kevin, el oficial de la patrulla de carreteras estatal que conocí en el campo de tiro, en Fayetteville? Maldición.

—¿Cariño? ¿Estás bien ahí?

La voz de Jackson me sobresalta y me devuelve a la realidad. Le respondo:

—Estoy bien. Solo pensaba en lo que pienso hacerte esta noche.

—Al diablo con el café, ven aquí.

Meto el bolso en el armario y respiro hondo. Esbozo una sonrisa, camino hacia Jackson, le tomo la mano y lo guío escaleras arriba. Es una forma de silenciar la voz. Se ha vuelto algo que lo consume todo. Me susurra al oído durante todo el día. Ni siquiera en sueños encuentro paz. El único momento en que calla es cuando nos fundimos. Sus labios me erizan la piel de la nuca mientras va dejando besos hasta mi clavícula.

—Me acostumbraré al pelo. Tienes un cuello precioso.

Cierro los ojos y me pierdo en él. Aunque solo sea por un rato.

VEINTIOCHO

Grayson enfiló el camino de grava. Llamó varias veces antes de que el hombre larguirucho de pelo grasiento abriera la puerta. —¿Sí? ¿Qué quiere?

—Se acerca una tormenta fuerte. Su perro no tiene refugio. —Grayson señaló al perro atado a un poste en el jardín. No tenía dónde guarecerse de la lluvia. Parecía miserable.

—Puedo ponerle una multa de doscientos dólares, pero su perro seguirá expuesto a la tormenta. Necesita una caseta o algún tipo de refugio antes de que esto empeore.

El hombre miró hacia el interior de la casa. Una voz aguda y estridente hizo que se encogiera.

—Mamá no me deja meter un perro en casa. ¿No puede quedarse ahí fuera?

Grayson se limpió la lluvia de las gafas. —No.

Lo pensó un momento y, aunque probablemente no debería decir nada, el bienestar del perro era más importante. —¿Conoce a su vecino de más abajo? —Señaló en dirección a un hombre al que habían acusado de maltrato animal. Se acabaron los perros para él, pero aún tenía tres casetas en el jardín trasero. Y como no podía tener animales en los próximos dos años, no las iba a usar.

El tipo se rascó la barbilla. —Sí, lo conozco. ¿Y qué?

—Tiene casetas en el jardín trasero que no usa. Vaya a pedirle una.

Parecía que la idea nunca se le hubiera ocurrido. —Harold me debe dinero. Sería un intercambio justo.

—Consígala ahora mismo. Voy a pasar en un par de horas y quiero ver la caseta en el jardín. ¿Queda claro?

El tipo asintió. —Lo haré.

Al menos ahora el perro estaría bajo techo. El tipo parecía sorprendido de que al animal le afectara estar bajo la lluvia. Cuando Grayson le explicó por qué, por fin lo entendió. Al menos ahora el perro estaría protegido de la tormenta. Miró al cielo. Nubes amenazadoras cruzaban el firmamento. Últimamente el tiempo había estado de locos.

—¿ACABAS DE LLEGAR? Grayson fue trotando hacia Hope. Parecía cansada, con ojeras. El pelo corto le acentuaba los pómulos.

—Día largo. Ya sabes cómo es. ¿Has visto el tiempo que hace?

Había salido a correr en cuanto paró la lluvia. Una tregua momentánea. —Sí, me llamaron por un perro que estaba atado en el jardín sin refugio. Ahora tiene una caseta, así que estará a cubierto.

—Nunca me había fijado en el coche. Bonito.

—Es un MG roadster de 1965. Adoro a la vieja, aunque a veces sea caprichosa y no tenga airbags.

Al fijarse mejor, notó que había perdido bastante peso. Ella y Jackson parecían estar bien. Quizá el problema fuera el trabajo. Tenía un empleo estresante pero bien pagado.

Hope se tocó el pelo corto con gesto cohibido. —Leí hace poco que en Estados Unidos la gente gastó más de sesenta mil millones de dólares en sus mascotas el año pasado. Y luego me entero por ti de que hay quien ni siquiera le da a su pobre perro un techo para resguardarse de la lluvia.

—El tipo pensaba que el animal estaría bien bajo la lluvia. Como una vaca o un caballo. Cuando le expliqué por qué necesitaba refugio, lo entendió. A veces hay que ayudarles a comprender.

No parecía muy convencida. —Lo que tú digas. Tú eres el experto. ¿Algún plan para este fin de semana?

—Voy a pasarme a ver a Fred. A ver qué tal está. Lo dan de alta pronto y se está subiendo por las paredes ahí dentro. ¿Y tú, algún plan?

Vio cómo desviaba la mirada hacia la izquierda. Secretos. Tenía muchos. La había visto llegar muy tarde a casa una noche. Quizá las cosas no iban tan bien con Jackson. Hope no parecía de las que engañan, aunque, claro, él era un pésimo juez del carácter femenino. Su ex había estado acostándose con otros durante dos años antes de que un amigo se lo contara. No se había enterado de nada.

—Oh, ya sabes, limpiar y ponerme al día con algunas tareas. Espero descansar mucho y leer. Tengo una pila de libros pendientes.

—¿Pila de libros pendientes?

Cuando sonrió, él contuvo la respiración. Había algo frágil en ella cuando sonreía. El resto del tiempo parecía forjada en acero.

—Perdón. Pendientes de leer.

—Entendido. No creo haber tenido nunca una pila de libros pendientes.

—Leo mucho. Jackson está de viaje, así que me apetece tener un poco de tiempo para mí.

Metió la mano en el bolso y sacó un iPhone negro. Él frunció el ceño cuando ella lo volvió a guardar a toda prisa y sacó otro idéntico, pero blanco.

Parecía nerviosa. —El otro teléfono lo tengo para vender cosas por internet. Nunca se es demasiado precavida.

—Tiene sentido. —Pero no lo tenía. Empezó a llover y ella se despidió con la mano antes de subir las escaleras a toda prisa, como si huyera de algo. Grayson sabía que ocultaba algo. Jackson era un gran tipo. ¿Por qué iba a engañarlo?

VEINTINUEVE

Facebook. No sé si amar u odiar esta red social. Barry no tiene la privacidad activada. Sus publicaciones son visibles para todos. Parece que planea llevar a su novia y a los hijos de ella al zoológico de Asheboro este fin de semana. Estarán allí el jueves. Los niños no tienen clase un par de días.

Tenemos una oficina en Asheboro y hace tiempo que debería pasarme por allí. ¿Podré cuadrarlo? Solo hay una forma de averiguarlo. Toca hacer unas llamadas.

—No quería escuchar a escondidas, pero he oído que vas a la oficina de Asheboro para un taller. Llevo tiempo queriendo conocer a la gente de allí. Si no te importa, había pensado que podríamos ir juntos.

¿Qué voy a decir, que no?

—Claro. Alquilaré un coche.

—Ya está todo arreglado. Yo conduzco encantado.

La rabia me invade. Ahora estaré atrapada viajando con él. A su merced. No hay manera de que me dejen el coche; la empresa es muy estricta con los conductores. Además, se preguntará por qué lo necesito.

El bueno de Barry incluso ha publicado una foto del hotel en el que se aloja, presumiendo ante sus amigos.

—Déjame encargarme del hotel —digo.

Quiero alojarme en el mismo sitio. Aprovechar al máximo las oportunidades.

—Sería genial, ya que no conozco la zona.

—¿Por qué no quedamos en la oficina mañana sobre las ocho y salimos desde allí?

—Hecho.

Se escabulle de vuelta a su cubículo.

EL ZOOLÓGICO ESTÁ lleno de gente, pero hay muchas zonas donde puedes caminar en busca de los animales sin cruzarte con nadie. Algunas de las áreas de la sección de África son enormes.

Barry Hinkle, de 37 años, de Ocracoke Island, fue acusado de crueldad animal. Una pareja de vacaciones que paseaba a su perro por la playa encontró al collie mestizo. Estaba atado a una estaca y murió ahogado al subir la marea. El señor Hinkle afirmó no tener ni idea de quién haría algo así. Los agentes de protección animal acudieron al lugar junto con la policía local.

—Voy a por ti, Barry. Se acabó lo de hacer daño a los animales.

—¿Has dicho algo?

Doy un respingo en el asiento.

—No. Hablaba sola.

El señor Metomentodo va a ser un problema. *Podemos encargarnos de él.* El susurro me acaricia la piel. Miro al otro lado del pasillo, horrorizada.

GRAYSON QUEDÓ con Zane y algunos de sus compañeros del cuerpo para tomar algo después del trabajo el miércoles.

—Grayson, ¿te crees esta mierda? —Zane levantó las manos.

—¿Qué me he perdido?

Intervino el tal Kevin.

—Mataron a tiros a un tipo en Fayetteville. El vecino de al lado jura que vio a una mujer huyendo de la escena.

—Vale...

Zane soltó un taco.

—Lo que no te ha dicho es que cree que fue un ajuste de cuentas por drogas. Ejecutado por una mujer.

—¿No es eso raro? Creía que el cártel usaba sicarios que traían de fuera.

Grayson no sabía mucho de drogas, solo que Carolina del Norte estaba librando una batalla perdida. Esperaba que la DEA actuara como en Miami y que los cárteles mexicanos se mudaran a otro estado.

—Venga ya, Kevin, ¿ahora me vas a decir que también crees en Papá Noel? Ni hablar. Las bandas están más activas que nunca. Sería algún tío con melena.

Kevin se encogió de hombros.

—Parecía muy seguro.

—Walt era gay. Su hermana vivía con él. Ella se habría enterado si alguna mujer andaba por ahí. No ha habido ninguna mujer relacionada con él. Todos sabemos que las mujeres suelen envenenar. Lo del ángel de la muerte o la viuda negra. Una mujer no te dispara a menos que sea un crimen pasional.

Zane hizo una señal a la camarera.

—Otra ronda.

Se volvió hacia la mesa.

—Puede que nunca lo sepamos. No había pistola ni casquillos. Y las balas que recuperamos estaban demasiado fragmentadas para cotejarlas con nada. Te lo digo yo: pistola fantasma significa drogas. Mira Durham. Han tenido ochenta y nueve tiroteos por drogas este año, y solo estamos en junio.

Grayson intervino.

—Un agente de protección animal que conozco en Wilmington me contó que cargaron a un tipo en abril. Encontraron oxicodona y Vicodín escondidos por toda la casa. Es un problema serio. Muchas zonas han ido a peor. Ya no es un sitio tan tranquilo.

Mientras terminaban otra ronda, todos lamentaron el triste estado de las cosas. Que las drogas y las bandas se hubieran convertido en un problema tan gordo. Grayson recordó que Hope había dicho que tenían una oficina en Wilmington. Le advertiría que tuviera mucho cuidado si hacía otro viaje. Que estuviera atenta a lo que la rodeaba. ¿Llevaba algo para protegerse? Debería llevar gas pimienta. Si Hope se cruzaba con uno de estos tipos viajando sola, lo iba a pasar muy mal.

—CRACKER BARREL HA SIDO UN ACIERTO. No me puedo creer que no hubiera estado nunca.

Lewis está haciendo un esfuerzo por ser amable, y yo no he sido más que fría con él. Todo porque me molesta que me haya fastidiado los planes. Así que hago un esfuerzo por ser agradable.

—Totalmente de acuerdo.

Mientras recogemos las llaves de las habitaciones, se vuelve hacia mí.

—¿Lista para ir a la oficina?

—No, tengo unas cosas que resolver y un par de llamadas de conferencia, así que voy a trabajar desde la habitación el resto del día. Pero tú ve.

Veo la pregunta en su rostro y no tengo ganas de entrar en eso.
—¿Qué te parece si quedamos para desayunar mañana sobre las ocho? Luego podemos ir a la oficina. El cliente ha programado la reunión hasta las tres. Traerán el almuerzo.

—¿Nos vamos cuando termine?

—Por supuesto. Así evitamos el tráfico.

—Suena bien. ¿Subes?

—Estoy en la planta baja. No me gustan los ascensores.

En mi habitación, exhalo aliviada. Pensé que nunca me libraría de él. Después de tantos viajes, soy rápida. Mi vestido cuelga en el armario listo para la reunión de mañana, y el resto lo desempaco en un momento. El maquillaje y los artículos de aseo quedan ordenados

alrededor del lavabo, ajusto la temperatura y me cambio de ropa. Me cuelgo el bolso bandolera al hombro. Le he soltado una mentira como una casa. No hay llamadas de conferencia. Y me he asegurado de dejar resuelto todo lo que tenía fecha límite.

Los dos teléfonos van en el bolso, junto con la pistola azul. Una de las muchas ventajas de ir en coche: nadie te registra cuando subes. Aunque quizás deberían…

No tenemos móviles de empresa. La compañía paga un complemento cada mes y espera que uses tu propio teléfono. Muchos de mis compañeros piensan que es genial recibir ese dinero, pero yo sé la verdadera razón… nos hace estar disponibles las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Hoy no. Lo pongo en vibración. Fue una estupidez dejar que Grayson viera el teléfono negro. Obviamente no se tragó mi excusa barata.

Piensa que le estoy poniendo los cuernos a alguien. La acusación se le notaba en los ojos. Podía oler la desaprobación en su piel. A su ex le pusieron los cuernos, así que es lo primero que piensa. Supongo que es mejor que me tome por infiel que por asesina.

—Pensaba visitar el zoológico. ¿Podría llamarme un taxi?

El tipo de la recepción sonríe. El vestíbulo está decorado con buen gusto en azules oscuros y madera oscura. —Estaré encantado de llamarle un taxi, o puede coger nuestro servicio de transporte —dice.

Consulta el monitor mientras teclea. —Hay uno que sale en quince minutos. Deja en el zoológico y recoge a las cinco. Gratis para los huéspedes. ¿Le vendría bien?

—Perfecto, gracias.

Me estoy alejando cuando me llama:

—¿Señorita?

—¿Sí?

Me entrega una botella de agua. —Hoy se esperan treinta y siete grados, y va vestida toda de negro. Mejor llévese esto.

—Gracias.

El servicio de transporte del hotel no es ideal. De hecho, es horrible. Debería dejarlo y buscar otro momento. Pero he estado revisando las redes sociales de Barry. Su última publicación era una

foto suya con una gorra de béisbol diciendo que estaba listo para salir. Con lo grande que es el zoológico, me preocupaba encontrarlo, pero este tipo publica sin parar. Adonde va, hace check-in, sube un montón de fotos. ¿Es que la gente no sabe nada? Al menos debería restringir su perfil solo a amigos. Supongo que hay gente encantada de vivir toda su vida en internet. Se han convertido en los animales del zoológico, dejando que la gente los observe día y noche.

—¿Quieres compartir el chiste?

Un hombre mayor y su esposa esperan junto al bordillo el servicio de transporte.

—Solo estaba pensando en la gente. En cómo tantos parecen vivir en internet y en cuánto han cambiado las cosas.

El hombre y su esposa asienten con la cabeza y se lanzan a hablar de cómo las redes sociales están destruyendo el país y a nuestra juventud. De vez en cuando, sonrío y asiento, pero intento concentrarme en lo que estoy a punto de hacer. Centrarme. Apartar mis sentimientos. Barry no es buena persona. Es cruel y merece un castigo.

—Volveré a las cinco a recoger a todos. Justo aquí. Asegúrense de estar, que no esperamos.

Todos se despiden del conductor y bajan del transporte. Evito a la pareja mayor, que parece dispuesta a acompañarme si muestro el menor interés. En su lugar, me dirijo a la taquilla más alejada y pago la entrada en efectivo.

El teléfono negro vibra. Barry está aquí, el muy imbécil. Y es una señal. Se dirigen primero a la zona de África, con sus grandes espacios abiertos y muchos lugares donde esconderse. Hoy soy la leona entre la maleza, esperando para abalanzarme sobre la gacela.

TREINTA

Atenta a Barry y su distintivo sombrero naranja, me detengo a comprar otra botella de agua. Hace un calor sofocante. La mayoría de los animales estarán a la sombra, casi inmóviles. Cuando pasa una hora y no lo he localizado, me pongo nerviosa.

Un vendedor de granizados de limón está haciendo buen negocio. Está frío y refrescante; se desliza por mi garganta mientras me siento en un banco a observar a la gente. No ha habido más notificaciones de Barry, y estoy a punto de dejarlo por hoy cuando veo a un grupo de cuatro. Está con la novia y sus dos hijos. La niña y el niño rehúyen su contacto, casi como si supieran qué tipo de persona es. La novia... parece no enterarse de nada. Siempre son las que luego ves en las noticias diciendo que no tenían ni idea. Que el asesino parecía una persona tan agradable. Los niños perciben cuando hay un monstruo entre ellos. Yo me he convertido en uno de los monstruos.

Una madre que pasa me mira con expresión nerviosa. Aparta a sus dos hijos de mí, me rodea a distancia. Seguro que les está diciendo que se alejen de la loca que murmura sola.

—Pero no quiero ver los leones. Quiero volver a la Isla de los Lémures —le chilla la niña a su madre. La mujer parece indecisa.

Barry interviene.

—No arruinemos el día. Me llevo a Jason y tú lleva a Laura de vuelta a la Isla de los Lémures.

Mira el reloj.

—¿Qué tal si quedamos allí en una hora y media?

Ella parece aliviada y asiente. Jason no parece muy contento de quedarse con Barry, pero le dice a su madre que se vaya.

Los sigo a distancia, lo bastante lejos para que no se dé cuenta, y casi me lo pierdo. Cuando Barry pone la mano en el hombro del niño para mostrarle algo, el niño se estremece. Se repliega sobre sí mismo como una tortuga. Maltratador. No solo de animales. La puerta dentro de mí se abre de par en par y deja salir la oscuridad.

La mayoría de la gente se ha congregado en una zona. Dos cachorros de león, ajenos al calor, juegan. Mantendrán a la multitud ocupada un rato. Parece que esta visita va a ser una pérdida de tiempo total.

Jason mira al novio de su madre y luego aparta la vista.

—Señor Barry, no me importan las crías de león. ¿Podemos ir a ver los rinocerontes?

—Claro, colega.

Su mano se demora demasiado en el hombro del niño, y me revuelve el estómago.

La zona de observación de rinocerontes está desierta. Queda lejos de las otras exhibiciones y es como si de repente tuviéramos el zoo para nosotros solos. Para no asustarlos, reduzco el paso. Les doy espacio.

El niño está fascinado por un enorme rinoceronte. Ignoro al animal, echo un vistazo alrededor y localizo una zona de hierba alta cerca del borde occidental de donde estamos.

No corre ni una brisa que me refresque. ¿Cómo los separo para que el niño no quede traumatizado de por vida? He visto a Barry comerse con los ojos a cada mujer atractiva con la que se cruza, y me pregunto si podría apartarlo, coquetear con él. Suena su teléfono. Por el tono de su voz, no es alguien con quien quiera hablar.

—Espera un puto minuto.

Se gira.

—Tengo que coger esta llamada. Quédate aquí mismo y vuelvo en unos minutos, ¿vale, colega?

El niño parece aliviado. Garabatea notas en un diario y dibuja a la enorme bestia. Ocupado. Mi objetivo está completamente ajeno a lo que le rodea. Discute con alguien. Parece que está endeudado. Mientras se aleja hasta quedar fuera de mi alcance auditivo, lo veo adentrarse en la maleza y apoyarse contra un árbol. Una depresión natural en el paisaje. No podría ser más perfecto aunque lo hubiera elegido yo misma.

Sin saber cuánto tiempo mantendrán los cachorros de león la atención de todos, tengo que actuar. El cierre del bolso está caliente contra mi mano enguantada mientras levanto la solapa y dejo al descubierto lo que hay dentro. El acero frío me espera. Mantengo la mano en la pistola dentro del bolso y camino hacia él. Está sudando por el calor, el rostro reluciente bajo el sol, cercos de sudor que le oscurecen las axilas.

En lugar de vigilar al niño, se aleja unos pasos más para asegurarse de que no lo oiga mientras discute con el cobrador. Mi momento es ahora, antes de que la gente venga a ver los rinocerontes.

Tengo tiempo de apuntar. El ruido es ensordecedor. Tengo que salir de aquí rápido. Mi disparo le da en la cabeza. Cae al borde de una zanja y me agacho, lo empujo con todas mis fuerzas para que ruede por el borde hacia la hierba alta. Cuando me levanto, jadeo y sudo por el esfuerzo. Tengo tierra en los pantalones cortos negros y en las manos. Me sacudo lo mejor que puedo y me alejo de la exhibición. El sonido de pasos rápidos y voces me hace encogerme. Buenos samaritanos, o los que quieren ser los primeros testigos, se acercan. Meto los guantes de plástico en el bolso.

Jason mira a su alrededor, la preocupación clara en el rostro. Mierda. No puedo dejarlo ahí sin más.

—Dios. Vaya ruido. ¿Dónde está tu padre?

—El señor Barry no es mi padre. No lo encuentro.

La voz del niño se quiebra. Está a punto de llorar.

—Sé que tu mamá te advirtió sobre los desconocidos. Hay un empleado del zoo a la vuelta de la esquina. Fíjate en el uniforme. Pueden ayudarte a volver con tu mamá, ¿vale?

Una manita agarra la mía.

—Tengo miedo. ¿Me ayudas a encontrar a mi mamá, por favor?

Empiezo a negarme, pero entonces me doy cuenta de que nadie va a buscar a alguien que camina con un niño.

—Claro que te ayudo. Seguro que Barry solo ha ido al baño. ¿Quieres esperarlo?

Unos ojos viejos en un rostro joven me miran.

—No me gusta. Es malo con Fluffy... y conmigo y con Laura.

—Vamos.

Veo a un grupo de personas que miran a su alrededor.

—Nos pareció oír algo como un disparo. ¿Han visto algo? —pregunta un hombre.

Jason y yo nos miramos.

—También lo oímos, pero no vimos nada.

Una mujer pone la mano en el hombro del hombre.

—Seguro que ha sido el trenecito petardeando, cariño.

Los dejamos ahí discutiendo y salimos de la exhibición de África.

—¿Sabes dónde está tu mamá?

—Fueron a ver los lémures.

Lo llevo hasta la entrada de la exhibición y no puedo ir más allá. Aunque él quizá no ate cabos, ella seguro que sí. Finjo que me vibra el móvil y simulo una conversación.

Dos empleados del zoológico pasan corriendo a mi lado hacia la exhibición de los rinocerontes. Otro empleado habla con la gente, asegurándoles que todo está bien.

—La madre de este jovencito se ha perdido.

El tipo pilla enseguida lo que quiero decir.

—¿Cómo se llama tu madre, pequeñín? La llamaremos por megafonía.

El niño me mira y asiento.

—Tranquilo, él te ayudará.

—Por favor, no te vayas hasta que llegue ella.

—No lo haré.

Le da la información al hombre y el aviso sale por megafonía. Jason mira a su alrededor y se le ilumina la cara. Señala.

—Ahí está.

El tipo dice:

—Enseguida estará aquí. No te muevas.

Pasa un grupo de turistas con las cámaras disparando sin parar, y aprovecho para retroceder y perderme entre la multitud.

Según el móvil, solo me quedan veinte minutos para coger el transporte de vuelta al hotel. Entro en un baño y me lavo las manos. He sido increíblemente estúpida. Es la primera vez que no traigo ropa de recambio. Estaba demasiado centrada en lo que tenía que hacer. No puedo volver a cometer este error si no quiero acabar en la cárcel el resto de mi vida. Si hubiera estado más cerca de Barry, estaría cubierta de pruebas. Cuando vuelva al hotel, meteré la ropa en una bolsa y la tiraré en una de las papeleras.

Mientras el autobús se aleja, miro por la ventanilla y veo coches de policía entrando. La gente comenta lo que puede haber pasado. Oigo de todo, desde terrorismo hasta bandas. Sin meterme en la conversación, finjo estar ocupada con el móvil.

Barry Hinkle es la cuarta persona que he matado. Por primera vez, no lloro. Ni una sola lágrima. ¿Quién lloró por los animales a los que hicieron daño? Nadie. ¿Y Jason? Sé que le hizo algo horrible al niño. Barry no merece ni una sola de mis lágrimas. Eligió su camino y hoy ha pagado por ello. Justicia para todos.

Al final, todos pagan.

TREINTA Y UNO

—No.

Miro a mi alrededor para ver si alguien me ha oído, pero la fila está vacía. Todos están en una reunión de departamento a la que preferí no ir. Me importa un bledo lo que pasa en la industria ahora mismo. Antes siempre me sentaba en el primer tercio de la sala. Ahora solo voy cuando me obligan. Y aun así, últimamente finjo que me llaman al móvil y me escabullo antes de tiempo.

Quedarme de pie antes de que empiece la reunión, charlando de cualquier cosa... cada vez me cuesta más. Tengo demasiado que hacer. No tengo tiempo para estar ahí hablando del maldito tiempo y de los últimos cotilleos de famosos. ¿Hemos sido siempre tan superficiales los humanos, o ha empeorado en los últimos diez años? Si los extraterrestres nos estuvieran observando desde arriba, creo que dirían «que les den» y borrarían a la humanidad de la faz del planeta. Empezar de cero.

El fin de semana vi a una madre con su hija en el supermercado. La niña preguntó si podía coger dos golosinas en vez de una. Dijo que había sido amable con la niña mala de su clase. Te juro que no tendría más de seis o siete años. Las niñas malas empiezan cada vez más pronto. Su madre sonrió y le dijo que sí. Verlas juntas... me gustaría tener una vida normal. Casarme y tener hijos. Pero ¿cómo iba a hacerlo? ¿Qué diría, «Oye, cariño, dale tú el biberón al bebé

mientras yo voy a pegarle un tiro a este desgraciado»? No funcionaría.

En el vestíbulo de mi edificio hay una cafetería. Me apetece un té dulce.

—¿Eso es todo, cielo?

—Y un paquete de Spree.

En mi escritorio siempre guardo diez o veinte dólares para ocasiones como esta.

Me devuelve el cambio.

—Me encanta el vestido.

Me guardo el cambio en el bolsillo.

—Gracias. Para combatir el calor.

El vestido tubo de cuadros vichy azul y blanco es perfecto para el verano.

Paso la tarjeta y vuelvo a mi planta. Echo un vistazo rápido al pasillo: las puertas cerradas me indican que tengo tiempo. Es arriesgado, pero lo hago de todos modos: abro el artículo en el monitor de mi escritorio. Han encontrado a Walt Cunningham. Y hubo un testigo. La policía cree que el tiroteo estaba relacionado con el dinero que debía a gente muy peligrosa. Posiblemente vinculado con drogas.

Alguien de la casa que tenía las luces encendidas debió de verme. El artículo solo dice que están *buscando a una persona de interés*. Se me escapa un resoplido. Ya lo creo que soy interesante. ¿Habré dejado alguna prueba en la escena?

Me recorren oleadas de calor y el sudor se me acumula bajo los pechos. Cuando separo el vestido de la piel para airearme, veo manchas. Si tuviera veinticinco años más, pensaría que estoy teniendo un sofoco. Lo que siento es exactamente como lo describió una mujer de atención al cliente. La pantalla que tengo delante empieza a ondular. Aprieto los reposabrazos de la silla con tanta fuerza que se me rompe una uña; la punta azul pastel cae sobre el escritorio.

Las armas no están registradas, y las fui alternando. No se menciona nada sobre las otras. ¿Puede que los resultados de balística aún no hayan llegado? ¿Qué más saben? No puedo ir sin

más a la armería local y comprar otra arma. Hoy en día todas están registradas. Y eso no me vale.

Piensa, Hope. Los disfraces ayudarán. Una lista. Las listas siempre me calman. En una de esas tiendas de disfraces habrá pelucas baratas. Da igual el color, mientras no sean morenas. Con el pelo corto que tengo, me quedarán bien. Con el pelo largo nunca habría podido ponérmelas. Gorras de béisbol, sudaderas y capuchas holgadas. Podría servir para parecer un tío flaco, sobre todo con el pelo corto. Buscar vídeos en internet de hombres caminando. Practicar cómo andar con paso firme. Y yo que creía que había sido cuidadosa, siempre pendiente de las cámaras de seguridad. Asegurándome de que los vecinos no estuvieran mirando por las ventanas.

El resto del día se me va tomando notas sobre cómo cambiar mi apariencia, buscando formas de variar la ejecución de mis planes. Porque hay algo que tengo claro: queda mucho trabajo por hacer. La lista de los que merecen un castigo crece cada día. Parece interminable.

—VENGA. Llevas meses diciendo que te apuntarías.

El tipo que está de pie en el pasillo sonríe.

—Vamos todos. No seas borde.

Él y otros dos compañeros son ex militares. Son fascinantes. Me vendría bien estar con gente normal.

—¿Adónde vamos?

Me levanto mientras él suelta un grito de júbilo.

—Se acaba el mundo. Hope viene a tomar unas copas con nosotros.

Le hace señas a alguien unas filas más allá.

—Tenemos el sitio perfecto.

El sitio que han elegido pone un poco nerviosos a algunos. Estamos en el Locked and Loaded Grill de Garner. Un local frecuentado por moteros. Aunque, si me preguntan, muchos parecen

domingueros con motos bonitas y caras que valen más que mi coche, pero bueno. Varios de mis compañeros se ponen aún más nerviosos cuando entramos. Para ellos esto debe de ser toda una aventura. Me gustaría decirles: *Cielo, ¿esto te parece salvaje? Deberías salir conmigo un fin de semana: saldrías corriendo y gritando*.

Hay un tipo repantigado en una de las mesas con sus amigos. Sus Levi's están tan viejos y desteñidos que casi se le ven las rodillas. Un azul pálido. La camiseta blanca ceñida deja ver sus tatuajes. Le cubren los dos brazos y me pregunto si le llegan hasta los hombros, el pecho y la espalda. Estoy completamente hipnotizada. Me disculpo para ir al baño, y a la vuelta veo que el tipo viene hacia mí.

—¿Perdona?

El tipo me mira con expresión cautelosa.

—Es que... llevo tiempo queriendo hacerme un tatuaje...

Me siento incómoda y dejo la frase en el aire. Pero se le ilumina la cara y me sonríe. Me saca unos buenos veinticinco centímetros. Dios, debe de medir metro noventa y tres, y es total: atractivo de esa forma ruda y desenfadada. El tipo de tío con el que sabes que sería divertido pasar un fin de semana, pero que nunca llevarías a casa a conocer a tus padres. O, en mi caso, a la abuela.

Le señalo el brazo.

—Me encanta el pájaro con las palabras de debajo.

—Ve a Warlock's, en Western Boulevard. Pregunta por Vinny. Dile que vas de parte de Noah.

Al darle las gracias, se acerca un paso más, metiéndose en mi espacio personal, y me clava una mirada tan ardiente que los soportes metálicos de todas las mesas deberían estar derritiéndose.

—¿Vienes con esos trajeados?

—Todos trabajamos juntos.

Me repasa con la mirada. Despacio. —¿Y una chica dulce como tú qué quiere con un tatuaje?

—Es algo en lo que llevo pensando mucho tiempo. Nunca me ha ido eso de comprometerme con nada permanente, pero ahora estoy lista.

Asiente como si captara lo que de verdad quiero decir.

—Ten cuidado. Una vez que te haces uno, suelen venir más.

Eso vale para muchas cosas. —Lo tendré en cuenta. Gracias por la recomendación.

—Si te aburres ahí, ven y te invito a una copa.

Sonrojada, voy directa a la barra. Pido una ronda para mi mesa. Cuando me siento, los exmilitares empiezan a meterse conmigo.

—¿Así que te van los moteros, eh? No te imaginaba con esa clase de tío.

Arrugo la nariz mirando a Jim. —¿Y qué tipo te imaginabas para mí?

El otro, Mark, dice: —Un bombero. Te aguantará los dramas y las gilipolleces sin pestañear.

Todos se ríen. Es verdad que me pongo intensa con el trabajo.

TREINTA Y DOS

Grayson encendió un Marlboro rojo. El Zippo cayó sobre la consola central con un golpe seco. Hope le había dado la tabarra el otro día por fumar. La mayoría de los agentes de control animal que conocía fumaban. Muchos aguantaban unos cinco años en el trabajo antes de acabar quemados.

Llevaba haciendo esto casi once años. No se imaginaba dedicándose a otra cosa. Hoy, él y otros agentes, junto con algunos ayudantes del sheriff, habían pasado la mañana persiguiendo a un emú escapado. El dueño estaba harto de lidiar con el ave. La había comprado para criarla por su carne, pero resultó que el gran pájaro australiano daba más problemas de los que compensaba. Grayson negó con la cabeza. El tipo les dijo que adelante, que le dispararan. No quería más quebraderos de cabeza.

La gente tenía que informarse antes de hacerse con un animal. Entender sus necesidades y lo que requería. Como esos padres que pensaban que era muy mono regalarles a sus hijos un pollito o un conejito por Pascua y luego, cuando pasaba la novedad, ya no lo querían. No sabían cómo cuidar del animal.

En lugar de dispararle al emú, una mujer de un santuario acudió a ayudarles y consiguió atrapar al gran pájaro. Una especie de encantadora de emúes. El dueño cedió el ave. Ahora viviría el resto de sus días en el santuario.

Después de comer, respondió a un aviso por acumulación compulsiva. Los niveles de amoníaco eran tan altos que no pudo entrar en la casa. Tuvo que intervenir el equipo de materiales peligrosos. La mujer tenía ciento veinticinco gatos. Cuando cruzó el umbral, se hundió en diez centímetros de heces; los excrementos le cubrieron los zapatos y se le colaron en los calcetines. Tendría que haberse puesto botas, pero no tenía ni idea de que estaría tan mal. Al instante le empezó a arder la garganta y a llorarle los ojos. Los muebles estaban destrozados, las paredes arañadas hasta unos sesenta centímetros de altura, donde los gatos habían rascado.

Era una historia desgarradora. La mujer había perdido a su marido hacía un año por un infarto fulminante. Seis meses después, su hijo se suicidó; se ahorcó. Todo fue descontrolándose poco a poco mientras ella acogía a un animal tras otro buscando compañía. Los gatos tuvieron crías. No tenía dinero para esterilizarlos. Y antes de darse cuenta, estaba desbordada. No tenía valor para desprenderse de ninguno. El amor que sentía por su marido y su hijo lo volcó en los gatos.

Tenía el tic de sacudir la cabeza hacia un lado mientras hablaba. Quería que interviniera un médico para ayudarla. Lo había visto antes: las personas que acumulaban animales solían sufrir trastornos mentales. Necesitaban ayuda, no castigo.

Después de hablar con ella, finalmente accedió a entregar todos los gatos excepto tres. Los esterilizarían en el refugio y se los devolverían una vez que los revisaran. Si le dejaban quedarse con esos tres, le ayudaría a no volver a acumular. Era un caso que seguiría de cerca, para asegurarse de que no recaía.

Cuando llegó a su apartamento, lo único que quería era quemar lo que llevaba puesto. Metió la ropa en la lavadora con una cucharada extra de detergente. A veces el detergente muy perfumado conseguía eliminar el olor. Grayson se olió la piel, detectó amoníaco e hizo una mueca. Se restregó una y otra vez para quitarse el olor hasta que el agua salió fría.

LOS TACOS PARA CENAR de camino al hospital no eran la cena más saludable, pero Grayson no tenía tiempo para otra cosa. Al acordarse del último batido verde que le había preparado Hope, hizo una mueca. Un niño que venía por el pasillo con su padre le agarró la mano. Estupendo. Ahora estaba asustando a los críos.

—Jackson. Me sorprende verte aquí. ¿Va todo bien?

El novio de Hope tenía cara de no haber dormido en días.

—Ingresaron a mi tía anoche. Un infarto. Ha salido de la operación y se pondrá bien si cambia de hábitos.

—Vaya, lo siento.

—mi madre está histérica con lo de la edad. Es dos años mayor que la tía Deborah.

Frunció el ceño.

—Hope ya es bastante pesada con los batidos verdes. mi madre la llamó para pedirle recetas. Ahora nos tocará col rizada a todos.

Se rio sin ganas.

—¿Y tú qué haces aquí?

—He venido a ver a Fred. Otro agente. Por fin le dan el alta.

Al ver la cara de Jackson, Grayson se explicó:

—Le dispararon estando de servicio. Tuvo suerte de salir con vida. Le dejó muy tocado. Se va a mudar a California, a vivir con su hermano.

—Joder. Nunca se sabe, ¿verdad? Estoy a favor de la caza y de la defensa personal, pero tiene que haber algo más que podamos hacer para que las armas no acaben en manos de delincuentes.

—Es una batalla perdida.

Estuvieron hablando del trabajo un rato y luego Grayson bostezó.

—Menudo día.

—Vente a cenar y a ver una peli. Pero te aviso: le toca elegir a Hope, así que a saber qué comedia romántica nos tocará aguantar.

—Ya me he comido un taco de camino.

—Eso no es suficiente.

Grayson estaba de acuerdo. Su estómago también.

—¿Seguro que no le importará?

—Cuantos más, mejor. Nada del otro mundo; vamos a pedir pizza.

El móvil de Jackson vibró, y Grayson supuso que eran buenas noticias por la sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Creo que los ultracuerpos se han llevado a Hope y la han sustituido por otra. Quiere hacer maratón de la primera temporada de *Power*. ¿La has visto?

—No he tenido ocasión, pero dicen que está muy bien.

—Venga, date prisa. Nos vemos ahora.

Hope había cambiado. Se había vuelto más dura. Ya no sonreía con tanta facilidad. Siempre parecía que algo la agobiaba. Según Jackson, antes siempre elegía una comedia romántica o una de esas películas para llorar a moco tendido. Pero últimamente le había dado por las películas de acción y cosas más oscuras. ¿Influencia del nuevo tipo?

Subió las escaleras corriendo hasta el tercer piso y se paró frente a su puerta. Kevin estaba interesado en alguien llamada Hope. Pero nunca le había oído mostrar interés por el tiro. Y esta Hope era una tiradora excelente. ¿Estaría engañando a Jackson con Kevin?

La puerta se abrió y Jackson se echó hacia atrás.

—Me he dejado la cartera en el coche. ¿A qué esperas? Pasa.

El tipo llevaba unos pantalones cortos y un polo, pero había algo en cómo vestía que delataba que había crecido entre algodones. Por cómo hablaba y se movía, se notaba que venía de familia de abolengo.

—Voy a por unas cervezas y ahora vengo —dijo Grayson, y se fue a su apartamento, pasillo abajo.

Habían parado después del tercer episodio cuando Hope le preguntó qué tal el día. Les contó lo del emú y lo de la acumuladora.

Hope negó con la cabeza.

—Es muy triste. Te ayuda a entender cómo alguien puede perderse en el dolor y seguir acogiendo animales. Seguramente pensaba que les daba cariño a esos gatos abandonados que nadie quería. No hace falta ser psicólogo para verlo.

Jackson levantó la vista del móvil.

—¿Recibirá la ayuda que necesita? Voy a hablar con mi madre, a ver qué están haciendo para ayudarla.

Grayson sabía que la madre de Jackson presidía una especie de gala benéfica que se celebraba cada año. Una de sus muchas causas.

—Sí, la recibirá. Esperemos que pueda superar todo esto.

Les contó otro de sus casos. El de un hombre que había apuñalado a la vaca y el cerdo que una familia tenía como mascotas.

La expresión en el rostro de Hope después de contarles la historia fue lo que le hizo pararse a pensar.

—Me gustaría apuñalarlo a él, a ver cuánto le gusta. La vehemencia de su tono lo desconcertó. Y volvió a preguntarse qué le pasaba. Jackson le había confiado que últimamente estaba muy tensa. Le dijo que en el trabajo había mucho estrés y que iban a hacer despidos. Eso explicaría el cambio de comportamiento.

TREINTA Y TRES

Sentada en otra reunión interminable, miro alrededor de la sala. Unos pocos revisan el móvil a escondidas bajo la mesa, un puñado parece interesado en lo que dice el presentador, y el resto garabatea o hace listas, vete tú a saber. Nadie tiene nada importante que aportar. Es la reunión anual para planificar los proyectos de mejora de procesos del año que viene. Qué aburrimiento.

Cuando me toca, busco mis notas y presento mi lista, junto con ideas para mejorar aún más la eficiencia. Recortar parte del papeleo absurdo.

Una representante de uno de los departamentos interviene, entornando los ojos.

—Lo siento, Hope. Pero no sabes de lo que hablas. Conocemos nuestro negocio y no necesitamos mejorar nuestros procesos. Los procedimientos y los controles existen por algo. No puedes saltarte el proceso de aprobación sin más.

La mujer no tiene ni idea de lo que dice. Un humo rojo oscuro me invade y respondo sin pensar.

La sala se queda en silencio, todos con los ojos como platos mientras nos enzarzamos. Entonces interviene mi jefe, el blandengue.

—Buen debate. Dejémoslo aparcado y lo retomamos al final —se ríe nervioso.

Mientras fulmino con la mirada a la mujer que discutió conmigo, lo único que quiero es partirle la cara, decirle lo fácil que me resultaría acabar con ella ahí mismo.

¿Qué le pasa a la gente? Todos sus problemillas no importan. No tienen importancia. Me siento desconectada de todos en el trabajo. ¿Cómo puede la gente trabajar para organizaciones o apoyar causas y no despreciar a quien no comparta su visión?

Este sitio me está volviendo loca. Cancelo una llamada de trabajo y me voy a comer antes de hora.

Al abrir la puerta del campo de tiro, inhalo el olor a armas y pólvora quemada. He estado pensando que puede haber momentos en que el bolso bandolera no sirva. En internet encontré una funda que se engancha por dentro de la cinturilla. Podría venirme bien.

—Has vuelto. ¿Qué tal la práctica?

—Kevin, ¿verdad? Me alegro de verte. La práctica va bien. A lo mejor puedes ayudarme con lo que busco.

El estante que tengo delante está lleno de fundas, pero ninguna se parece a lo que vi. —Me voy de acampada a la montaña con un par de amigas, y hoy en día nunca se sabe. Hay cada bicho raro suelto... Una compañera de trabajo descubrió hace poco que tenía un mirón. Fue horrible. Acabó volviéndose a Wisconsin. Busco una de esas fundas pequeñas que se enganchan a la cinturilla de la falda o los shorts.

—Como tío, te aplaudo por ser precavida. Pero como poli te diría: ¿por qué no te sacas un permiso de arma oculta?

Hago un gesto con la mano. —Pienso sacármelo, pero no he tenido tiempo. Mientras tanto, con el viaje a la vuelta de la esquina, creo que la seguridad está por encima de un papelito, ¿no te parece, oficial?

Sonríe con esa sonrisa lánguida que ponen los hombres cuando les gustas.

—Yo no he visto nada si tú no dices nada. Lo que buscas está por aquí —señala a la derecha. Lo sigo hasta un expositor discreto en la esquina.

—Esto es lo que buscas —me entrega una funda negra pequeña. Cuando me la pongo contra la falda, él alarga la mano y cubre la

mía.

—Espera, deja que te ayude.

La saca del cartón y la engancha a la cinturilla; el calor de las yemas de sus dedos me roza el estómago.

—Queda genial con la falda de flores —nuestras miradas se cruzan y se sostienen antes de que yo dé un paso atrás—. Es perfecta. Te agradezco mucho la ayuda.

—Cuando quieras. ¿Vas a disparar hoy?

Esto es peligroso. Ya lo sé. —No, tengo que volver al trabajo. ¿Nos veremos por aquí?

—Me gustaría. O podríamos tomar algo algún día, ¿qué te parece?

Pongo cara de pena y nostalgia. —Ojalá pudiera... ahora mismo estoy saliendo con alguien.

—Debería habérmelo imaginado. Si algo cambia, ya sabes dónde encontrarme.

Cuando se va, se gira y me mira. Si le doy la menor señal de que estoy interesada, volverá enseguida. En cambio, le hago un gesto de despedida con la mano y veo su mirada decepcionada. No me conviene nada tener a un poli rondando.

¿QUÉ PASA con los asesinos que guardan trofeos? Apago la tele y hago una mueca. Solo era una película, pero últimamente he leído mucho. He leído sobre casos en los que encontraron todo tipo de hallazgos macabros. En mi opinión, los asesinos que guardan trofeos quieren que los pillen, en el fondo. Yo no puedo permitirme que me pillen ni cometer un error. Y no podría soportar vivir encerrada siguiendo el horario y las normas de otro. Por no hablar de la comida. Sería el fin de mis deliciosos batidos verdes.

Elise Bolton. Menudo ejemplo de ser humano horrible. La mujer asesinaba gatos. Metía los cuerpos en bolsas de plástico del súper y los colgaba de las ramas de los árboles de su propiedad aislada. A otros les arrancaba los cráneos y los colocaba encima de esos

contenedores grandes de plástico, dispuestos en patrones que parecían sacados de las catacumbas de París.

La policía supuso que creía en la magia. Que pensaba que se comunicaba con espíritus malignos a los que podía obligar a hacer lo que ella quisiera. Personalmente, creo que está como una cabra.

Cuando la policía y el control de animales llegaron al lugar, muchos de los cráneos todavía tenían carne y trozos de pelo adheridos. En total, la policía encontró más de cincuenta cráneos y cuerpos de gatos. Los vecinos de los barrios de alrededor habían puesto carteles de mascotas desaparecidas. Sé lo que se siente al perder a tu amigo a manos de un asesino, y eso me hace plantearme seriamente hacerle a esa mujer lo que ella les hizo a los gatos. Quizá sea posible drogarla...

El artículo llama a la propiedad granja de tortura. Elise pasó sesenta días en la cárcel y tiene prohibido tener animales durante dos años, ¿y qué hizo? En cuanto volvió a casa, consiguió tres gatos en Craigslist. Lo sé porque estaba vigilando su casa cuando llegó una noche y los sacó del coche. La oí decirle a alguien por teléfono que tenía nuevos conductos al inframundo. Como he dicho, completamente pirada. Y vuelta a las andadas.

¿Qué hacían los asesinos antes de las redes sociales? Es facilísimo encontrar a Elise en internet. Gracias al artículo, tengo su nombre y su ubicación. Es casi tan mala como Barry: lo publica todo, desde el café de la mañana hasta lo que compra en el súper. Hoy ha publicado que piensa empezar el fin de semana con buen pie dando un paseo por uno de los senderos de Clayton mañana por la mañana. Borrón y cuenta nueva.

Se me escapa una risita. Más bien se convertirá en abono si de mí depende.

El paseo del río Clayton es un sendero de seis kilómetros y medio que discurre paralelo al río Neuse. Forma parte del Sendero de las Montañas al Mar, que se extiende desde las montañas hasta la costa. Y mira qué bien: el pueblo acaba de inaugurar un flamante aparcamiento y una rampa de acceso en el cruce de Covered Bridge Road con el río Neuse.

Nunca he estado en el sendero, así que voy después del trabajo a buscar un lugar que se ajuste a mis necesidades. Un paseo enérgico me vendrá bien. Auriculares puestos, música a tope, botella de agua en mano, y en marcha. Hay gente paseando a sus perros, corredores y algunos ciclistas. El hombre del tiempo ha anunciado tormentas dispersas para el fin de semana, así que espero que la amenaza mantenga alejada a la gente.

Estoy a punto de darme por vencida cuando atravieso los árboles y rodeo una curva del sendero. Está tranquilo y apartado. Pero con este terreno, no hay forma fácil de escapar después. Este tramo me ofrece buena visibilidad hacia delante y hacia atrás. Después, seré una corredora asustada huyendo con todos los demás. Por supuesto, no tengo manera de saber si Elise llegará tan lejos. Lo único que puedo hacer es seguirla y, si se presenta la oportunidad, aprovecharla. El plan B será seguirla hasta su casa y atraparla cuando salga del coche. La mayoría de la gente es esclava de la rutina. Muy pocos varían sus hábitos, ya sea el camino al trabajo o las noches que hacen recados.

De vuelta en mi piso, tengo tiempo antes de que Jackson pase a recogerme para la obra de esta noche. Suena la alarma del móvil y me levanto y me estiro; el cuello y la espalda me protestan por haber estado sentada tanto rato. Hora de darme una ducha y poner cara de novia feliz.

A LA MAÑANA SIGUIENTE me despierto temprano. Son las 5:30. ¿Habrá publicado que va? Efectivamente, Elise ha colgado una foto de sus cereales y sus zapatillas de correr. Dice que quiere salir temprano, antes de que llegue la lluvia. Me viene perfecto.

Vestida con mi uniforme de «trabajo», me miro en el espejo girándome. La peluca rubia es larga y rizada. La llevo recogida en una coleta y no queda mal. La camiseta es dos tallas más grande para disimular el bulto de la funda en la cinturilla de mis pantalones cortos. La pistola rosa está limpia y lista.

Funcionará. Parezco una mujer más que sale a correr. Aunque no puedo correr con guantes. No puedo tocar nada mientras esté en el sendero. Las balas están limpias y me aseguraré de llevar siempre guantes al cargar el revólver.

La gente ve lo que quiere ver. Si alguien nota un bulto en la cintura, pensará que es el móvil. Lo engancharé justo al lado de la funda.

A estas horas de la mañana solo hay unos pocos coches en el aparcamiento. Hay un hueco en la esquina, cerca del sendero. Aparco el Jeep de morro hacia fuera para poder salir rápido y que nadie vea la matrícula. Llaves en el bolsillo, botella de agua en mano, y pongo a Nina Simone.

En la foto que ha colgado Elise, lleva mallas arcoíris y una camiseta de tirantes morada ajustada. Pobre Elise. Cree que está empezando el fin de semana de forma saludable. Esperemos que aprecie el cielo gris y melancólico y el hermoso paisaje del sendero. Serán las últimas cosas que vea.

En los últimos meses me he dado cuenta de que vivimos en una sociedad donde la gente está completamente absorta en sí misma. Nadie quiere involucrarse. Hay muchos cazadores en Carolina del Norte, lo cual viene bien, porque cuando la gente oye un disparo, a menos que viva en ciertas zonas conflictivas, tiende a ignorarlo, creyendo que alguien está cazando, legal o ilegalmente. O lo atribuyen a un coche petardeando o a fuegos artificiales. Rara vez se llama a la policía.

Ponerme el «uniforme» y empuñar la pistola activa algo dentro de mí. Es ese lugar interior donde todo se queda en silencio. Como cuando una pizarra blanca y el olor de los rotuladores indicaban que era hora de mejorar procesos. Una vez que tienes la mente decidida, no hay duda de que serás capaz de llevarlo a cabo.

TREINTA Y CUATRO

Mientras corro, cuento a las personas con las que me cruzo. Las emparejo con los coches del aparcamiento. Dos hombres corriendo, ajenos a todo salvo a su zancada. Hay un hombre y una mujer que empujan un cochecito y llevan un perro. Los tendré vigilados. Y luego Elise. La encontré al localizar el punto de referencia de la foto que publicó. Un selfi delante de un banco azul, con una fuente cerca.

Elise lleva auriculares mientras corre. La música pop suena baja pero se oye. Está completamente ajena a lo que la rodea. Yo era igual. Nunca prestaba atención cuando iba y venía del trabajo, cuando salía a comer o iba de compras. Pero nunca sabes quién te observa. Quién pretende hacerte daño. Ahora me fijo en todo.

He ido alternando entre mis armas. Con la esperanza de ganar tiempo antes de que la policía llame a mi puerta. Porque sé que es solo cuestión de tiempo que me encuentren. Nadie se sale con la suya eternamente. Puedo ser todo lo cuidadosa que quiera, pero al final, ¿no prevalece la justicia?

Nuestra sociedad se basa en la creencia de lo correcto y lo incorrecto, la luz frente a la oscuridad, el bien frente al mal. Así que si no me encuentran... si no me llevan ante la justicia... entonces he tenido razón desde el principio. No hay más justicia que la que estoy dispuesta a impartir.

Sé adónde lleva la curva del sendero, justo al lugar que elegí. Al doblar la curva, el camino se eleva sobre tablones de madera, y a cada lado desciende hacia la maleza y los helechos. Sotobosque.

Hay silencio, el bosque contiene el aliento, esperando a que yo restablezca el equilibrio. No hay nadie detrás de mí y, ahora que ha pasado el corredor, nadie delante. Va a llover en cualquier momento. No tendré otra oportunidad. Nunca antes he intentado darle a un blanco en movimiento.

Echo un último vistazo atrás y adelante para asegurarme de que no viene nadie, y entonces saco el arma, apunto y aprieto el gatillo. El disparo se desvía. En lugar de correr, se queda paralizada, lo que me da justo el tiempo suficiente para apuntar de nuevo. La bala le da en la parte baja de la espalda, tropieza y cae del camino hacia la maleza. El estruendo estalla y resuena en el aire. Solo tengo unos segundos.

Intenta levantarse, se pone de rodillas mientras alineo las miras del arma. Esta vez mi disparo le da en la cabeza. Elise se tambalea un momento antes de caer suavemente hacia atrás; los helechos amortiguan su caída. Supongo que es verdad lo que dicen... la práctica hace al maestro.

El sonido de voces me acelera el corazón. Es el hombre y la mujer con el niño en el cochecito. Están de pie en el sendero, discutiendo.

—... Sé que eso fue un disparo. Pensé que la temporada de caza había terminado.

El hombre usa un tono que reconozco. El mismo que Jackson usa conmigo cuando no quiere discutir en público. Condescendiente. Me enfada de inmediato.

—La temporada de pavos ha terminado, pero quizá alguien no lo sabía. A mí me pareció que sonaba a fuegos artificiales.

—Da igual. No deberían estar cazando cerca de los senderos. Podrían haber alcanzado a nuestro hijo. O al perro. Tenemos que llamar a la policía.

El hombre le pone una mano en el brazo.

—No vamos a llamar a la policía. Vámonos a casa.

La mujer me ve acercarme corriendo.

—¿Oíste el disparo?

Me detengo. Finjo sacarme los auriculares.

—¿En serio? Me pareció oír algo.

Me encojo de hombros con timidez.

—Pero tengo que admitir que llevaba la música un poco más alta de lo que debería. Así que no estoy muy segura de lo que oí. ¿Crees que alguien está cazando? Esto es zona pública.

Finjo indignación.

—Eso creo. Pero mi marido piensa que deberíamos dejarlo estar. Yo creo que deberíamos llamar a la policía. ¿Tú qué opinas?

Levanto las manos, sonriéndoles a ambos.

—Como no estoy segura de lo que oí, voy a terminar mi carrera antes de que empiece a llover. Pero creo que deberían preguntar a otras personas. Me crucé con un corredor por allá. Llevaba un cortavientos oscuro y una gorra de béisbol. Quizá él sepa algo.

Y quizá, solo quizá, eso haga que la mujer sospeche de él y no de mí. Ella entrecierra los ojos mirando a su marido.

—Vamos, vamos a buscarlo. Seguro que fue ese imbécil, disparándole a algún animal.

Les digo adiós con la mano y me alejo corriendo, como si tuviera todo el derecho a estar allí.

—¿PODRÍA asegurarse de aspirarlo bien? Vengo del centro de jardinería. Hay tierra y de todo en la parte de atrás.

Le sonrío al empleado del lavado de coches mientras le pago. No podía usar el plástico de siempre en el coche, no podía arriesgarme a que alguien me viera entrar o salir en los senderos. Se habrían preguntado qué hacía sentada en un coche cubierto de plástico.

Así que, al salir de los senderos, conduje hasta un bufete de abogados que estaba cerrado por el fin de semana, aparqué y me cambié en el asiento trasero. Mientras me cambiaba, me vi de reojo en el espejo retrovisor y me quedé helada; la sangre se me heló en las venas y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Llevaba una

camiseta negra, pero por lo visto había estado más cerca de la mujer de lo que pensaba. Tenía manchas rojas en el brazo derecho. Me entró el pánico y repasé mentalmente a todos con los que me había cruzado. La mujer y su marido estaban demasiado ocupados discutiendo para prestarme tanta atención, así que tengo que creer que no se dieron cuenta. Seguro que lo habría señalado. Parecía de esas.

¿Otras tres personas, quizá cuatro? El descuido me puso nerviosa mientras limpiaba la sangre. Las toallitas de bebé son las que mejor funcionan. Cuando Lisa, del trabajo, me preguntó por qué tenía toallitas de bebé en el coche si no tenía hijos, le dije que iban genial para limpiar lo que se derrama. Con todo lo que viajamos y comemos por ahí, es fácil que se te caiga algo. Una servilleta va bien, pero esas toallitas húmedas hacen maravillas. La siguiente vez que viajamos juntas, vi un paquete en su coche y no pude evitar tomarle el pelo. Si supiera la verdadera razón por la que las compré.

Todo fue a la basura, y entonces decidí que lavar el coche y limpiarlo por dentro y por fuera no estaría de más.

Mientras espero a que terminen con el Jeep, miro alrededor. Al final no llovió. Resultó ser un día agradable. Hay siete u ocho personas delante de mí esperando a que les laven el coche. Dos de ellas leen, el resto con el móvil, hablando o tecleando. ¿Cuándo nos desconectamos tanto los unos de los otros?

Qué ciegos estamos. Estoy cambiando. Convirtiéndome en algo duro. Forjada en el fuego de la justicia. Hecha de acero y hierro negro. Perfeccionada. Mejor. No todos los cambios son para bien. Estoy enfadada todo el tiempo. Con todo y con todos. Me lleno de asco al ver a la gente vivir su día a día, ajenos a lo que realmente pasa en el mundo. La rabia que llevo dentro empuja y arrincona cualquier atisbo de bondad o felicidad, hasta que me pregunto si acabará asfixiando todo lo demás. ¿Es posible matar la bondad?

De niña, recuerdo que cogí una de las novelas de terror del abuelo. Me asustó tanto que durante un año no quise dormir con la cama pegada a la ventana. Era una novela de Stephen King, y cuando se lo conté, se rio. Dijo que tenía que ponerle nombre a lo que me daba miedo. Que si le ponía nombre, dejaría de asustarme.

Así que inventé los nombres más ridículos. Cabecita de Amapola Peluda y Bobo Bobo el Payaso Tonto. Después de eso, volví a poner la cama junto a la ventana. ¿Y ahora? Ahora soy la historia de miedo que los padres cuentan a los niños por la noche. Lo que acecha bajo la cama, esperando a atraparlos cuando se levantan en mitad de la noche. La oscuridad del armario. Lo que se esconde tras la cortina de la ducha. Me he convertido en el monstruo del rincón oscuro.

Hasta los monstruos sienten miedo. Se ha convertido en mi compañero inseparable. Hubo un tiempo en que pensé que Jackson y yo nos casaríamos. Ya no. Él tiene aspiraciones políticas. Ya le he arruinado cualquier carrera que pudiera tener con solo convertirme en otra persona. Temo que me atrapen y lo que eso supondrá para él. No le guardo rencor. Solo le deseo lo mejor. Pero no tanto como para parar.

TRENTE-CINQ

Pendant que Jackson joue au golf, je me promène dans les boutiques du club. Il y a un nouvel endroit, mi-salon de thé, mi-boutique de cadeaux. Une publicité dans la vitrine m'attire à l'intérieur. Nous devons retrouver sa mère pour un brunch après que Jackson et son père auront fini de jouer.

La vendeuse est occupée avec un autre client, alors je regarde les breloques, essayant de décider ce que je veux. Celle-là est jolie. Elle s'appelle Escarpin Étincelant. Elle représente la façon dont les gens veulent marcher sur la pointe des pieds dans la vie sans vraiment savoir ce qui se passe sous la surface. Des paillettes à l'extérieur et pourri à l'intérieur.

Une autre appelée Diva Ensoleillée m'appelle. Une paire de lunettes de soleil. Elle dit que je peux me cacher en pleine vue. Des voix de femmes me font lever les yeux. Elles ressassent une sorte de drame avec un ex.

— Je lui ai dit, comment oses-tu acheter un chien à Lila. Il l'a fait pour se venger de moi. La femme a un peu trop abusé du Botox. Son visage bouge à peine. Son amie murmure quelque chose que je ne saisis pas.

— Oh, je l'ai bien eu. J'ai emmené ce cabot dégoûtant et puant au refuge.

Une douleur dans ma paume irradie dans mon bras. En baissant les yeux, je vois que mes poings sont serrés si fort que mon ongle a

percé la peau, un ruban rouge apparaissant dans le pli.

Presser ma main fermement contre ma jupe arrête le saignement. C'est un imprimé chargé, donc personne ne remarquera. Elles passent à autre chose et je reprends mon examen des breloques. Elle a de la chance que je me sente magnanime aujourd'hui ; sinon, je pourrais devoir lui donner une leçon. On ne jette pas les animaux pas plus qu'on ne jette les enfants.

Aujourd'hui, je prévois d'acheter cinq breloques. Trois autres à choisir. La suivante me rappelle les moments heureux chez mes grands-parents. Grand-mère avait toujours des marguerites. Qu'elles soient imprimées sur de la vaisselle ou dans un vase captant la lumière d'une fenêtre, je peux facilement évoquer une image dans ma tête. La breloque s'appelle Darling Daisy Meadow, et peut-être qu'elle m'aidera à me rappeler qu'il y a encore un peu de bien dans le monde.

— Désolée de vous avoir fait attendre. Nous avons été terriblement occupés ce matin. Vous avez commencé un bracelet. Bienvenue au club.

La vendeuse lève son bras, montrant plusieurs bracelets sur les deux bras. Un mélange de breloques et de joncs. Elle remue les doigts. — Il y a des bagues assorties, si ça vous intéresse.

— C'est un peu écrasant. Tant de choix. Ma sœur et moi sommes nouvelles dans la collection de breloques. Celles-ci sont en fait pour elle. J'ai pensé en acheter plusieurs aujourd'hui, comme ça je les aurais. Vous savez, pour les anniversaires, les bonnes nouvelles, ce genre de choses.

La femme rousse se penche pour ouvrir la vitrine, envoyant un nuage de parfum dans ma direction. L'odeur me frappe si fort que je recule d'un pas. C'est White Shoulders, le même parfum que porte ma grand-mère. Je ne savais pas qu'il était encore fabriqué. C'est comme si elle était dans la pièce avec moi, regardant ce que je fais. Connaissant mon intention par le nombre de breloques que j'achète.

Les souvenirs m'assaillent de toutes les directions, défilant dans ma tête comme un film en avance rapide. Pique-niques dehors dans le jardin, journées paresseuses à la piscine, assis autour d'un feu en hiver, jouant dans les feuilles. Et à travers eux tous, je sens l'odeur

de Grand-mère. Je vois son panier à côté de son fauteuil préféré. Plein de chutes de tissu alors qu'elle travaille sur une courtepointe. C'est presque trop, et je dois m'éclaircir la gorge.

— Il y a quelque chose qui circule. Laissez-moi vous chercher une bouteille d'eau.

La femme se détourne et disparaît par une porte avant que je puisse protester. Elle revient avec une bouteille d'eau.

— Merci. Je crois que j'ai inhalé de la poussière ou quelque chose comme ça.

— Assurez-vous de rester hydratée. Avec cette chaleur, c'est encore plus important. Ma nutritionniste dit que je dois boire la moitié de mon poids corporel en onces chaque jour. Je n'y suis pas encore tout à fait.

C'est une interaction si normale mais superposée à tant de souvenirs que j'ai du mal à rester concentrée. J'inspire et j'expire, me souvenant de mes méditations quotidiennes.

— Pourrais-je voir ce plateau ? Je pensais en choisir cinq.

— Vous êtes une sœur formidable. Ma sœur m'achèterait une breloque dans un magasin à un dollar et s'attendrait à ce que je fasse comme si c'était un diamant. Elle voit mon visage et ajoute rapidement : — Ne vous méprenez pas. Je suis reconnaissante quand quelqu'un prend le temps de choisir un cadeau. Mais elle gagne six chiffres par an et est follement radine. Le genre de personne qui, si vous dites quoi que ce soit, le déforme et le prend personnellement. Fait tout tourner autour d'elle.

La vendeuse cligne des yeux vers moi. — Je ne sais pas ce qui m'a pris. Ce n'est pas mon genre de parler de ma famille horrible. Totalement non professionnel. Elle penche la tête. — Vous avez ce genre de visage. Puis elle glousse. — Vous feriez une excellente espionne. L'ennemi regarderait votre visage souriant et révélerait tous ses secrets.

— Si seulement. Je ris avec elle. — Ne vous inquiétez pas. Ma sœur peut être une peste aussi. Dommage qu'on ne puisse pas choisir la famille qu'on aimerait avoir.

— Amen, ma sœur.

Elle pose les breloques que j'ai sélectionnées sur un morceau de velours noir et passe son doigt dessus.

— Ce sont d'excellents choix. Avez-vous vu celles-ci ? Elle tend la main vers sa gauche et sort un plateau que je n'avais pas remarqué.

Tout de suite, je repère les deux dernières que je vais acheter. Je pointe du doigt, et le sourire illumine son visage.

— Alors elle est de celles qui croient qu'il y a du bon en tout ?

Quelque chose comme ça. La réalité est que la breloque est là pour me rappeler qu'il n'y a pas de fin heureuse pour toujours. Mais je ne peux pas dire ça à cette femme.

— Oh oui. Elle croit qu'au fond il y a de la bonté en chacun. Une éternelle optimiste.

La quatrième breloque ressemble à un livre, et dit « il était une fois » sur la couverture. Et la dernière breloque s'appelle, tenez-vous bien, Le Carrosse Citrouille de Cendrillon.

Ces deux-là sont parfaites. Elles signifient une perte de rêves. Que les contes de fées n'existent pas, peu importe combien nous souhaitons qu'ils existent. Un monde parfait n'est rien de plus qu'une illusion. Ce sont de bons rappels pour me garder sur mon chemin.

Elle m'encaisse et je paie en espèces. J'ai juste assez de temps pour retrouver Jackson. Mon estomac gronde, *Il est temps que tu me nourrisses.*

Cuando llegue a casa, añadiré dos de los nuevos dijes a mi pulsera. Cinco personas menos que ya no harán daño a ningún ser vivo. Me quedan cinco dijes esperando su lugar en mi pulsera. Se me escapa un suspiro. Podría comprar dijes a espuertas y mi trabajo nunca acabaría. Mi tarea es hacer lo que pueda en el tiempo que se me ha concedido. Guardo mis compras en el bolso de paja y entro en el comedor.

TREINTA Y SEIS

Elise Bolton fue encontrada en una zona apartada del paseo del río Clayton por un corredor madrugador. La policía no ha revelado un posible móvil del asesinato.

El teléfono negro va a parar a mi bolsillo. La policía debería haber dicho: «Nos preguntábamos por qué nadie la había matado antes. Hizo cosas horribles». Aunque, pensándolo bien, si el ciudadano medio supiera lo que realmente ocurre, se escondería temblando de miedo en su casa y el mundo se paralizaría.

—Hope. Espera un momento.

—¿Qué pasa? Parecías un poco alterada durante la reunión de hoy.

Lisa frunce el ceño.

—No sé qué te pasa. Últimamente estás muy discutidora. Solo intentábamos hablar de las razones para mantener esos tres pasos cuando te pusiste hecha una furia. Por no mencionar que me dejaste en evidencia delante del cliente la semana pasada. Sean cuales sean los problemas que tengas, me gustaría ayudarte a resolverlos.

—Mira, te agradezco que me digas cómo te sientes, pero no tengo tiempo para andarnos con rodeos. Cuando hay pasos que podemos eliminar, hay que eliminarlos y seguir adelante. No quedarnos sentadas hablando de ello todo el día —no tengo tiempo para esto hoy—. Siento que estés molesta.

Lisa mordisquea el extremo de su bolígrafo. Algo que siempre hace cuando se siente incómoda.

—¿No te fastidia cuando la gente dice *«siento que estés molesta»* cuando lo que realmente quieren decir es «no lo siento en absoluto, pero intento apaciguarte»?

—¿Qué es exactamente lo que quieres?

—Creía que éramos amigas. Esta nueva faceta tuya me ha demostrado que solo te importas a ti misma. Iba a preguntarte si te importaba que saliera con Lewis. Está coladito por ti, pero me ha invitado a tomar algo. Intentaba ser buena amiga. Las amigas no salen con tíos sobre los que sus amigas tienen prioridad.

Suelto un suspiro. *«Tranquila. Intenta ser amable».*

—Tienes razón. He sido una arpía últimamente. Estoy lidiando con muchas cosas personales ahora mismo. Me pasé de la raya. Quizá podamos comer juntas la semana que viene y ponernos al día de verdad.

Al darme la vuelta, me doy cuenta de que no he respondido a su pregunta.

—Y para que conste, no tengo ningún interés en Lewis. Sigo saliendo con Jackson, así que siéntete libre de quedar con él. Creo que haríais muy buena pareja.

—Gracias, Hope. ¿Quizá podamos hablar de lo que te pasa durante la comida de la semana que viene?

—Genial —pero sé que nunca le contaré lo que está pasando. ¿Os imagináis cómo iría esa conversación?

—¿QUIERES OTRA CERVEZA? —Jackson abre la nevera portátil que tiene a sus pies y le pasa una cerveza a Grayson—. Hope odia eso. No soporta el olor.

Arrugo la nariz.

—Más para vosotros dos.

Jackson ha traído filetes. Vamos a pasar la tarde haciendo una barbacoa y bañándonos en la piscina. Hace demasiado calor para

hacer otra cosa. Él y Grayson han congeniado. Lo invitamos a cenar o simplemente a pasar el rato al menos una vez por semana.

Una de las cosas que me gustan de este complejo de apartamentos es que puedes hacer barbacoas y comer en las mesas junto a la piscina. Tampoco les importa que bajes neveras portátiles y bebidas alcohólicas, siempre que las cosas no se desmadren.

Cuando la abuela llamó hoy, le pedí su receta de ensalada de patata. De alguna manera la perdí cuando me mudé. Muchas de sus recetas están en esas fichas. Me preocupa que se estropeen. Unas horas después de hablar, encontré un cuaderno de recetas en internet. Pegaré las fichas en las páginas y trabajaré en pasarlas a un documento en el ordenador por si alguna vez le pasa algo al cuaderno. La abuela se está haciendo mayor. La idea de perderla hace que me aferre a las pequeñas cosas. No está enferma; soy yo percibiendo el paso del tiempo. Mi reloj interno diciéndome que todos tenemos fecha de caducidad.

No puedes comer filete y ensalada de patata sin alubias al horno. Y tengo la mejor receta de alubias al horno del mundo. No es mía ni de la abuela. Una chica de la universidad solía hacerlas al menos una vez al mes cuando echaba de menos su casa. Antes de graduarse, tuvo la amabilidad de darme la receta.

Tumbado en una de las tumbonas, Grayson se deja caer a mi lado.

—¿Estorbando al maestro de la parrilla? —bromeo.

—Desde luego sabe lo que hace. Me ofrecí a ayudar, pero me echó con la mano.

—No pasa nada; deja que haga todo el trabajo y nosotros disfrutaremos de los resultados.

Hace chocar el borde de su botella contra mi copa de vino. Grayson mira la botella.

—Además, él se queda con lo bueno.

—Ya te digo. Casi me da un infarto cuando vi lo que costaba esta botella de vino.

—Os estoy oyendo a los dos. No hay nada malo en una buena copa de vino o cerveza. Podéis quedaros con vuestro vino de tetrabrik.

Grayson lleva pantalones cortos y camiseta, igual que Jackson. Los hombres lo tienen tan fácil. Pantalones cortos y camisetas en verano, vaqueros y camisetas de manga larga en invierno. Unos cuantos pares de zapatos. Miro mis uñas de los pies con purpurina morada. Necesito una pedicura.

—Kevin me ha dicho que te has convertido en toda una tiradora. No tenía ni idea de que te interesara el tiro al blanco.

Por la expresión de su cara, Jackson lo ha oído.

—Sí, Hope. ¿Desde cuándo disparas?

Los dos me están mirando. ¿Por qué no volví a por el carné falso? ¿Por qué no le dije a Kevin que me llamaba Caroline Pope? ¿Qué otra cosa puedo hacer? Sonrío.

—Las mujeres deberían saber defenderse.

—Ya empezamos otra vez. Creía que habíamos quedado en algo.

—No, quedaste tú —estoy sentada erguida en la tumbona, fulminándolos a los dos con la mirada. No es culpa de Grayson, pero sigo enfadada.

Levanta las manos. —Parece que es un tema delicado. No pretendía causar problemas.

—No lo has hecho. —Cojo una cerveza de la nevera y se la llevo a Jackson.

—Lo siento. Pensaba contártelo.

—Como me cuentas tantas cosas. Al menos esto explica algunas de tus desapariciones. —Mira a Grayson, que está visiblemente incómodo por encontrarse en medio de una discusión.

—¿Quién es Kevin?

—De la policía de tráfico. Lo conozco del trabajo. Mencionó que se había encontrado con Hope en el campo de tiro. Deberíamos ir todos algún día. A ver lo buena que es Hope.

«Jodidamente buena. Lo bastante buena como para que ates cabos». —Suena divertido. Jackson va mucho de caza. Es un tirador excelente.

Le lanzo una mirada. Grayson está pendiente de cada palabra. Se le ve dándole vueltas a todo.

—¿No podemos pasar una noche tranquila? ¿Hablamos de esto luego?

Levanta la barbilla hacia Grayson. —Lo siento. No es para tanto. —Luego se inclina, como si fuera a besarme, pero me gruñe al oído —: Esta conversación no ha terminado ni de lejos. Me pareció olerte a pólvora.

Grayson me rellena la copa de vino cuando vuelvo a sentarme. Articula sin voz: «Lo siento».

Niego con la cabeza y observo a los demás residentes en la piscina. Algunos están apoyados en el borde, otros nadan, y unos pocos, como nosotros, cocinan en las otras parrillas.

—¿Cuándo van a ser los despidos?

Lo miro confundida. —¿Qué despidos?

Jackson interviene. —Lo siento, cariño. Sé que no querías que nadie lo supiera, pero se me escapó.

¿Por qué le habría contado a Grayson que hay despidos en mi empresa? Pero le sigo el juego y levanto la copa. —Brindemos por que no me afecten.

—Brindo por eso —dice Grayson.

Entrecierro los ojos y miro a Jackson, que evita cuidadosamente devolverme la mirada.

Pobre Grayson. Hoy no da una. Hay que reconocerle el mérito: se lanza a intentar aliviar la tensión que flota entre nosotros.

—Así que tu amiga Lisa ha adoptado uno de nuestros perros mayores.

Aliviada por el cambio de tema, sonrío. —Qué bien. Recuerdo que dijiste que son los últimos en encontrar hogar, si es que lo encuentran. ¿Qué te parece ella?

—¿Estás haciendo de casamentera?

El vino me baja por la garganta. Fresco y afrutado. —Bueno, ella está soltera y tú estás soltero. Los dos sois bastante atractivos e interesantes. ¿Por qué no?

—No sé. Hay algo en ella... como si siempre se estuviera comparando con los demás. La verdad es que no quiero dramas, y me da la impresión de que es de las dramáticas.

No puedo evitar sonreír. —En eso tienes razón. Pero a algunos tíos les va el drama, y por lo que me has contado, tu ex era la reina del drama.

Se levanta. —¿Quieres otra?

Asiento. Coge otra cerveza de la nevera y le lleva una a Jackson. Cuando vuelve, trae la botella de vino, ya medio vacía, y me rellena la copa.

—Tienes razón, mi ex era la reina del drama. Estoy intentando elegir otro tipo de persona en el futuro.

Levanto la copa. —Por convertirnos en la mejor versión de nosotros mismos.

—Brindo por eso.

—¿Y tú, Jackson? —Está enfadado, pero normalmente no le dura mucho. Si consigo distraerlo con sexo, puede que me libre de una discusión esta noche.

—Ya soy lo mejor que puedo ser. —Se ríe y da la vuelta a los filetes en la parrilla; chisporrotean. El olor a carne llena el aire y se me hace la boca agua.

—Parece que ya están listos.

Para celebrar la tregua del calor, me he esmerado. Mañana volverá a hacer calor, así que mejor aprovecharlo. Jackson está acostumbrado a su madre y a sus fiestas en el jardín, así que ni siquiera refunfuñó cuando le pedí que bajara todo. Hice un mantel y servilletas a juego con sábanas antiguas. Luego puse la mesa con un juego de platos de chintz antiguos.

—¿Se supone que tenemos que usar esto? Soy bastante guarrete comiendo. Mejor dame un rollo de papel de cocina. —Grayson mira con recelo la servilleta de tela.

—No te preocupes, se lavan. En casa siempre usamos servilletas de tela. Te sorprendería lo fácil que sale todo. Además, son buenas para el medio ambiente. Menos productos de papel que acaban en los vertederos.

—Pero ¿no tienes que lavarlas? ¿No se compensa más o menos con el gasto de agua?

Me recuesto y sonrío mientras Jackson se extiende con su perorata de «salvemos el planeta». Es una de las cosas que me gustan de él. De verdad cree que el mundo puede salvarse.

—Esto es la gloria. Estas alubias están para morirse. —Grayson se recuesta y se da palmaditas en la barriga.

—Ya ves. Todo el que las prueba me pide la receta. —Jackson se sirve otra cucharada de ensalada de patata y pasa el bol.

—Yo no cocino. —Grayson da un bocado a su filete y su rostro refleja satisfacción mientras mastica.

—Bueno, pues tendrás que venir a comer cada vez que las haga. —Es agradable estar aquí fuera sentados, con velas en la mesa, charlando los tres. Creo que hemos pasado página con lo del enfado de Jackson, o al menos eso espero.

Por primera vez desde que todo pasó, me relajo un poquito. Puede que consiga tener una vida seminormal. Los superhéroes lo hacen. *«Pero no sin pagar un alto precio»*, dice la voz en mi cabeza.

TREINTA Y SIETE

La semana pasada Jackson y yo pasamos el puente del Cuatro de Julio en la casa de la playa en Isla de las Palmas. Después de mucha discusión, aceptó no volver a mencionar lo de que aprendiera a disparar. Dijo que no iría conmigo, pero que tampoco me daría la lata. Solo me pidió que no se lo dijera a sus padres. No lo entenderían. Por mí, perfecto.

Tuve que asegurarle que no hay nada entre Kevin y yo. Aunque si las tornas estuvieran cambiadas, yo lo mandaría a la mierda. Las ausencias inexplicables, las evasivas. Juraría que me está engañando. También descubrió que ya no iba a clase de arte cuando apareció un martes por la noche con un montón de rosas en los brazos. La profesora le dijo que hacía meses que no aparecía. Le dio las flores a ella y luego se plantó en mi puerta hecho una furia.

Por un momento volví a ser una niña, escuchando a mis padres pelearse. Nuestra relación pende de un hilo. Incapaz aún de soltar, no hacía más que empeorar las cosas. Por qué no se ha marchado es un misterio.

El viaje a la playa ayudó un poco. No durará. ¿Cómo iba a durar?

Durante toda la semana pasada, he seguido a Frank Pearl cada noche al salir del trabajo. Y por todo lo que he averiguado, la humanidad no lo echará de menos en absoluto. Metido en líos con la ley desde adolescente. De todo: desde allanamiento de morada hasta drogas y agresión. Ha entrado y salido de prisión varias veces.

Me pone nerviosa. Todos los demás hasta ahora han sido escoria, sin esa mirada depredadora en los ojos. Frank no. Tengo que ir con cuidado.

A Grayson tengo que agradecerle que me pusiera sobre la pista. Una granja familiar colinda con la caravana de Frank. Un día, borracho, apuñaló a una vaca y a un cerdo. Los dos niños pequeños que vivían en la granja se quedaron destrozados. Para la familia, ambos animales eran mascotas.

¿La defensa de Frank? Que lo despertaban todos los días y olían mal. Pagó una multa y una indemnización, y aceptó mudarse a una caravana en el otro extremo del camping. La familia podría comprarse otra vaca y otro cerdo. Aunque estaban disgustados, dijeron que sentían que se había hecho justicia, ya que Frank les había suplicado clemencia. Juró que estaba tratándose por el alcoholismo. Que iba a la iglesia y estaba enderezando su vida. La familia, bienintencionada, se tragó toda su mierda: anzuelo, sedal y plomo.

Yo no. Es curioso cómo aprendes a reconocer las mentiras. Cuando empiezas a contárselas a todos los que te rodean, es fácil detectarlas en los demás. Hay un vídeo de las noticias en internet que he visto una y otra vez. Siempre lo mismo. No lo siente. En absoluto. Solo intenta salvar el pellejo. Frank es un lastre para la sociedad. Puede que la familia lo haya perdonado. Yo no.

El niño, con los ojos llorosos, le contó al periodista cómo había criado al cerdo desde que era un lechón. El animal lo seguía a todas partes y dejaba que los niños lo vistieran con todo tipo de disfraces ridículos. Hay una foto en su página de redes sociales en la que se ve a los niños sentados bajo un árbol, el cerdo tumbado a sus pies, la vaca con una peluca. El cerdo llevaba un sombrero, gafas de sol y una bufanda.

La madre dijo que a los niños les encantaba pasar los fines de semana fuera, leyéndoles en voz alta a los animales e inventando obras de teatro elaboradas en las que todos tenían un papel. Compraron la vaca en una feria con la idea de enviarla al matadero cuando creciera del todo, pero los niños se encariñaron tanto que decidieron no hacerlo y la trataban como a un perro muy grande.

La vaca se acercaba a la puerta y apretaba el hocico contra una campana grande que habían colgado allí para hacerla sonar. Su manera de pedir que la dejaran entrar. Pasaba el rato en el salón con ellos. La familia admitió que no era una situación para todo el mundo, pero los niños estaban encantados. Uno de los niños quería ser veterinario de mayor. El otro, médico.

Que Frank les arrebatara a los niños una alegría tan inocente y pura basta para hacerme hervir la sangre. Y por eso estoy aquí, caminando por el sendero boscoso del lago Johnson, buscando a mi objetivo. Le gusta alquilar una canoa y sacarla al lago, normalmente cerca de la hora de cierre. Cualquiera pensaría que es sincero en su intento de enderezar su vida, pero yo sé que no.

Hace tres días lo pillé sentado e inmóvil en la canoa, con unos prismáticos en las manos. Pero no apuntaban a algo en los árboles o en el agua; no, estaban enfocados en los apartamentos que dan al lago. Estaba mirando por las ventanas. Al día siguiente, traje mis propios prismáticos para ver qué era tan interesante. El pervertido estaba espiando a mujeres jóvenes.

Ser un mirón era otra marca negra en su contra. Vi el hambre depredadora en sus ojos cuando se quitó los prismáticos. Era solo cuestión de tiempo que este hombre pasara de apuñalar a un animal a apuñalar a una persona. Una más en la larga lista de taras de su psique.

Mientras yo pueda evitarlo, no. Hoy camino con los auriculares puestos, Duran Duran sonando. El parque cierra al anochecer. La gente ya se está marchando. Y aunque la gente suele ser amable, saludando o haciendo un gesto con la mano al cruzarse, procuro mantener una expresión de concentración. Apenas asiento con la cabeza y camino a paso ligero para que nadie intente entablar conversación. Para cualquiera que me vea, parezco alguien completamente centrada en hacer ejercicio.

Más adelante hay un claro entre los árboles con vistas al lago y a los apartamentos. Reduzco el paso; la bandolera negra me cruza el cuerpo y golpea suavemente contra la cadera. Dentro descansa la pistola azul, a la espera.

La peluca negra es un corte bob que me recuerda a las flappers de los años veinte. Pica con el calor; el antitranspirante hace horas extra para evitar que sude a mares. Tengo cajones enteros dedicados a los artículos de mis uniformes. Las zapatillas baratas, en sus cajas, están apiladas en el suelo del vestidor.

Ahí está. Fingiendo que pesca. Pronto sonará un silbato para que todos vuelvan. Frank tendrá que volver pronto. Pasa una corredora y aparto la cara. Cuando pasa la mujer en bicicleta, me arrodillo para atarme los zapatos, con la cara apartada.

Me salgo del sendero y me adentro entre los árboles.

TREINTA Y OCHO

Hace más fresco bajo los árboles, todo en sombra. Y más silencioso aún que los senderos. Un lugar hermoso que odio manchar con violencia. Pero no hay más remedio. Donde van los condenados, voy yo. Walt me ha demostrado que el hogar no es necesariamente la mejor opción.

El mantra para superar todos los obstáculos y protegerme del peligro me recorre la mente. Lo repito cada vez que me preparo. No es lo que Buda habría pretendido, estoy segura. Pero todos usamos las herramientas que nos dan. Repetirlo me transforma: de Hope Jones, nieta adorada, novia y profesional respetable, paso a ser la espada de la justicia.

Frank observa fijamente los apartamentos. Lo tengo en el punto de mira. Aprieto el gatillo en el mismo instante en que suena el silbato que anuncia el cierre nocturno del lago Johnson. Maldita sea. El estampido del disparo resuena por el lago y fallo, pero debo de haberle pasado cerca, a juzgar por cómo se sacude. El movimiento brusco le hace perder el equilibrio y los prismáticos caen al agua con un chapuzón.

Me doy la vuelta para huir, no quiero arriesgarme a que me atrapen. El pie se me hunde en el lodo de la orilla. Ese breve retraso es todo lo que él necesita. El dolor me atraviesa el bíceps al oír el disparo de respuesta.

Me miro los dedos: rojos. El mareo amenaza con derribarme. Parece que alguien me hubiera pasado un cuchillo por la parte superior del brazo. Me ha rozado. Me quedo ahí paralizada, como un ciervo que espera el tiro de gracia del cazador, cuando suena otro disparo y la corteza de un árbol estalla cerca de mi cabeza. Me tiro al suelo, ruedo, busco frenéticamente la pistola, pierdo la peluca.

Mierda. No puedo dejar ninguna de las dos. Está remando furiosamente hacia la orilla, hacia mí. La oscuridad se apodera de mí y pierdo la noción del tiempo. Me zumban los oídos mientras bajo la vista y veo la pistola en las manos. Un chapuzón y la canoa está vacía. Todavía no sé cómo le disparé. Los gritos y el crujir de las ramas me empujan a actuar.

Meto la peluca y la pistola en el bolso y corro hacia las voces, gritando a pleno pulmón.

—¡Ayuda! ¡Han disparado a alguien!

Dos chicos jóvenes se abren paso entre la maleza. Corro en dirección opuesta y me encasqueto un sombrero. Me palpita el brazo. Van a encontrar mi sangre en la escena.

Los oigo hablar con alguien.

—Estábamos corriendo y oímos los disparos. Venían del agua. Hay una canoa, pero no hay nadie dentro.

Un hombre interviene.

—Hemos llamado a la policía. Esperen aquí.

Sigo alejándome de ellos y me abro camino para salir más adelante en el sendero.

—¡Lleva una sudadera gris! ¡Fue por ahí! —Una mujer pasa corriendo junto a mí, ajena a mi presencia, gritando—: ¡Hay un loco suelto! ¡Un tipo en el lago estaba disparando a la gente! ¡Todos fuera del parque!

Cerca del pabellón, reduzco el ritmo, me pongo los auriculares de nuevo y sigo andando. Veo a los trabajadores que intentan reunir a todos bajo el refugio a la espera de que llegue la policía. Tengo tierra y hojas pegadas en el pelo y parezco haber rodado por el sendero. Menos mal que siempre visto de negro. Las mangas largas están empapadas. Para los demás pareceré sudorosa después de entrenar, a menos que se acerquen demasiado y huelan la sangre.

No han pasado ni treinta segundos desde que salí del aparcamiento cuando dos coches de policía pasan a toda velocidad con las sirenas aullando. Solo puedo pensar en mi sangre en la escena y en si alguien me vio. Sé que Frank sí. ¿Seguirá vivo?

Sigo conduciendo, necesito alejarme. Los edificios del centro están vacíos durante el fin de semana. Todos los trabajadores en casa. Normalmente hay eventos, así que necesito evitar la zona principal del centro, adentrarme en las zonas más chungas. Hay un almacén tapiado y ahí es donde me detengo. Si hay gente por aquí, está dentro de sus casas. En el asiento trasero me cambio de ropa y hago una mueca al golpearme el brazo.

La herida tiene más o menos el ancho de un lápiz y duele horrores. Después de deshacerme de todo, voy a casa a limpiarme. De ninguna manera puedo entrar en una tienda con esta pinta.

A medida que la adrenalina se disipa, estoy agotada y me quedo dormida en el sofá. Cuando me despierto, me reviso el brazo. Me palpita con cada respiración, pero al menos no sangra. Una vez que limpio la poca sangre del sofá y meto la ropa en la lavadora, me tomo cuatro ibuprofenos para aliviar el dolor.

La ducha es una tortura. El brazo empieza a sangrarme de nuevo, pero no puedo quedarme sentada con manchas de tierra en la cara y hojas en el pelo. Qué desastre.

En la playa, los cortes siempre sanan más rápido después de estar en el mar. Lleno un tarro de conservas con agua tibia y sal marina, pongo la tapa y lo agito con fuerza hasta que la sal se disuelve. Doy un pequeño sorbo para ver si sabe a mar, añado más sal, y pienso que sí, esta vez sí. Dejo caer la toalla y me meto en la bañera mojada. Respiro hondo y vierto todo el tarro sobre el brazo. Un grito se me escapa de la garganta, el dolor me pone de rodillas, jadeante.

—¡Me cago en todo, cómo duele!

TREINTA Y NUEVE

El martes, en el trabajo, levanto el brazo para escribir en la pizarra y me encojo de dolor.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te metiste en una pelea de bar o algo así? —Lewis señala mi brazo.

—Fui a Seagrove este fin de semana y tropecé con una piedra. Una rama me arañó bien.

—Me alegro de que estés bien. Nunca he estado en Seagrove. ¿Es ahí donde están todos los alfareros locales?

—Así es. Deberías ir si te gusta ese tipo de cosas o necesitas enviar un regalo a tu madre o a alguien.

He estado siguiendo las noticias, leyendo todo lo que encuentro sobre el lago Johnson. La policía ha recuperado pruebas, pero no dice de qué tipo. Lo que sí dicen es que hay una persona de interés. Los dos universitarios de NC State dieron la descripción del hombre de la sudadera que vieron huir. Otros confirmaron que el hombre de la canoa disparaba a la gente en los senderos. El cuerpo ha sido recuperado. Una sola herida de bala en el cuello. Era imposible que acertara ese disparo, pero de alguna manera lo hice. El cinturón se enganchó en una rama y lo mantuvo bajo el agua hasta que se ahogó o se desangró. Así que técnicamente el ahogamiento puede haberlo matado. Que le den. Va a la lista.

No hay más detalles en este momento. El nombre del hombre se dará a conocer una vez notificados sus familiares. Como siempre,

piden que quien tenga información, por pequeña que sea, se presente. Pronto el público descubrirá la persona tan horrible que era Frank. Sonrío, contenta de que esté muerto. Mi sangre está en la escena. ¿La habrán encontrado? ¿O con todo el jaleo se habrá mezclado con la tierra y el barro? Sé que no estoy en ninguna base de datos, pero odio la idea de que tengan mi ADN. ¿Cuál de las dos habrán encontrado?

Esa noche, después de cenar, Jackson y yo estamos en la cama en su casa. Me toca el brazo por debajo del vendaje. Cada noche me he aplicado agua con sal, convencida de que me curará más rápido.

—Sigo pensando que deberías ir al médico. No vaya a ser que se te infecte. Vete a saber qué bacterias había en el suelo.

—Qué dulce eres, preocupándote por mí. Está cicatrizando bien, así que creo que no pasa nada. Pero le echaré un ojo.

Jackson coge la pulsera de la mesita de noche y toca cada uno de los seis dijes.

—¿Este es nuevo? —Señala el dije Darling Daisy Meadow.

—Qué observador eres. Deberías haber sido detective o policía. Lo compré en recuerdo de la abuela.

—Ni hablar. Ninguno paga lo suficiente. —Se estira, luciendo sus abdominales—. ¿Por qué no eliges un par que te gusten? Quiero regalarte algo.

—No tienes que hacer eso. No necesito nada más.

—Eres una de las pocas mujeres que conozco que dice que no necesita regalos. Solo por eso, tienes que elegir cinco dijes. —Toca los dijes—. Los he visto en la tienda. No son baratos. Así que prométeme que elegirás cinco, o si no elegiré los más feos que encuentre y tendrás que ponértelos o arriesgarte a herirme en lo más profundo.

—Tú ganas. —Total, no es que no vaya a usarlos.

Jackson me entrega la pulsera. —Voy a hacernos palomitas. —Me da el iPad—. Empieza a buscar. Quiero pedirlos antes de que nos durmamos. Si no, se me olvidará y tú no me lo vas a recordar.

—Sí, señor. Ahora ve a hacernos palomitas. Es mi turno de elegir la película.

Finjo mirar la pantalla fijamente, como si estuviera decidiendo qué elegir. Cuando en realidad ya sé qué dijes quiero.

El olor a palomitas llena la habitación. Jackson sabe a sal y mantequilla cuando nos besamos. Me pasa otra copa de vino.

—Podríamos ser Olivia Pope. —Se ríe—. Vino y palomitas, ¿no? Aunque tú eres demasiado buena.

Le paso la tableta. —Tú podrías ser el tipo que se presenta a senador.

—En un año o dos, espero serlo.

Se me encoge el estómago. *No dejes que sufra por mis decisiones.*

—¿Estos son los que elegiste?

—¿Te gustan? Si no, elegiré otros.

—Este dije Around the World. Deberíamos conmemorarlo. ¿Qué te parece ir a Italia? Podríamos hacer una ruta por viñedos.

—Me encantaría escaparme.

Baja por la pantalla. —Cielo nocturno. Bonito. Me recuerda a mis tiempos de Boy Scout. Hogar, dulce hogar. Me gustaría pensar que es por ti y por mí. La manzana de Blancanieves. —Arquea una ceja —. Elección interesante. Podría tirar por lo del cuento de hadas, pero también podría ponerme el sombrero de psiquiatra y decir algo sobre la tentación y el pecado.

—O quizá sobre cómo Adán podría haber dicho que no sin más. Menuda falta de fuerza de voluntad. —Me río como toca y señalo el último—. Este se llama Galaxy. No sé qué es, pero me gustan mucho las líneas.

—A mí también me gusta. Me recuerda al último cuadro que pintaste. El que tengo colgado sobre la chimenea. —Aparta la mirada —. Lo siento. Sé que es un tema delicado. Ojalá me hubieras dicho que dejaste la clase.

—Yo...

—Esa chica te odiaba porque está celosa de tu talento. No deberías haber dejado que te intimidara. —Me aparta los dedos de la boca y los sustituye por sus labios. Y entonces no hablamos durante un rato. El cuenco de palomitas rueda fuera de la cama, cae al suelo y deja un rastro de granos a su paso mientras rueda hacia la puerta.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, mientras me aplico el rímel en su baño, me detengo. Me observo de verdad. Ladeo la cabeza de un lado a otro, fijándome en los cambios. Mis ojos parecen más brillantes. Duros.

La piel del rostro se me tensa sobre los huesos. Ya no tengo una tez radiante. Antes la gente me paraba para decirme lo bonita que tenía la piel. Pero ahora... creo que parezco algo desquiciada. Jackson no ha dicho nada, salvo que cree que he perdido demasiado peso. Bromeó diciendo que le gusta tener algo a lo que agarrarse.

Vimos a su madre hace unos días y no paraba de decir lo fantástica que estaba. Es de esas mujeres que creen que nunca se puede ser lo bastante rica ni lo bastante delgada. El peso. El aspecto. La juventud. Es la moneda de cambio de nuestro mundo. Gente del trabajo que ni siquiera conozco comenta lo increíble que estoy. Las mujeres me fulminan con la mirada y los hombres me hablan. Francamente, estoy casi demasiado delgada. Se me marcan los huesos de la cadera, los omóplatos y la clavícula. El hueco entre los muslos que todas las chicas quieren... yo lo tengo. Todo el mundo quiere saber cómo lo he conseguido. Lo de siempre, les digo. «Mucha agua, batidos verdes y vida sana. Cuidar mi cuerpo y dedicarme tiempo a mí misma». La gente asiente como si les estuviera revelando un secreto. Si supieran. ¿Qué les voy a decir? ¿«Mata a seis personas y tú también podrás estar delgada»?

CUARENTA

—Hope. Despierta.

—Déjame en paz —murmuro, y me aparto de la mano que me toca el hombro.

—Llegas tarde. ¿No dijiste que tenías una reunión importante hoy?

—Ay, mierda.

El pelo se me pega a la mejilla mientras me incorporo en la cama, parpadeando. Cuando saco las piernas de la cama, Jackson me agarra del brazo y tira de mí obligándome a mirarlo.

—¿Qué pasó realmente? Eso no parece que lo haya hecho un palo.

—Me caí corriendo y me lo raspé con una piedra.

Jackson suspira y se pasa las manos por el pelo.

—¿Por qué será que no te creo? —Mira el reloj—. Ninguno de los dos tiene tiempo para hablar de esto ahora. Pero tenemos que hablar en serio. Y pronto.

Se me revuelve el estómago mientras asiento. Y aún peor cuando no me da el beso de despedida, como siempre. En cambio, oigo las puertas cerrarse suavemente tras él. Mis actividades nocturnas están afectando a mi trabajo y a mi relación. Pero el problema es que no sé cómo arreglarlo. No veo forma de que las tres cosas coexistan.

LA REUNIÓN HA TERMINADO y estoy de vuelta en mi escritorio, intentando frenéticamente ponerme al día con los correos y terminar una presentación que debía entregar hace más de una semana.

—Hope, ¿puedes venir a mi despacho?

Distraída, revuelvo papeles buscando un bloc y un boli.

—Claro, ahora voy.

Mientras camino por el pasillo hacia el despacho de mi jefe, repaso mentalmente el estado de todos mis proyectos. Y por primera vez en toda mi carrera profesional, estoy atrasada en todo.

—¿Qué te pasa? —Mi jefe me mira desde detrás de su escritorio con cara de disgusto.

—Muchos asuntos personales. Pero estoy trabajando para ponerme al día.

—Me temo que es peor que eso. Has faltado a reuniones, has llegado tarde, y me han llegado quejas... de tus compañeros y de clientes...

Alguien llama a la puerta y él levanta la vista con una expresión difícil de interpretar. Al principio me quedo sentada esperando, pero cuando oigo la voz, me giro en la silla. Es la de Recursos Humanos. El estómago me da un vuelco otra vez y creo que voy a vomitar. En todos mis años de trabajo nunca he recibido ni siquiera una amonestación verbal.

—Sé que esto es difícil, así que intentemos hacerlo lo más fácil posible para todos —dice la de RRHH con voz suave.

Siguen y siguen con todas las cosas que no estoy haciendo o debería hacer. Y lo único en lo que puedo pensar es: ¿a quién le importa? Quiero gritarles: *¿No veis lo que está pasando ahí fuera? ¿Lo mucho que me necesitan?* Pero me quedo sentada, con los puños apretados bajo los muslos, intentando que las palabras me resbalen y no reaccionar. Una frase capta mi atención.

—... Así que tienes sesenta días y luego revisaremos tu progreso. Necesito que firmes aquí.

Un plan de mejora del rendimiento. ¿Y qué pasa con esos planes? Que una vez que te meten en uno, no sales. Está cantado. Básicamente tengo sesenta días para encontrar otro trabajo.

No vale la pena discutir. Una vez que el documento está hecho, ya está. Lo firmo y dejo caer el boli sobre el escritorio.

—¿Algo más?

Los dos se quedan ahí sentados mirándome con cara de pena fingida. Como si tuviera tiempo para esto.

—Tengo cosas que hacer, así que si no hay nada más, me voy.

Sin esperar respuesta, me marcho.

Mientras cruzo la calle, un Maserati negro pasa tan cerca de mí que podría haberlo tocado. Durante varios minutos estoy demasiado aturdida para moverme. Otro coche pita y cruzo corriendo hacia el aparcamiento. De camino a casa, paro a comprar una tarrina de helado y una botella de vino. Llamo a Jackson y cancelo nuestros planes; le digo que me ha pillado un virus estomacal.

Al salir de la tienda de todo a cien, cargada con botellas de lejía, bolsas de basura y lonas de plástico, me doy cuenta de que parece haber más enfermos mentales deambulando por ahí que antes. O quizás era demasiado joven para acordarme.

Durante los últimos meses me he cruzado con muchas personas inestables. Si aparecen durante mi revisión diaria de los partes policiales y el caso es de acumulación compulsiva, los quito de la lista. Siempre que no haya cargos por crueldad. Nueve de cada diez veces necesitan ayuda psiquiátrica. No son malas personas. Los acumuladores son diferentes de los que hacen daño a propósito. Y aunque sé que los animales en esos casos necesitan ayuda desesperadamente, si la persona se esfuerza por cambiar, por aprender, los dejo en paz.

No son sociópatas. No como los que usan su pasado como excusa para lo que hacen. Incapaces de pasar de largo ante esa puerta cerrada en su cabeza. Esa gente tiene que seguir abriendo la puerta y mirando dentro. Entrando en la habitación, abriendo cajones, mirando en los armarios. Esa gente está encantada de seguir jodida de la cabeza.

Hasta yo sé que hay que mantener ciertas puertas cerradas. Leí sobre un caso en Oklahoma donde el acumulador también era cruel a propósito. No hay forma de que pueda ir a otro estado. Carolina del Norte ya me tiene bastante ocupada. Si me expando, tendré que

eliminar a varias personas al día solo para no quedarme atrás. Cuando me entero de ellos, los meto en una hoja de cálculo. Una pestaña para cada estado. Aunque no puedo hacer nada ahora —eso de «limpia primero tu propio patio»— puedo asegurarme de no olvidarlos. Porque nunca se sabe dónde puedes acabar.

Hay una mujer que no se me va de la cabeza. Últimamente he vuelto a pensar en ella. Tiene poco más de setenta años, su marido murió de cáncer y sus hijos están demasiado ocupados con sus carreras y sus vidas como para molestarse en pasar tiempo con ella.

La observé durante varios días, y lo que vi me asustó tanto que tuve pesadillas durante una semana. La mujer vive sola en una casa diminuta y tiene alzhéimer. Sus hijos adultos saben lo que pasa pero les da igual. La policía ha acudido en numerosas ocasiones por quejas de los vecinos. Una tarde después del Cuatro de Julio, mientras estaba sentada frente a su casa y empezaba a oscurecer, lo que vi me dio tanto mal rollo que cerré todas las puertas con llave y no salí a por nadie de mi lista durante un par de semanas.

La mujer padece lo que ahora sé que llaman «síndrome del ocaso». Cuando la luz se desvanece y cae la noche, su comportamiento se vuelve cada vez más errático. La he visto quitarse toda la ropa y plantarse en medio de la sala con las ventanas abiertas de par en par, mirando a la nada. Según oscurece, las luces de su casa se encienden. Deben de estar programadas. Era como ver una película de terror. Se arrastraba por el suelo como un animal salvaje, arañaba las paredes y las puertas, emitía toda clase de sonidos inhumanos. Cuando apareció de golpe y aporreó la ventana, aplastándose contra el cristal, solté un gritito.

Los de control de animales se han llevado doce perros de su casa y ahora no le queda ni una mascota. Esos pobres perros deben de haber quedado traumatizados de por vida si la veían comportarse así cada noche. ¿Adónde hemos llegado como sociedad para dejar que los ancianos sufran de esta manera? Llevó a esos hijos en su vientre nueve meses a cada uno, los crió hasta hacerlos adultos. Y ahora que su madre necesita ayuda a todas luces, están demasiado ocupados con sus vidas para preocuparse.

Me he planteado muy en serio acabar con su sufrimiento, pero durante el día parece tan normal que no me atrevo. Porque en el fondo no es mala persona, simplemente está enferma. La distinción es importante. Mientras sea capaz de mostrar misericordia cuando haga falta, no soy una sociópata.

CUARENTA Y UNO

Llevamos tres días intentando arreglar dos procesos. Simplificarlos y hacerlos más eficientes. Este grupo es tremendamente difícil y no aguanto ni una de sus gilipolleces.

Mandé traer bandejas de barbacoa con tortitas de maíz, ensalada de col y alubias al horno. Normalmente después del almuerzo cuesta un poco más retomar el trabajo. La gente está empachada y adormilada tras una comida copiosa, y resulta más fácil de controlar.

Greg Chambers me tiene hasta la coronilla. Es un tipo grande y corpulento que siempre va con el resentimiento a cuestas. Piensa que todo el mundo es un yanqui a menos que haya nacido y crecido en el Sur. Da igual que lleve viviendo aquí desde la universidad: me sigue llamando «yanqui» cada vez que me ve. Le parece graciosísimo. Y como es cliente y tiene enchufe con uno de los peces gordos, mi jefe me dice que lo ignore.

—Vamos, bonita, así es como siempre hemos hecho las cosas. No intente cambiar lo que no entiende.

Arqueo una ceja.

—Creo que lo entiendo perfectamente. Le gustan los pasos de más porque le dan tiempo para holgazanear cuando podría rendir el triple.

Se pone rojo como un tomate, farfullando.

—Escúcheme bien. Llevo haciendo este trabajo desde que usted era una cría. No me venga a decir cuánto tardo en hacer algo. Viene

aquí a decirnos cómo mejorar las cosas. No hace nuestro trabajo todos los días, no tiene ni pajolera idea de lo que cuesta sacar esto adelante. Así que quítese esa sonrisita de boba de la cara y vaya a dar la lata a otro.

Da un trago a su café y me mira con desprecio.

—Mejor aún, váyase contoneándose a la oficina de Florida. Allí les gustan las niñatas cuya única preocupación es de qué color pintarse las uñas.

Antes de darme cuenta de lo que he hecho, mi mano sale disparada y lanza el bolígrafo a través de la mesa. Le da en la boca y se hace un silencio atónito. La furia me recorre el alma. La oscuridad está aflorando. Solo puedo pensar en la bandolera que tengo en el coche. Lo fácil que sería salir al aparcamiento a buscarla. Volver y acabar con él ahí mismo.

Lewis se levanta.

—Creo que deberíamos dejarlo por hoy. Hope, tengo que hablar contigo fuera.

Greg me señala con un dedo gordo mientras escupe sangre:

—Estás acabada, niñata.

Lewis me lleva a una sala de conferencias vacía al final del pasillo.

—¿Qué te pasa? Podrías haberle hecho mucho daño. Si ese bolígrafo le hubiera dado en el ojo…

Levanta las manos.

—Sé que tienes problemas personales, pero eso ha sido un error garrafal. Sabes que Greg es primo segundo de un vicepresidente importante. A estas alturas ya lo habrá llamado.

Me aparto de él bruscamente.

—Es un misógino de manual. Piensa que las mujeres deberían estar descalzas y embarazadas. Esperando en casa al machote que trae el dinero. Aunque ella gane más, más le vale no mencionarlo nunca y herir su frágil ego. Él es quien debería tener problemas, no yo.

Me acerco a la puerta y lo miro.

—Solo era un bolígrafo de plástico.

Luego cierro de un portazo tan fuerte que la puerta golpea la pared y deja un agujero en el pladur.

—¿Quién lo iba a saber? Pensaba que todas estas salas tenían topes.

A las tres y media de esa tarde me convocan al despacho de mi jefa. Esta vez, junto con la representante de Recursos Humanos, hay dos guardias de seguridad. Supongo que no debería sorprenderme. Repasan todas las razones patéticas por las que me despiden. Aparece un tercer guardia de seguridad con mi bolso y mi cartera en la mano. Menos mal que la bandolera está en el coche.

—Si tiene otros objetos personales en su escritorio, se los embalaremos y se los enviaremos por correo. ¿Tiene alguna otra pregunta?

La representante de Recursos Humanos me sonríe. ¿Quién sonríe en un momento así?

Niego con la cabeza.

—Todos esperamos que consiga la ayuda que necesita para los problemas que esté teniendo —dice mi jefa.

Entrecierro los ojos, pero por una vez tengo la sensatez de mantener la boca cerrada.

Como me despiden, no recibiré indemnización, pero tengo muchas vacaciones acumuladas. Doce semanas. Algo es algo. Mi cuenta de ahorros está bien surtida. Por un tiempo estaré bien. ¿Cómo voy a explicarle esto a Jackson? Y lo que es peor, ¿cómo voy a decírselo a Abuelo? Es humillante que me escolten fuera del edificio. La gente habla y cuchichea, mira por las ventanas mientras los de seguridad me acompañan al aparcamiento. La vergüenza me invade. Junto a mi coche, me quitan la identificación y la tarjeta del aparcamiento y me dan un pase para salir del garaje. Al final de la jornada, todos sabrán que me han despedido.

ES HORA DE ECHARLE valor y acabar con esto de una vez. Mientras suena el teléfono, rezo para que por una vez no conteste.

Pero parece que Dios no está de humor para mis súplicas.

—He estado pensando en ti. Qué alegría que me llames, cariño.

Al oír la voz de Abuelo, la ternura que transmite, me derrumbo por completo. Rompo a llorar sentada en la alfombra color crema, con la espalda apoyada en el sofá, el terciopelo cálido contra el cuello.

Entre lágrimas y sonándome la nariz sin parar, suelto las palabras. Le cuento por primera vez en mi vida que me han despedido y por qué.

—Haz las maletas y ven a quedarte conmigo una temporada. Trabajas demasiado. Es hora de descansar, de pensar qué hacer ahora. Todo el mundo comete errores. Aunque bien sabe Dios que yo habría hecho lo mismo. Menudo imbécil.

Abuelo es tan buena persona. Si me quedo con ella, no podré ocultar el monstruo en que me he convertido. En lo que *ellos* me han obligado a convertirme. No soportaría ver la decepción en sus ojos.

—Los niños de mi clase de arte se llevarán un disgusto si dejo de dar clase ahora, a mitad de curso. Solo quedan ocho sesiones y luego termino. Mi contrato de alquiler vence en dos meses. No lo voy a renovar, así que viene bien. ¿Seguro que no te importa que vaya a quedarme un tiempo?

¿Clase de arte para niños? Me estremezco. Preferiría sacarme un ojo con una cuchara. Es una mentira que inventé para explicar por qué estoy cansada. Por qué no llamo mucho. El miedo a que oiga la oscuridad en mi voz me hace alejarme de ella. Alejarme de todos.

—Será maravilloso, querida. No te imaginas lo bien que me vendrá tenerte aquí conmigo en las fiestas.

—Estoy deseando que llegue, abuela. Te quiero mucho.

—Oh, Hope. Eres buena persona. A veces pienso que sientes demasiado y que tus emociones te llevan por mal camino. Pero confía en tu corazón y en tu instinto, y todo saldrá bien. Yo también te quiero, querida.

Cuelgo el teléfono hecha un mar de lágrimas. Los mocos me chorrean por la nariz mientras sollozo sin control.

—¿QUÉ HA PASADO?

El tenedor se me cae en el plato con estrépito. Finjo limpiarme la boca con la servilleta para que ninguno de los dos vea cómo me tiembla la mano. Los tres estamos comiendo sandía junto a la piscina. En mes y medio la cerrarán hasta primavera. Claro que yo ya no estaré aquí para entonces. No quiero pensar en nada de eso hoy. Solo quiero tomar el sol, olvidarme de mis problemas. Y decidir cuándo le digo a Jackson que me han despedido.

—¿Recuerdas que te hablé de un tipo que conocía en Wilmington y de ese tal Walt?

Se me disparan las alarmas.

—¿Era el tipo que maltrataba a sus caballos?

—Lo raro es que han encontrado a una mujer tiroteada en Clayton. Las balas coinciden con las del asesinato de Wilmington. ¿No te parece extraño?

Se me va la sangre de la cara, como si se me escurriera hasta los pies y se filtrara por el hormigón. Y, claro, Jackson parece interesado. El abogado que lleva dentro.

—¿Pero el asesinato del tipo de los caballos no coincidió?

—La bala estaba demasiado fragmentada.

Y Jackson se lanza a hacer todo tipo de preguntas. Yo asiento de vez en cuando mientras la cabeza me va a mil. ¿Me habrán costado todo mis errores?

Grayson coge otra rodaja de sandía.

—La actividad de drogas y pandillas está aumentando. Ya sabes que nuestro estado es uno de los mayores centros de distribución de drogas del país. La mujer que recibió el disparo mortal... encontraron suficiente Adderall en su coche como para abastecer a todos los institutos del condado.

—Debía de estar delgada y llena de energía.

Fuerzo una carcajada.

Jackson sonríe.

—Ya te digo. Seguro que algunas amigas de mi madre la conocían.

Grayson se limpia la boca. Ya se ha acostumbrado a las servilletas de tela. Le contó a Jackson que se había comprado unas.

—El señor Cunningham dejó morir de hambre a sus caballos. A uno tuvieron que sacrificarlo. Los otros tres los dieron en adopción. Estaban en condiciones horribles. Y en el caso de Clayton, me jode decirlo, pero se lo merecía. Estaba metida en mierda satánica. Mataba gatos, colgaba los cuerpos de los árboles y exponía los cráneos en el bosque. Un tipo dijo que era lo más espeluznante que había visto en su vida.

—¿Crees que se conocían?

Niega con la cabeza.

—No se me había ocurrido. Yo iba más por la línea de que los mató la misma persona. Buen apunte. Preguntaré a mis contactos, a ver si han encontrado alguna conexión entre los dos.

Grayson se levanta de un salto y el zumo de sandía le chorrea por el brazo.

—Claro que hay una conexión. Todos tenían cargos por crueldad animal.

Se me seca la boca. Detrás de las gafas de sol, seguro que tengo los ojos como platos.

—¿Te lo imaginas? Un día alguien decide sin más que deben morir por lo que han hecho.

Me mira, y su mirada se desliza hacia los rincones oscuros de mi alma.

—Joder, podrías haber sido tú. A lo mejor los mataste tú. Eres una enamorada de los animales.

Me río, y el sonido sale quebradizo, como el crujir de las hojas en otoño.

—Pues claro que fui yo. Como en las películas. Entras en un restaurante abarrotado, les dices que traicionaron al Padrino. Y abres fuego.

Se ríe, y yo me río con él, pero por dentro estoy en DEFCON 1. No tiene ni idea de lo cerca que está de la verdad.

Jackson parece pensativo.

—Bueno, si pudo haber sido Hope, también pudiste haber sido tú. Tú tendrías los conocimientos.

Grayson parece sorprendido, y yo me esfuerzo por mantener un tono ligero y divertido.

—El trabajo te estaba afectando, así que decides que basta. Los matas.

Me inclino lo justo para meter el pie en el agua y le salpico.

—¿Por qué no los tres? Tú, Jackson y yo. Podríamos ser una banda. Ir por ahí deshaciéndonos de la gente podrida.

Finjo pensármelo.

—Pero yo soy la cabecilla, y antes de matarlos tienen que besar el anillo. Voy a ir practicando mi mejor voz de mafiosa.

—La gente que maltrata animales suele acabar cometiendo otros delitos. No me parece nada fuera de lo común —dice Jackson—. Drogas y rituales satánicos. Suena a gente muy jodida.

—Visto así, suena ridículo.

Grayson suspira, aplastado por el peso de lo que sabe y de la fealdad que ha visto. Todo eso se desborda en su vida cotidiana. Es alguien que ya no puede compartimentar. Conozco bien esa mirada.

Quiero abrazar a Jackson. No tiene ni idea, pero veo que Grayson está dándole vueltas a lo que ha dicho. Jackson siempre suena racional y lo que dice tiene todo el sentido del mundo. Bien. Lo que sea con tal de alejar a Grayson de este camino. El único sitio al que lleva es directamente a mí. Y tengo otro nombre en mi lista para mañana.

—Solo era una idea.

Pero mientras contempla las profundidades de la piscina, un escalofrío de inquietud me recorre el cuerpo.

Claro que no puedo evitar preguntarme qué pensarían los dos si supieran que están sentados junto a una asesina. Que se ríen y charlan con alguien que ha matado a seis personas, y sumando.

CUARENTA Y DOS

Sin trabajo de día, cada vez me acuesto más tarde. Duermo hasta las diez o el mediodía. Las cortinas opacas no dejan pasar el sol de verano. Fueron facilísimas de hacer, una tarde y listo. Ahora está deliciosamente oscuro mientras duermo, sea la hora que sea.

Menos mal que no hay muchos niños en el edificio. Aunque el ruido de la piscina me tiene pensando seriamente en comprar tapones. Lo pienso y lo descarto, preocupada por no despertarme al menor ruido. En un piso hay muchos ruidos. Es normal que me despierte cinco o diez veces por noche. Es curioso cómo convertirte en un coco te vuelve sensible a los ruidos ajenos.

¿Y trabajo? Ni me he molestado en buscar. Cuando prometí ir a ver a la abuela en septiembre y quedarme hasta después de las fiestas, iba en serio. Pero ¿cómo voy a mirarla a los ojos? Si voy, también habrá mucha gente en Kansas que tenga que pagar por lo que ha hecho. Estaría bien montar una red de contactos que me echara una mano. Resoplo al pensar en contratar a una becaria.

En la administración del edificio me dijeron que podía renovar el alquiler mes a mes. Solo firmé por seis meses cuando me mudé. Hay pisos de sobra en alquiler por todo el Triángulo, así que no les importa ser flexibles.

En abril, Kenny Parrish salió en las noticias. Quiso hacerse el gallito delante de sus colegas patinadores tirando piedras a una

pareja de gansos canadienses. Los conocen como los gansos de Belk porque vuelven a anidar a esos grandes almacenes todos los años.

El primer año hicieron el nido entre los arbustos y la hierba junto al edificio. El macho empezó a lanzarse contra el cristal espejado creyendo que era un rival, así que los grandes almacenes cubrieron la parte de abajo de todas las puertas con papel para que dejara de ver su reflejo. Alguien les puso un platito con comida y otro con agua. A la gente le encantaba verlos. Y cada año volvían. Supongo que era cuestión de tiempo que algún imbécil decidiera que eran presa fácil.

Mientras el macho intentaba defender a su pareja, una de las piedras le dio en el ala y se la rompió. Un grupo de rescate de la zona ayudó a los dos gansos.

¿Y Kenny? Gracias a sus padres forrados, le cayeron trabajos comunitarios y libertad condicional. Pero indagué un poco más. Descubrí que también le había prendido fuego a un mapache hacía un año. Este no es un buen chaval que simplemente hace travesuras. Tiene madera de algo mucho peor.

Después de ponerme los guantes y cargar la pistola rosa, cambio. Me convierto en *oscuridad*. Tocar la pistola y ponerme el uniforme transforma algo en lo más profundo de mí. En esos momentos no existe Hope. Solo justicia.

Al chico y a sus amigos les gusta pasar el rato enfrente de los grandes almacenes, patinando y fumando.

Pronto la policía sabrá que tiene a un solo asesino entre manos. Justiciera. Asesina en serie. Solo etiquetas. Me da igual cómo me llamen. Los hechos hablan por sí solos.

Mientras sigo a Kenny, aprendo su rutina. Casi todas las noches aparece después de cenar en el aparcamiento del centro comercial y se queda hasta las once. Tiempo de sobra. Él y los dos chicos con los que suele ir fuman cigarrillos, y marihuana, a juzgar por el olor. También beben cerveza y dejan las botellas tiradas entre los arbustos, donde les gusta sentarse en el bordillo entre sesión y sesión de monopatín. Y todos llevan auriculares con la música tan alta que la oigo desde las plazas de aparcamiento más cercanas.

Decido llegar antes que ellos para que no noten que entra un coche. Con los cristales tintados, nadie puede saber que estoy dentro del todoterreno.

Mientras espero, me tomo un batido verde. Lleva espinacas frescas, moras, unas cuantas uvas, medio pepino y un par de cucharadas de semillas de chía. El zumo de naranja le da un toque ácido. Cuando hace calor me gustan las comidas ligeras. Batidos verdes, platos de fruta y sorbete.

El plástico que tengo debajo cruje. Hace un calor sofocante en el coche incluso con las ventanillas entreabiertas. Uno de los chicos se fue a las nueve y media. Kenny y el otro están sentados en el bordillo y sacan cervezas de bolsas de papel marrón. El olor a marihuana flota en el aire. A estas alturas el centro comercial ya está cerrado. A menos que pasaras justo al lado, no los verías.

Aun así, espero. Poco después de las diez, los empleados van saliendo en cuentagotas. Para entonces los dos chicos ya están colocados y borrachos. A las diez y media el otro se levanta y se tambalea.

—Me tengo que pirar. Los viejos están insoportables últimamente.

Kenny se despide con la mano.

—Déjame un porro.

Y ahí se queda, solo. La pequeña parte de mí que todavía puede sentir lamenta que nunca llegue a ser adulto. Nunca se casará ni tendrá hijos. Nunca se reirá de las cosas que hizo de adolescente. Y justo cuando casi me he convencido de darle otra oportunidad, lo veo soltar una patada, oigo el chillido del ratón que sale disparado hacia los arbustos. Y aunque quizás no debería importarme un ratón, para mí confirma que no va a dejar atrás su crueldad. Si lo dejo vivir, de mayor no solo seguirá maltratando animales, sino que pasará a las personas. Sus dos amigos o sus padres pueden ser sus primeras víctimas. Hará daño a quienes dice querer. No. Esto termina esta noche.

Kenny está recostado sobre los codos, con los ojos cerrados, cuando me acerco. Apunto con cuidado y le doy en el centro de la frente. Cae hacia atrás suavemente como si se hubiera quedado

dormido. Un par de botellas abiertas ruedan a su alrededor, junto con el porro a medio fumar.

Hay personas que están rotas. La única manera de arreglarlas es matándolas.

Cruzo la ciudad en coche y acabo en un centro comercial en Apex. Justo antes de tirar la bolsa a la basura, abro la botella de lejía y la vierto sobre todo. Ojalá lo hubiera hecho desde el principio, pero tampoco es que haya un curso online sobre cómo cometer un asesinato.

AL LLEGAR a Warlock's para mi cita, decido ponerme el tatuaje en la cadera. Así solo se verá si voy a nadar o cuando esté con Jackson. Le va a dar algo. Piensa que nadie debería tatuarse a menos que sea un hortera. Una vez discutimos sobre ello, y le dije lo normales que se han vuelto los tatuajes, pero se mantuvo en sus trece.

La yo de antes se habría preocupado y habría dejado correr el tema. Pero la nueva yo... la nueva yo dice: *Que te jodan. Haré lo que me dé la gana*.

—¿Estás lista para esto?

Vinny me mira como si pensara que voy a salir corriendo.

—Noah dijo que estabas bastante segura, pero al verte... ¿segura que no quieres un tatuaje temporal?

Plantada con las manos en las caderas y los pies bien abiertos, arqueo una ceja.

—Nunca he estado más segura.

Me mira con cierto respeto. —Me alegro por ti. Las que parecen dulces siempre resultan ser las más fascinantes.

Me alegro de que Jackson esté jugando al golf con sus amigos hoy. Uno de ellos es un amigo de la universidad que ha venido a pasar el fin de semana, así que estoy sola. Cuando está con ellos, vuelve a comportarse como un universitario de fraternidad. Me saca de quicio. Cuando intentaba encontrar la manera de incluirme en sus planes, hice de novia perfecta y le dije que no se preocupara, que

fuera a divertirse. Que tenía mucho trabajo atrasado este fin de semana. Lo cual es cierto. Solo que no le dije con qué tipo de trabajo pienso ponerme al día. Los fines de semana son míos. Un tiempo en el que puedo abrir las puertas de par en par y dejar que mi lado oscuro salga a jugar.

El tatuaje que elegí es de un caimán. Incluso antes de aquel día horrible, me fascinaban los reptiles. Solía sentarme en nuestro muelle a leer un libro mientras contemplaba el agua. De vez en cuando, uno de los caimanes se acercaba nadando y me observaba, tan curioso por mí como yo por él. Todos sabíamos que nunca debíamos nadar en el canal. Aunque recuerdo que una mujer se mudó al otro lado. Era de algún lugar frío. Del norte del estado de Nueva York, o quizá de Wisconsin. El caso es que un día oí gritar a mamá. Salí corriendo y vi a la mujer nadando. Por lo visto, se levantaba temprano cada mañana para nadar. Mamá agitaba los brazos, gritando y señalando. La mujer nadaba ajena al enorme caimán que la seguía. Mamá juraba que ese caimán iba a comerse a la loca aquella, pero yo pensaba que solo sentía curiosidad. Que se preguntaba qué clase de criatura había invadido su territorio. Porque si hubiera querido comérsela, mamá no lo habría visto hasta que fuera demasiado tarde. Vinieron a llevárselo después de aquello y lo trasladaron a los Everglades. Poco después se instaló el caimán grande y malo. El de las cicatrices. No sé de dónde salió; un día simplemente apareció. Y era astuto. Se mantenía oculto. Supongo que sabía que dejarse ver significaba perder su hogar. Y el canal era largo y estaba lleno de peces. La buena vida.

Una pequeña parte de mí todavía piensa que quizá todo fue culpa mía. Si no me hubiera sentado en el muelle a hablar con ellos, si no les hubiera tirado de vez en cuando sobras de la cocina, tal vez no se habría llevado a mi mamá. Intenté contarle a mi abuela lo que había hecho. Me dijo que no era culpa mía. Que cuando un animal prueba la carne humana y descubre lo fácil que es cazarnos, vuelve a por más. Dijo que aquel caimán enorme probablemente ya se había comido a alguien antes. Que le había cogido el gusto. Pero en el fondo, siempre creeré que fui en parte culpable.

Me concentro en la culpa y la rabia para dejar de sentir las agujas entrando y saliendo de mi piel. El tatuaje que he diseñado es estilo acuarela. Le envié el diseño a Vinny y me aseguró que podía replicarlo.

—Ya está. ¿Estás bien?

Me tiemblan un poco las piernas al levantarme, pero por lo demás estoy bien.

—Deja el vendaje puesto una hora. Lávate siempre las manos primero y después lava el tatuaje con jabón y agua fría. Aplícate crema hidratante sin perfume tres o cuatro veces al día. Durante las próximas dos semanas, nada de piscinas, jacuzzis ni sumergirte en agua. Y nada de sol directo.

Se echa hacia atrás tras ponerme el vendaje. —Puede que pique, pero no te toques ni te rasques. En unos siete o diez días estará curado. ¿Alguna pregunta?

—No. Entendido.

Me puse algo holgado como me indicó, pero aun así duele. Y voy sin ropa interior porque no quiero que las bragas me rocen el diseño. Durante todo el trayecto de vuelta, lo único en lo que pienso es en qué pasaría si tuviera un accidente de coche. Entonces todos sabrían que no llevaba ropa interior. Pensarían que soy una chica vulgar.

No nos damos cuenta. Creemos que somos dueños de nosotros mismos. Pero las cosas que oímos y aprendemos de niños se quedan con nosotros. Mi mamá siempre decía que las chicas que no llevaban ropa interior eran unas guarras. Y por mucho que me guste ir sin bragas, no tener marcas, sigo oyendo su voz en mi cabeza cada vez que me lo planteo. Siempre acabo poniéndome unas y continuando con mi día.

Por favor, que no tenga un accidente. Repito las palabras durante todo el camino.

En casa, miro el tatuaje y sonrío. Las palabras de la abuela susurran en la brisa. *Los caimanes son los heraldos del cambio violento.*

Ahora me toca a mí. Que sea yo quien traiga el cambio. Soy la venganza.

CUARENTA Y TRES

Jackson lleva dos semanas viajando por trabajo. Todavía no sabe que me han despedido. Soy una cobarde, pero no quiero tener esa conversación. Puede que sea la gota que colme el vaso. Siempre me llama al móvil, ya que yo viajaba mucho por trabajo. Y, si soy sincera, creo que él también me ha estado evitando. Hay cosas bajo la superficie a punto de aflorar.

Pero ahora me toca enfrentarme a la realidad. Estamos en el club tomando un brunch con su madre cuando una de sus amigas se acerca y me dice cuánto lamenta lo de mi situación laboral. Jackson y su madre son demasiado educados para decir algo, pero en cuanto termine el brunch sé que me enfrentaré a un interrogatorio.

El aparcacoches trae el coche y, cuando abre la puerta, la madre de Jackson me detiene.

—Hope. ¿Qué pasó exactamente en el trabajo? Me han dicho que te despidieron por lanzarle un bolígrafo a alguien. Que no fue tu primer arrebato.

Se queda ahí plantada con una mirada altiva, mirándome por encima del hombro. Puede que se haya inyectado y rellenado hasta el límite, pero puedo ver la felicidad en su rostro. Nunca le ha gustado que salga con Jackson.

—Fue un incidente que se exageró por completo. Lamento mucho si te avergoncé.

El aparcacoches cierra mi puerta. Jackson besa a su madre para despedirse.

—Te llamo esta noche, madre. Estoy seguro de que hay una explicación perfectamente razonable.

Cuando se sube al coche, tiene los labios tan apretados que están pálidos como yo en invierno.

—Estás enfadado conmigo.

—Al menos lo dices como una afirmación y no como una pregunta.

Salimos del club más rápido de lo normal, un claro indicador de que está cabreado conmigo.

—¿En qué estabas pensando? ¿Cómo pudiste lanzarle algo a otra persona? Siempre has sido dulce y amable. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que te he oído levantar la voz enfadada. ¿Quieres decirme qué demonios te pasa?

La verdad es que no. Pero tengo que decirle algo. Suspiro.

—No estoy segura. El trabajo lleva un tiempo sin llenarme. Quizá sea hora de tomar otro rumbo. Asumir nuevos retos.

Observo el paisaje que pasa volando.

—No sé por qué he estado tan enfadada. Supongo que simplemente he llegado a la conclusión de que lo que hago en el día a día no importa. No marca ninguna diferencia. No es como si estuviera produciendo agua o generando energía o cambiando el mundo.

Me mira.

—En una sociedad funcional todos tienen un trabajo que hacer. Desde el conserje de un colegio hasta el consejero delegado de una empresa, todo funciona en conjunto. Está bien si no estabas contenta con lo que hacías, pero en lugar de enfadarte, ¿por qué no hiciste algo al respecto? Sé que podrías haber encontrado otro trabajo, pero nunca mencionaste que estuvieras buscando.

—No estaba buscando. No he tenido tiempo.

Golpea el volante con la palma de la mano.

—¿Cuándo vas a ser sincera conmigo?

—Supongo que no estoy gestionando bien el estrés. No he estado meditando todos los días como solía hacer. Por favor,

perdóname.

Extiende la mano y coloca la palma sobre mi rodilla desnuda. Su piel cálida contra la mía.

—Prométeme que pedirás cita con el médico. Hazte un chequeo completo. Asegúrate de que todo está bien.

Llevo gafas de sol, así que no puede ver cómo pongo los ojos en blanco. Hago que mi voz suene lo más agradable posible. No sé por qué… este es el momento perfecto para montar una escena y dejar que rompa conmigo, y sin embargo hay algo que me frena. Si corto este hilo de normalidad, nunca podré volver. Así que me aferro a él, por muy tenue que sea.

—Te lo prometo. Lo siento mucho de verdad. Y por favor dile a tu madre que si la avergoncé de alguna manera, lo siento muchísimo.

Me acaricia el muslo.

—Lo entenderá. Les dirá a sus amigas que eres excéntrica. Ya conoces a madre: es capaz de hacer que cualquiera vea las cosas a su manera.

Ojalá pudiera hacer que la gente dejara de hacer lo que está haciendo. Entonces no tendría que seguir matando. Pero eso es una fantasía. Como convertir una calabaza en un carruaje.

ESTOY en la cocina preparando la cena. He dejado las comidas congeladas y la comida rápida. Aunque normalmente tomo un batido verde para desayunar, decido que necesito estar en plena forma. Y todos sabemos ya que el azúcar te pone de mal humor. El inicio de un montón de problemas. Así que decido dejarlo con la esperanza de devolver parte de mi ira a una de mis habitaciones cerradas.

También he vuelto a meditar y he estado buscando clases de yoga online. Necesito encontrar una manera de calmar mi mente. La voz me habla todo el tiempo. Insiste en que hay mucho por hacer. Y como no tengo trabajo, debería estar haciendo mucho más de lo que hago.

Mientras corto verduras para asar, algo en el cambio de tono del presentador de noticias capta mi atención. El aparcamiento del centro comercial. Pero ahora hay cinta policial amarilla alrededor de los arbustos. De un golpe, separo las hojas verdes de las zanahorias.

Más tarde, mientras ceno y me pongo al día con algunos programas que me gusta ver, recuerdo algo que dijo Grayson. Sobre el agente local de la DEA. El hombre le contó que muchas veces cuando lees sobre un asesinato en el que a la víctima le dispararon en el coche o se catalogó como asesinato-suicidio… la mayoría eran en realidad ejecuciones del cártel de la droga. Gente que debía dinero al cártel, que a su vez enviaba sicarios a por ellos.

Es otra cosa que puede ayudar a mantenerme fuera del radar de las fuerzas del orden. Tuve cuidado con algunos errores iniciales. Y como el arma no está registrada, lo único que tienen son las balas. Y al estar repartidas por todo el estado, tengo que creer que les llevará más tiempo averiguar qué está pasando. Además, deberían pensar que tienen a dos asesinos entre manos, ¿a menos que hayan descubierto que se trata de una asesina con dos armas diferentes?

La mayoría de la gente se horroriza al descubrir que hay tanta actividad de bandas en su estado. Me alegro de que haya un problema de bandas y drogas. Me facilita mucho el trabajo.

Las impresoras 3D ya pueden fabricar armas de fuego. He estado investigando, viendo vídeos en internet. Ahora que estoy en paro, tengo tiempo de sobra para aprender. Si quiero seguir con lo mío, necesito ir cambiando de arma para que la policía no me localice.

CUARENTA Y CUATRO

Llevo tres días siguiendo a Alice Winter. La mujer tiene un problema serio con la meta. Sus dientes me dan escalofríos. Jackson se ríe de mi obsesión con los dientes. Si algo no cuadra, me doy cuenta. Después de comer, siempre tengo que lavarme los dientes. Llevo cepillo y pasta de dientes en el bolso y en el coche. Antes de que me echaran, también los guardaba en el escritorio.

Cuando estoy muy estresada, sueño que se me caen los dientes. Ya sé que es una locura. Todos tenemos nuestras manías.

Hasta ahora, Alice ha conseguido ocultar su problema al marido y a sus tres hijos. Viven en Winston-Salem, en un barrio agradable. Es ama de casa y pasa los días haciendo sabe Dios qué. Cuidar del caballo no es una de esas cosas. Quién sabe lo que pasa entre dos personas. Quizá le dice al marido que va a dar de comer al animal, pero en realidad se gasta todo el dinero en drogas. ¿Y el pobre caballo? Estaba tan mal cuando lo encontraron los de protección animal que tuvieron que sacrificarlo. La historia de por sí es horrible, y me imagino lo que tuvo que ser verlo en persona.

Así que aquí estoy, con la pistola azul en el bolso, siguiendo a Alice. Hace un calor pegajoso. El pronóstico decía que hoy llegaríamos a los treinta y ocho grados. La brisa cambia de dirección y el olor a basura podrida me llena la garganta y me hace toser. Está tan concentrada en encontrar lo que sea que busca que ni siquiera mira atrás.

La vi comprar drogas y la seguí mientras caminaba con paso decidido hacia su destino. Ya es media tarde. Sé que estoy asumiendo un riesgo enorme. Pero por las noches siempre está en casa con el marido y los niños. Aunque en parte son culpables por no darse cuenta de que Alice tiene un problema, no fueron responsables de la muerte del caballo. Tenía al animal en un terreno vecino. Era ella sola quien lo cuidaba. Ella era quien lo quería. No tienen otras mascotas. Los niños no tienen ningún interés en los animales y el marido trabaja todo el tiempo; llega a casa tarde por la noche y se va temprano por la mañana.

Así que, si puedo evitarlo, no quiero matarla en casa, donde los niños encontrarían a su madre muerta. Ver algo así te destroza tanto la cabeza que nunca te recuperas. Mírame a mí.

Al final del callejón, se sienta con la espalda contra el contenedor, las piernas estiradas, apoyadas sobre la basura. Parece ajena a lo que la rodea, o quizá simplemente le da igual. La observo mientras prepara la meta. Se la fuma. Echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos, con una sonrisa soñadora en la cara. Espero que el colocón sea bueno. Le va a salir caro.

El callejón está lleno de otros dos contenedores y varias cajas y palés. A menos que alguien entre hasta el fondo, donde está Alice, nadie me verá. El único problema es que voy a tener que salir por donde he entrado. No hay otra salida.

Tengo las manos sudorosas dentro de los guantes de plástico, y la peluca negra, larga y rizada, me pica bajo el sol abrasador. Y eso sin contar que llevo mallas negras y camiseta negra. La mujer ni siquiera abre los ojos cuando me acerco. Cuando me ajusto la correa de la bandolera, el sudor me resbala por las costillas. Levanto la pistola y apunto con cuidado. Nada de errores como en el lago Johnson. El disparo le da en la cara. He aprendido por las malas a mantenerme lo bastante lejos para no acabar salpicada. Exhala el último aliento con un silbido, la sangre sale pulverizada y se queda inmóvil. Pero para asegurarme, disparo otra vez. No pienso arriesgarme a que alguien sobreviva y me identifique.

En un barrio como este, nadie va a investigar. La gente de aquí no se mete en lo que no le importa. Y los disparos son un ruido que

suelen ignorar. Me acerco a una pila de palés de madera y echo un vistazo alrededor. Sigo sin ver a nadie, pero las paredes son altas y cualquiera podría estar mirando por una ventana. Mantengo la cabeza agachada y camino con decisión, como si tuviera todo el derecho a estar allí.

Al final del callejón, me arrodillo para atarme el zapato. Luego miro a izquierda y derecha. Hay dos indigentes en un portal, al otro lado de la calle. Ninguno de los dos mira hacia mí, así que giro rápidamente a la derecha y camino como si estuviera dando un paseo. En cualquier momento espero que alguien grite que me pare o me tire al suelo. Agudizo el oído por si oigo sirenas, pero no se oye ninguna.

Cuando llego a mi coche, aparcado a tres manzanas, oigo las sirenas. Dentro del coche me quito la peluca y me paso los dedos por el pelo, contenta de que por fin me esté creciendo. Me quedo inmóvil mientras dos coches de policía pasan a toda velocidad. En cuanto doblan la esquina, arranco y me pongo en marcha. Cuando giro hacia la rampa de salida, pasa un coche negro elegante. Es un Maserati. Desde que uno casi me atropella, me fijo en ellos. Menudo cochazo, y los cristales tintados son una pasada. Claro que, si condujera un coche así, alguien me reconocería enseguida. Elijo una salida al azar de camino a Raleigh, y en una gasolinera entro en el baño, donde me cambio de ropa y me aseo. Vuelvo al coche y meto el resto del plástico en la bolsa de basura junto con la ropa, luego vierto lejía sobre todo y tiro también la botella vacía.

Pronto el marido y los hijos de Alice se preguntarán qué le ha pasado a su madre. Pero en el fondo tienen que saber que algo no iba bien. Un problema de drogas solo se puede ocultar hasta cierto punto. Por cómo actuaba, parecía que llevaba mucho tiempo con el problema. Pero lo que no entiendo es por qué no regaló el caballo. A menos que fuera la tapadera para desviar el dinero del caballo y gastárselo en drogas. Y eso es inaceptable. Matar de hambre al pobre animal que dependía de ella... por eso acabó en mi lista. Y por eso está muerta.

CUARENTA Y CINCO

Grayson volvía a la oficina con tres gatos asilvestrados. Los esterilizarían, les harían un chequeo y luego él los devolvería a su sitio para soltarlos. Demasiado ariscos para domesticarlos, pasarían el resto de sus días en la colonia. Los vecinos habían aceptado cuidar de ella, y así los gatos dejarían de reproducirse.

Una mancha gris cruzó la carretera a toda velocidad más adelante. El perro pastor, siempre escurridizo. Hoy era el día de suerte de Grayson. Lo presentía.

Aparcó la camioneta a un lado de la carretera, junto a unas plantas mustias. Había un sendero entre los árboles y lo siguió, rodeó la casa y salió a la carretera más abajo de donde había visto al perro. Otro fogonazo de pelo gris y echó a correr mientras el perro galopaba entre patios y arbustos. Esta vez iba a atrapar a la bestia. Aceleró el paso, acortando la distancia. Cuando saltó un arbusto y bajó corriendo la pendiente, el pie le resbaló en algo viscoso y cayó de culo, deslizándose el resto del camino por la hierba.

—Maldita sea.

Era un buen montón de caca de perro. Con una mueca de asco, se limpió los zapatos en la hierba y notó que alguien lo observaba. Allí estaba el perro pastor, sentado entre los árboles con la lengua fuera.

—¿Qué miras?

Habría jurado que el perro se estaba riendo de él.

—Ya veremos quién ríe el último. Tu hora llegará.

GRAYSON QUEDÓ con Zane y los chicos para tomar unas copas en uno de esos bares cutres del centro. El local apestaba a cerveza y los zapatos se te pegaban al suelo cubierto de cáscaras de cacahuete, pero la cercanía a la comisaría lo hacía práctico.

Zane soltó un resoplido mientras se sentaba.

—Perdón por llegar tarde. Odio el papeleo.

—Al menos tú no te caíste de culo delante del perro que intentas atrapar. Se cagó en la hierba a propósito para que lo pisara. Te juro que se estaba riendo de mí —dijo Grayson, y sacudió la cabeza al recordar al perro pastor.

Kevin sonrió.

—Creo que este perro es tu Moby Dick. Una especie de metáfora de la vida. No creo que sea un perro de verdad.

—Vaya, qué profundos estamos esta noche —dijo Grayson, y le dio un trago a la cerveza.

La conversación derivó hacia el trabajo. Pensó en lo acertada que había sido su decisión. Aunque venía de una familia de agentes del orden, siempre había sentido afinidad por los animales. Así que optó por hacerse oficial de control animal en lugar de policía.

Grayson estaba viendo el partido cuando parte de la conversación le llamó la atención.

—¿Qué ha sido eso?

Uno de los policías hizo una mueca.

—Una yonqui que murió de un tiro. Te juro que nos ahorraríamos mucho papeleo si pudiéramos coger todos los tiroteos de drogas y pandillas y rellenar un formulario corto. Marcar aquí si son pandilleros, aquí si son escoria drogadicta. Marcar. Marcar aquí si nunca vas a encontrar quién lo hizo. Marcar.

Un par de policías asintieron.

Uno de los novatos intervino:

—Me enteré de lo del chaval del centro comercial. ¿Os acordáis de los gansos de Belk?

—Sí, ¿vuelven cada año o algo así? —Zane sirvió otra cerveza mirando al novato desde el otro lado de la mesa.

El policía continuó:

—Un chaval y sus amigos les tiraban piedras. El crío le rompió el ala al macho. Le cayeron servicios comunitarios. Es al que le pegaron el tiro.

A Grayson le recorrió el cuerpo una descarga eléctrica. Otra conexión.

Kevin parecía interesado.

—Ha habido otro asesinato en Wilmington, pero creen que está relacionado con drogas. No hay vínculo con la yonqui del callejón. Arma diferente.

A Grayson se le encendieron todas las alarmas.

—Las drogas podrían ser un punto en común, pero hay más. Conozco al oficial de control animal que llevó el caso en Wilmington. En los dos casos hay animales de por medio.

—¿Te refieres a peleas de perros? —Uno de los policías se rascó la barba.

—Todos tenían cargos por crueldad —dijo Grayson.

Ahora sí tenía la atención de todos. Lo miraron fijamente.

—Escuchadme. Creo que tenéis un justiciero suelto que se dedica a matar a gente que maltrata animales.

Varios policías parecían escépticos.

—Si hubiera más casos, me lo plantearía, pero estamos hablando de criminales. Le pegan a sus perros, a sus hijos, a sus mujeres. No me lo trago.

Walt asintió.

—Entonces explícame lo del arma diferente con la yonqui. ¿Hay dos justicieros?

El policía barrigón se rio.

—A lo mejor es un ciervo que dispara a cazadores.

—O un oso con un AK cargándose a cuidadores de zoo —añadió su compañero, igual de fondón, y chocaron los cinco.

Se rieron y rieron mientras se les ocurrían ideas cada vez más descabelladas. Kevin se quedó pensativo y se inclinó hacia Grayson.

—Es una teoría, pero a menos que haya más tiroteos, yo apuesto por las drogas.

Habían reaccionado igual que Jackson. ¿Sería Grayson el que estaba equivocado? Si no lo estaba, habría más asesinatos. Decidió que a partir de entonces prestaría más atención a cualquier asesinato que saliera en las noticias, que comprobaría si la víctima tenía cargos por negligencia o crueldad animal. ¿Y si tenía razón? ¿Cuántos más morirían antes de que la policía lo descubriera y la prensa se hiciera eco?

JACKSON y yo hemos salido a cenar para saciar mi antojo de sushi... bueno, el mío. Él es más de fusión asiática, lo que quiera que eso signifique. Nada de pescado crudo para él. Entonces lo noto. Una sensación de que algo va mal. Mientras recorro el restaurante con la mirada buscando el origen, veo a un hombre y una mujer cenando juntos.

No es ella, es él. Entrecierro los ojos y lo examino de arriba abajo. Se me encoge el estómago como en la primera bajada de una montaña rusa. Va bien vestido y tiene ese atractivo de chico malo que vuelve locas a las mujeres. Y su cita está completamente pendiente de él. Por cómo interactúan, calculo que debe de ser su primera cita, quizá la segunda. Parece el tipo de hombre que se acostará con ella y luego desaparecerá. Se esfumará mientras ella se preocupa como loca, sin entender qué hizo mal. Qué podría haber dicho para que se quedara.

La desesperación que desprende casi me parece naranja mientras flota sobre su piel. ¿Es que no sabe que él puede percibirla? Se acostará con ella. Pero después, no volverá a saber de él.

Pero ¿qué tiene él? Maldad. Eso es lo que percibo.

—Tengo que atender esta llamada. Lo siento mucho.

Los ojos de Jackson parecen de un verde brillante bajo la luz, y me recuerdan a las gemas favoritas de la abuela: esmeraldas. Se lleva el teléfono a la oreja y se levanta de la mesa. Mucho más educado que hablar mientras estoy ahí sentada. Cuando se va, vuelvo a estudiar a la pareja. Con el pretexto de sacar una foto de mi comida para subirla a las redes, inclino el teléfono, mantengo el dedo presionado y les saco una foto a los dos.

Cuando Jackson regresa, se recuesta en la silla con el cansancio de su carga de trabajo reflejado en el rostro.

—Lo siento. Este caso va a acabar conmigo.

—No pasa nada. Entiendo lo que es cuando el trabajo se vuelve una locura. Me apetece un postre. ¿Y a ti?

—Por supuesto.

Le hace una seña al camarero.

—¿Dos cartas de postres?

El hombre asiente y se va.

—El sorbete de limón tiene muy buena pinta.

Jackson me mira.

—Yo estaba pensando más bien en ese pastel de chocolate increíble.

—Eso suena celestial.

—¿Listos para pedir?

El camarero está ahí de pie, con el bolígrafo en ristre sobre la libreta.

—Queremos una porción del pastel de ganache de chocolate con sorbete de limón de acompañamiento, para cada uno. Y otra copa de vino para la señorita, y para mí un whisky con hielo.

El teléfono vibra y Jackson maldice entre dientes. Hace un gesto de disculpa y se levanta para atender la llamada. Estoy lo bastante cerca para oír cómo nuestro camarero, al entregarle la cuenta al tipo espeluznante, lo llama por su nombre.

Sr. Erinton. Qué amable que los dependientes y el personal de servicio intenten ser más cercanos. Llamar a la gente por su nombre. Se lo pone fácil a quien tenga malas intenciones.

Inclino la silla para escuchar al tipo impresionar a su cita. El Sr. Erinton va hablando de lo importante que es en el sector

inmobiliario. Presumiendo del número de casas que ha vendido. De cómo compró dentro del cinturón, detrás de Whole Foods. En un barrio estupendo. La casa era una vieja cabaña en una gran parcela de esquina. La derribó y construyó una mansión. Al fin y al cabo, se lo había ganado.

Anoto su nombre y el barrio en mi teléfono negro. El camarero trae nuestros postres y decido que buscaré al Sr. Erinton cuando llegue a casa. Averiguaré exactamente dónde vive y, a partir de su nombre y dirección, podré descubrir qué ha activado mi radar.

Jackson regresa.

—Lo siento mucho. Sabes que normalmente nunca cojo una llamada durante una comida. Pero ahora mismo hay mucho lío en el bufete. He arruinado completamente nuestra cena.

Sonrío con magnanimidad.

—No te preocupes, cariño. Estoy segura de que yo también tengo mis momentos.

Sabiamente, se abstiene de decir nada. Ambos sabemos lo susceptible que he estado últimamente. Mientras terminamos el postre, sigo lanzando miradas al hombre y a su cita. Al salir del restaurante, veo con claridad a través de las puertas. El aparcacoches llega con un Porsche amarillo plátano. ¿Podría el Sr. Erinton ser más cliché?

Bueno, pronto no importará. Una cosa que he aprendido en este viaje, adondequiera que me lleve, es a confiar en mis instintos. Y mis instintos me dicen que va a acabar en la lista.

CUARENTA Y SEIS

Jackson me sigue hasta el apartamento. —Esto ya es ridículo, ¿no crees?

—¿De qué hablas?

—Vi cómo mirabas a ese tipo en el restaurante. No creas que no me di cuenta. ¿Quién es?

—Ni idea. Había algo raro en él. ¿No lo notaste?

Suelta un suspiro de resignación mientras abre el frigorífico. El olor a cerveza llena la habitación. Cuando se gira para mirarme, tiene una expresión que no le había visto antes.

—Has cambiado. Antes eras tan dulce. Nunca alzabas la voz. —Está tieso como un palo, como si recitara un discurso ensayado—. Necesitamos un descanso. No me gusta en lo que te has convertido. Tu sonrisa solía iluminarte la cara entera cuando me veías. Ahora es como: ah, eres tú.

Duele, lo admito. En lugar de decir nada, espero. Viene más. Lo presiento. —Sé que lo estás pasando mal desde que perdiste el trabajo. Pero llevas mucho tiempo distraída y distante. Hope, dime qué pasa.

Jackson se bebe media cerveza en lo que tarda en dar los pocos pasos de la cocina al sofá. Se sienta y se frota la cara con una mano.

—¿Que qué pasa? Trabajo desde los dieciséis años. Y ahora no tengo empleo. ¿Y me preguntas qué me pasa?

Da un golpe con la botella en la mesa junto al sofá. Menos mal que no estaba llena, o se habría derramado.

—Me ocultas algo. Llevo mucho tiempo dándole vueltas a lo nuestro. Todo cambió justo cuando te mudaste a este apartamento. No sé qué es, pero ahora estás enfadada todo el tiempo. Gritas y chillas por cualquier tontería.

La oscuridad me burbujea por dentro. Clavo los dedos en el cojín del sillón enorme que tengo enfrente. No sirve de nada, así que me levanto y voy a la cocina. Rebusco en el frigorífico y voy tirando recipientes viejos de comida y cualquier otra cosa que tenga mala pinta, como botes de aliño que ni recuerdo cuándo usé por última vez. Una botella cae en la basura con estrépito.

—Si perdieras el trabajo, tú también estarías muy estresado. Y tu humor cambiaría. Pero tú no vas a perder el trabajo porque trabajas para tu tío.

—¿De verdad tienes que limpiar el frigorífico ahora? Intento hablar contigo. Vuelve aquí y habla conmigo. Y sabes de sobra que mi tío me despediría en un abrir y cerrar de ojos si no diera la talla. Eso es un golpe bajo.

Miro hacia el salón y veo cómo la luz tenue le tiñe el pelo castaño del color de la madera vieja. Una vez más me sorprende lo atractivo que es. Se me encoge el corazón porque sé que ha llegado el momento.

—Quiero saber adónde desapareces todo el rato.

Sigo sacando comida y condimentos del frigorífico y sonrío al oír el ruido sordo que hacen al caer en el cubo.

—Desaparecer es mucho decir. Solo necesito tiempo a solas.

—Eres una mentirosa. Creo que tienes una aventura. ¿Vas a decirme quién es? Te vi coquetear con Chase la última vez que quedamos con mi madre en el club.

La mano se me queda suspendida sobre la basura mientras sus palabras calan. Con el plato de pollo frito todavía en la mano, voy al salón y me planto allí con la otra mano en la cadera.

—Cómo te atreves a llamarme mentirosa. —Me tiembla la mano, y en lugar de alzarse, la voz se me vuelve suave y grave. Lo curioso

es que, después de tanto tiempo conociéndome, debería saber lo que eso significa.

—¿Chase? ¿Me estás acusando de follar con Chase? Sabes que no me dejaba salir del baño en el club. Es un pervertido. Seguro que echa droga en las copas. Cómo te atreves.

Jackson se levanta y se inclina hacia delante. —Me parece que la dama protesta demasiado.

Entrecierro los ojos, y antes de darme cuenta de lo que hago, echo el brazo hacia atrás y el plato sale volando. Le da de lleno en la cara y el pollo le rebota en la nariz. El plato cae sobre la alfombra. En toda mi vida nunca he levantado la mano con ira contra nadie. Bueno, claro que no cuento a las personas de la lista. Eso es diferente.

—Muy bonito, Hope. Mi madre tenía razón. No eres más que gentuza. Necesito a alguien que pueda estar bajo los focos conmigo cuando me presente a senador. Pensé que serías tú. Pero ahora sé que no. Nunca podrías serlo.

Camina hacia la puerta, pone la mano en el pomo, se detiene y se gira hacia mí.

—Y puedes llamarte por tu segundo nombre todo lo que quieras, pero sé que tu verdadero nombre es Katherine Hope Jones.

Ve la expresión de mi cara. Me siento fría y caliente a la vez.

—¿Pensabas que no lo sabía? Mis padres te investigaron en cuanto empezamos a ir en serio. Sé que tu padre mató a tu madre y a tu perro delante de ti. Que un caimán se comió parte de tu madre. Y sé que te mudaste a Kansas a vivir con tus abuelos cuando metieron a tu padre en la cárcel. Ah, sí, no olvidemos que lo mataron en la cárcel. Eres escoria. Adiós, Hope.

La puerta se cierra suavemente detrás de Jackson. Estoy tan aturdida que ni siquiera puedo llorar. No sé cuánto tiempo me quedo en medio del salón mirando el desastre esparcido por el suelo, pero al final suspiro y me agacho a recoger el pollo frito y el plato. Lo tiro todo a la basura.

Quizás Jackson tenga razón. Estoy rota por dentro. Pero no tengo tiempo de sentarme a llorar por él. Oigo todas las voces de los abandonados y los maltratados que me suplican que los ayude. Veo

sus ojos tristes en sueños, oigo los gemidos, y sé que tengo que seguir adelante.

—LO SIENTO, señora. ¿Ha dicho que se le han escapado los pavos reales?

Grayson se pasó una mano por la barbilla. Debería haberse afeitado en lugar de quedarse diez minutos más en la cama esa mañana. La centralita le había pasado un aviso que al principio creyó que era una broma. Pero la mujer confirmó que los siete pavos reales se habían escapado a la carretera y temía que los atropellaran. Dijo que normalmente se quedaban en el jardín, pero un perro grande y blanco había pasado corriendo, los había espantado y ahora estaban asustados. ¿Podía ayudarla a meterlos de vuelta en el jardín vallado?

—Estoy terminando otra llamada y enseguida voy.

Colgó negando con la cabeza. Algo tenía este trabajo: nunca había dos días iguales.

Malcolm y los demás agentes estaban ocupados con otras llamadas. Era uno de esos días. Iba a tener que apañárselas solo. Al girar hacia la autopista 70, algo de vivos colores cruzó la carretera. Un pavo real atravesó corriendo el jardín delantero de una casa y desapareció por la parte de atrás.

Grayson aparcó en el camino de entrada mientras la mujer salía a recibirlo. Llevaba una bata de seda roja con dragones estampados sobre unos pantalones cortos vaqueros desgastados y rotos. En este trabajo uno se encontraba con gente de todo tipo.

—Me alegro de que haya venido. Están tan alterados que no vienen cuando los llamo.

Sheila aparentaba unos cincuenta y muchos... no, rectificó cuando se acercó más. Sesenta y tantos. Levantó una bolsa.

—Les encantan esos lagartitos que siempre andan correteando por ahí, pero ni loca iba a tocarlos —le tendió una bolsa a juego—. Vamos, cójala. Por el amor de Dios, no son lagartos. Son bayas. Les

encantan las frambuesas. He pensado que podríamos acercarnos lo suficiente para lanzarles unas cuantas e ir dejando un rastro hasta el jardín.

Bueno, había oído planes más descabellados.

—Vamos a atrapar a esos pavos reales.

El resto de la mañana lo pasó atrayendo a las aves de vuelta al jardín vallado. Juraba que si aquello acababa en YouTube, conseguiría millones de visitas.

—Muchísimas gracias. No sé qué habría hecho si a uno de mis pequeños le hubiera pasado algo. ¿Le apetece un vaso de limonada?

Grayson se secó la frente. Estaba empapado de tanto perseguir a las aves, con los dedos manchados del color de la sangre fresca. Le habría encantado tomarse un vaso de limonada y sentarse en una de las mecedoras del porche, pero le habían entrado varias llamadas que requerían su atención.

—Me encantaría, pero parece que va a ser un día muy ajetreado.

La mujer volvió a darle las gracias mientras él se dirigía a su camioneta y consultaba el siguiente aviso.

—Tenga. Un vaso para el camino.

—Se lo agradezco.

La limonada estaba ácida y bien fría. Se bebió la mitad de un trago y se echó a reír cuando ella levantó una jarra.

—Deje que se lo rellene para el camino.

CUARENTA Y SIETE

Ted Hammer es un camionero con base en Greensboro. Le gusta publicar fotos en Facebook e Instagram mostrando sitios extraños que encuentra durante sus viajes. Como la última estación Shell Oil Clamshell en Winston-Salem. Publicó eso el otro día.

Supongo que incluso los criminales tienen seguidores en las redes sociales. ¿Y este tipo? Dijo que encontró un gato en su patio trasero matando pájaros. Dijo que maullaba demasiado por la noche, manteniéndolo despierto. ¿Entonces qué hizo? El desviado le cortó la cola y las patas traseras al gato. El gato pertenecía a un niño pequeño tres casas más abajo. ¿Y el bueno de Ted? Diez días en la cárcel y libertad condicional de tener animales durante dos años.

Mientras investigo sobre él, descubro que también ha tenido problemas por recoger prostitutas en paradas de camiones. Como era de esperar. Nunca quiero hablar con esta gente. Es demasiado peligroso. No soy una persona física, y los hombres podrían dominarme fácilmente, así que mi modo preferido es dispararles e irme. ¿Pero con Ted? No veo otra manera. *Las reglas están hechas para romperse*, susurra la voz reconfortante en mi cabeza.

Antes. Solía tener miedo de caminar sola en el bosque. O caminar por la calle en un vecindario peligroso. Ya no. Durante los dos fines de semana que seguí a Ted, siempre terminaba en la parada de camiones a las afueras de Greensboro. Su lugar preferido

para recoger prostitutas. Pobres chicas. Están afuera cuando hace un frío helado, vestidas con los atuendos más escasos y los tacones más altos. Afuera durante el calor abrasador. Este año deben estar muriendo. Hoy hace ciento dos grados. Se siente como caminar a través de un jacuzzi…sin las burbujas.

La cabina del camión es de color naranja oscuro, con rayas a lo largo de las puertas inferiores. Fácil de reconocer. Mientras observo, la puerta se abre y una chica sale. Se ve tan joven. Dudo seriamente que tenga siquiera dieciocho años. Mi amiga, la oscuridad, se incorpora, olfateando el aire. Un camión sale y los faros iluminan su rostro, haciéndome contener la respiración. Su labio está sangrando y hay una marca de mano roja en el costado de su cara. Así que no solo usa prostitutas, también le gusta lastimarlas. Y prueba mi teoría…que las personas que lastiman animales también lastiman a otros. Aquellos que consideran más débiles que ellos mismos.

Conozco la rutina. Tres por la noche. Bastardo codicioso. Mientras espero, bajo la visera para revisar mi maquillaje. Ojos oscuros y ahumados fuertemente delineados y labios rosa fuerte me devuelven la mirada. El rosa combina con mis zapatos. Y llevo un minivestido de estampado de leopardo. El póster de una dama de la noche.

Una vez, cuando mis abuelos me llevaban a Wichita por el día, todavía era temprano cuando miré por la ventana y vi a un hombre y una mujer caminando juntos.

"Oh, ella es bonita", dije. El abuelo estalló en carcajadas mientras la abuela frunció los labios tratando de no reírse. Fue entonces cuando me explicaron sobre las prostitutas. Debía tener nueve o diez años. La imagen de la mujer se quedó conmigo…tacones altos y piernas kilométricas. Cabello largo y rizado y algún tipo de abrigo de piel. Estuve fascinada con las prostitutas durante años después de eso…no la parte del sexo, sino toda la parte de disfrazarse. Cuando la abuela me encontró jugando a disfrazarme, se sentó conmigo y me dijo por qué la profesión no era la mejor opción. Hasta el día de hoy, me río recordando la conversación.

Es hora. Me dirijo alrededor del Jeep, cortando a través de camiones estacionados para que no vea que he llegado en mi propio vehículo. Un tren pasa cerca de la parada de camiones. Paralela a las

vías, me apoyo contra una farola donde él puede verme. La luz se enciende en su cabina y la puerta se abre. Los hombres son tan predecibles.

"Hola, señorita. ¿Quieres divertirte?"

Apartándome del poste de luz, añado un balanceo extra a mi caminar. Cuando subo a la cabina, mi vestido se sube, exponiendo mi nalga izquierda. Huele a humedad y apesta a sexo. Hay una cama desordenada en la parte trasera, envoltorios en el piso y un par de latas vacías de Dr. Pepper esparcidas. Él me está mirando, ve el momento en que noto lo que es tan extraño. Lo que parece alfombra gris está clavado por todas partes. Y la ausencia de ruido finalmente se registra. A través del parabrisas veo luces. El tren viene pero el sonido está extremadamente amortiguado.

Su cara se divide en una sonrisa horrible. "Baldosas acústicas. Mantiene todo agradable y silencioso aquí para que no nos molesten."

La única razón por la que alguien tendría esas cubriendo el interior de su cabina es porque no son una buena persona. Estoy completamente asustada. ¿Ya ha pasado a mutilar personas?

Mientras él piensa que es bueno que la cabina sea prácticamente insonorizada, estoy pensando lo mismo pero por razones completamente diferentes. Corre la cortina sobre la ventana del lado del conductor, y está oscuro en la cabina excepto por una pequeña luz en la esquina sobre la cama.

Me empuja bruscamente hacia atrás, la otra mano torpedeando con la hebilla de sus pantalones. Ted ve algo en mis ojos que lo hace alcanzar mi garganta antes de que pueda reaccionar. Su palma está callosa y sudorosa, sus dedos clavándose en los lados de mi garganta. Estoy agitándome, tratando de sacudirlo de encima, buscando desesperadamente mi bolso. Ni siquiera preguntó por qué lo tengo. Nunca se molestó en revisarlo. Los errores pueden ser mortales.

Estoy pateando y agitándome. El negro parpadea en el borde de mi visión cuando mi dedo roza acero frío y reconfortante. Con un toque puedo centrarme. Ya no requiero aire. La oscuridad ha derribado la puerta y ha salido a jugar.

Ted se está excitando presionado contra mí, tan metido en babear sobre mí que no está prestando atención a mis manos. Demasiado confiado. Debería haberme sujetado. Deslizo la pistola del bolso, la presiono contra su sien y aprieto el gatillo. Es horriblemente ruidoso dentro de la cabina. Mis oídos zumban, todo a mi alrededor oscilando. Empujándolo fuera de mí, ruedo sobre mis rodillas y toco mi cara. Mis dedos salen rojos. Estoy cubierta de sangre y cerebro. Escucho y espero.

Pero nadie viene. El acolchado ha hecho su trabajo. Lo que estaba destinado a ocultar violación también oculta justicia. Encerrada en la cabina con las cortinas cerradas, tengo tiempo. Las toallitas salen del bolso. Trabajo rápido, limpiándome, el interior de la cabina, cualquier superficie que pudiera haber tocado. No podía exactamente entrar usando guantes de plástico, ¿verdad?

La preocupación me atraviesa. ¿Dejé rastros de ADN? ¿Algún mechón de cabello? Entonces me animo. ¿Quién sabe cuántas prostitutas han entrado y salido de este camión? Habrá demasiadas para que encuentren algo utilizable. Además, aparecería como no identificada. No hay registros de mis huellas dactilares o mi ADN en archivo. *A menos que encontraran tu sangre en lago Johnson*, dice la voz. *No te preocupes*, susurra, *también nos encargaremos de ellos si es necesario. No dejaré que vayas a prisión. Nuestro trabajo es demasiado importante*.

Una mirada rápida en el espejo me muestra salpicaduras en mi cabello. Las toallitas ayudan pero no eliminan todo. Es lo mejor que puedo hacer.

Un hedor terrible llena el aire. Tengo que respirar por la boca. Mirando hacia un lado, veo marrón en su trasero blanco y peludo. Sus intestinos se han liberado, y con sus pantalones alrededor de las rodillas, está haciendo un desastre. Con arcadas, uso mi codo para apartar la cortina y echar un vistazo. Nadie viene. La gente escucha lo que quiere. Ve lo que quiere. Gracias a las estrellas de arriba por las baldosas acústicas y los trenes ruidosos.

Espero unos minutos más, aguantándome las náuseas por el hedor. ¿Qué demonios habrá estado comiendo? Luego, con una toallita, abro la puerta de la cabina y echo el cerrojo a mi espalda.

De vuelta en mi coche, decido parar en una salida al azar para cambiarme de ropa. Deshacerme de todo. Es el número nueve. La lista ha cobrado vida propia y no deja de crecer. Estoy agotada. Pero tengo que creer que eliminar a nueve depredadores de este mundo salvará al menos a unos cuantos. Y eso lo justifica todo.

CUARENTA Y OCHO

A la mañana siguiente oigo sonar el teléfono, pero me tapo la cabeza con la almohada y lo ignoro. Cuando me levanto sobre las dos de la tarde, el corazón me da un vuelco. La abuela. Llevo días evitando sus llamadas. Aunque ya no me asustan los ruidos nocturnos, sí me asusta mi abuela. Que desde la distancia sepa, que perciba los actos imperdonables que he cometido. Con ella no valen los fingimientos. No hay máscaras como las que llevamos en el día a día. Así que hago lo único que sé hacer: alejarme. Oír su desaprobación por lo que estoy haciendo me destrozaría. Por eso la evitaré hasta que tenga fuerzas para enfrentarme a ella.

Bostezando, mientras miro dentro de la nevera decido prepararme un batido verde para coger energía. En la batidora echo col rizada, espinacas y pepino como base verde. Luego añado manzanas del mercadillo y arándanos congelados. Lo remato con un trozo de jengibre y una cucharada de semillas de cáñamo, y listo. El agua llega hasta la línea de llenado y se me hace la boca agua cuando la batidora cobra vida. El resultado tiene una pinta increíblemente asquerosa. Es de un color grisáceo tirando a morado, pero sabe de maravilla. Mi cuerpo sonríe a medida que el batido va bajando y me inunda con los nutrientes que tanto ansía. Ayer hice un batido que salió marrón. Fue directo al fregadero. Lo único que olía era la caca de Ted. Nada de batidos marrones por una temporada.

La voz dulce y temblorosa de la abuela en el buzón de voz me llena de culpa. Debería estar allí con ella, como le prometí. Quizás después del siguiente nombre.

ME HE QUEDADO sin champú y sin papel higiénico. Ir a la tienda me parece un esfuerzo enorme. Mientras cierro la puerta con llave, su voz me sobresalta.

—Hace tiempo que no veo a Jackson por aquí. ¿Anda jugando al golf?

—Rompimos hace un par de semanas.

Grayson parece incómodo.

—Lo siento. Las rupturas son duras.

—Era el momento. Llevábamos tiempo yendo en direcciones distintas y creo que lo del trabajo fue la gota que colmó el vaso. Además, a su madre nunca le caí bien.

Ante eso, él sonríe.

—Las madres nunca creen que nadie sea lo bastante bueno para su niñito.

—Basta de hablar de mí. ¿Qué tal el trabajo? Por lo que veo, no muy bien.

Levanta una lata de cerveza.

—Iba camino del gimnasio.

Suena avergonzado.

—Ya lo sé. Cerveza y running no pegan. He tenido un par de casos duros. A veces te afectan.

Bajamos las escaleras juntos. El silencio se alarga. Quiere decirme algo. Al instante, me pongo en alerta.

—Ves cosas que te hacen pensar lo peor de la gente...

—¿Cosas? —pregunto.

—La crueldad que los seres humanos son capaces de infligir a los animales y entre sí nunca deja de asombrarme. A veces pienso que me he equivocado de profesión.

—Creo que tienes que aprender a desconectar tu empatía. A desconectar esa parte de ti que ama a todos los animales.

—Lo sé. Y normalmente puedo. Pero hay días más difíciles que otros.

Su pelo rubio ceniza necesita un corte desde hace tiempo. Los reflejos dorados brillan cuando el sol le da.

—Leí algo en algún sitio una vez. Quizás era la biografía de alguien, no me acuerdo. Pero decían que cogieras esa parte y visualizaras una habitación dentro de tu cabeza. Luego metes la cosa en la habitación y cierras la puerta. La cierras con una llave grande y pesada. Después guardas esa llave y la puerta permanece cerrada. Solo la abres cuando quieres dejar salir la cosa de nuevo. Así que para ti... cada mañana cuando vas a trabajar, guarda bajo llave esos sentimientos, pero no olvides abrir la puerta y dejarlos salir cuando no estés trabajando. Eres un buen tipo, Grayson. No te vuelvas demasiado duro.

Casi hemos llegado al gimnasio cuando me mira. Una mirada coqueta, y sé lo que viene.

—Oye, estaba pensando... ¿te apetece cenar y ver una peli una noche?

Sonrío para suavizar el golpe.

—No, mejor no.

Se le cae la cara.

—Lo entiendo. No has superado a Jackson. ¿Es demasiado pronto?

—Podría mentir y decir que esa es la razón, pero no lo es.

Me subo las gafas de sol a la cabeza para que pueda verme la cara, la verdad en mis ojos.

—Te mereces a alguien lleno de luz. No de oscuridad. No soy buena persona.

—Claro que sí. Jackson fue un idiota.

—No. Si supieras...

Aparto la mirada.

—Lo siento mucho. Me encantaría que siguiéramos siendo amigos, pero es todo lo que puedo ofrecer.

Rebota sobre las puntas de los pies, su camiseta de un blanco cegador bajo el sol otoñal.

—Creo que te infravaloras. Cualquier tío tendría suerte de estar contigo.

Sus ojos color avellana me miran hasta el fondo.

—Es bonito que pienses eso. Pero ya no tengo nada que ofrecer. Es mejor que esté sola.

Y dicho esto, bajo de la acera y me alejo.

EL SR. ERINTON HA SIDO fácil de seguir. Su coche es tan llamativo que juro que lo verías hasta en plena noche. Lo sigo durante varios días, vigilando su oficina, observándolo ir y venir. El sábado sale de casa para ir a trabajar.

Hay una entrada de servicio en la parte trasera. Del interior llegan unos ladridos apagados. No es un ladrido de perro guardián ni un ladrido alegre. Este ladrido me martillea la cabeza.

Sé que tendrá alarma, así que no tengo claro cómo entrar. Pero hay algo que sí sé: es un mujeriego de cuidado. Solo tengo que esperar el momento adecuado.

Al fin y al cabo, es sábado. Esta noche saldrá buscando con quién enrollarse. Así que me acomodo y espero. Cuando me despierto más tarde, me fastidia haberme quedado dormida. Y me preocupa haberlo perdido. Pero unos veinticinco minutos después, el Porsche amarillo llega rugiendo por la calle y entra en el garaje. Seguro que los vecinos lo odian.

Me incorporo y miro por las ventanas con los binoculares. Lo observo pasar de la primera planta a la segunda, hasta lo que debe de ser su dormitorio.

Pasan tres horas y estoy a punto de rendirme cuando la puerta del garaje vuelve a abrirse. Al pasar a toda velocidad junto a mí, sonrío.

La música a todo volumen me despeja la cabeza mientras lo sigo. Se detiene frente a un club nuevo y pretencioso con cordones de

terciopelo en la entrada. Supongo que se creen que están en Nueva York, no en Raleigh.

Le lanza las llaves al aparcacoches y observo cómo mueve los labios. Seguro que le está soltando un sermón sobre su precioso coche. Ahora que sé adónde va, he decidido que tengo que encontrar la manera de hablar con él. Tenía una regla sencilla: nunca hablar con ellos. Pero fui ingenua al pensar que sería tan fácil acercarme a ellos. ¿Tipos como este? Son más difíciles. Así que vuelvo a casa. Es hora de convertirme en otra persona esta noche. Estoy pensando en... una versión discreta de prostituta.

RECIÉN SALIDA DE LA DUCHA, me quedo frente al armario sopesando mis opciones. Doy otro sorbo al vino. El tercer vestido que me pruebo es el ganador. Me lo compró Jackson. Carísimo. Me queda como un guante y me siento espectacular. Es un sencillo vestido de tirantes tipo vendaje, de un rosa chillón. No es la típica elección de negro o rojo para esta noche.

Saco unas cuñas con plataforma para completar el look. El maquillaje y el peinado, espectaculares. Me miro en el espejo una vez más y sonrío.

Como ya no tengo empleo, tengo que ir con cuidado con el dinero, así que paso del aparcacoches y aparco en un parking a una manzana. Mi intención es hacer cola, pero el portero me hace un gesto para que avance, suelta el cordón y sonríe.

—Que pase una buena noche.

Tiene que ser el vestido. El bar está a oscuras, la música retumba y me dirijo a la barra. Necesito algo en la mano. El tipo de al lado me mira de arriba abajo, le hace una seña al camarero y levanta las cejas.

—Un Old Fashioned, gracias.

Cuando intenta entablar conversación, le toco el brazo.

—Te agradezco la copa, pero estoy esperando a mi novia.

—Genial. Podemos montar una fiesta.

—No. Mi *novia*.

—¿Nada de hombres?

—Nunca.

—Bueno, había que intentarlo.

Se aleja por la barra hacia una pelirroja guapa.

Mi peluca rubia es larga y elegante, y brilla bajo las luces mientras examino a los clientes. Dos tipos intentan ligar conmigo y los ignoro a ambos.

El camarero dice:

—Si les sonríes, no tendrás que pagar ni una copa en toda la noche.

Miro por encima del hombro.

—Sí, pero entonces se creen con derecho a mi tiempo mientras me la bebo, y eso no me va.

Sonríe.

—Chica lista.

Doy una vuelta por el club y lo localizo. Está bailando con una chica. Cuando termina la canción, por un momento parece que va a irse con ella, pero entonces ve a otra y la deja plantada con la boca abierta. Me coloco a propósito para chocar con él. La copa se me derrama en la mano.

—No te vi. No sé cómo he podido pasar por alto a alguien tan tremendamente sexy como tú.

Me cuesta no poner los ojos en blanco.

—Hay muchísima gente aquí.

—¿Te invito a otra?

Asiento y lo sigo hasta la barra del fondo, cerca del patio.

—¿Qué bebes?

—Old Fashioned, gracias.

Asiente y pide.

—Soy Gary. Gary Erinton. ¿Y tú?

—Caroline. Caroline Pope.

—¿Pope, eh? *No puedes controlar a Command*.

Mi risa resuena.

—Un fan de *Scandal*. Papa Pope mola.

—Y tanto.

Charlamos de cosas sin importancia. Mi oportunidad llega cuando gira la cabeza para mirar a un trío de chicas que pasan contoneándose. La bebida va a parar a la maceta junto a la puerta; el vaso vacío, a la barra.

Se vuelve hacia mí.

—Pidamos otra.

Le hace un gesto al camarero, pero le toco la mano.

—Por favor. Déjame invitar esta ronda.

Me mira casi con lascivia.

—Me gusta una mujer que sabe turnarse.

No se me escapa la insinuación, y le lanzo una mirada de que sé exactamente lo que quiere decir.

Hay mucho ruido, así que me inclino sobre la barra hacia el camarero y le hablo al oído. Pido la copa para Gary, pero para mí, un agua con gas y lima. Necesito mantener la cabeza despejada para lo que viene.

Pasa otra hora y media y hago el teatro de mirar la hora en el móvil.

—Esto ha sido divertido, pero debería irme.

Ha invertido demasiado tiempo para dejarme escapar.

—Ahora no. Apenas estamos conociéndonos.

—Necesito aire. Vamos al patio.

Me río como una tonta y finjo tropezar mientras salimos a la noche sofocante. El club tiene ventiladores que mueven el aire húmedo. El olor a alcohol y perfume es intenso. Su brazo me rodea la cintura, apoyado un poco más abajo de lo debido.

Le dedico una sonrisa bobalicona.

—Así que te dedicas al sector inmobiliario. ¿Cómo está el mercado?

Se enrolla sin parar hablando de su trabajo, contándome lo bueno que es.

—Me encantan las casas grandes.

—Tengo una casa grande que podría enseñarte, nena.

Se me revuelve el estómago, pero finjo una sonrisa.

—Bueno, cariño, me muero por ver tu casa, pero no estás en condiciones de conducir.

—Estoy bien. Bebo así todos los fines de semana.
Finjo sentirme un poco incómoda, y él se echa atrás.
—¿Y tú qué?
—Yo estoy bien. Aguanto mucho.
—Entonces, ¿qué tal si me sigues? Hago un café estupendo.
Y así, sin más, estoy dentro.

CUARENTA Y NUEVE

Tipo estúpido. Lo sigo afuera. —Dame la dirección y nos vemos allí. —Pestañeo coqueta mientras apoyo los pechos contra su brazo—. Una tiene que cuidar su reputación.

Me sonríe y me atrae hacia él, babeándome la cara entera. Más que un beso, parece que me ha lamido. Intento que no se me note el asco.

—Dame tu teléfono.

Le entrego el teléfono negro y teclea la dirección.

—Ahora ya sabes cómo encontrarme. ¿Prometes que vendrás?

—Apuesto a que llego antes que tú. —Suelto una risita tonta y me alejo contoneando las caderas.

De camino al Jeep, el aparcacoches pasa junto a mí en el Porsche amarillo. Detrás va un Maserati negro. Gary llega a la casa antes que yo. Finjo indignación mientras salgo tambaleándome del coche.

—Has tenido que volar para ganarme.

Se tambalea mientras se apoya en el coche. —Entra. Te preparo una copa.

—Creía que habías dicho café.

Agita la mano, quitándole importancia. —Café. Copas. Lo que sea.

Cuando abre la puerta, no suena ningún pitido que indique una alarma.

—¿No tienes alarma? ¿No te preocupan los robos en una casa tan grande y elegante?

Pulsa el botón de la puerta del garaje y la cierra. —Este barrio es seguro. Tengo los carteles y las pegatinas. Funciona igual de bien que el sistema de verdad. Te sorprendería cuántas casas usan el mismo truco.

La puerta del garaje da a un lavadero que conecta con la cocina. Parada ahí, oigo gemidos.

—¿Tienes un perro? Parece que quiere salir.

Se le tuerce el gesto. —El chucho era de mi ex. Odio a ese animal. Déjalo ahí. Ya me ocuparé de él más tarde.

El dolor me estalla en la palma. Bajo la vista y veo el puño cerrado con tanta fuerza que se me marcan los huesos de la mano. Hay una gota de sangre donde la uña me ha perforado la piel. Cuento hasta trece mientras respiro hondo varias veces. *Sé inteligente. Tienes tiempo de sobra.*

La cocina es toda de acero inoxidable y hormigón. Fría y nada acogedora. Me siento en un taburete gris junto a la isla. Tengo la espalda contra el hormigón y Gary apoya los brazos a cada lado, acorralándome. El tipo vuelve a babearme encima.

—Dame un minutito... ¿Dónde está el baño de señoritas?

Señala hacia el pasillo. —Segunda puerta.

Mientras camino por el pasillo, el olor me golpea. Huele a pantano. A barro y a algo frío. Reptiliano. Se me pone la piel de gallina y noto la sangre palpitándome en las sienes. La puerta frente al baño está entornada. Justo a tiempo, me tapo la boca para no soltar un grito ahogado.

Debe de haber al menos diez acuarios aquí, cada uno con una serpiente muerta. Me trago la repulsión y me acerco más. Todas parecen haber muerto de hambre, pero sé tan poco de serpientes que no puedo estar segura. La oscuridad que siempre me habita sacude la puerta y rechina los dientes, desesperada por salir. Por acabar con el hombre ahí mismo. Todavía no. Uso el baño y saco la bolsita de polvo del bolsillo con cremallera de mi diminuto bolso.

Jackson se dejó un frasco de pastillas para dormir a medio usar en mi apartamento, y no vi motivo para devolvérselas. Nunca he

tomado una pastilla para dormir, pero pensé que algún día podrían venirme bien.

De camino a la cocina oigo música suave y sigo el sonido. En el salón, se incorpora en el sofá. Tiene la camisa por fuera, se ha quitado los zapatos y el cinturón está tirado en el suelo de madera.

—Déjame prepararte ese café...

—¿Sabes qué? Pensándolo mejor, me apetece una copa. ¿Me acompañas?

—Me encantaría. Pero puede que tengas que quedarte a dormir... por supuesto, tengo habitación de invitados si lo prefieres. Pero no puedes conducir si bebes.

Finjo pensármelo y le devuelvo la sonrisa. —Veamos cómo va la noche, ¿te parece? —El idiota. ¿Como si no hubiéramos venido bebidos hasta aquí?

Recoge el vaso vacío y lo detengo poniéndole una mano en el brazo. —Deja, ya me encargo yo. ¿Por qué no enciendes unas velas?

Cree que va a tener suerte. No tiene ni idea. Llevo el vaso a la cocina y preparo dos copas, añadiendo a la suya una bolsita pequeña con dos pastillas para dormir trituradas. Después de removerlo, no se nota lo que he echado.

Atenúa las luces y se sienta a mi lado, pasándome el brazo por los hombros.

Levanto la copa. —Por los nuevos amigos.

Choca la copa con la mía. Cuando por fin se queda frito, tengo la cara, el cuello y el pecho empapados. Qué asco. ¿Quién cree que es sexy lamer a alguien?

Fuera del lavadero, giro el pomo de la puerta y no puedo contener un gemido.

EL PERRO no es más que piel y huesos. Aprieto los labios y muerdo hasta que saboreo sangre. Pero no puedo hacer esto ahora. Tengo que ser inteligente. Quién sabe si alguien nos vio salir juntos, si podrían relacionarme con él en el club. La peluca y el maquillaje

puede que no basten. Por los fragmentos de noticias que he visto, sé que la policía busca a dos individuos relacionados con el narcotráfico. Posibles miembros del cartel. Basta un solo error y descubrirán que solo es una chica sola.

La habitación diminuta es un desastre. Limpio los desechos y los papeles destrozados y me deshago de todo. En la cocina rebusco hasta encontrar una lata de comida para perros. Mezclo unas cucharadas con agua.

—Solo un poco cada vez. No sé cuánto tiempo llevas sin comer. Por el aspecto de estos platos, bastante. —Acaricio el pelaje marrón enmarañado mientras le cuento los huesos.

El perro come lo que le he puesto delante y bebe el agua. Espero un rato para asegurarme de que no vomita y luego le doy un poco más de comer y beber. Sus costillas parecen una hilera de lápices alineados en un escritorio.

—Por favor, perdóname. No puedo hacerlo esta noche. Pero te lo prometo: volveré mañana. Solo tienes que aguantar y vendrá gente amable a ayudarte. Si lo denuncio ahora, él hará lo mismo otra vez con otro perrito tan dulce como tú. A mi manera, lo detengo para siempre.

Sé que no me entiende, pero le gusta mi tono; su hocico busca mi mano. Siempre me asombra la capacidad que tienen los animales para perdonar. Ojalá las personas fueran iguales.

SE ME PARTE EL CORAZÓN al cerrar la puerta tras de mí; el suave gemido se me clava en las entrañas. De vuelta en la cocina, rebusco en los cajones. Gary presumió de guardar un puñado de llaves de repuesto, insinuando lo viril que era, cuántas mujeres iban y venían. Dijo en broma que la mitad de la población femenina de Raleigh tiene llaves de su casa. Supongo que eso debía parecerme atractivo.

El cajón más cercano a la puerta tiene lo que busco. Con una toalla de papel, cojo una de las llaves de repuesto y la meto en el bolso. Con un trapo de cocina y agua con jabón, friego los pomos de

las puertas, la mesa y las encimeras. Voy al salón, llevo los dos vasos a la cocina, los lavo y enciendo el triturador. Seco los vasos y guardo uno en el armario, pero el otro lo dejo fuera para que parezca que volvió a casa solo.

—Ten paciencia —susurro—. Mañana te liberaré.

CINCUENTA

Grayson tenía ganas de reencontrarse con colegas de todo el estado en la conferencia anual de la NCARCA (Asociación de Control Animal y Rabia de Carolina del Norte). Se celebraba a finales de octubre. Estaba de pie en el balcón con vistas al océano. Wrightsville Beach. Había sido el año más caluroso jamás registrado. Normalmente se quejaría, pero la piscina estaba abierta y había caminado por la playa, dejando que las olas le mojaran los pies.

La conferencia era una ocasión estupenda para hablar con colegas, intercambiar experiencias y, por supuesto, todo el mundo siempre compartía sus casos más extraños. Malcolm le tomó el pelo diciéndole que debería contar la historia del perro fantasma, pero Grayson pensaba que era más vergonzoso que gracioso. No haber podido atrapar a un solo perro después de casi un año le dolía en el orgullo. ¿Y si el perro era un fantasma? Una manifestación de su imaginación.

Al final del segundo día, un grupo numeroso se reunió en el bar junto al agua.

—Un tipo mató a su perro a golpes con un bate de béisbol. Tenía la mala costumbre de pegar a su mujer. Lo encontraron muerto de un disparo. No puedo decir que lo sintiera mucho.

Otro agente intervino:

—Mi caso en Whiteville. Le puso una bolsa de plástico en la cabeza al perro y lo pisoteó. A él también lo mataron de un disparo.

—¿Os acordáis de los cuatro caballos que el tipo de Fayetteville dejó morir de hambre? Él también murió, pero no recuerdo la causa.

El agente hizo una seña para pedir otra ronda de cervezas.

Sus contactos en las fuerzas del orden. Jackson. Todos habían dicho que era cosa de drogas. Ninguna conexión con la crueldad animal. Grayson empezó a sentir esa corazonada. Estaba en lo cierto. ¿Habría más casos? Antes de que pudiera preguntar, una mujer —no recordaba su nombre— intervino.

—Es la época del año. Muchos trabajamos en zonas con mucha actividad de bandas y drogas. ¿Os habéis enterado de que Durham llegó a los noventa asesinatos?

Un agente de voz suave levantó la mano.

—Yo soy de Durham. El lunes llegamos a los cien asesinatos este año, pero nadie en mi oficina ha tenido nada de lo que estáis hablando. Cosas que pasan.

—La gente está loca —dijo la mujer mirando alrededor de la mesa—. Tuve un caso en Ocracoke. El tipo ahogó a su perro. Bueno, perdón.

Hizo comillas con los dedos.

—«Supuestamente» ahogó a su perro.

Puso los ojos en blanco.

—Lo ató a una estaca en la playa, y cuando subió la marea el pobre animal se ahogó —aceptó otra cerveza—. El tipo murió, pero fue en el zoológico. La gente oyó disparos y pensó que a lo mejor se había escapado algún animal. Para cuando lo encontraron entre la maleza, estaba medio devorado.

—El león seguro que pensó: «Pues sí, me apetece una hamburguesa de persona».

—¿Quieres un cerebro con tu filete?

Hubo un coro de quejidos.

Grayson sacó la pequeña libreta y el bolígrafo que siempre llevaba encima. Tomó notas. Miró alrededor de la mesa.

—Tengo curiosidad: ¿quién más recuerda algún caso en el que trabajara y la persona acabara muerta?

Se volvió hacia el ACO a su derecha.

—¿No me dijiste que hubo uno en Clayton?

—Sí. Era aquella mujer diabólica que practicaba magia negra con gatos muertos.

Se santiguó.

—Ay, me acuerdo de ese caso. Me dio escalofríos. Creo que no dormí bien en una semana. Aunque tampoco podía ver películas de miedo de niña —una mujer de Asheville parecía alterada—. Yo no me meto con esas cosas del diablo. Esa gente da miedo.

—Hubo uno en Winston-Salem. Relacionado con drogas. La mujer era adicta a la metanfetamina. Dejó morir de hambre al caballo. Se gastaba el dinero del pienso en droga. El marido y los niños tenían obesidad mórbida.

El tipo negó con la cabeza.

—No siento ninguna pena por ella. La verdad, creo que tuvo lo que se merecía.

—Tengo uno bueno.

Habló un tipo de pelo oscuro con una cicatriz desvaída en el rabillo del ojo. Grayson no recordaba su nombre. Debía de ser nuevo. Los demás tampoco parecían conocerlo.

—En Greensboro había un camionero, no voy a decir su nombre porque puede que sepáis de quién hablo, pero cogió un gato y le cortó la cola y las patas traseras porque maullaba demasiado. También le gustaba ir con prostitutas en el área de servicio. Les pegaba. Alguien llamó por el olor. Lo encontraron muerto de un disparo en su camión, con los pantalones por las rodillas. Y atentos a esto: se había cagado encima. Entre la sangre, los tejidos y la mierda, dos de los polis vomitaron allí mismo. Buscan a una prostituta. Claramente un asesinato por venganza. Pura coincidencia lo del cargo de crueldad.

Grayson se inclinó hacia delante para preguntar cuando apareció la camarera con la comida. No quería decir nada delante de ella, así que esperó mientras repartían los platos. Eso sumaba nueve casos de los que tenía constancia. Nueve no era coincidencia. Daba igual que las tasas de homicidio fueran más altas ese año, daba igual que la ola de calor contribuyera en parte, y daba igual que las fuerzas del orden dijeran que había tres tiradores distintos: su instinto le gritaba que había un único asesino suelto.

Lo que había oído en la mesa abarcaba: Wilmington. Whiteville. Fayetteville. Asheboro. Clayton. Raleigh. Cary. Winston-Salem. Greensboro.

La gente se había recostado, ya habían terminado de comer. No tardarían en volver a sus habitaciones, y mañana era el último día. Tenía que decir algo. Soltar la idea y asegurarse de que no estaba loco.

—¿Os dais cuenta de que esto suma nueve asesinatos?

Los rostros se volvieron hacia él, algunos pensativos, otros sorprendidos.

Les leyó las ciudades.

—Y yo tuve dos. Los de Cary y Raleigh. A los dos les pegaron un tiro. En uno, el tipo apuñaló a las mascotas de otra familia.

Sonrió al decir:

—Las mascotas eran un cerdo y una vaca. Pero acabó muerto.

Se recostó mientras lo asimilaban.

—Y el de Cary. ¿Sabéis lo de los gansos de Belk?

Varias personas preguntaron por ellos.

—Bueno, había un chaval que se metía con ellos. Le rompió el ala al macho. Destrozó los huevos de la hembra. Le gustaba patinar por el aparcamiento del centro comercial, bebiendo y fumando marihuana. Lo encontraron muerto de un disparo. Lo están tratando como un caso de drogas.

—¿Crees que hay conexión? —dijo Malcolm—. Pero ¿por qué no nos hemos enterado de nada? ¿Y no dijiste que había tres tiradores distintos?

Miró alrededor de la mesa.

—Eso es lo que estás diciendo, ¿no? ¿Que hay algún asesino en serie o varios asesinos sueltos?

Miró a Grayson.

—En serio. ¿Crees que hay alguien, o tres personas, por ahí matando a maltratadores de animales?

—Me tenías convencido hasta lo de los tres tiradores. Si fuera la misma arma, estaría totalmente de acuerdo.

—No se han recuperado armas. Ni casquillos. Tiene que ser cosa de drogas o bandas —dijo otro.

—Lo de los cargos de crueldad es coincidencia —dijo la mujer de voz suave—. Los federales estarían metidos en esto. Saldría en todas las noticias con algún nombre pegadizo para el asesino.

—Sí —coincidió Malcolm—. Seguro que habría cuentas de Twitter apoyando al asesino.

Grayson alzó la voz.

—Escuchadme. Pensad en lo que sabemos. Parece que todos fueron homicidios sin resolver. Todos se han clasificado como relacionados con drogas, bandas, sospechosos o lo que sea. No son tres tiradores. Es una persona con tres armas —levantó una mano—. Estoy de acuerdo en que las armas sin registrar apuntarían a drogas, pero creo que simplemente son armas viejas. Y la policía no sabe que tiene a un justiciero entre manos. Pero si tengo razón…

La mujer lo miró y asintió.

—Habrá más asesinatos.

—Pero no hemos oído ni una palabra sobre un asesino en serie. Eso me dice que la policía aún no lo sabe.

La alarma interna de Grayson sonaba tan fuerte que apenas podía oírse pensar.

La otra mujer que estaba con ellos dijo:

—O tal vez sea solo una increíble coincidencia. Carolina del Norte es un estado grande. Mucha gente del norte y de otras zonas se ha mudado aquí. La criminalidad ha aumentado. Tenemos un problema enorme de bandas en varios condados. Nos hemos convertido en un destino importante para las drogas. Creo que es coincidencia. Todos sabemos que esta gente empieza haciendo daño a animales y luego pasa a las personas. Así que me parece lógico que personas con problemas de drogas y bandas tengan condenas por crueldad.

Muchos asintieron. Grayson sabía que era racional. Pero aun así algo no le cuadraba.

Malcolm se rio.

—Y todos los grupos animalistas estarían llamando héroe al asesino.

Grayson apuró su cerveza.

—Tenéis razón. Tiene sentido. Pero ya sabéis lo que pienso de las coincidencias.

Por un lado, se alegraba de que quienes lo merecían estuvieran recibiendo su castigo. Las leyes actuales carecían de contundencia. La parte primitiva de su cerebro estaba satisfecha de que alguien hubiera actuado, vengando a los animales. Pero la parte de él que respetaba la ley sentía que debía hacer algo. Cuando volviera a Raleigh, llamaría a Kevin a ver qué sabía.

Cuando se dispersaron, un par de agentes se acercaron a hablar con él.

—Si me entero de otros tiroteos relacionados con un caso, te aviso.

Una de las mujeres añadió:

—Tengo un amigo en el FBI. Si hay más casos, lo llamaré.

Grayson no vio al tipo moreno con la cicatriz. Quería hacerle una pregunta, pero debía de haberse escabullido. Sabía que tenía razón. Pero alguien más tendría que morir para demostrar su teoría. *«Quienquiera que seas, te tengo en el punto de mira».*

CINCUENTA Y UNO

Un tiroteo el 24 de octubre dejó a un querido perro de familia sin un ojo cuando una bala disparada en plena noche le alcanzó en la cabeza. El perro fue encontrado a primera hora de la mañana en estado de angustia, sangrando por la nariz y el ojo. Los veterinarios de la Facultad de Medicina Veterinaria de la Universidad Estatal de Carolina del Norte le extirparon el ojo izquierdo y fragmentos de bala de la cabeza. La Oficina del Sheriff del Condado de Orange sospecha de un arma de fuego de calibre .22, según declaró el subjefe Norman Andrew. Los investigadores trabajan activamente en el caso. Se ofrece una recompensa de 500 dólares por información que conduzca a un arresto.

El artículo me hace palpitar la cabeza. ¿Qué le pasa a la gente? El amargor del polvo Goody's en mi lengua anuncia el alivio. Es amargo a más no poder, pero actúa rápido y me encanta. Nunca había oído hablar de él hasta que me mudé al Sur.

Mientras paso el día planeando el fin de Gary, me pregunto cómo me las arreglaba con mi trabajo de día, mi trabajo de noche y Jackson. Ah, claro. No me las arreglaba, o no habría perdido mi trabajo ni a Jackson.

Mis días los paso siguiendo al siguiente de la lista e investigando a otros a medida que sus crímenes salen a la luz. Antes nunca echaba siestas. Ahora siempre echo una siesta el día de un ajuste de cuentas.

Es domingo. El bueno de Gary siempre se queda en casa los domingos. Preparando la semana que viene. Es estupendo que le vaya bien en el trabajo. Pero su éxito me importa un bledo. Lo único que me importa es el pobre animal que tiene encerrado en esa habitación diminuta y al que está matando de hambre poco a poco. Gary suele salir a cenar temprano, luego vuelve y se acuesta a las once.

Fiel a su costumbre, se va vestido de manera informal. Después de esperar quince minutos para asegurarme de que no va a volver, salgo del todoterreno. He aparcado en la calle de atrás, varias casas más abajo. Es otra casa para demoler, y no hay nadie en la obra los domingos. Ya he visto coches aparcados delante otras veces. Nadie se fija.

Cuando llego a su casa, uso la llave que robé la última vez que estuve aquí. La puerta lateral da al garaje. Al entrar en el cuarto de servicio, oigo un gemido seguido de un arañazo en la puerta. Hablo en voz baja mientras giro el pomo.

—Tranquilo, chico. Soy yo.

Cuando le pregunté a Gary por su ex, estuvo despotricando un rato y terminó diciendo que se había mudado a Los Ángeles. No había vuelto a hablar con ella. Era obvio que la mujer sabía qué clase de imbécil es... aunque quizás no. El hecho de dejarle el perro como despedida me indicó que pensaba que él nunca le haría daño al animal. Pienso en intentar encontrarla, contarle lo que pasó, pero supongo que si no se ha molestado en preguntar, ha dado al perro por perdido. Y mi implicación tiene un límite.

—Eh, soy yo.

El perro menea la cola. Parece uno de esos dingos australianos. La habitación es un desastre. Gary ni siquiera se molesta en sacar al perro para que haga sus necesidades. Después de limpiar la habitación del perro y darle de comer y de beber, pienso en sacarlo y marcharme. Pero aunque salve al perro, Gary quedará libre. ¿Y quién sabe qué puede hacerle a la mascota de la próxima novia?

Así que cierro la puerta y me siento junto al perro. Gary nunca mirará aquí dentro. Y si por alguna remota posibilidad lo hace,

simplemente le dedicaré mi mejor sonrisa y le diré que lo estaba esperando. Justo antes de dispararle en la cara.

Son las ocho. Como tengo unas horas, me tumbo junto al perro. Apoya la cabeza en mi regazo con un suspiro perruno. Acariciarlo me permite evadirme. Meditar. Centrarme para lo que está por venir. Liberar la cosa oscura que llevo dentro siempre me deja agotada. Cuando todo termine y esté de vuelta en casa, Hope volverá. La oscuridad sacude la puerta en mi cabeza, ansiosa por salir de nuevo. No la llamé, ella o él, simplemente *es*.

Un rato después oigo entrar a Gary, silbando mientras atraviesa el cuarto de servicio sin mirar ni detenerse siquiera ante la puerta donde está el perro. El perro permanece callado, contento a mi lado. Me mira y niego con la cabeza. No sé si entiende, pero no gime ni hace ningún ruido.

Gary camina por la casa, sus pasos resuenan mientras sube las escaleras. Los suelos de hormigón probablemente son fáciles de mantener limpios, pero hacen que el sonido se propague. Abajo está oscuro, no se filtra luz bajo la puerta, pero aun así espero. Si se acuesta a las once, esperaré hasta medianoche.

Cuando me pongo de pie, estoy entumecida. Me estiro para desentumecer los músculos. Me agacho de nuevo y tomo la cabeza del perro entre las manos.

—No te preocupes. Ya casi ha terminado. Vas a ir a un buen hogar con gente que te quiera.

Le doy un beso en el hocico, y cuando me doy la vuelta para irme, suelta un gemido suave. Lo miro y niego con la cabeza.

—Quédate callado.

Un robo con allanamiento servirá muy bien para este. Abro todos los cajones y armarios de la cocina. Voy a su despacho y esparzo papeles por todas partes. El televisor está montado en la pared, así que lo dejo, pero cojo el portátil y el iPad.

Subo las escaleras de puntillas. Me dio un recorrido por la casa antes de desmayarse la última vez que estuve aquí. Era la única manera de mantenerlo alejado de mí. El dormitorio principal está en la esquina trasera derecha. Ante la puerta, me detengo. Está oscuro y oigo el sonido de su respiración. Algún tipo de máquina.

Esta noche tengo la pistola azul. La noto cómoda en la mano. Reconfortante. Entro en el dormitorio. Está en el centro de la cama, ocupando casi todo el espacio al estar tumbado en diagonal. Lleva una máscara en la cara. Tardo un momento en entenderlo. Apnea del sueño. Contengo la respiración, esperando a ver si se despierta, pero no lo hace.

Mientras levanto la pistola, pienso en mi huida. La casa de atrás parecía vacía; quizás los dueños estén de vacaciones. Los de la casa de la izquierda seguro que están en casa. Oirán los disparos. La pregunta es: ¿harán algo?

¿Y enfrente? Hay tres casas en venta, las tres vacías. Llamé preguntando por una, fingiendo estar interesada, y me dijeron que el dueño está en una residencia de ancianos. Lo mismo con las otras dos. Parece que los hijos no podían esperar para sacar tajada.

Cuento hasta trece, como siempre hago cuando apunto. Su cabeza se sacude cuando aprieto el gatillo. Los disparos a la cabeza son mis favoritos. Hay una caja lacada con un Rolex y unos gemelos. Ambos van a mi bolso. Abro cajones de un tirón y tiro algo de ropa al suelo, sin dejar de controlar el tiempo, preocupada por si los vecinos han llamado a la policía al oír el disparo.

La cartera va a mi bolso, y me estoy dando la vuelta para irme cuando algo en el armario me llama la atención. Abro la puerta y veo que es un espejo. Al arrancar la ropa de las perchas, tiro una caja. El dinero se desparrama. Hay muchísimo dinero. No puedo simular un robo y no llevármelo. Encuentro una bolsa de deporte en el armario y la lleno. En la cocina, me detengo, limpio la llave con el trapo y la tiro al suelo junto con el desorden que he montado. ¿Y la puerta? La dejo abierta de par en par. Miro de inmediato hacia la casa de la izquierda, pero no hay luces encendidas. O no están en casa o están dormidos y el disparo no los ha despertado.

La adrenalina me corre por las venas. Tengo los sentidos a flor de piel. Juraría que puedo oír el aleteo de las polillas alrededor de las farolas.

¿Y si nadie llama? Podrían tardar días en encontrarlo. El perro morirá. Cuando veo el recinto ferial más adelante, me desvío hacia

uno de los aparcamientos. Si me adentro más, me toparé con un guardia, pero en este aparcamiento nadie me molestará.

Ya cambiada y de nuevo en marcha, me detengo en el restaurante junto al PNC Arena y lo tiro todo al contenedor. En Hillsboro Street, donde está el campus de NC State, encuentro sitio para aparcar en una calle lateral. Con otro par de guantes puestos, saco el efectivo de su cartera. Dos mil. ¿Quién lleva tanto dinero encima?

Después de tirar la cartera a la cuneta, subo la ventanilla y me marcho. De vez en cuando, meto la mano en la bolsa y voy tirando los gemelos y las cadenas. Y en una calle lateral, tiro el Rolex. Parece un desperdicio, pero quizá lo encuentre algún sintecho o alguien que necesite dinero y pueda venderlo sin meterse en problemas.

¿Y el efectivo? Si lo tiro y algún buen samaritano lo encuentra y lo entrega... bueno, eso arruinará todo mi plan de allanamiento. Así que me lo quedo. Al fin y al cabo, estoy en paro y el dinero me viene bien. En general, ha sido una buena noche de trabajo.

Mi última parada es IHOP. Ya sentada y con el pedido hecho, hago como que busco algo en el bolso. Hay un grupo grande de universitarios achispados a mi lado. Yo nunca fui así. Estaba demasiado centrada en las clases, era una ratona de biblioteca.

—Disculpad, he perdido el móvil esta noche y no sé dónde he quedado con mis amigos. ¿Alguien me deja el suyo?

Un par de chicas gritan. Una me mira con los ojos medio desenfocados.

—Eso es lo peor del mundo entero. Literalmente me muero sin mi móvil. Shane, cielo, dale tu teléfono.

El chico guapo que está a su lado me pasa el móvil.

—Gracias. Hay mucho ruido, voy a salir a llamar. No os comáis mi comida, ¿vale?

Sonríe.

—No prometo nada. Tenemos hambre.

Cuando salgo, el ruido se apaga. Me pregunto en qué líos andará metido este tipo. ¿Quizá compaginando varios rollos? Tiene la aplicación de números desechables en el móvil.

—911. ¿Cuál es su emergencia?

—¡Rápido! He oído disparos. Un hombre ha salido corriendo de una casa en el 3458 de Leonard Drive. ¡Deprisa, por favor!

Cuelgo. Dentro, le devuelvo el teléfono a Shane.

—Gracias. Mis amigos me están esperando.

Miro el plato con los ojos muy abiertos.

—No puedo comerme esto. Voy a engordar.

—Yo me lo como.

Después de darle mi plato al chico, le pido a la camarera un té dulce para llevar y le doy un fajo de billetes.

—Déjame pagar su cuenta. Y aquí tienes cien de más. Te los vas a ganar con este grupo.

Se ríe y vuelve con mi vaso. Me inclino hacia ella.

—Por cierto, estaba enfadada con mi novio. Es su dinero, así que yo nunca he estado aquí...

La camarera se guarda los cien en el bolsillo.

—Esta noche, lo de siempre. Un montón de universitarios borrachos.

Me guiña un ojo.

—Me salvas la vida.

Si la policía averigua de dónde salió la llamada, los chicos ya se habrán ido hace rato y la camarera no dirá nada. Ese pequeño intercambio me deja sin la poca energía que me quedaba.

Cada vez me cuesta más mantener las formas. Eso sí, duermo a pierna suelta casi todas las noches. Y ya no tengo miedo de los malos de este mundo: me he convertido en una de las peores.

CINCUENTA Y DOS

—¿No fuiste a una conferencia? ¿Qué tal estuvo? —Grayson llega a casa justo cuando yo salgo. Parece que siempre nos cruzamos entrando o saliendo del edificio. Y a los dos nos encanta el mismo restaurante chino de aquí cerca. Lleva una bolsa en la mano.

—Mi sitio favorito.

Sonríe.

—He comido allí tres veces esta semana. Creo que mañana por la noche me toca pedir una pizza.

—O podrías cocinar algo.

Se ríe.

—Cocino fatal. Por eso necesito una esposa. ¿No oíste la alarma de humo hace un par de noches? Se vació el edificio entero.

—No. Estaba fuera.

—Eran las tres de la madrugada. Algún tío con suerte.

Mejor no entro ahí, ya que estaba en el IHOP.

—Pero a lo mejor esta nueva esposa tampoco cocina, y entonces los dos tendríais que pedir comida a domicilio —digo para aligerar el ambiente.

Se ríe.

—La conferencia estuvo muy bien. Pero este año...

—¿Qué? No te irás, ¿verdad?

—Sabes, es curioso que lo menciones. Llevo un tiempo pensando en trasladarme a Asheville. Es precioso.

—Ya me veo en una cabaña junto a un lago. Eso sí, creo que querría estar desconectada de todo, ya sabes, por si viene el apocalipsis zombi.

Me río, y él se ríe conmigo.

Se sube las gafas de sol a la cabeza, y no me gusta tener su mirada clavada en mí. Evaluándome. Así que hago como que busco algo en el bolso.

—Una de las cosas buenas de la conferencia es poder hablar con colegas de todo el estado. Lo curioso es que entre todos hemos tenido nueve casos en los que la persona acabó muerta.

—Dios mío, qué horror. Pensaba que vosotros no llevabais armas.

Y entonces miro su bolsa.

—Oye, te estoy retrasando la cena. Podemos seguir con esto luego.

—Pedí demasiada comida. ¿Quieres acompañarme? Vamos a coger una mesa junto a la piscina. Hace muy buena noche. A lo mejor ya se acaba el calor. Es una pena que no puedan tener la piscina abierta más tiempo.

—Déjame subir a mi apartamento a por platos y cubiertos.

Me giro para mirarlo por encima del hombro.

—¿Te apetece vino?

—El vino siempre viene bien.

Se reclina en la silla. Debió de llegar a casa y cambiarse después del trabajo. Lleva camiseta y vaqueros.

Mientras rebusco en la cocina preparando un picnic improvisado, me fijo en mi propia ropa. ¿Cuándo fue la última vez que puse una lavadora? Llevo unos vaqueros y una camiseta gris con una mancha sospechosa cerca del dobladillo. Un olfateo discreto cerca de la axila me confirma que no apesto. Así que supongo que hoy me he duchado. Estoy empezando a perder la noción del tiempo. A veces pasan días y tengo que mirar el móvil para saber en qué día estamos. Los fines de semana ya no significan nada para mí. Y otras veces desaparecen horas sin que sepa adónde fueron. No recuerdo nada.

Bajo las escaleras a trote, con las chanclas repiqueteando contra el hormigón. Solo en el Sur te puedes permitir llevar chanclas a

finales de octubre. Si sigue haciendo tanto calor como dicen, todavía las llevaré en Acción de Gracias.

—Casi empiezo sin ti.

Levanto la botella de vino.

—Pero entonces te habrías perdido esto. ¿Te va bien un Pinot Grigio?

—Me enganchaste al vino Cupcake. Ponme una copa generosa.

Nos lanzamos a la comida.

—Entonces, ¿qué decías de gente a la que dispararon? ¿Fue en la conferencia?

—No. Casos en los que hemos trabajado. He reformulado mi teoría. Escúchame antes de llamarme loco.

—Yo no soy quién para juzgar. Además, dicen que en el Sur acogen bien a los locos. Pero tienes que empezar a llamarlo excentricidad.

Se ríe. Da un sorbo al vino y se pone completamente serio.

—Hay un justiciero suelto.

El tenedor me resbala por el plato; me tiembla la mano.

—El wonton de cangrejo casi se me escapa.

Doy un sorbo al vino y me reclino en la silla.

—Te escucho. ¿Por qué un justiciero?

Me obligo a comer aunque ya no saboreo la comida. El vino me sabe a agua. Lo que sea con tal de ocultar lo alterada que estoy. Me va explicando punto por punto por qué cree que hay un asesino en serie —o, como él lo llama, un asesino justiciero— suelto. Ha convencido a sus compañeros de trabajo y ha compartido su idea con sus amigos policías. Se lo están tomando en serio desde lo de la invasión de domicilio.

Joder y más joder. Echo un vistazo disimulado alrededor. Me aseguro de que no haya federales ni policías con equipo SWAT listos para trincarme.

—¿Crees que estoy loco?

Se mete un trozo de pollo en la boca.

—Qué va. ¿Y ahora qué?

—Esperar noticias de Kevin. Les dije que ayudaría en lo que pudiera. Hubo otro asesinato hace un par de días. Una invasión de

domicilio, pero adivina qué encontraron.

La rodilla me sube y baja sin parar bajo la mesa. ¿Lo sabe? ¿Es esto algún tipo de juego?

—Déjame adivinar. Un gato.

Grayson da un trago, estirando el suspense, como si yo no lo supiera ya.

—Un perro. Casi muerto de hambre. Es él. Lo sé.

Él. Me relajo un poco.

—Mira, por un lado, este tipo está haciendo lo que nosotros no podemos. Y lo que todos pensamos en secreto que esta gente se merece. Pero por otro lado, esto es la vida real. Está infringiendo la ley. Y tiene que pagar. No le corresponde a él decidir cuál debe ser el castigo. Para eso tenemos la ley. Sin ella, la sociedad se desmorona.

—¿Y la justicia? La justicia no siempre sigue la ley.

—Yo creo que debemos atenernos a la ley. Y la justicia es cosa de los tribunales.

Dejo el vaso en la mesa con más fuerza de la que pretendía, y el vino se agita en ondas.

—¿No crees en una justicia más alta?

—No creo que esa justicia más alta entre en juego aquí. Lo que ocurra entre estas personas y su creador está fuera de mis manos. Pero sí creo en nuestro sistema legal —levanta las manos—. Sé que nos queda mucho camino por recorrer en algunos aspectos, pero el cambio llegará. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a atrapar a este tipo.

—Y yo que pensaba que era ingenua. Me alegra que no hayas perdido todo tu idealismo. Yo dejé de creer en el sistema judicial hace mucho tiempo.

Me mira un momento, y creo que he dicho demasiado. Pero es un buen tipo y deja pasar el tema.

—Supongo que tendremos que aceptar que no pensamos igual. Al fin y al cabo, odiaría tener que buscar otro restaurante chino porque tengamos que evitarnos.

—Por el mejor chino de la zona... y por los buenos amigos.

Choca su copa con la mía.

—Sé que eres cínica. Pero en el fondo eres buena persona. Me alegro mucho de haberte conocido, Hope.

Pero ¿cuánto se alegrará si descubre que soy yo a quien está buscando?

LA SEMANA SIGUIENTE, Grayson quedó con Zane para comer.

—¿Ahora te has vuelto fino? —dijo a modo de saludo al entrar en LaFarm Bakery en Cary.

Aunque Grayson no lo admitiría, le encantaban sus sándwiches.

Zane le sonrió.

—Mi mujer me enganchó a este sitio. Hizo un curso para hacer pan y volvió a casa con bolsas de pan. Venimos aquí desde antes de que hubiera cafetería.

La mayoría de la gente estaba sentada fuera. Todas las mesas de fuera estaban ocupadas, así que Zane cogió una en un rincón del interior donde no los oyeran.

—¿Viene Kevin?

—No, no pudo escaparse —Zane terminó su sándwich y apoyó los codos en la mesa.

—¿Está investigando mi teoría? Ya sabes, si hay un justiciero, no va a parar. Así que lo único que tenemos que hacer es esperar.

Miró a Grayson y esbozó una sonrisa.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan cínico?

—Es por alguien con quien estuve hablando la otra noche. Quizá se me ha pegado algo.

—Había drogas en varias de las escenas. Y la mayoría de estas personas tenían otros cargos penales. Podría haber muchas explicaciones. Y nos enteramos por la DEA local de que hay un sicario del cártel en la ciudad. Así que podría estar relacionado con eso —Zane hizo una pausa y cogió el teléfono.

—Perdona. En fin, esos tipos probablemente tendrían armas fantasma sin registrar. Eso nos complicaría mucho averiguar quién es.

—¿Van a intervenir los federales? —Grayson señaló su vaso, y Zane asintió.

Mientras Grayson rellenaba las tazas, sintió crecer la emoción. Sabía que tenía razón.

—Gracias —Zane se recostó en la silla—. La cosa es esta. No hay escenificación, ni trofeos, ni ritual. Distintos orígenes socioeconómicos, barrios, profesiones y ciudades. Normalmente un asesino en serie deja algún tipo de firma. Los de arriba no están convencidos. Tenemos que investigar más. Si fuera un solo tirador, se lo tomarían en serio y los federales ya estarían aquí. Pero con tres tiradores, es más probable que esté relacionado con drogas. No los he convencido de que sea un tirador con tres armas, como tú crees.

—Por lo que me has contado, ninguno de ellos se conocía. A mí me parece que fueron elegidos. Y creo que los seleccionaron por su crueldad. Te apuesto un pack de cervezas a que los dos próximos asesinatos coincidirán con los casos abiertos. El asesino está alternando las armas para ganar tiempo. Tenemos que revisar todos los casos.

Zane frunció el ceño.

—No podemos poner agentes en cada caso abierto de todo el estado. Sé que es una mierda, pero tendremos que esperar —eructó —. Ya sabes que la crueldad animal ni siquiera cuenta. Los animales todavía se consideran propiedad. No va a saltar cuando busquemos una conexión. Gracias a ti, estamos buscando.

Zane vio la esperanza en el rostro de Grayson.

—No te hagas ilusiones. Este tipo, si es un solo tipo, es bueno. Inteligente. Ahora, no se lo digas a mi mujer, pero voy a pedir postre.

CINCUENTA Y TRES

Mason Robinson. Ese despojo de ser humano ahogó a veinte gatos. Los encontraron en cubos, esparcidos por toda su propiedad. El tipo vive en una caravana en las montañas de Asheville. Su parcela forma parte de un parque de caravanas, pero está en el borde, donde hay terreno abierto.

Encontré un motel muy barato y algo cutre que acepta efectivo. Menos mal que traje mi propia ropa de cama. La suya me da escalofríos. Reviso bien pero no veo rastro de chinches. Vete a saber cuándo lavaron la colcha por última vez. Podría tener todo tipo de manchas asquerosas.

Llevo conmigo mi pistola rosa y mi kit de trabajo. Ya estamos en noviembre. ¿Dónde se ha ido el año? Mi relación con Jackson, mi trabajo corporativo bien pagado... todo parece de otra vida. Y hay días en que estoy agotada. Llevo semanas sin poder meditar. Ni concentrarme lo suficiente para hacer yoga. Lo único que sigo haciendo son mis batidos verdes y correr en la cinta del gimnasio del edificio.

Las cosas iban mejorando hasta que a Grayson le dio por compartir su teoría. Por meter a sus amigos policías. Debería haber sabido que lo averiguaría. Lo único que me ha salvado es que hay varias armas. ¿Quién era el otro tirador? Es solo cuestión de tiempo que me pillen. No soy perfecta. He cometido errores. Mi instinto me dice que es hora de moverme. Ir a casa y ver a la abuela.

Mason trabaja de soldador durante el día. Así que me he pasado el día deambulando. Las hojas están espectaculares. Por fin empieza a refrescar. E incluso hace algo de frío por la noche. Compré algo de comida para no tener que comer fuera. Llamadme paranoica, pero vi otro Maserati negro, y algo me hizo fijarme en la matrícula. Una matrícula de concesionario. El otro tenía matrícula de Carolina del Sur. Coches diferentes, pero no me gusta. Mire donde mire, veo conspiraciones. La calle me está pasando factura.

Saco una Pepsi de la nevera. Al menos la habitación cutre tiene una nevera decente. Creo que la gente viene aquí y se queda semanas enteras. Es ese tipo de sitio. Nadie mira a nadie. Cada uno va a lo suyo. Justo como me gusta.

Después de varios días espiándolo, sé que por la noche ve la tele y bebe hasta quedarse dormido. Pero anoche vi un gato en una jaula. Y sé lo que le va a pasar. Así que tengo que actuar. Esta noche.

Cuando leí lo que hizo, se me revolvió el estómago. Cuando la policía y el control de animales recogieron todos los gatos, un reportero local lo grabó diciendo que había conseguido todos los gatos en Craigslist. Está claro que no está bien de la cabeza. Cree que los gatos son los familiares del diablo. Y que su religión manda expulsar el mal, que es lo que hizo ahogando gatos. Les quitó los poderes a sus dueños, que son brujas. El hombre de verdad cree que está haciendo la obra del Señor, como él la llama.

Pues pronto se verá cara a cara con Él. Ya se lo explicará entonces.

Pasó treinta días en la cárcel por lo que hizo, y ahora está de vuelta en casa, listo para recibir mi visita. Este tipo nunca cierra con llave. Lo he comprobado. Aparco más abajo y pongo un trapo blanco en la ventanilla para que parezca que me he quedado tirada y estoy esperando a que alguien venga a por el coche.

Al acercarme a la caravana, oigo la tele a todo volumen. Miro por la ventana y lo veo dormido en el sofá. Perfecto. La mosquitera chirría. Miro a través del pequeño cristal en forma de rombo de la puerta principal y suelto el aire. No se ha movido.

La puerta principal se abre sin hacer ruido y sujeto la mosquitera para que no se cierre de golpe. Dejo la puerta principal entornada. Huele a sudor y a comida grasienta. Apunto y cuento.

Pero un ruido me detiene. Unos faros proyectan sombras en las paredes. Mierda. No hay puerta trasera. Lo sé, ya he mirado. Estoy atrapada.

Recorro el estrecho pasillo a toda prisa, asomándome a cada puerta. Llaman a la puerta principal y me cuelo en la habitación de al lado, cerrando con cuidado tras de mí. La luz del móvil me muestra que estoy en un baño. No hay bañera, pero sí una ducha. Me meto detrás de la cortina.

La adrenalina me recorre el cuerpo y me hace temblar y sentir náuseas. Una cosa es matar a los que lo merecen, pero no sé quién ha venido de visita y no quiero matar a un inocente a menos que no me quede más remedio, porque de ninguna manera voy a dejar que llamen a la policía.

Voces de hombres. Luego oigo pasos junto a la puerta. La puerta se abre y me quedo paralizada, intentando respirar sin hacer ruido.

Nadie entra. Deja la puerta abierta y los oigo hablar.

—Toma otra. Vamos a echar una partida al Need for Speed.

El videojuego se enciende y los hombres bromean entre ellos. Ya ves, nunca se sabe. Alguien puede parecer tan normal y luego descubres que ahoga gatos por diversión. ¿Cuánto tiempo voy a tener que estar de pie en esta ducha asquerosa? Hay moho en cada rincón, y huele fatal. Miro hacia fuera y veo dónde no acertó al váter: pequeñas manchas amarillas por todo el suelo. Está claro que es un piso de soltero. No se ve ni un toque femenino en todo el sitio.

Tengo que mantenerme erguida. No me atrevo a apoyarme en la pared, porque vete a saber qué infección asquerosa podría pillar. Mientras cambio el peso de un pie a otro, alguien entra en el baño. La luz parpadea y miro por la pequeña rendija entre la cortina y la pared. No es Mason, es su visita.

Se sienta en el váter y gruñe. El olor a mierda llena el aire mientras me tapo la nariz y la boca con la mano. Tengo que morderme las mejillas porque de repente me entra la risa. ¿Qué tendrá la mierda?

Casi se me escapa la risa. Cada vez que entro en un baño, abro la mampara de la ducha, miro detrás de la cortina. Supongo que es de leer demasiados libros de miedo de niña. Pero él ni se fija. Y menos mal, porque si abre la cortina, tendré que dispararle.

Me arriesgo a echar otra mirada y lo veo leyendo una revista porno. ¿Cuánto tiempo voy a estar atrapada en este baño con el olor a mierda metiéndoseme por la nariz y calándome hasta los huesos?

Por fin termina y, cómo no, se va sin lavarse las manos. El videojuego se apaga y creo que se marcha, pero entonces lo oigo decirle a Mason:

—Vamos a ver quién mea más lejos.

—Pero no en mi parcela. Hay una balsa de aguas residuales del parque. Vamos allí.

Silencio. Pasados quince minutos, salgo del baño y echo un vistazo al pasillo. Está vacío. Me hierve la sangre porque este imbécil me ha arruinado los planes. Da igual. Lo intentaré mañana.

Mientras me abro paso entre los arbustos hacia mi coche, oigo voces. Son ellos. Hay una valla baja rodeando el estanque de aguas residuales. Para advertir a la gente de que no se acerque. Pero estos dos idiotas están en el estrecho borde de la piscina, meando. Intentan darle al cartel de un poste en medio del estanque marrón.

Me agacho para observar y el tipo se cae dentro. Oigo un quejido y chapoteos.

—Ayúdame, Mason.

Mason se queda ahí, tambaleándose.

—No puedo. Nunca aprendí a nadar —se echa a reír—. Tendrías que verte, cubierto de mierda.

Mira a su alrededor, encuentra una cuerda y se la lanza al tipo. Lo saca. El amigo se sienta en el borde, soltando maldiciones. Mason capta la indirecta y retrocede con las manos en alto.

—Oye, no fue culpa mía que te cayeras. No puedes esperar que me tire a por ti sabiendo que no sé nadar. Me habría ahogado. Asfixiado con la mierda de todos los demás. Menuda forma de palmarla.

No puedo evitarlo y miro alrededor buscando un equipo de televisión. Esto no puede ser real. Es demasiado ridículo.

Mason fulmina al tipo con la mirada.

—Venga, lárgate de aquí.

El tipo se da la vuelta y sale pitando. Mason se agacha, coge otra cerveza y la abre. Mira alrededor y sonríe. Camina por el borde mientras canturrea para sí.

—Supongo que tampoco huele tan mal.

Mientras hace el imbécil, espero. Me aseguro de que su amigo se haya ido. Un coche arranca y todo queda en silencio salvo por el canturreo de Mason. Nadie se ha molestado en ver a qué venía el jaleo.

Tengo tiempo de sobra para apuntar. Y entonces suelta un grito de sorpresa, pierde el equilibrio y cae de espaldas al lodo.

Maldita sea.

Grita y se agita. Salto la valla.

—Ayúdeme, señora. No sé nadar.

La cuerda está a un lado y hay un palo apoyado contra la valla. Debe de ser para cuando algo se atasca. Tiene una pieza plana, casi como una pala. Servirá.

—Ayúdeme.

Cuando extiende los brazos a los lados, lo empujo hacia abajo con el palo. Se hunde, se agita y vuelve a salir a la superficie. Pero está borracho y cansado, y yo tengo toda la noche.

TRES DÍAS DESPUÉS veo el artículo en las noticias. El encargado de mantenimiento encontró un problema: algo estaba atascado en el fondo del estanque. Tras hurgar con un palo, el cuerpo salió a la superficie. Debía de haberse quedado atrapado bajo el equipo del estanque.

La médica forense dijo que era una de las cosas más interesantes que había visto en mucho tiempo. Entre todo el alcohol que tenía en el cuerpo y haberse marinado en aguas residuales sin tratar durante tres días, a Mason le habían salido hongos por todo el cuerpo. Sobre todo en el pecho, los brazos y la ingle. Hay un enlace a fotos que

alguien colgó. No puedo evitarlo: tengo que pinchar y verlo. Es asquerosamente repugnante, y me entra la risa histérica. Imaginaos que alguien se comiera los hongos después de quitárselos. Puaj.

CINCUENTA Y CUATRO

Ha pasado una semana cuando veo el artículo. Morris, el amigo de Mason, ha sido interrogado por la policía. Jura que no mató a su amigo. Les resulta sospechoso porque Mason se acostaba con su hermana.

Pero lo que leo a continuación me hace perder la cuenta del dinero que saqué de la casa de Gary.

Morris dice que vio a una mujer. Que estaba bailando con los animales del bosque y cantando. No puedo creer que me viera. Sus faros debieron de iluminarme de algún modo mientras me escondía entre los árboles.

El texto en la pantalla se vuelve borroso y me siento mareada. Todo empieza a oscurecerse. Vuelvo en mí y estoy tirada en el suelo; me duele el codo. Debo de habérmelo golpeado contra la mesa al desmayarme.

El oficial de policía dijo: —Tenía tres veces el límite legal de alcohol en sangre. Le dijo al agente de guardia que los duendes le estaban dejando un caldero de oro, así que me temo que no podemos fiarnos mucho de su historia. El señor Holder está acusado de asesinato en primer grado.

Y ahora me siento terriblemente culpable. Han arrestado a un hombre inocente por lo que yo he hecho. ¿Me entrego?

DURANTE MIS BÚSQUEDAS DIARIAS, leo que el perro que encontré en la casa de Gary lo cuidan en el refugio local. Ver su nombre me recuerda el dinero. Cuando terminé de contar todo el efectivo, descubrí que había un cuarto de millón y pico. El artículo no menciona el dinero. Me hace sentir como una vulgar delincuente.

¿Por qué no me sentí como una delincuente después de asesinar a once maltratadores? Es la diferencia entre hacer lo correcto y robar. Le robé. Cuando leo que no tiene parientes vivos ni testamento, me siento un poco mejor. Pero tengo que averiguar qué hacer con todo ese dinero. Y entonces se me ocurre.

Robin Hood. Cogeré diez mil cada vez, los meteré en un sobre y lo dejaré en la puerta de un refugio, indicando que es una donación. Existe el riesgo de que roben el dinero y nunca llegue a su destino, pero es una buena solución. El artículo no menciona el dinero desaparecido. ¿Saben que falta o no? Supongo que no.

SENTADA en la zona de recepción de Massage Envy, oigo que alguien dice mi nombre.

—Qué sorpresa. Vaya, cuánto has adelgazado.

Me giro y veo a Lynette plantada ahí, con los ojos brillantes. Va a decir algo desagradable.

—Lamenté mucho enterarme de que ya no estás en la empresa. Me dijeron que le tiraste un bolígrafo a alguien.

Ya no me enfada. Como un insecto que podría aplastar bajo mi pie, no es más que una molestia. Así que me río. —Lo hice. Ese cerdo misógino se lo merecía.

Se queda boquiabierta. —Eh... entonces, ¿a qué te dedicas estos días? ¿Has encontrado un nuevo trabajo?

Esa arpía solo quiere volver a cotillear con todos. Le sonrío con dulzura. —Oh, he estado pintando. Pasé todo el verano holgazaneando junto a la piscina. Hice algunos viajes por carretera. Ya sabes, es la primera vez desde los dieciséis años que no trabajo.

Es tan agradable tomarse un descanso. Creo que esperaré hasta la primavera y entonces empezaré a buscar algo.

El monstruo de ojos verdes se apodera de su mirada. Sé que es mezquino, pero me hace feliz.

—Bueno, me preguntaba por qué seguías tan morena. Debe de ser bonito vivir sin trabajar. Algunas no tenemos ese lujo. Tenemos hijos que mantener.

Se queda ahí plantada, con el pelo excesivamente teñido de rubio y un aspecto ligeramente verdoso bajo las luces. Su vestido es demasiado corto y demasiado ajustado. Parece una mujer de mediana edad que se esfuerza demasiado. Una de esas mujeres que se sienten intimidadas por alguien más joven.

—Hijos. Puaj. Cosas horribles y malolientes. Vaya, te envejecen rápido. Bueno, cuídate. Ya sabes, dicen que el estrés mata. Asegúrate de meditar y comer bien. —Le dedico la sonrisa más dulce que puedo—. Parece que has encontrado los kilos que yo perdí. —Y le doy la espalda a Lynette. La oigo resoplar, y después la campanilla de la puerta cuando sale furiosa.

—Señorita. Estamos listos para usted. —La joven parece a punto de echarse a reír, pero intenta mantenerse profesional.

Mientras estoy tumbada en la camilla esperando el masaje, se me escapa un suspiro. Juro que ahora trabajo más que cuando tenía mi empleo en la empresa.

YA ES ACCIÓN DE GRACIAS. He dejado que la Abuela me convenza de visitarla durante una semana. La casa huele a hogar, justo como la recuerdo. Tiene el bolsillo lleno de caramelos de tofe y lleva White Shoulders. La nostalgia inunda mis sentidos. Pasamos el día hablando y preparando las fiestas.

Cuando me despierto el miércoles por la mañana, hace frío en mi habitación. La colcha hecha a mano sobre la cama de hierro me mantiene calentita, pero tengo la nariz fría. Al mirar por la ventana, veo la nieve. Como vivo en Carolina del Norte, no tengo muchas

oportunidades de ver nieve. Había olvidado cuánto la echaba de menos.

Después de ponerme una bata y un par de calcetines mullidos, voy con pasos quedos hasta la cocina. La Abuela aún no se ha levantado. Entonces caigo en la cuenta. Se está haciendo mayor. Incluso el año pasado, ya estaría levantada a estas horas. Miro el reloj: las siete de la mañana. Lo más temprano que me he levantado en mucho tiempo. Estar aquí me hace querer levantarme y empezar el día. La oscuridad dentro de mí, que siempre está al acecho de quienes hacen el mal, permanece en silencio dentro de la habitación cerrada. La luz que brilla a través de la Abuela la mantiene desterrada a las sombras.

—Tranquila —susurro—. Volveremos pronto. Nuestro trabajo comenzará de nuevo. Dame tiempo para recargarme.

Rebusco en los armarios y encuentro un poco de té chai. Probablemente sobrante de cuando estuve aquí el año pasado. Pongo la tetera al fuego y añado una generosa cucharada de miel a la taza floral. Su juego de porcelana es similar al mío. Recuerdo haber jugado con él de niña.

Hay una manta en el banco de la cocina; me envuelvo en ella, meto los pies en las enormes botas de jardín de la Abuela y salgo al frío, con la taza de té humeante.

Qué silencio. La nieve amortigua los sonidos y te hace sentir como si estuvieras en un mundo completamente nuevo. El vecino más cercano está a kilómetros. Agradezco la paz y la tranquilidad. Hay una escoba apoyada contra la casa y la uso para sacudir la nieve de una de las sillas y la mesa. Me siento en la silla, el frío del metal se filtra a través de la manta, y sorbo mi té mientras observo los pájaros en los comederos. Simplemente *estoy*.

Cuando termino la segunda taza de té, la abuela aparece en la puerta.

—Válgame, niña. Vas a pillar un resfriado.

—Echo de menos la nieve.

Está allí de pie con su bata de chenilla lavanda y zapatillas a juego, suaves rulos rosas en el cabello plateado.

—Entra. Te voy a preparar un buen desayuno —frunce los labios —. Por cómo te veo, no has estado comiendo. Ni mucho menos.

Qué agradable es que alguien cuide de mí. Me abandono a sus cuidados y me siento en la cocina a charlar de nada, a escucharla contarme de sus amigas y su vida mientras la veo preparar el desayuno. La normalidad flota sobre mi cabeza, tan cerca que casi puedo alargar la mano y apretarla contra mi pecho.

Siempre prepara una mesa preciosa con la vajilla de chintz que hace juego con mi taza de té y un pequeño ramo de flores frescas. Cada semana tiene al menos uno o dos ramos esparcidos por la casa. Me alegra ver que eso no ha cambiado. Me preocupaba que después de la muerte del abuelo pudiera descuidar las cosas. Pero no lo ha hecho. Si acaso, está más ocupada que nunca. Agradezco tanto que tenga una vida activa y no me necesite aquí. Eso ayuda a alejar la culpa. La culpa de no haber hablado con ella lo suficiente ni haber pasado tiempo con ella desde que mi vida cambió.

Me pone delante un plato lleno de más comida de la que he comido en mucho tiempo. Beicon, huevos, pan casero con mermelada casera y, por supuesto, otro plato con un par de tortitas y sirope de arce.

Me doy palmaditas en la barriga.

—Voy a engordar dos kilos mientras esté aquí.

Por un momento la miro y pienso que tal vez podría quedarme. La puerta en mi cabeza traquetea.

—¿Cuándo te deshiciste de las gallinas?

—Un vecino las quería y yo estaba cansada de cuidarlas. Me traen huevos —me lanza una mirada penetrante—. Necesitas engordar unos siete u ocho kilos para dejar de parecer un esqueleto.

Me río y empiezo a comer. Todo sabe tan fresco. Cuando abrí la nevera esta mañana vi los bonitos huevos de las gallinas elegantes. Las que ponen huevos rosas, azules y verdes. Parece Pascua dentro de la nevera.

Mañana es Acción de Gracias y no quiero estropear el día. Así que después de fregar los platos del desayuno y pasar la mañana cosiendo manteles individuales y servilletas nuevas, tomo mi decisión.

Pero soy una cobarde. Pasa la comida, y también la tarde. Luego, antes de darme cuenta, es la hora de la cena y estoy comiendo el mejor pollo frito del mundo. Siempre supo hacer un pollo frito increíble, casi como si fuera sureña de pura cepa.

Tengo que hacerlo ahora. Para la cena estamos usando su vieja porcelana azul con escenas de granja. Es preciosa y hay que lavarla a mano. Mientras estamos juntas en la cocina, yo lavando y ella secando, me armo de valor.

—¿Abuela? Hay algunas cosas que necesito contarte.

Me mira con sus amables ojos azules, termina de secar el plato y lo coloca en el escurridor. Hay algo tan definitivo en el gesto de dejar la toalla. Como una despedida.

—Ya era hora. Se te ha notado en la cara desde que llegaste. No importa lo que me digas, Hope, siempre te querré. Quiero que lo sepas.

Y las lágrimas que no he podido llorar desde el asesinato número cuatro, cuando maté a Barry, brotan a chorros como de un grifo abierto.

Me lleva a la sala de estar y me sienta en el sofá junto a ella. Me da palmaditas en el hombro mientras lloro contra su jersey. Me acaricia el pelo y me deja hablar. Todo sale a borbotones. Cada horrible detalle. Todo lo que he hecho. Todo.

Cuando por fin se me acaban las lágrimas, me da un pañuelo y me sueno la nariz. Me recuesto y la miro. El miedo me atenaza la garganta, pero logro sacar las palabras.

—¿Me odias? ¿Podrás perdonarme alguna vez por lo que he hecho?

Y mi abuela mira por la ventana, hacia la nieve. Se levanta y se suena la nariz. Se seca los ojos.

—Voy a prepararnos un chocolate caliente a las dos.

Y me quedo sentada, esperando. Más asustada de su juicio que de que me atrape la policía.

CINCUENTA Y CINCO

De vuelta en mi apartamento, estoy pensando seriamente en entregarme, hasta que leo una noticia sobre el bueno de Morris. Han arrestado al amigo de Mason por abuso sexual de menores. Según el informe, cuando el niño se negó, ahogó a su conejo en la bañera. Le dijo que él sería el siguiente. Cualquier rastro de culpa que pudiera sentir se esfuma. Pasará mucho tiempo antes de que pueda ponerle las manos encima, si es que alguna vez puedo. Deseo con cada fibra de mi ser que termine asesinado en la cárcel.

En cuanto subí al avión, la oscuridad volvió. Con el tiempo tan impredecible, no tuve más remedio que volar. Lo odié en todo momento.

La Abuela me dijo que tenía miedo de que acabara muerta. Le preocupaba más que alguno de esos malnacidos me matara que el que me atraparan. Dijo que no podía aprobar lo que estoy haciendo.

Aunque entendía que esa gente necesita un castigo, no creía que yo tuviera derecho a jugar a ser Dios. Estaba convencida de que recibirían su merecido cuando pasaran a mejor vida. Yo, respetuosamente, discrepé.

Y sin embargo, entendió mi necesidad de castigar. Según ella, la culpa es de mi padre. De lo que pasé de niña. Las emociones me desbordaron e intenté levantarme para irme, pero me agarró la muñeca con una fuerza sorprendente y me obligó a sentarme de nuevo. Pasé la mano por la tela floral, trazando cada hoja.

—Tienes que soltar el pasado. Creo que en el fondo estás castigando a tu padre una y otra vez cada vez que matas a una de estas personas —me apartó el pelo de la cara—. ¿Cuándo acaba esto? ¿Es algo que te sentirás obligada a hacer el resto de tu vida?

—No lo sé. Solo sé que no puedo parar. Todavía no.

Y entonces alcé hacia ella mi rostro bañado en lágrimas y le hice las dos preguntas que tanto temía:

—¿Vas a entregarme? —sorbiéndome la nariz—. ¿Puedes perdonarme?

Por eso la quiero tanto. Me puso las manos en los hombros, me miró a los ojos y dijo:

—No seas ridícula. Esto es entre tú y el Señor. Sé que te sientes llamada a hacerlo. Jamás te denunciaría. Somos familia. La familia está por encima de la ley.

Me quedé allí mordiéndome el labio inferior.

—¿Hope?

—¿Sí, Abuela?

—Mírame.

Alcé la mirada hacia ella, y el amor en sus ojos casi me destroza.

—No hay nada que perdonar. Te quiero como si te hubiera parido yo misma —me abrazó con fuerza—. No puedo darte la absolución, solo Dios puede. Pero te juro que te querré con todo mi corazón y mi alma hasta mi último aliento.

Tantas lágrimas. Me sentí purificada por aquella agua salada. Ya no me preocupaba lo que pudiera pasar o no.

Pasamos el resto de mi visita pasándolo en grande. Nunca volvió a mencionarlo. Cuando me dejó en el aeropuerto, simplemente me abrazó con fuerza. Dormí durante todo el vuelo de vuelta. Y prácticamente otros dos días más. Mi cuerpo había decidido que necesitaba descansar. Mi alma anhelaba alimento.

¿Cuándo fue la última vez que pinté? ¿Que salí a hacer algo divertido? No lo recuerdo, así que al día siguiente voy al cine y veo tres películas seguidas.

Durante las siguientes semanas, anido. Limpio el apartamento de arriba abajo. Reviso todos los armarios y cajones, tirando cosas. Básicamente, una limpieza de primavera en pleno invierno. Presiento

que se acerca algún tipo de cambio, y como no sé cuál, quiero estar preparada. El tiempo pasa y empieza a hacer frío. Antes de darme cuenta, la Navidad está a la vuelta de la esquina.

La gente pasea con cara de felicidad, cargada de paquetes. Árboles de Navidad y adornos por todas partes. Todos los años decoro. Y antes de visitar a la Abuela, no habría tenido energía para hacerlo. Pero ahora creo que quizá pueda disfrutar de las fiestas. Eso no significará que me importe menos el destino de aquellos a quienes intento ayudar. Hasta Lobezno necesita un día libre, ¿no?

Pero la vida siempre se entromete. Y me encuentro leyendo sobre un caso que me revuelve el estómago. Espero que esta vez el tipo acabe en la cárcel. Parece un caso clarísimo.

Pero no se siguió no sé qué protocolo y retiran los cargos. Mirando fijamente la chimenea de gas del salón, pienso en él. Estoy tentada, muy tentada de hacerle lo que él ha hecho. Pero al final, sé que no puedo. El tipo es enorme. Parece alguien curtido en peleas. No tengo ninguna posibilidad contra él.

Se me acabaron las pastillas para dormir. Llovió cuando estaba fuera, la bolsa se mojó y se convirtieron en una pasta. Me daba miedo guardarlas. Lástima que no tenga acceso a sedantes. Así podría pincharlo con una aguja y hacer con él lo que quisiera. Pero a diferencia de las balas, que puedes comprar en cualquier gran superficie o tienda de deportes, los sedantes son difíciles de conseguir.

Casi todo el mundo tiene algo malo dentro. Empiezo a pensar que mi Abuela y Grayson son las únicas personas decentes que quedan en el planeta. Sé que hay gente buena por ahí, pero la mayoría parece mala. Clavo la mirada en la foto de Aidan Stephens.

—Puede que hayas burlado al sistema, pero yo te veo. Y de la venganza no hay quien se esconda.

Parece que voy a hacer un viaje a Charlotte. Aidan ahogó a su gato. Miro los dijes que quedan en mi tocador y cojo la manzana de Blancanieves. Parece apropiado. Todo el concepto del pecado original. La coloco junto a la pulsera. Me la pondré cuando vuelva. Cuando esté hecho.

AIDAN VIVE en un barrio modesto, en una casa del montón. Desde Acción de Gracias, ya no me preocupa que la policía me esté pisando los talones. Imagino que veré algo en el periódico. Los medios llamándome asesina en serie en el peor de los casos, justiciera en el mejor. Así que me centro en lo que puedo controlar.

El recepcionista del motel ni me mira; está absorto en lo que quiera que esté viendo. Me pasa la llave a cambio del dinero, y listo.

No consigo averiguar a qué se dedica Aidan exactamente. Parece estar siempre en casa. Rara vez sale. La mayoría de sus vecinos parecen haberse ido por las fiestas. Hay dos que sé que siguen aquí. Uno dos casas más allá y el otro al otro lado de la calle, tres casas más abajo.

A través de su ventana, veo un árbol de Navidad con luces multicolores que parpadean, espumillón que atrapa la luz. No sabía que la gente todavía pusiera espumillón en los árboles. El árbol de la ventana se inclina ligeramente hacia la derecha, y es de un verde tan brillante que se nota que es artificial. Yo todos los años compro un árbol natural. Sé que es un engorro, con las agujas cayendo por todas partes. Pero me encanta el olor. Y aunque me siento un poco mal por comprar un árbol de verdad, al menos lo trituran y lo esparcen como mantillo por la urbanización después de las fiestas.

El abuelo se va de crucero con dos de sus amigas más íntimas. Una perdió a su marido en las Navidades pasadas y no soporta las fiestas. El abuelo estaba preocupada por dejarme sola, me invitó a ir con ellas, pero le dije que fuera y disfrutara. Que yo estaría bien.

Espero un día más para actuar, ya que el meteorólogo predijo una fuerte tormenta. Parece que la Madre Naturaleza está de mi lado esta vez. Ha estado lloviendo sin parar todo el día, y se esperan fuertes tormentas eléctricas durante toda la noche.

La pistola azul descansa en mi bolso. Con el frío que hace, llevo mallas negras y una sudadera negra gruesa, junto con una chaqueta de forro polar negro. Todo lo suficientemente barato como para tirarlo después. Nunca me arriesgo a quedármelo. Lavarlo me pone

nerviosa, podría quedar algún rastro. Con la cantidad de botellas de lejía en la parte trasera del vehículo, parezco una germófoba.

La casa de justo enfrente está vacía. En ejecución hipotecaria. He visto coches aparcados allí cuando otros vecinos necesitan sitio extra. Nadie prestará atención, pero aparco marcha atrás en el camino de entrada para ocultar la matrícula de todos modos.

A las diez en punto la lluvia cae con fuerza, truenos y relámpagos llenan el cielo. Es el momento. Salgo del coche y cruzo la calle corriendo, sin detenerme hasta llegar a la parte trasera de su casa. Ninguna de las casas tiene alarma. ¿Volverá a acompañarme la suerte? Que no me hayan pillado después de todo este tiempo me hace creer que realmente estoy en el camino correcto. El universo vela por mí. Elimina obstáculos para que pueda hacer mi trabajo libremente.

La parte trasera de su casa tiene un patio con una puerta corredera de cristal. No hay persianas en la puerta, así que puedo ver el interior de la cocina-salón. Está en la cocina preparándose algo de comer. Lo observo coger un plato y acomodarse en un gran sillón reclinable marrón. Todo es marrón o en tonos beige. O a este tipo le encanta el marrón o no tiene ni idea de decorar.

Me quedo bajo la lluvia empapándome hasta los huesos. Normalmente esperaría hasta que estuviera dormido, pero no quiero arriesgarme a que pase la tormenta y un vecino me oiga. Tiro de la puerta corredera cuando suena el siguiente trueno. Está cerrada con llave.

Maldición. Compruebo las ventanas de la planta baja y todas están cerradas también. No hay otra forma.

Sin otra idea, alargo la mano enguantada y toco el timbre, con la pistola en la otra mano, suelta a mi costado, lista para disparar.

La puerta se abre y la luz inunda el porche... Levanto la pistola y... vacilo. Ese segundo basta. Me ve empapada, con la pistola apuntándole, y tengo que reconocerle el mérito: simplemente retrocede y me hace un gesto para que entre.

—¿Te ha enviado Dwayne?

Niego con la cabeza.

—Escucha, señora, no sé qué te he hecho —dice él.

Sus ojos se desvían hacia la izquierda.

—Ni lo pienses. Un solo movimiento y te tumbo aquí mismo.

Se queda ahí de pie con calcetines blancos y chándal, suplicando.

—No tienes por qué hacer esto. Puedes elegir.

—Ahí te equivocas. No tengo elección. Tú me la quitaste cuando ahogaste a ese gato.

Levanta las manos delante de él.

—Tranquila. ¿A quién le importa un puto gato?

—Me has obligado a romper mi regla. Nunca hablar con ellos. Odio romper mis reglas.

Se deja caer de rodillas en el suelo y me mira.

—Por favor, no lo hagas. Es casi Navidad. Mi madre cuenta conmigo. Sin mi dinero, no puede comprar sus medicamentos. Es mayor. Sin ellos se morirá.

No sé qué es. ¿Son los adornos navideños y el árbol? ¿Es porque últimamente me siento nostálgica por las fiestas y las segundas oportunidades? No lo sé. Solo sé que siento un mínimo de pena por su madre. Por lo que supondrá para ella quedarse de repente sin la medicación que necesita. Aidan es un degenerado, pero ¿es culpa de ella?

Sigue suplicando, el sonido me llena la cabeza. Esta jodida situación es la razón por la que me impuse esa regla. Porque si hablas con ellos, acabas sintiendo pena.

La pistola parece bajar sola. Él se impulsa sobre un pie y mi brazo vuelve a subir de golpe.

—Te voy a dar una oportunidad. Como vuelvas a mirar siquiera a otro animal, volveré y te mataré. Si le cuentas a alguien lo mío, te mataré. ¿Entendido?

Me rodea las piernas con los brazos y me besa los zapatos.

—Lo prometo. Voy a buscar ayuda para toda esta rabia que llevo dentro.

Cierro la puerta con suavidad. Sabiendo que me está mirando, giro a la izquierda a propósito y bajo por la calle hasta perderme de vista. Pasan veinte minutos antes de volver a mi coche. Al salir del barrio, un elegante coche negro pasa a mi lado. Con lo fuerte que llueve, no distingo si es un Maserati o no. No creo.

Durante todo el camino a casa, no paro de repetir:
—Por favor, que no haya cometido un error.

CINCUENTA Y SEIS

La Navidad llega y se va. La abuela lo pasa de maravilla en su crucero. Le digo que intentaré visitarla por mi cumpleaños. Sigo las noticias de cerca, y unas semanas más tarde, justo cuando creo que tomé la decisión correcta, ahí está.

Aidan le prendió fuego a un perro. Dijo que intentaba morderlo, que se había puesto agresivo. Dos mujeres que paseaban una mañana encontraron al pobre animal en el parque, intentando arrastrarse. Las quemaduras eran tan graves que tuvieron que sacrificarlo. La muerte de ese perro es culpa mía. Si hubiera actuado en lugar de dejar marchar a Aidan, el perro seguiría vivo.

Solo de pensar en el dolor y sufrimiento inimaginables que debió de experimentar el animal, salgo corriendo al baño a vomitar la cena. Esto es lo que pasa cuando muestro misericordia.

La gente es estafadora. Esa noche pensé mucho en las decisiones. ¿Y si hubiera tomado decisiones diferentes? ¿Jackson y yo estaríamos prometidos? ¿Planificando nuestra boda? ¿Tendríamos hijos? ¿Seguiría teniendo trabajo? ¿Sería feliz?

Pero en mi futuro no puede haber matrimonio ni hijos. Mi camino está tan claro como el camino de baldosas amarillas. Todos pagamos. Solo es cuestión de cuándo.

AIDAN HA COMETIDO el error de dejar el garaje abierto. Me cuelo dentro y encuentro la puerta de la casa abierta. Entro como si fuera la dueña del lugar. Sin molestarme en esconderme. Me siento en una de las sillas de la cocina, con la pistola apuntando a la puerta. Ha pasado una hora cuando oigo que se cierra la puerta del garaje. Entra con bolsas de la compra en los brazos. Las deja caer cuando me ve y echa mano a algo detrás de él. Disparo el primer tiro y le doy en el pecho. Cae, pero logra levantarse. Le disparo de nuevo. Cae gritando.

—Vas a morir por esto, zorra.

—¿Qué pasó con el Aidan que se arrastró por el suelo y me besó los zapatos?

Está gimiendo y revolcándose, pero veo la ira en su rostro. Entrecierra los ojos. —No vas a dispararme. Vas a llamar a la policía y entregarme.

Ladeo la cabeza y lo miro como un halcón mira a una ardilla especialmente apetitosa. Hay una urna pesada de algún tipo en la encimera. La agarro y se la estampo en la cabeza. Se queda inmóvil. Luego veo su pecho ensangrentado subiendo y bajando. Bien. Lo quiero vivo para lo que tengo planeado.

Cuando por fin logro arrastrarlo hasta el sillón reclinable y dejarlo sentado, estoy sudando a mares, con el pelo pegado a la nuca, como si hubiera corrido un maratón. Esta vez he traído algo extra. Sábanas compradas en la tienda de segunda mano del barrio y cortadas en tiras largas. Ni pestañearon cuando me dejé puestos los guantes de invierno y comenté algo sobre el frío. El aburrido dependiente cogió mi dinero y pasó al siguiente cliente.

Me recuesto y contemplo mi obra. Está atado al sillón reclinable. Por último, saco de mi bolso una bolsa de plástico con una botella dentro. Cuando la abro, el olor a gasolina me inunda la nariz. La vierto sobre el sillón, sobre las tiras y sobre Aidan.

Las enrollo alrededor de la silla y las aprieto bien. Como no vuelve en sí pasados veinte minutos, rebusco en la cocina, encuentro un vaso y lo lleno de agua. Se lo tiro a la cara y vuelve en

sí farfullando. La sangre de su pecho y su costado ya está tiñendo de escarlata las sábanas blancas.

—Vas a morir por lo que has hecho. ¿Te crees algún tipo de superhéroe demente?

—¿No crees que todos los superhéroes están un poco locos para hacer lo que hacen?

Enciendo la primera cerilla y la sostengo en alto, observando cómo el miedo le inunda el rostro mientras su hedor llena el aire.

—Te dije lo que pasaría. Ahora vas a saber lo que se siente al arder.

Subo la música a un volumen ensordecedor. Luego enciendo otra cerilla, la dejo caer, me doy la vuelta y me marcho. Sus gritos resuenan por la habitación. Nadie lo oirá. Para cuando vean las llamas u oigan la alarma, será demasiado tarde.

Durante un tiempo pensé que podría volver a la luz. Pero no hay luz. Solo oscuridad y muerte. Cuando paro en un área de descanso a medio camino de casa para cambiarme y deshacerme de todo, me planto en el baño y me miro en el espejo.

—¿Quieres que te pillen? ¿En qué estabas pensando? Deberías haberlo matado la primera vez. Tuvo tiempo de sobra para identificarte. Para contarle a alguien todo sobre ti. Idiota.

Pero el rostro en el espejo se limita a devolverme la mirada. Entro en el cubículo. El olor a carne quemada en mi piel me provoca arcadas. Alguien llama a la puerta.

—¿Estás bien, cielo?

—Sushi en mal estado.

—Huele a quemado.

—Estuve en una hoguera.

Veo sus zapatillas debajo del cubículo. —Bueno, más te vale tirarla. Ese olor no sale nunca.

Ni que lo digas. —Tienes razón. Lo haré.

POR PRIMERA VEZ, no celebro mi cumpleaños. La abuela me ha enviado una tarjeta y me llama, pero sin nadie con quien celebrarlo, me parece patético comprarme una tarta.

Parpadeo y ya estamos a finales de enero.

Grayson ha decidido a última hora organizar una barbacoa para celebrar el tiempo tan raro que hace. Se supone que este fin de semana estaremos a unos dieciséis grados. Puede que saque las chanclas. Ha invitado a un montón de compañeros de trabajo y ha tenido el detalle de invitarme a mí también. Rechacé la invitación, pero insistió tanto que acabé diciendo que sí. Además, quiero conocer a su nueva novia. La he visto unas cuantas veces, pero no he tenido ocasión de hablar con ella.

Estamos todos fuera, con las parrillas encendidas, la gente bebiendo y riendo. Por primera vez desde lo de Aidan, tengo esperanzas de poder relajarme. El complejo de apartamentos está bastante bien porque no solo tiene piscina, sino también un campo de fútbol y pistas de tenis. Aunque no juego ni al tenis ni al fútbol, me parece genial que estén ahí para quien sí juega. Estoy sentada en una silla charlando con Dawn, la novia de Grayson, cuando veo que Malcolm saca unas bolsas del coche.

—¿Os apuntáis a echar un partido con nosotros?

Dejo de hablar a media frase, mirando a Malcolm pero sin oír nada más.

Dawn se levanta de un salto.

—¡Ay, me encanta el sóftbol! ¿Puedo jugar?

Se gira.

—¿Vienes?

Muda, niego con la cabeza y sigo sentada, temiendo caerme si intento levantarme. Dividen los equipos y oigo el chasquido del bate contra la pelota. Al instante me transporto a la casa de Florida. Veo a Max. A mi madre. Salpicaduras de rojo por todas partes. Trago saliva convulsivamente mientras busco una botella de agua.

Me pongo de pie, tambaleo un poco pero no me caigo. El hielo de la nevera portátil me sienta bien. Al abrir la botella, la brisa cambia de dirección y un olor me llega a la nariz. Es el aroma de las

hamburguesas y los perritos calientes en la parrilla. Y huele exactamente igual que Aidan cuando lo quemé.

Los ruidos del partido se desvanecen. Todo empieza a volverse negro, con puntos grandes y luego más pequeños, hasta que estoy mirando el rostro preocupado de Grayson.

—¿Estás bien? Te has desmayado.

Hay más gente a mi alrededor y estoy muerta de vergüenza. Intento incorporarme, pero todavía estoy mareada.

—Tómatelo con calma.

—Lo siento mucho. Creo que no he comido nada en todo el día.

Uno de los compañeros de trabajo de Grayson me pasa una hamburguesa en un panecillo. Veo el jugo rosado manchando el pan blanco y ya no puedo más. El estómago se me revuelve y corro hacia el cubo de basura al borde del aparcamiento, llegando justo a tiempo. Estoy completamente mortificada, así que en lugar de volver, los alejo a todos con un gesto.

—Debo de estar incubando algo. Espero que ninguno de vosotros enferme. Me voy ya.

Grayson viene corriendo.

—Déjame ayudarte para que no te desmayes otra vez.

Me invade otra oleada de mareo cuando vuelvo a oír el bate contra la pelota.

—¿Se enfadará Dawn?

Niega con la cabeza.

—Si se enfada, no es la chica para mí.

Me sube en brazos los tres pisos hasta mi apartamento. Una vez acomodada en el sofá, me trae un paño fresco y un vaso de agua.

—¿Puedo traerte algo más?

—¿Qué tal si pudieras rebobinar lo que acaba de pasar?

Se ríe y le dedico una pequeña sonrisa.

—No te preocupes. A todos nos pasa.

Luego añade con una sonrisa:

—Pero seguro que te lo van a recordar durante los próximos diez años.

Siento que se me cierran los ojos.

—Necesito dormir. Te lo agradezco mucho.

La preocupación en su rostro me hace torcer el gesto.

—Te estás quedando en los huesos. Tienes que comer más.

Se marcha. No sé si alguna vez podré volver a comer carne.

Durante el último mes, solo he salido del apartamento cuando no quedaba nada que comer en casa. Sueño con caimanes y lobos. Pesadillas terribles.

Alargo la mano hacia la mesilla de noche y enciendo el ordenador. El número de casos acumulados durante el tiempo que llevo escondida del mundo hace que la cosa oscura dentro de mí derribe la puerta de mi cabeza. No tengo el lujo de regodearme en la autocompasión. Así que me levanto, me visto y bajo al gimnasio comunitario. Es un espacio agradable. Muchas máquinas y nunca demasiada gente. Me subo a la cinta y empiezo a trotar. Ya no aguanto lo que antes. Un mes de inactividad me ha pasado factura. Es hora de volver al trabajo.

GRAYSON TERMINÓ SU CERVEZA.

—¿De verdad crees que el asesino se ha ido a otra parte?

—Asesinos. No ha habido ninguna actividad en más de un mes. Por lo que sabemos, había unos dos al mes desde abril. No podemos demostrar que sea una sola persona. La hipótesis de trabajo es que son dos o tres tiradores diferentes, pero más vale que recemos para que no lo dejen.

—¿Por qué?

—Si lo dejan, nunca los pillaremos.

Grayson no había podido convencerlos de que había un solo asesino. No hasta que tuvieran suficientes pruebas para demostrar lo contrario. Él lo sabía. Y solo era cuestión de tiempo antes de que ellos también lo supieran. De vuelta en el complejo de apartamentos, paró en el gimnasio para entrenar un rato.

—Hacía tiempo que no te veía por aquí.

Ella le sonrió y detuvo la cinta, con la cara roja.

—Me he tomado un descanso de las redes sociales y del mundo. A veces simplemente necesitas desconectar. Poner en orden tu mierda.

—Te entiendo.

—Y ¿qué tal Dawn?

—Tenías razón sobre ella. No le hizo gracia que pasara tanto tiempo contigo, según sus propias palabras. Así que ahora Dawn se ha convertido en Melanie.

Hope se rio, y Grayson se alegró de verla sonreír de nuevo. Había tenido un año difícil tras perder el trabajo y al novio. Ahora siempre estaba sola, con ojeras como moratones. Nunca parecía quedar con amigos. Estuvo a punto de hacerle una pregunta, pero se contuvo. No era asunto suyo si estaba buscando trabajo o no. Pero ¿qué hacía con su tiempo?

CINCUENTA Y SIETE

Henry Allen James. Menudo nombre de asesino en serie. Henry cogió un gatito, lo tiñó de azul y se lo dio a su perro de pelea como mordedor. Un vecino lo denunció después de ver al gatito en las fauces del perro.

Alguien metió la pata con el papeleo y registraron su casa antes de tener una orden. Seguro que rodaron cabezas por ello, teniendo en cuenta la cantidad de cocaína que encontraron. Los perros eran los guardias perfectos. La cocaína se almacenaba debajo de las casetas de plástico. Aunque las drogas me importan un bledo, usar un gatito como mordedor es la razón por la que estoy en Durham, en Holloway Avenue.

A varias calles de distancia, veo un montón de carteles de perros perdidos clavados en los postes de teléfono. Muestran perros pequeños y medianos, todos con aspecto feliz, algunos con ropa. ¿Sabrán los dueños lo que pasó? Durante mi investigación, aprendí que ver tantos carteles de estos suele indicar que hay un ring de peleas de perros en la zona. Las mascotas se usan como cebo para entrenar a los perros de pelea. Es una barbaridad.

La vieja Hope nunca habría caminado por una calle de trapicheo como esta. Veo a tres tipos sentados en el portal de una casa. Y aunque voy vestida de corredora, eso no les impide lanzarme piropos. Uno de ellos me mira a los ojos cuando libero lo que llevo dentro. Se calla de golpe, da un codazo a sus colegas, les dice algo

en voz baja, y sucede algo interesante... uno de ellos me lanza una mirada, un gesto de barbilla. Un depredador reconociendo a otro. Reconociendo que hay un nuevo depredador en la ciudad. Más grande y más peligroso que ellos.

Sigo calle abajo y paso junto a un tipo cubierto de tatuajes que me mira de arriba abajo y luego aparta la vista rápidamente. Cruza la calle para no pasar a mi lado.

Ya no me pregunto si se puede percibir a un asesino entre la gente. Me han demostrado que sí. Pero ¿por qué la gente normal no reacciona igual? ¿O Grayson o Jackson? Quizás hay que estar roto de alguna manera para reconocer el vacío oscuro en otro. El asesinato me ha colocado en la cima de la cadena alimentaria de los malos. No debería gustarme la sensación... pero me gusta. Mucho.

¿Es esto lo que se siente al ser presidente de los Estados Unidos? Saber que tienes un poder casi ilimitado a tu disposición, y que solo tienes que pedirlo para que alguna unidad de operaciones encubiertas lo haga realidad. Al diablo con el Congreso y el gabinete: dadme una dictadura. Sería una dictadora feroz.

Hay fotos en internet de lo que hizo Henry. Imágenes horribles. Cogía a los perros que perdían las peleas y los colgaba como advertencia para que los demás ganaran y obedecieran. Los perros dormían en la misma habitación que los animales muertos. Desgarrador.

Hoy es viernes trece. Me parece apropiado que el decimotercer asesinato tenga lugar hoy. Pensar en los hombres con los que me crucé antes en la calle me hace preguntarme si me he convertido en lo mismo que aquellos a los que cazo. Al fin y al cabo, quitar una vida es quitar una vida, sea humana o animal.

Da igual. Henry Allen James dará su último aliento esta noche. Es un cabroncito engreído. Siempre deja las puertas de delante y de atrás abiertas. Incluso ahora que le han confiscado todos los perros y ya no dan la alarma, no se le ha ocurrido que debería cerrarlas. Supongo que cree que está protegido. Siempre creemos que estamos a salvo. Hasta que dejamos de estarlo.

Mientras subo los escalones, la pistola rosa me espera para que le dé vida. Con la cantidad de drogas que se ha metido Henry, me

sorprende que siga vivo.

En este tipo de calle, nadie presta atención a nadie. Cada uno va a lo suyo. Preocupada por volver y encontrarme el coche robado, lo aparqué en la misma calle, dos casas más abajo. Enfrente hay un Maserati. Desde que vi el primero, los veo por todas partes. Como mi Jeep Grand Cherokee. Este es negro y reluciente. ¿Un narco de alto nivel? El coche tiene los cristales tintados como el mío.

Los extremos de mi bufanda ondean con el viento, el frío cortante me congela los huesos. Cuando entro en su jardín, lo siento. La violencia, el dolor y el sufrimiento flotan en el aire. Tan tangibles que puedo saborearlos en la lengua. Amargos y rancios.

Cruzo deprisa el jardín yermo, pasando junto a los cascarones fantasmales de las casetas vacías. Cadenas pesadas siguen atadas a los postes, con eslabones tan gruesos como mi pulgar. El asco me recorre el cuerpo. Hay una mancha color óxido a la izquierda de la puerta principal. Ni de broma la toco. Paso por encima de la mancha, abro la puerta de Henry y entro como si tuviera todo el derecho a estar aquí. Olores a comida vieja, moho y cuero nuevo me asaltan los sentidos. Hay agujeros en algunas de las paredes pintadas de rojo, grafitis en otras. Consolas de videojuegos y el televisor más grande que he visto en mi vida dominan la habitación.

La fecha de hoy es una señal. Había una vez una niña pequeña. Era impotente y se acurrucaba en el suelo junto a su amado Max muerto. Se llamaba Katherine. Luego cambió. Acogió la justicia en su corazón. Recuperó su poder, se convirtió en Hope. Katherine ya no existe, se fue a descansar para siempre con mamá y Max. Nada peor podía acontecer. Emergí de la tumba acuosa. Me transformé.

La música rap retumba por toda la casa. Solo una vez me gustaría que los malos tuvieran puesta la emisora de clásica a todo volumen. Romper con el estereotipo. Mientras me abro paso por las pequeñas habitaciones hacia el dormitorio, una fotografía enmarcada me llama la atención.

El hermoso marco está tan fuera de lugar en la habitación. Creo que por eso me fijé. Es Henry. Y el hombre con el que está... le reconozco la cara pero no consigo ubicar el nombre. Ya me vendrá. Oigo movimiento y entro en el otro dormitorio. Me coloco detrás de

la puerta. Los pasos pasan de largo. La puerta se cierra de un portazo. Aparto la cortina y lo veo dirigirse hacia un BMW rojo. No puede escapar. Esta noche no. Esta noche es especial. Casi en la puerta principal, me detengo. Sin saber por qué, le hago una foto al marco. Luego salgo corriendo de la casa y cruzo la calle. Un parpadeo en mi visión periférica me hace mirar hacia el Maserati. Me quedo mirando durante preciosos segundos. No hay movimiento. Debe de haber sido un truco del viento y la farola. Solo quedan encendidas unas pocas; al resto les dispararon hace mucho.

Agradezco que el Jeep esté sucio, con barro salpicado por los lados y la parte trasera, que oculta parcialmente la matrícula. El tipo conduce hasta Southpoint Mall. Está cerrado, lleva horas cerrado a estas alturas de la noche. Aparca en el extremo más alejado de un aparcamiento. Solo.

El aparcamiento es enorme, así que conduzco hasta el extremo opuesto y aparco junto a una barrera, ocultando parte del todoterreno. No tengo que esperar mucho. Un muscle car verde se detiene. Dos tipos salen y abren el maletero. Pasan pequeños paquetes al maletero del BMW. Con los prismáticos veo lo que parecen ladrillos blancos. ¿Coca?

El coche verde se va, pero Henry no. Sale humo de la ventanilla del coche. Qué idiota. ¿Tiene el maletero lleno de droga y se pone a fumar marihuana en un lugar público?

Pasa una hora y no hay más humo ni movimiento, así que me acerco despacio con el coche, decidida a hacer el papel de chica tonta y exigir saber por qué Nordstrom no está abierto toda la noche. Cuando una chica necesita unos Manolos, los necesita ya.

La ventanilla está bajada. Tiene los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. Aparco de modo que mi lado del conductor quede junto al suyo, con la ventanilla bajada. Está dormido. Le disparo en la cabeza; el ruido me deja los oídos zumbando. Para asegurarme, disparo una vez más.

Luego me marcho en coche hacia casa. Feliz viernes trece.

CINCUENTA Y OCHO

Los armarios y el frigorífico vacíos me han sacado de la calidez de mi refugio hasta Harris Teeter. Aquí estamos los jubilados y yo. Lo único que me apetece es azúcar y comida basura, pero tengo que mantener las fuerzas. Me he dejado llevar. Y es hora de ponerme seria.

Desde el fiasco en la barbacoa de invierno de Grayson, no he podido soportar ni el olor ni ver la carne. Así que bien puedo comprometerme del todo. La comida buena y saludable ocupa mucho más espacio en el carrito. Terminado lo de los productos frescos, me dirijo al pasillo de cereales y legumbres. Haré una limpieza durante unos días, eliminaré las toxinas y empezaré de cero. Un propósito de Año Nuevo tardío.

Mientras espero en la cola, el tipo que tengo delante se da la vuelta. Con su pelo oscuro y ojos color avellana, me recuerda a Benicio del Toro, que me parece increíblemente sexy. Tiene una cicatriz difuminada en la comisura del ojo.

—Pasa tú. Se me olvidó un par de cosas.

—Todavía hay alguien delante de nosotros. Puedo guardarte el sitio si quieres ir a buscarlas.

Y mientras lo miro, el corazón se me para. Algo en él me resulta familiar. ¿O es que me estoy volviendo totalmente paranoica? Entonces me relajo. Claro que me resulta familiar. Podría ser hermano de uno de mis actores favoritos.

—No pasa nada.

Sale de la cola mientras lo observo alejarse. Dobla la esquina y doy un respingo. La tienda de artículos deportivos. Estoy segura de que lo vi allí el otro día cuando estaba comprando munición. En el aparcamiento, me quedo esperando, a ver si lo veo. Espero diez minutos en el coche, vigilando las puertas. Pero ni rastro de él. Quizá me equivoqué. Estoy agotada y la mente me juega malas pasadas.

DOS DÍAS después me entero de la noticia. Estoy en Starbucks esperando para pedir un té chai cuando pillo la conversación de dos hombres en la cola. Hablan de un político poderoso. Qué triste que un niño criado en un entorno tan cariñoso pudiera salir tan mal. Y sé que se refieren a Henry Allen James.

Contengo el aliento. La fotografía. Era el senador con él. ¿De qué se conocen? El senador sale en las noticias pronunciándose en contra de las peleas de perros y el maltrato animal. Pidiendo penas más duras.

Protesta demasiado. La fotografía incriminatoria me hace pensar que están conectados. De algún modo, el senador no es tan bueno como aparenta. ¿Amor o dinero? Apuesto por el dinero. Puede que no sepa cuál es la conexión, pero pienso averiguarlo. Debe de estar convencido de que nadie lo relacionará con el chico.

No tengo pruebas, solo un presentimiento. Y me jugaría hasta el último céntimo de mi cuenta de ahorros a que la foto ya no está en la casa.

—¿Adónde vamos a llegar, que ya ni puedes sentarte en tu coche a disfrutar de un porro?

El otro tipo se ríe.

—Dicen que el dueño de una casa juró que fue un camello quien le robó el perro para usarlo como cebo. A lo mejor fueron ellos.

Los tipos pagan el café.

—Tengo pesadillas con que me dé un infarto en el váter. Que cuando me encuentre la policía, tenga un mojón colgando a medio salir del culo.

—Tío, me estás cortando el rollo. El baño de un hombre es sagrado. Ahora me vas a dar pesadillas a mí.

Siguen hablando, pero el resto me resbala como el agua sobre las piedras del río. ¿Qué relación tiene un político poderoso con un tipo de Holloway Avenue?

Pago el té en efectivo.

—Me encanta tu pulsera.

—Gracias.

Esta mañana añadí el decimotercer colgante. Galaxia. Como si hubiera cerrado el círculo. Pronto tendré que elegir otra pulsera; esta se llenará enseguida. Suena música alegre por los altavoces mientras salgo. De camino a casa, la paranoia se apodera de mí. Juraría que alguien me sigue. Pero cada vez que miro por los espejos, no veo ningún coche que destaque. Aparece el desvío hacia mi urbanización. Sigo de largo. Piso el acelerador y me salto un semáforo en rojo, dejando un coro de bocinas a mi espalda.

Debería haber sabido que este día llegaría. Pero siempre pensé que serían la policía o los federales llamando a mi puerta. ¿Algo que he aprendido? A fiarme de mi instinto. A ser extremadamente cautelosa hasta averiguar si alguien me sigue de verdad. ¿Y por qué? ¿Un familiar en busca de venganza? ¿O algo más?

LA SENSACIÓN de que me están cazando me ha tenido escondida casi un mes. No he visto a nadie, no he vuelto a sentirlo. Coincidencia. Paranoia. Quién sabe. Es hora de un cambio. ¿Adónde debería ir? ¿A casa de la abuela?

El sueño me llama. Ya pensaré en ello mañana.

El timbre del teléfono me despierta. Una voz temblorosa al otro lado.

—¿Katherine?

—Soy yo.

Se me perla el sudor en el labio superior. El corazón me late desbocado. Estoy sentada muy erguida, agarrando el teléfono con fuerza contra la oreja.

—Soy Ruth.

La mejor amiga de la abuela.

—¿Qué ha pasado?

Las piernas me flaquean al salir de la cama. Sujeto el teléfono entre el hombro y la oreja mientras me esfuerzo por escuchar.

—Ay, cariño. Julia estaba preparando un paquete con su famosa mermelada de madreselva para enviártelo cuando pasó. Dijeron que fue un coágulo en el cerebro. No sufrió. Fue muy rápido.

—Gracias por avisarme. Reservaré el próximo vuelo.

Me cuenta los detalles del funeral y los anoto, aunque no sé qué estoy escribiendo. Colgamos y me quedo ahí sentada. Se ha ido.

Estoy completamente sola en el mundo. La abuela era mi ancla a la vida. Ahora han cortado la cuerda, y como un globo a merced del viento, floto sin rumbo.

El día se convierte en noche. Tengo el estómago vacío. Mientras rebusco en los armarios, lo veo. Un único tarro de mermelada de madreselva. Lo estrecho contra el pecho y me dejo caer en el suelo de la cocina, meciéndome adelante y atrás, sollozando.

EL FUNERAL DE LA ABUELA se celebra el primer día de primavera. Tiempo de nuevos comienzos. Yo, en cambio... con mi único vínculo con el mundo normal desaparecido, soy libre de abrazar la oscuridad. Abrí la puerta y tiré la llave. Que campe a sus anchas.

En el cementerio vislumbro a un tipo de pelo oscuro. Y durante unos instantes en que se me para el corazón, creo que voy a morir aquí mismo. Pero cuando vuelvo a mirar, ha desaparecido. Últimamente mi mente me juega malas pasadas. Cada vez me cuesta más distinguir entre lo que es real y lo que no.

El sedán negro me lleva al despacho del abogado. Me devora la culpa por haberla apartado de mí. Tiempo que nunca podré recuperar. Solo hablé con ella unas pocas veces desde Navidad. En su despacho, repasa el testamento. Pensamientos horribles me martillean la cabeza. ¿Fue la muerte de la abuela el precio de mis actos?

—Dejó algunos pequeños legados a su iglesia y a organizaciones benéficas. Y a algunas organizaciones de defensa de los animales. Llévate lo que quieras de la casa. El resto se donará. Ya hay grupos que vendrán a recoger lo que no quieras a lo largo de la semana que viene. No quería que tuvieras que ocuparte de ello.

—Siempre decía, desde que murió el abuelo, que no quería que nadie tuviera que preocuparse por ella —me sueno la nariz mientras él me sonríe con amabilidad. Una amabilidad que no merezco.

—El coche irá a una organización benéfica y la casa a Ruth. Julia siempre comentaba que los hijos de Ruth no querían saber nada de ella. Se mudará a finales de la semana que viene, si te parece bien.

—Por supuesto. Era la mejor amiga de la abuela. Sé que será feliz allí.

Al final, la abuela lo entendió. Dejar dinero a las organizaciones animalistas es su forma de decírmelo. Me seco las lágrimas. El abogado está diciendo algo y hay una larga pausa. Levanto la vista y veo que espera mi respuesta.

—Lo siento. No estaba escuchando.

—Es mucho de golpe. Te dejó el resto de su patrimonio. Tres millones y medio de dólares.

—No tenía ni idea. Nunca vivió como si tuviera mucho dinero. Siempre supe que vivían bien, pero no tenía ni la menor idea.

—Puedes hacer lo que quieras en esta vida. Pero sé que es un pobre consuelo cuando pierdes a alguien a quien quieres.

Se me cierra la garganta. No puedo responder. Me limito a asentir. Repasa el resto de los detalles e intento escuchar. Al ver que estoy a punto de derrumbarme, me dice que su secretaria lo pondrá todo por escrito y lo enviará por mensajero a casa de la abuela pasado mañana.

CINCUENTA Y NUEVE

A la abuela se le partió el corazón cuando murió el abuelo. Dijo que seguiría adelante por mí. Y siento que de alguna manera le fallé. Por fin entiendo lo que quería decir cuando decía que la vida ya no le interesaba, aunque creo que vivió lo mejor que pudo tras perder al hombre al que había amado desde adolescente. Se conocieron en el instituto, se enamoraron y fueron la pareja más feliz que he visto en mi vida. Un auténtico cuento de hadas. De esos amores que solo se dan una vez.

Con su pérdida me siento como si me hubieran lanzado al mar. Como si intentara mantenerme a flote en plena tormenta, zarandeada sin cesar, luchando desesperadamente por alcanzar tierra firme.

En el fondo sé que nunca encontraré a alguien como lo encontró ella. *Si no amas a nadie, no pueden hacerte daño*, susurra la voz.

Con la ayuda de Ruth, recojo algunas cosas y la ayudo a instalarse. Me invita a quedarme, pero no puedo. Duele demasiado.

MIENTRAS HAGO COLA para pagar en Walmart, veo a un tipo rubio de espaldas. Le está enseñando una foto al guardia de seguridad. La reconozco porque reconozco el árbol retorcido de mi

complejo de apartamentos. En la foto estoy yo, delante del árbol. El guardia de seguridad niega con la cabeza, pero ahora sé lo muy equivocada que estaba.

Es hora de irme. Abandono el carrito y me dirijo hacia las puertas. Cuando el hombre se gira para hablar con una de las cajeras, echo a correr. Ya en casa, apenas logro entrar antes de vomitar. ¿Qué voy a hacer? ¿Y cuántas personas me estarán buscando?

SESENTA

Antes solo llevaba un arma encima cuando trabajaba. Ahora no me separo de ella. En el baño, durmiendo, incluso al ir a por el correo. Mis niveles de estrés están por las nubes. ¿Quién me persigue? He repasado obituarios en busca de familiares que puedan haber descubierto quién soy. Pero sigo sin encontrar nada.

No hay nada en los medios sobre un asesino suelto, así que eso descarta a la policía. ¿Los federales? Da igual. Me largo. Después de numerosas búsquedas y llamadas, doy con algo.

—La mayoría de nuestras casas ya están alquiladas. Pero está de suerte. Como estamos en temporada baja, hay una casita libre. Es bastante apartada. Pero está libre desde ya y puede quedársela hasta el primero de julio. Sé que es mucho tiempo, pero los propietarios prefieren alquilarla a una sola persona todo el período. Por eso sigue sin ocupar. Así que, ¿qué le parece si viene ahora y le dejo el resto de abril a mitad de precio? ¿Le viene bien?

—Sería perfecto. ¿Hay algún problema con pagar en efectivo?

Hay una pausa al otro lado de la línea y luego la mujer de la voz alegre dice con entusiasmo:

—Creo que no habrá ningún problema.

—Estaré allí en dos días.

Ahora solo tengo que averiguar cómo largarme y llegar a la casita sin que ninguno de mis perseguidores se entere.

Paso la mañana preparándome para marcharme. Me cruzo con Grayson cuando vuelvo de tirar un montón de cosas que no voy a necesitar adonde voy.

—¿A que no sabes qué? Atrapamos al perro. —Su sonrisa es contagiosa.

—No puede ser. ¿Por fin atraparon al perro pastor fantasma?

Sonríe.

—Lo pillamos.

—Esperaba que siguiera libre. Que viviera a su manera.

—Los perros no son humanos. No puedes atribuirles emociones humanas.

—Tienes razón. No son humanos. A veces son mucho más listos que nosotros.

Cuando Grayson sonríe, se le marcan las patas de gallo.

—Touché, señorita Jones. Sí, por fin lo atrapamos. Aunque no puedo atribuirme ningún mérito.

—¿Por qué no?

Se ríe.

—Ashley, la niña, estaba jugando en el patio de atrás cuando el perro se sentó a su lado. Cuando su madre miró por la ventana, vio a Ashley y al perro en plena fiesta del té.

No puedo evitarlo: me echo a reír.

—¿El perro estaba tomando el té?

—Deberíamos haberlo pensado antes. Por lo visto le gustan las galletas y el zumo de manzana. —Lleva el uniforme de trabajo, las gafas de sol subidas en la cabeza. Cuando habla con alguien siempre se las quita. Una de las muchas cosas que me gustan de él. Lo voy a echar de menos.

—¿Y qué? ¿Se acercó a vosotros sin más?

—Estaba acurrucado junto a la niña, profundamente dormido, con las cuatro patas en el aire. Creo que se empachó de galletas y le costaba levantarse; fue la única razón por la que pudimos atraparlo.

—O quizá estaba cansado de vivir huyendo. Y entonces, ¿qué va a pasar con él?

Hace aproximadamente un año que me mudé aquí. Conocí a Grayson. Mi vida dio un vuelco. Nos acercamos a las sillas junto a la

piscina y nos sentamos a ponernos al día.

—Nadie lo reclamó. Una vez que lo revisaron y lo asearon, la familia decidió adoptarlo. —Mira a lo lejos, como perdido en sus recuerdos, y por un momento desearía poder ser tan despreocupada como parece él.

—Fue de lo más curioso: cuando sacamos al perro y vio a la niña, corrió hacia ella y se tumbó panza arriba a sus pies. Cuando se marcharon, ella le puso una cofia enorme en la cabeza. Le dijo que le iba a dar un baño de espuma con su champú de princesas en cuanto llegaran a casa.

Por primera vez en mucho tiempo, me duele la cara, y tardo un momento en darme cuenta de que es porque estoy sonriendo. Y entonces me río. Grayson también.

—¿Entonces un final feliz?

Me mira de forma extraña.

—Sabes, Hope, hay muchas historias felices en el mundo. Por alguna razón te centras en lo malo. Tenemos que seguir educando a la gente, ayudarles a entender. La gente puede cambiar. Incluso los fantasmas pueden cambiar. —Sostiene mi mirada—. Los perros fantasma, quiero decir.

Es tan maravillosamente ingenuo. Quizá sea porque es joven o porque vino así de fábrica. No lo sé.

—Esa es la diferencia entre tú y yo. En el fondo, de verdad crees que la gente es buena. —Me quedo ahí sentada, moviendo el pie, con la mirada fija en la piscina, recordando cada uno de los casos que cerré—. El problema es que la gente no es buena. Son monstruos escondidos tras la frágil apariencia de humanidad.

—Te has vuelto muy cínica desde que te conozco —dice. Intenta aligerar el ambiente, pero no me interesa.

—No, en realidad no he cambiado. Siempre he sido realista. —Le pongo la mano en el antebrazo, notando el músculo bajo los dedos —. Me alegro de que seas optimista. De que creas que hay bondad en la gente. Porque si vieras el mundo como yo lo veo, no querrías seguir adelante.

HAY bolsas y cajas por todas partes. Estoy en mi apartamento, echando un último vistazo. Decido llevarme cosas personales: la ropa, los productos de baño y el baúl de los recuerdos. ¿Y el resto? El resto lo dejo. Me desprendo de todo como una serpiente muda de piel. Ya nada de lo que hay aquí me representa.

Llamo a una organización benéfica de la zona. Encantados de venir a recogerlo todo. Y sé que le darán buen uso.

Cuando bajo las últimas bolsas al coche, veo a Grayson, que sale del gimnasio.

—¿Te vas? No dijiste nada esta mañana.

—Acepté un trabajo en una pequeña cooperativa eléctrica en las montañas.

Mentirosa. No hay montañas. No hay trabajo. Es mejor que no sepa adónde voy en realidad.

—El cambio es bueno. Estoy esperando noticias de mi traslado a Asheville. ¿Es ahí adonde vas?

—No. A un pueblecito en los límites del Bosque Nacional Pisgah.

—Siempre acabamos encontrándonos. Quién sabe, quizá volvamos a vernos.

—Quizá. Y bueno, ¿qué tal con la novia obsesionada con la vida sana?

Grayson se ríe.

—Bien. Aunque he tenido que comer mi china favorita a escondidas cuando ella no está.

Lo abrazo para despedirme.

—Cuídate y trata bien a esa chica. Parece que vale la pena.

Su aliento cálido me roza la oreja.

—Me alegra que hayas encontrado otro trabajo. Pareces más feliz. Cuídate.

Verlo feliz me hace sonreír, me hace creer que quizá no todo el mundo sea horrible. Grayson es de los buenos. Le deseo una vida larga y feliz, llena de amor y risas.

SESENTA Y UNO

Grayson había llevado a Melanie al parque esa mañana. Habían salido a correr y estaban sentados en una manta, contentos de estar juntos. Un cachorro pasó corriendo por encima de la manta. Era un golden retriever barrigón. Oyó a una niña que lo llamaba. Debía de ser su perro. Cogió al cachorro y se acercó a ella.

El cachorro se removió hasta que lo soltó, echó a correr hacia la niña y le lamió la cara mientras ella se reía a carcajadas. Grayson vio la expresión de Melanie. Ella había dicho el otro día: «Si alguna vez quieres saber cómo suena la alegría, escucha la risa de un niño». No podía estar más de acuerdo.

—Gracias. Zeus se escapó y no sabía dónde había ido.

—¿Zeus, eh? Es un nombre bastante grande para un tipo tan pequeño.

La niña arrugó la nariz.

—Lo sé, ¿verdad? Pero mi nuevo hermano insistió. Yo quería llamarlo Francis Doodlebug.

Grayson soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás. Vio que Melanie lo observaba. Por su expresión, supo que lo estaba imaginando como padre. No sabía muy bien cómo se sentía al respecto. No estaba seguro de estar preparado.

—¿Dónde están tus padres?

La niña señaló hacia los columpios.

—Mi niñera está allí. Hemos venido a visitar a mis nuevos abuelos. Nunca había tenido abuelos. Tienen la piel suave y siempre llevan caramelos en los bolsillos.

Saludó con la mano a una mujer, que le devolvió la sonrisa.

La niña tenía un dibujo en la mano. Grayson se arrodilló y la hierba le picó en las piernas desnudas.

—¿Qué estás coloreando?

Ella lo miró con grandes ojos azules.

—Es el ángel que me salvó del monstruo. Y ahora tengo una nueva familia y un nuevo hermano. Siempre quise un hermano mayor.

Se le cortó la respiración mientras señalaba.

—¿Qué es eso?

La figura del ángel tenía una línea larga que le recorría el brazo. Estaba dibujada en un color diferente, así que supuso que era importante, no un error de coloreado.

—Es su espada en llamas.

La niña sacudió la cabeza y sus rizos rubios rebotaron.

Grayson no podía respirar. Había visto esa cicatriz antes. Ella dijo que se la había hecho en un accidente de coche cuando murieron sus padres.

—¿Eso es una cicatriz en el brazo del ángel?

Señaló su propio brazo y trazó una línea irregular.

La niña arrugó la nariz, pensativa.

—Los ángeles no tienen cicatrices. Era una espada, seguro. Sale de su brazo y se convierte en una espada en llamas cuando vence a los monstruos. El ángel dijo que era un monstruo que se escondía en los armarios de los niños, pero yo sabía la verdad.

Nunca se había desmayado, pero había oído describirlo tantas veces que supo que estaba a punto.

—¿Qué verdad?

Ella miró a su alrededor, se acercó a él y le susurró al oído:

—El ángel se llevó a mi papá al lugar malo. Me salvó. La abracé porque sabía la verdad. Los ángeles no te dicen que son ángeles. Es un secreto.

Se echó hacia atrás y le dio una pintura roja.

—¿Quieres ayudarme a dibujar corazones? Estoy haciendo este dibujo para mandarlo al cielo. Para darle las gracias al ángel por salvarme y darme una nueva familia.

Como en un rompecabezas, cada pieza encajó en su lugar. Había perdido la perspectiva, igual que con Nikki. Los más cercanos nunca veían el peligro.

El mundo entero de Grayson se derrumbó. Era ella. Hope.

—¿Estás bien, cariño?

Melanie se arrodilló a su lado, con los ojos llenos de preocupación.

—Estás un poco verde.

—Creo que fue el perro caliente que le compramos al vendedor ambulante. ¿Te importa si te llevo a casa?

—Cuando lleguemos a mi casa, te prepararé unas tostadas.

—Te lo agradezco mucho, pero necesito ir a mi casa. Soy un paciente terrible y aún no estoy preparado para que veas ese lado de mí.

Forzó una sonrisa mientras su mente repasaba cada interacción. Todo estaba ahí. ¿Cómo había pasado por alto las señales?

—De acuerdo.

Por la forma en que Melanie dijo la palabra, oyó todos los matices de significado en su voz. Justo como solía hacer su ex. *De acuerdo* significaba cualquier cosa menos eso.

Grayson se volvió hacia la niña.

—Casi lo olvido.

Le tendió la pintura roja.

—Tenemos que irnos, pero quizá te vea pronto.

Ella cogió la pintura y siguió coloreando sin levantar la vista:

—De acuerdo, señor.

Después de dejar a Melanie en su apartamento, Grayson condujo hasta el lago Johnson. Se sentó en una de las sillas con vista al agua, con los pies sobre la barandilla. Había gente paseando, haciendo footing. Solos y acompañados. ¿Conocían realmente a las personas con las que estaban?

—Disculpe, cerramos al anochecer.

La mujer del quiosco estaba allí de pie, con aire vacilante.

—Gracias. Supongo que perdí la noción del tiempo.

Los sentimientos que tenía por ella habían nublado su capacidad de verla tal como era. Todas las pequeñas dudas persistentes volvieron a él. Las cosas que decía, cómo la veía llegar a horas extrañas, Jackson contándole lo errático de su comportamiento. ¿Tenía siquiera un nuevo trabajo en las montañas? Se había encontrado con Jackson cuando salió a cenar con Melanie hacía unas noches, y este le dijo que Hope estaba desquiciada. Que la habían despedido por lanzarle un bolígrafo a alguien. Que nunca estaba y él pensaba que le estaba poniendo los cuernos.

Grayson resopló mientras cerraba la puerta del coche de un portazo y arrancaba el motor. No le estaba poniendo los cuernos: estaba matando gente.

Jamás lo habría adivinado. Parecía tan dulce y amable. No tenía nada que ver con alguien capaz de cometer un asesinato.

Era responsable de trece asesinatos que ellos supieran. No tres tiradores. Hope con tres armas.

Agarró el volante con tanta fuerza que se sorprendió de que no se partiera en dos. Tenía que decírselo a Kevin y a todos los demás. Aunque una pequeña parte de él la admiraba por hacer lo que ellos no podían, la parte que quería ayudar a la gente y creía en el sistema de justicia no podía permitir que sus actos quedaran sin respuesta.

A Grayson se le revolvió el estómago mientras hacía la llamada. Saltó el buzón de voz.

—Soy Grayson. No hay tres asesinos, hay uno, y sé quién es. Es...

Se oyó un crujido espantoso. Llovieron cristales y el dolor atravesó el cuerpo de Grayson. La vida se le escapaba mientras miraba el otro vehículo. El coche se había saltado el semáforo y lo había embestido en la puerta del conductor. ¿Lo habría salvado un airbag? Había mandado instalar un cinturón de seguridad en el MG antiguo, pero nunca airbags.

¿A qué velocidad iba ese tipo para causar tanto daño? Fue su último pensamiento mientras el campo de visión se le cerraba y todo

se oscurecía. El corazón se le ralentizó y un momento después se detuvo.

SESENTA Y DOS

Todo lo que tengo ahora cabe en la parte trasera de mi todoterreno. Llamo a la puerta de Grayson para despedirme, decirle que no se extrañe por la gente que entra y sale de mi apartamento recogiendo mis donaciones, pero no hay respuesta. Seguramente esté con su novia.

Entre semana no hay mucho tráfico, pero los fines de semana son horribles, y solo empeoran cuando terminan las clases. El viaje a la playa me lleva mucho más tiempo de lo normal porque estoy paranoica y no paro de tomar salidas al azar. Paro a comprar un té dulce o a llenar el depósito. Siempre vigilando.

Conduzco por la autopista 12 y me siento mejor. Nadie me sigue. Sigo la 12 hasta la ruta 158 y luego vuelvo a la autopista 12, paso por Cape Hatteras y acabo en Buxton.

Paro a recoger las llaves en la oficina de alquiler. Y a pagar en efectivo. Están encantados de recibirlo, y aunque probablemente sean honrados, ¿quién sabe? Puede que se queden con el efectivo y solo declaren una parte a Hacienda. Eso es lo bueno de pagar en metálico.

Firmo los papeles y entrego el dinero. Ni siquiera me pide el DNI. Firmo como Caroline Pope. Lo único que le interesa es el efectivo.

—Todavía no hay mucho jaleo por aquí.

—Mejor para mí. Estoy escribiendo un libro, así que necesito tranquilidad. Seguramente me convierta en una ermitaña mientras

esté aquí.

—¿La gente todavía lee? Creía que todo el mundo se pasaba el día enganchado a las series.

Me río.

—Probablemente tengas razón. Además, esto es ficción literaria, así que el mercado es aún más reducido.

Quiero quitarle las ganas de hacer preguntas. Lo último que necesito es que alguien me dé la lata.

Como era de esperar, tuerce el gesto.

—Si necesitas algo, llámanos.

Hago una última parada en un pequeño supermercado y cargo provisiones. Me durarán una buena semana. Si solo tengo que venir una vez por semana durante las próximas semanas, quizá la gente no sienta demasiada curiosidad. A finales de mayo habrá tanta gente que nadie se fijará en quién entra o sale.

La cabaña aparece enclavada entre las dunas cuando llego al garaje. Subo y bajo las escaleras una y otra vez, cargando mi ropa y cajas con mis cosas. Me quedo de pie en la cocina y me bebo una botella de agua de un trago. De camino, pensé en cambiar el coche, pero decidí esperar a que termine el alquiler de la playa. Cuando sepa adónde voy, me compraré otro. Lo único que queda es el arcón. No hay manera de que pueda subirlo yo sola.

Mañana llamaré a la agencia de alquiler para ver si conocen a un par de chicos que quieran sacarse unos dólares. Bajo las escaleras corriendo para cerrar las puertas del coche y oigo una voz.

Un tipo pasea a su perro, un retriever viejo que parece encantado de sentarse a descansar.

—¿Te mudas? Qué época más rara del año para eso.

—Prefiero la playa cuando no está abarrotada. Te da tiempo para pensar.

Mira el coche.

—Parece que te vendría bien una mano.

—No quisiera molestarte.

—No es ninguna molestia. Bessie estaría encantada de tomarse un descanso.

Se arrodilla y le acaricia las orejas a la perra. Se nota el cariño que le tiene.

—Puede entrar si quiere.

—No. Estará bien aquí, pero si tienes un cuenco con agua…

—Por supuesto.

Echo a andar hacia la casa y me vuelvo al darme cuenta de que no me sigue. Aparenta unos setenta y tantos, con un rostro curtido y un bronceado permanente.

—Ya que vamos, mejor llevar esto.

Reprimo una sonrisa. Vacío, el arcón no pesa tanto. Lo que pasa es que es aparatoso.

—¿Dónde lo quieres?

—En el dormitorio.

Lo ponemos a los pies de la cama. Encuentro un cuenco y le doy al hombre dos botellas de agua.

—Para ti y para Bessie.

Mira el reloj.

—Tengo que volver. La parienta se preguntará dónde ando.

Lo sigo para cerrar el coche. La perra bebe el agua a lengüetazos y nos quedamos allí en silencio esperando a que termine. Me gustan los hombres que no sienten la necesidad de llenar el silencio con cháchara.

Un aullido rompe el silencio.

—¿Eso era un coyote?

El rostro curtido se abre en una sonrisa.

—Te han dado la bienvenida. Es un lobo rojo.

—¿Aquí? Creía que estaban en tierra firme.

—Apareció hace unas semanas. Si tienes suerte, puede que lo veas. A la hora del crepúsculo.

—¿El crepúsculo?

—El atardecer. Cuando anochece.

—Estaré atenta.

Me entrega el cuenco vacío y la botella.

—Te lo agradezco.

—Cuando quieras. Es lo menos que puedo hacer después de que me ayudaras.

Me despido y vuelvo adentro. Parece que ha vivido aquí toda la vida. Y su perra parece antiquísima. Hace falta ser buena persona para cuidar de una perra tan vieja. Los tipos que me persiguen… estoy segura de que no son nada buenos.

A la mañana siguiente, después de un paseo temprano por la playa, me preparo unas gachas de avena. Me siento en la terraza envuelta en una manta. Me encanta el sonido de las olas y el viento. Las gaviotas que se llaman unas a otras.

Termino de guardar mis cosas y de colocar todo como quiero. Creando un hogar, aunque sea temporal.

La voz se hace oír.

Sabes que hay maldad en todas partes. Solo tienes que abrir los ojos y mirar.

Intento que la voz se vaya. Que se calle y me deje en paz. Aunque solo sea un rato.

Esa tarde me echo una siesta larga. Después de cenar espaguetis con pan de ajo, decido dar otro paseo por la playa. Hay algunas personas fuera. Nos saludamos con la cabeza al cruzarnos. Mi piel absorbe el aire salado. Para cuando doy la vuelta y regreso, tengo arena hasta media pierna. La ducha exterior está helada y me hace jadear.

La playa pide una bebida más ligera, así que mezclo St. Germain con champán. En lugar de servirla en una copa de flauta, la echo en un vaso grande. Uno de mis vasos Tervis favoritos. El del flamenco fucsia en la parte delantera. Cojo la bebida y la manta y vuelvo a salir. Me acomodo en una mecedora a contemplar las olas. A recargarme y llenar el alma de algo que no sea oscuridad.

Un aullido resuena entre las dunas. Me quedo quieta y recorro la playa con la mirada. Un destello de movimiento y distingo al animal, con un pez en la boca. Gira la cabeza. Me mira fijamente. Puede que sea un coyote, pero creo que es el lobo rojo del que me habló aquel hombre.

Solo dura un instante, pero algo se transmite entre nosotros. Se avecina un cambio.

SESENTA Y TRES

Jackson llama. Estoy a punto de ignorar la llamada, pero cambio de opinión después de lo del lobo.

—Pasé por tu apartamento. Me dijeron que te habías mudado.

Nuestra relación parece cosa de hace años.

—¿Te has enterado?

—He estado ocupada deshaciendo cajas. No he sabido nada de nadie.

Suspira al teléfono.

—Grayson murió en un accidente terrible. El tipo que lo atropelló iba escribiendo mensajes. Se saltó el semáforo.

—No lo sabía. Me he desconectado por completo, así que no sé qué pasa en el mundo. Necesitaba un descanso.

Por lo que me cuenta Jackson, fue justo antes de que me marchara de la ciudad.

—¿Quién fue? —pregunto.

Puedo hacer que ese hombre pague.

—Da igual. El tipo conducía uno de esos Hummer enormes. Con ese viejo MG, Grayson no tuvo ninguna oportunidad. Murió en el acto.

—Lo siento mucho. Era un buen amigo.

—¿Vas a venir al funeral? Puedo mandarte los detalles por mensaje.

—Acabo de empezar en mi nuevo trabajo y no puedo escaparme. Tú vas, ¿verdad?

No pasa nada por mentir. Es mejor que decir que no puedo volver.

—Por supuesto que voy —responde él.

El reproche en su voz es más que evidente.

—Yo no puedo. Después de perder a la Abuela... simplemente no puedo ir a otro funeral. ¿Podrías llevar flores de mi parte, por favor?

—Por supuesto. Hope... podría ir a verte el próximo fin de semana.

El corazón me da un vuelco.

—No, Jackson —digo con suavidad—. No es buena idea.

—Esperaba que hubieras entrado en razón, pero veo que no.

—No vuelvas a llamarme, ¿de acuerdo?

Suelta un taco y cuelga. Cuando me deshaga del Jeep, conseguiré teléfonos nuevos. Con números nuevos.

Se ha convertido en mi ritual nocturno prepararme mi nueva bebida favorita y ver la puesta de sol. La mayoría de las noches me quedo fuera hasta que salen las estrellas y oscurece del todo, o hasta que el frío del viento marino me obliga a entrar.

VOY al pueblo esa tarde a hacer la compra para otra semana. Al girar la llave en la puerta, se me eriza el vello de la nuca. Algo va mal. El viento hace gemir la casa y un relámpago ilumina el cielo, bañando el interior con luz de día. El hombre está allí de pie, con las piernas separadas, la pistola apuntando a mi negro corazón.

El hombre no dice una palabra, simplemente se queda ahí mirándome. Reconozco la cicatriz. He vislumbrado su rostro tantas veces en los últimos meses. Es el tipo del Maserati negro.

Tenía razón. Me ha estado siguiendo. Mil pensamientos me cruzan la mente. Creía que había sido tan cuidadosa. Que me había salido con la mía. Y sé en lo más hondo de mi ser que va a matarme. Desde que llegué a la playa, he bajado la guardia. Guardo

una pistola en el dormitorio y otra en el bolso. Ya no las llevo a todas partes.

Me quedo en medio de la cocina, con las bolsas de la compra en los brazos, mirando hacia el océano. Hace tantos años, aquel viernes trece, si hubiera sabido que ese era el último día que vería a mi madre con vida, le habría suplicado a aquel enorme caimán que me tragara entera.

Crac.

Se acabó Hope.

¿Podría haber tomado decisiones diferentes? ¿Haber acabado en un lugar distinto a este?

No lo sé. Lo que sí sé es que daría cualquier cosa por un día más con mi madre y Max. Un día más con la Abuela. Pero parece que se me ha acabado el tiempo.

O quizás este era mi destino desde el principio... salvada por el caimán para hacer lo que había que hacer.

Un trueno estalla y su estruendo resuena por la playa. Por fin habla.

—Las niñas malas siempre reciben lo que se merecen.

Tarde o temprano, todos pagan. Cierro los ojos y espero.

SESENTA Y CUATRO

Mi abuela solía decir: «Los caimanes son los heraldos del cambio violento». Nunca supe qué quería decir hasta años después. Y para entonces, lo sabía de sobra. Hay cosas que no se pueden borrar. Nuestras acciones dejan una huella fantasmal en el alma, al acecho, esperando el peor momento para volver y atormentarnos. He llegado a aceptar que no habrá perdón para mí. ¿Cómo podría haberlo si acabé disfrutando de arrebatar la vida a quienes consideraba condenados? Justifiqué mis actos sabiendo perfectamente que llegaría el día en que pagaría por lo que he hecho. Si tan solo tuviera más tiempo…

—Sabes por qué estoy aquí.

No es una pregunta. El hombre aparenta unos cuarenta años, con el cuerpo de un soldado de élite. Se le ve cómodo con el arma en las manos.

Señalo las bolsas de la compra con la cabeza; me tiemblan los brazos de tanto sostenerlas.

—¿Te importa si las dejo?

Arquea una ceja, lo que interpreto como un sí. Mientras guardo la compra, siento el cañón del arma entre los omóplatos. Me he vuelto descuidada. Dejé el arma en el horno en lugar de llevármela a la tienda, convencida de que podía relajarme un poco.

Meto la mano en el horno y él emite un sonido, algo entre un ladrido y una tos.

—¿Buscas esto o pensabas hornear un pastel?

Levanta mis armas.

—¿A qué viene el código de colores? ¿Pensabas decorarlas con pedrería?

Aprieto los labios con tanta fuerza que noto el filo de los dientes. Si muerdo, ¿me atravesarán el labio?

—Iba a hacerte unas galletas.

Esta vez sí se ríe mientras las deja sobre la mesa, a su lado. Fuera de mi alcance.

El hombre da la vuelta a una silla y se sienta a horcajadas, con el arma en las manos y las muñecas cruzadas sobre el respaldo.

Acabo de guardar la compra y me preparo una copa.

—¿Quieres una?

La comisura de la boca apenas le tiembla, pero tengo la sensación de que le hace mucha gracia.

—No, estoy bien.

Me observa mientras preparo la copa y sigue observándome mientras camino hacia el salón y me siento en el sofá frente a la gran cristalera. Quiero que lo último que vea sea el océano.

—¿Vas a disculparte por matar a Henry?

Doy un trago y me obligo a destensar la mandíbula.

—No.

Esa palabra destila desafío, y sé que lo nota. No es prudente cabrear a este hombre, pero si va a matarme de todos modos, ¿qué más da?

—¿Por qué lo hiciste? No lo conocías.

Clavo la mirada en el océano, en las olas rompiendo contra la orilla. Pronto estará demasiado oscuro para ver nada. Anhelo cada relámpago que ilumina la playa.

—Tienes razón. No lo conocía.

Recojo las piernas debajo de mí y me fijo en el esmalte dorado de las uñas. Es curioso a qué pequeñas cosas prestas atención en momentos como este.

—Pensé que sabrías por qué lo hice.

Lo miro, pero solo veo vacío en sus ojos.

—Organizaba peleas de perros. Algunos estaban en condiciones terribles. Incluso colgó a dos donde los demás pudieran verlos. Una advertencia: si no ganaban, les pasaría lo mismo. Tres se morían de hambre. Supongo que no habían ganado ninguna pelea, así que no los alimentaba. Uno murió, y los otros dos solo seguían vivos porque se habían comido al muerto.

Tengo que dar otro trago. Se me cierra la garganta al recordar el horror de aquella escena. Cuando llegué, ya lo habían retirado todo, pero podía imaginarlo con demasiada claridad gracias a lo que contaba el periódico.

—El otro perro que encontraron tenía un gato teñido de azul. Henry le había dado ese gatito para que el perro lo usara de juguete. Fue un milagro que no estuviera muerto.

Se queda ahí sentado, inmóvil, y sin embargo sé que si hago el más mínimo movimiento, cualquier cosa que considere una amenaza, estaré muerta antes de poder terminar el pensamiento.

No dice nada más, así que concluyo:

—Así que lo maté. Por lo que hizo.

—Ya se había enfrentado a la justicia en un tribunal.

La oscuridad reconfortante me inunda las venas, me obstruye la nariz y la garganta.

—Justicia.

Escupo la palabra como si fuera un bocado de hígado crudo.

—No puede tener un animal durante dos años. Eso es injusticia. Eso es una farsa. Hay montañas de cadáveres y nadie paga.

Me tiemblan las manos al dar otro trago. No es miedo; es rabia. Rabia negra y primitiva que me burbujea por dentro, buscando desesperadamente una salida. Un objetivo.

—Soy la voz de la justicia para quienes no pueden hablar. Les traeré océanos de sufrimiento y ríos de dolor.

—Una cosita como tú mató a Henry. No lo habría creído… de no haberte visto.

—Estabas en el Maserati.

Recuerdo otro día.

—Casi me atropellas.

Repaso mentalmente cada vez que creí verlo.

—Y le disparaste a Frank Pearl. ¿Por qué?

—Frank era mío. Debía mucho dinero a mis jefes. Me correspondía a mí matarlo, no a ti.

—Eras el tipo de la sudadera gris.

Asiente.

—Tenía curiosidad.

—¿Por qué no me mataste antes? Has tenido muchas oportunidades.

Aparto la mirada de la ventana. Está demasiado oscuro para ver nada, y la tormenta ha pasado. Lo observo de arriba abajo, buscando cualquier signo de debilidad, pero no encuentro ninguno.

No hay forma de que pueda salvarme. Tarda un rato en responder, y cuando lo hace, su voz es áspera y queda.

—Me lo he preguntado muchas veces. Te seguí, vi lo que hacías, intenté encontrarle sentido. No es que no aprecie lo que has estado haciendo. Lo aprecio. Pero no cuando juegas en mi territorio.

Me observa y dice: —No tenías ninguna conexión con la gente que mataste. ¿Sabes que la policía busca narcotraficantes y sicarios del cartel? Deberías haberte hecho con un par de armas fantasma. Podrías haber tenido toda una colección de armas con tus marcas de esmalte de uñas.

Asiente y se remueve en la silla. Cruje bajo su peso, y espero que se desplome. Sería la distracción que necesito. Solo cogí la cartera cuando fui a la tienda. ¿Cómo pude ser tan estúpida? A estas alturas ya debería saberlo. Llevar siempre un arma encima. Incluso cuando duermo.

—¿De verdad crees que estás marcando alguna diferencia?

—En Carolina del Norte sí la estoy marcando. ¿Y qué demonios es un arma fantasma? —El peso de todos los que necesitan mi ayuda se posa sobre mis hombros como un saco de grano. Le sostengo la mirada sin apartarla.

—Un arma fantasma es un arma sin número de serie. Imposible de rastrear. La mayoría entran en el país a través de Filipinas.

—Hay tanta maldad en el mundo. Podría matar eternamente. Apilar cadáveres de diez metros de altura alrededor del mundo y no

bastaría. —Alargo la mano hacia el vaso, pero está vacío. Lo dejo de nuevo sobre la mesa—. Hago justicia por los que puedo.

Asiente brevemente. —El senador quiere tu cabeza por entrometerte en un negocio muy lucrativo. Pero cometió un error. Contrató a otro hombre para eliminarte.

Jadeo. —¿El rubio?

—¿Lo sabías?

—Estaba preguntando por mí en el Walmart.

Asiente. —No trabajo con otros. El senador rompió nuestro acuerdo. No le debo nada.

Ahora la foto en casa de Henry cobra sentido. Eran socios. Maldito hipócrita.

El hombre se levanta y me quedo inmóvil. —Tienes una opción. Deja lo que llevas haciendo este último año y te dejaré vivir. Los asesinatos cesarán. La vida seguirá. Haré que todos te crean muerta.

Unos ojos color avellana me atraviesan. —Mata a una persona más y te encontraré. Pero no te pegaré un tiro sin más. Te despedazaré, pieza a pieza. ¿Queda claro?

Tengo que tragar saliva dos veces antes de poder responder. —Clarísimo.

—Te traeré una identidad nueva en unos días. Puedes ir a donde quieras. Carolina del Norte ya no es una opción. Aquí estarás a salvo hasta que vuelva. Traicióneme y te daré de comer a los caimanes estando aún viva.

Se me abre la boca.

—¿Qué? ¿Creías que no sabía nada de tu pasado?

Cierra la puerta tras de sí, y pasan unos minutos antes de que mi cuerpo reaccione y pueda moverme. Corro hacia la puerta y miro fuera, pero se ha ido. Se ha esfumado.

SESENTA Y CINCO

No me mató. No solo me dejó vivir, sino que me está ayudando. Deambulo por la casa después de que se marcha, intentando entender lo que dijo. Sé que solo estoy viva porque el senador hirió el orgullo del sicario. Supongo que enviar a otra persona a hacer tu trabajo es una bofetada.

Me pongo la pulsera de dijes. Me guardo los dos últimos en el bolsillo. La luna brilla sobre el agua mientras camino. Para calmarme los nervios, me he preparado otra copa y la he traído conmigo. Permanezco de pie largo rato, de cara al agua, observando cómo baila la luz de la luna. A lo lejos veo dos ojos rojos que me devuelven la mirada; luego las nubes cruzan el cielo, tapan la luna y los ojos desaparecen. Miro fijamente el agua y juro que veo algo negro ondulando en la superficie. Cuando parpadeo, ha desaparecido. En lo más profundo de mi ser sé que era un caimán.

Meto la mano en el bolsillo y saco los dijes verde y morado. Los hago rodar en la palma. Finalmente los lanzo hacia la luz de la luna y observo cómo caen al agua. Mientras vuelvo a la cabaña, oigo un suave llanto. Viene de una de las dunas. Al acercarme, veo una caja de cartón, todavía cerrada con cinta adhesiva. Está medio aplastada y empapada; el agua le lame los costados.

El maullido se oye de nuevo. Me dejo caer sobre la arena y abro la caja de un tirón; el cartón empapado se deshace en pedazos.

Hay un diminuto gatito negro. Temblando. Parece aún más pequeño en la palma de la mano. Lo acuno contra el pecho y voy dejando un rastro de arena por el suelo mientras entro en la luz.

En el supermercado compré leche para los cereales. Vierto un poco en un platillo y lo dejo en el suelo. El gatito la lame mientras ronronea.

Cuando termina, lo cojo y lo limpio. —Mañana te conseguiremos comida.

El hombre de la cicatriz nunca esperó a oír mi elección. Pensó que no tenía ninguna. Que elegiría la vida antes que la muerte. Pero no estaba segura. No hasta que abrí la caja.

Elijo el exilio. Es hora de dejar atrás el pasado. No puedo traer de vuelta a mamá ni a Max. Es hora de afrontar el futuro. Cambiar y convertirme en otra cosa.

El gatito me sigue al dormitorio. Quito la colcha, paso las manos sobre la tela descolorida y lo pongo en la cama. Se acurruca y se queda dormido.

Coloco ambas pistolas en el centro de la colcha y la doblo. Me quito la pulsera. Mientras toco cada dije, uno por uno, repito los trece nombres. La pulsera va encima de la pistola. Después de doblar los extremos de la colcha, coloco el bulto en el arcón y cierro la tapa. Las manos descansan encima. Una sola lágrima cae sobre la tapa.

ACERCA DE LA AUTORA

Cynthia Luhrs escribe novelas de viajes en el tiempo porque aún no ha encontrado la manera de transportarse a la Inglaterra medieval, donde está convencida de que un caballero con armadura algo deslustrada la espera. Ha viajado mucho y ahora reside en las colonias con tres gatos atigrados a los que les encanta interrumpir su escritura sentándose en el teclado. Tiene debilidad por los zapatos, los porches y el té.

Visita su sitio web para estar al tanto de sus novedades y suscríbete a su boletín.



TAMBIÉN DE CYNTHIA LUHRS

Romances de caballeros a través del tiempo

El caballero antes de Navidad

Un caballero a la luz de la luna

Una y otra vez

Más allá del tiempo

Mi único caballero

Último caballero

Primer caballero

Caballero eterno

El caballero más oscuro

Solitario es el caballero

Movimientos de caballero

Un caballero para recordar

Thrillers

Cuando era buena

Cuando era mala

Había una niña pequeña

Romances paranormales

Abrazada por la sombra

Nacida en la sombra

Renacida en la sombra

Congelada en la sombra

Deseada por la sombra

Perdida en la sombra